



LOS MCENTRIE 6

La maldición de los McENTRIE

JANA WESTWOOD

La maldición de los McEntrie

Los McEntrie 6

© Jana Westwood. Enero 2025

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.



La maldición de los McENTRIE

JANA WESTWOOD

LOS McENTRIE 6

Prólogo

Carta de la señorita Hannah Wyndham a Nicoletta Poggi. Enero de 1817.

Querida Nicoletta:

Me ha hecho enormemente feliz recibir tu carta. ¡Una niña! ¡Tal y como tú querías! No he podido dejar de acordarme de las noches en las que hablamos de esto mientras contemplábamos el cielo de Borgosanto con una copa de buen vino. Estoy convencida de que la señora Moretti os estará cuidando bien. Esa mujer te adora.

No pensé que mencionarías a nuestro mutuo enemigo, pero ya que lo has hecho, te diré que me alegro de su estrepitoso fracaso. No merece menos y es justo que la vida le devuelva un poco del daño que ha causado, aunque sea en el ámbito artístico. No estoy de acuerdo en que tú fueses la que salió peor parada, tienes a esa pequeña Lucía toda para ti y estoy segura de que te va a dar muchísimas alegrías. Respecto a lo que comentas sobre tu traicionero corazón, ya sabes lo que opino y no tiene sentido hablar más de ello.

Ya tengo el taller en pleno funcionamiento y he empezado a trabajar en el friso que me encargó el padre Conti. Lo labraré por secciones, será mucho más sencillo enviarlo así. Supongo que tú no tendrás ni tiempo ni ganas de trabajar, pero espero que retomes los pinceles cuanto antes. El mundo no puede perderse una artista de tu talla.

Escocia es un lugar sorprendente, no solo por sus paisajes, que me emocionan e irritan de igual manera. Sobre todo, son los lugareños los que más me asombran. Tienen un carácter fuerte, un poco salvaje, que choca con la dulzura y alegría de los habitantes de la Toscana con los que conviví más de diez años. Añoro el sonido melodioso del italiano. Los escoceses hablan con tono áspero y cortante la mayor parte del tiempo. Se parecen demasiado a mí.

Pensaba que viviría en una granja de vacas. Las vacas no requieren tanta atención como los caballos. Al menos eso es lo que dice Olivia, que se pasa el día con esos McEntrie. Son buenas personas, tanto ellos como sus esposas, pero ya sabes que soy muy poco sociable y me canso enseguida de la gente. En Borgosanto podía pasarme días sin hablar con nadie, paseando por sus viñedos, perdida en mis pensamientos. Aquí tengo que encerrarme en mi taller y ni, aun así, me libro de alguna que otra visita espontánea. Ya te hablé de Augusta McEntrie en mi otra carta. Es una mujer encantadora y no pinta mal, la verdad, aunque creo que su fuerte es el carboncillo. Te enviaré alguno de sus dibujos para que lo juzgues tú misma, pero yo veo un gran talento en ella. Supongo que se siente unida a mí por ser artista, no ha podido compartir su pasión con nadie que la entienda bien, pero tenemos caracteres muy diferentes. Ella es dulce y tranquila y yo... Bueno, ¿qué voy a decirte que tú no sepas? Me llamabas puercoespín por algo.

Hasta el momento he logrado evitar las fiestas, las cenas con invitados y esas cosas. Solo he ido a almorzar dos veces a Slioscreige, pero en Navidad conseguí evitar las cenas y los bailes de celebración. No creas que fue fácil, mi hermana utilizó todos los argumentos que fue capaz de encontrar para tratar de debilitarme, pero al final tuvo que aceptar que soy inquebrantable cuando me lo propongo.

Capítulo 1

Lanerburgh, febrero de 1817

Desde la distancia, la figura de Craig McEntrie, al borde de los acantilados y montado sobre Fiadh parecía aún más imponente de lo normal. Hombre y caballo formaban una simbiosis casi perfecta mientras contemplaban el mar agitado con absoluta impasibilidad. Desde los acantilados de Lanerburgh, el mundo parecía reducirse a esa línea imprecisa donde el cielo se fundía con el agua en un murmullo de espuma y viento. El aire estaba impregnado de sal y las olas, rugiendo como guardianes inmóviles de esa costa eterna, advertían del peligro. La luz cálida y sesgada de la tarde llenaba el paisaje de tonos dorados, cubriendo las Tierras Altas con un suave y melancólico resplandor. Los prados se extendían verdes y apagados hasta el borde mismo del acantilado y ondeaban con la brisa invernal. Pero era el cielo, encapotado en una danza de grises y violetas, el que advertía de una posible tormenta. Si quería ir a la granja de las McLaughlin mejor que no perdiese más tiempo. Acarició suavemente el lomo de Fiadh y maniobró para llevarlo hacia el camino. A su espalda dejaron *Slioscreige* que se alzaba en la distancia, severo y silencioso. Sus torres se recortaban contra el cielo oscuro, como sombras de un pasado que se resistía a desvanecerse. Era un lugar tan antiguo como las mismas rocas sobre las que se asentaba. Cuando pensaba en eso, se sentía viejo como esas piedras. Sonrió, la melancolía nunca fue su compañera y no iba a empezar ahora. Se encogió de hombros, todavía sentía el vigor propio de su estirpe corriendo por sus venas. El día en que se convirtiese en un viejo achacoso, empezaría a lamentarse. Aún no había llegado ese día.

Le apetecía un trote tranquilo que no lo sacase de sus pensamientos. Tenía que decidir si era el momento ya de vender a Dubhshìth o si era mejor esperar a después del verano. Unos minutos más tarde escuchó los cascos de un caballo que se acercaba al galope en dirección contraria y se apartó para dejarle más espacio de manera instintiva.

Liam lo reconoció enseguida y tiró suavemente de las riendas para frenar a su montura sin brusquedad y sonrió al tiempo que lo saludaba con un gesto al detenerse.

—Parece que tienes prisa —dijo Craig torciendo una sonrisa.

—Iba hacia *Slioscreige* para hablar contigo precisamente. La providencia está de mi lado.

—Yo voy hacia la granja de Olivia, ¿es muy largo lo que quieres hablar?

—Te acompaño hasta allí y te lo cuento.

Craig asintió y Liam se situó a su lado antes de retomar el camino.

—Ya sabes que este año nos corresponde organizar los Juegos —dijo con un deje de disgusto—. Mi padre está entusiasmado, cosa que no logro entender, pero bueno, no es eso de lo que quiero hablarte. Al hacerlos en primavera, coincidirán con la feria de ganado y quería saber si vais a participar. Si me dices que sí, aceptaremos el ofrecimiento que nos han hecho de organizar ambos eventos en nuestras tierras.

—Vaya, qué detalle —se mofó Craig—. No lo he decidido aún, tengo algunas dudas al respecto.

—¿Cuándo lo sabrás?

Craig lo pensó unos momentos antes de responder.

—Dame un par o tres de semanas.

—Los Juegos serán en marzo y hay mucho que organizar, Craig, ya lo sabes.

—Está bien, lo hablaré con los muchachos en la cena y a ver si podemos decidírnos esta misma semana. Ven, si quieres, así te enteras de primera mano.

—No puedo —gruñó.

Craig lo miró divertido.

—¿Otra encerrona de tu madre? —Soltó una carcajada al ver que torcía el gesto—. Esa mujer es incombustible.

—No lo sabes tú bien. Da igual lo que diga o haga, ella sigue erre que erre.

—Hay un modo de que pare.

Liam lo miró con inquina, pero no respondió.

—¿Quién es esta vez?

—Iona MacKenzie.

—¿Iona? —preguntó sorprendido—. ¿Cuántos años tiene?

—No los suficientes —afirmó con desagrado—. Mi madre debe pensar que soy un inmaduro porque siempre escoge jovencitas para tentarme.

—¿Has probado a decirle el tipo de mujer que te gusta? Seguramente le ahorrarías quebraderos de cabeza.

Liam desvió la mirada ceñudo.

—En serio, muchacho, echa el lazo de una vez. Cumplirás treinta y dos este año, te lo estás pensando demasiado. No digo que hagas como yo —dijo con una sonrisa torcida—, pero tampoco te vas a hacer monje, ¿no?

—Es una decisión importante —dijo bajando el tono—. Drástica y definitiva. Toda la vida es mucho tiempo como para equivocarse.

—¿De verdad no ha habido ninguna que te haya hecho dudar?

—Soy demasiado perfeccionista —musitó.

—¿Qué?

Craig lo miraba interrogador y Liam no tenía a mucha gente con la que hablar de aquello. Kenneth solía burlarse de él y aprovechaba cualquier cosa que le dijese para utilizarlo en su contra en el peor momento.

—Siempre les encuentro algún defecto.

—¿No será que se los buscas?

—Claro que se los busco, ya te he dicho que es una decisión demasiado trascendental como para tomársela a la ligera.

—¿Qué tipo de defectos?

—De toda clase: personalidad, físico, de pensamiento... Siempre hay algo.

Craig entornó los ojos mirándolo con más atención.

—Eso es porque nunca te has enamorado.

—¿Cómo voy a enamorarme? Cuando conozco a una mujer, la analizo como si fuese un perro pastor, buscando sus debilidades y fortalezas. —Bajó el tono, desviando de nuevo la mirada—. Tiene que ser perfecta.

—¿Por qué? —preguntó Craig con sincera curiosidad—. ¿Por qué tiene que ser perfecta? ¿Acaso tú lo eres?

Liam lo miró ceñudo.

—No.

—¿Entonces? ¿Por qué ella habría de serlo? —Se encogió de hombros—. El amor no tiene nada que ver con la perfección, muchacho. De hecho, la perfección no existe y está

bien que sea así. La vida sería muy aburrida si supieras lo que puedes esperar exactamente de la persona con la que has decidido compartir tu vida.

Liam se frotó el mentón con expresión pensativa. Había visto lo que les había ocurrido a todos y cada uno de los McEntrie, pero estaba convencido de que eso no podía pasarle a él. Había algo que no funcionaba en esa parte de su cerebro, la que rige la posibilidad de enamorarse. Solo se había sentido verdaderamente atraído por una mujer, Rowena Sinclair, pero en cuanto Kenneth puso sus ojos en ella, desapareció de su mente por completo, aunque aún se burlasen de él esos malditos hermanos.

El camino se dividía en dos direcciones y detuvieron sus caballos.

—¿Me avisarás cuanto antes de si vais a participar en la feria esta primavera?

—Es una pena que no puedas venir a cenar, así podrías dar tu opinión al respecto.

—Como si a los McEntrie les importase mi opinión —dijo llevando a su caballo hacia el camino de la izquierda—. Intenta que se resuelva cuanto antes, Craig.

—Tranquilo —dijo dándole la espalda.

Liam apretó los muslos azuzando a su caballo y se alejó al galope.

Ceit lo vio entrar en casa y corrió a agarrarse de su brazo.

—Mamá ha ordenado que te preparen un buen baño en cuanto llegaras. Y tienes la ropa sobre la cama —sonrió divertida.

—Eres mala, te alegras de mi desgracia.

—¿Desgracia? —lo miró incrédula—. Iona MacKenzie es una joven preciosa y muy dulce.

—Es más joven que tú —dijo soltándose de su brazo para subir las escaleras de dos en dos.

—Cierto —afirmó su hermana corriendo tras él—. Pero eso se arregla con el tiempo.

Liam la miró con una sonrisa irónica.

—¿Desde cuándo te has vuelto tan cínica?

—No soy cínica, soy realista. Si esa es tu única queja, me quedo más tranquila.

—No sabía que te preocupase mi vida amorosa.

—¿Vida amorosa? Tú no tienes de eso.

Liam entró en su dormitorio con Ceit pisándole los talones. Se quitó la chaqueta y la tiró sobre la cama y después se desanudó el pañuelo del cuello que siguió el mismo camino.

—Estás tirando la ropa usada sobre la limpia —dijo su hermana, apartando las prendas para que no se tocasen—. Mamá la ha perfumado.

Liam puso los ojos en blanco, pero no dijo una palabra y empezó a quitarse las botas.

—Papá quería hablar contigo de algo antes de la cena.

Su hermano la miró incrédulo.

—¿Y me lo dices ahora? —Volvió a ponerse la bota.

—Puedes ir después. De hecho, mejor que vayas cuando ya estés listo, así no tendrás excusa para no acicalarte.

—Yo no me acicalo —dijo volviendo a ponerse la chaqueta, aunque dejó el pañuelo.

—Liam... —Lo siguió de nuevo al ver que salía del cuarto—. Llegarás tarde a la cena.

De nada sirvieron los intentos de Ceit para que hablase con su padre después del baño, la dejó con la palabra en la boca y cerró la puerta del despacho sin miramientos.

—Ya estás aquí —lo recibió su padre poniéndose de pie—. ¿Qué ha dicho Craig?

¿Venderá algún caballo en la feria?

—Aún no lo sabe, lo hablarán esta noche en la cena.

—Bien. Sentémonos —dijo señalando los sofás.

Liam tomó asiento y esperó.

—Kiefer ha estado aquí esta tarde.

Liam no se llevaba nada bien con su tío y se alegró de que hubiese ido a visitarlos cuando él no estaba.

—Está en serios problemas y me ha pedido ayuda.

—Quieres decir que te ha pedido dinero, como siempre.

—Esta vez es peor, Liam. Si no lo ayudo podría perder la casa.

El otro gruñó algo ininteligible con los dientes apretados.

—Pero se trata de mucho dinero y no estoy seguro de que... —hizo una pausa tensa.

Liam negó con la cabeza, no los recuperarían casi con total seguridad.

—Por algo el abuelo te nombró heredero a ti, en lugar de a su primogénito.

—Cosa que Kiefer jamás me ha perdonado.

—Él se lo buscó por ser despilfarrador y estúpido.

—¡Liam! Es tu tío, no hables así de él.

Apretó los dientes para no responderle a su padre y respiró hondo buscando tranquilizarse.

—¿Hay algo que podamos hacer para ayudarle sin gastar tanto dinero?

—Podríamos hablar con Catriona —dijo Malcolm sin demasiado entusiasmo.

—No podemos meterla en esto. Bastante dinero se gasta ya por su culpa.

—Es su esposa.

—Por desgracia para ella.

Malcolm suspiró dejando que el aire saliese con un soplo.

—Entonces no queda otra que pagar nosotros y esperar que ocurra un milagro que haga que mi hermano se comporte como un hombre decente.

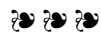
—Hablaré con él —dijo su hijo malhumorado.

—Ni se te ocurra. Te sacaré de tus casillas y no quiero que llegue el día en que mi hijo le dé una paliza a su tío, por mucho que se la merezca. Lo que quiero es saber tu opinión sobre si podemos prescindir de tanto dinero ahora. Sé que estás muy ilusionado con la idea de ampliar nuestro ganado con esas merinas, no quiero que esto estropee tus planes.

Liam llevaba casi un año preparándose para conseguir sus primeras ovejas merinas. Había acondicionado un establo especialmente para ellas. Las ovejas merinas eran originarias de España y estaban acostumbradas a climas cálidos y secos, no sobrevivirían al duro invierno de las Highlands si no tenían un lugar en el que resguardarse y donde pudieran estar secas. Para no tener que traerlas desde España, había contactado con varios propietarios en Inglaterra y les habría ofrecido una buena cantidad de dinero por comprarles parte de su ganado. Prácticamente lo tenía todo listo para que, en cuanto llegase la primavera y el clima se suavizase, se produjese el traslado de tres carneros para la reproducción y diecisiete ovejas, que formarían su primer rebaño de merinas. Se mordió el labio pensativo. Había gastado mucho dinero en ese proyecto, pero no tanto como lo que iban a darle a su tío.

—Catriona se enfadará si se entera de que no hemos contado con ella —dijo su padre antes de que él dijese nada.

—Bastante tiene con aguantarlo.
—Tu madre dice que su vida ha mejorado mucho en estos últimos años. Ellas hablan de sus cosas, ya sabes cómo son las mujeres.
—Pues no, la verdad.
Malcolm sonrió cómplice.
—No es para tanto, hijo. Tu madre solo quiere ayudarte.
—Ojalá comprendiera que no me ayuda en absoluto. Lo único que consigue es ponerme en evidencia una y otra vez.
—Mira Alistair. Tu hermano es feliz.
—Mi hermano siempre ha sido feliz. Mientras le dejen hacer lo que quiere...
—Georgina es una buena mujer y pronto nacerá su primer hijo. Tú podrías tener lo que él tiene, no creo que tu hermano se enamore perdidamente de su esposa, pero ahora la quiere.
Liam bufó con cansancio.
—Si tú también te pones de su parte, se me va a hacer insoportable vivir en esta casa.
—Que no, hijo, yo estoy contigo, ya lo sabes. Te apoyo incondicionalmente.
—Pues entonces no vuelvas a hablarme de esto, por favor.
—De acuerdo.
—¿Hay algo más que debemos hablar?
Malcolm negó con la cabeza y su hijo se puso de pie, dando por terminada la conversación.
—Entonces voy a darme un baño y a arreglarme para esa maldita cena.
—Liam...
Su hijo se apartó el pelo de la frente y bufó de nuevo al tiempo que asentía. Malcolm sonrió cuando se quedó solo hasta que la imagen de su hermano apareció de nuevo en su cabeza. Kiefer siempre le había dado quebraderos de cabeza, desde niños. Siendo el mayor debería haber sido su apoyo y, sin embargo, siempre fue al revés. Era él el que tenía que sacarlo de los líos en los que se metía constantemente, y los años que había ido cumpliendo no habían cambiado eso.
—Al menos ahora Catriona está bien —susurró.
Los malos tratos a los que había sometido a su esposa fueron una realidad insoportable para él. Catriona era muy querida por todos en la familia y no merecía un marido como Kiefer. Liam tenía razón, cuando supiera que ellos habían puesto el dinero para pagar la deuda, en lugar de pedírselo a ella, se enfadaría. Pero era su hermano y, en el fondo, se sentía responsable de él.
Decidido a no pensar más en todo eso durante el resto del día, se dispuso a seguir con lo que estaba haciendo cuando Liam lo interrumpió.



Hannah miraba la pieza de mármol en la que trabajaba y su expresión arrugada daba cuenta de su preocupación.
—No sé qué estoy haciendo —dijo con las manos en la cintura.
Olivialadeó la sonrisa impaciente.
—Qué pesada eres.
Su hermana se giró a mirarla sorprendida.

—¿Así es como piensas animarme?

—¿Animarte por qué? Siempre haces lo mismo. Dices que has perdido la inspiración, que no podrás con una nueva obra y luego... —Bufó antes de darse la vuelta para salir del taller con paso rápido—. Tengo mucho que hacer, no puedo perder el tiempo con estas tonterías.

—Perder el... —Hannah la vio desaparecer con expresión anonadada—. Serás...

Corrió tras ella y la alcanzó antes de que saliera de la casa.

—¿Qué te pasa?

—A mí no me pasa nada —respondió Olivia encarándola—. Eres tú la que no paras de quejarte.

—¿Cuándo me he quejado?

—Todo el tiempo, Hannah. Anoche en la cena, por ejemplo.

—Es que solo hablas de caballos y de los McEntrie.

—¿Y de qué quieres que hable? Yo no tengo viajes ni aventuras que contar. ¿Quieres que te relate las largas jornadas cuidando de nuestros padres? ¿O prefieres que me remonte a mis eximios dos años de casada?

Hannah suspiró al tiempo que se ponía las manos en la cintura. Con aquella ropa que se ponía y esa pose, parecía más un muchacho que una mujer adulta.

—Tienes que salir más —dijo la escultora.

—¿Salir adónde?

—A cualquier parte. Solo vas a *Slioscreige* o a caminar por ahí sola.

—Porque nunca estás para acompañarme. Creía que vivir juntas conllevaría hacer cosas juntas, pero te pasas el día encerrada en ese maldito taller.

—¿Maldito? ¿Por qué maldito? —Hannah la miraba sorprendida—. ¿Te molesta que tenga una profesión?

—No me molesta y lo sabes, siempre te he apoyado, pero creí... —Se detuvo moviendo la cabeza como si pensara que había hablado más de la cuenta—. Déjalo, no me hagas caso.

Hannah se dio cuenta entonces de las profundas ojeras alrededor de sus ojos.

—¿Te has estado saltando comidas? —La señaló de arriba abajo—. Has perdido peso.

La otra eludió su mirada y la pequeña de las hermanas se mordió el labio mortificada. Sin pensarlo, la abrazó con cariño.

—Lo siento, Olivia, soy una estúpida, no te he hecho mucho caso últimamente.

La otra recostó la cabeza en su hombro y suspiró.

—No te preocupes —susurró—. Sabía que sería duro volver, pero no pensé que me sentiría tan incómoda.

Hannah la apartó para mirarla.

—Te dije que no ocuparas la misma habitación.

—Lo sé.

—Cambiar las cortinas no es suficiente.

—Tenías razón. Como siempre.

—Trasladaremos tus cosas hoy mismo.

—No hace falta.

—Claro que hace falta. Hay una estancia preciosa al final del pasillo. No es tan grande, pero tampoco necesitas tanto espacio para dormir. Y las vistas son magníficas.

—No voy a dar trabajo innecesario al servicio.

—Para eso les pagas.

—Les pagamos —sonrió Olivia.

—Lo haremos nosotras. —La señaló—. Puedo dejarte uno de mis pantalones.

La otra tuvo que sonreír.

—Estaría divina vestida como tú.

Hannah se miró y luego encogió los hombros.

—Algún día las mujeres os daréis cuenta de lo cómodo que es llevar esta ropa y no querréis otra cosa.

Olivia miró su camisa y negó con la cabeza. Aún recordaba lo mucho que la escandalizó al principio. Hannah siguió su mirada y sonrió.

—Ya no se marcan —dijo sabiendo lo que estaba pensando.

—¿De verdad es más cómodo llevarlas vendadas que usar un corsé?

—La venda es suave y solo la uso para que no te sonrojes si alguien nos visita. El corsé es una tortura y me niego a usarlo. Tengo pechos pequeños, alguna ventaja tenía que tener.

Olivia no se acostumbraba a su desparpajo.

—¿Y los pantalones? ¿No te molestan... ahí? —señaló con disimulo.

Hannah los movió para que viera lo anchos que eran.

—En absoluto, pero ya te he dicho muchas veces que puedes probarlo cuando quieras.

—No, gracias.

Hannah se encogió de hombros y de pronto sus ojos brillaron con picardía. Olivia frunció el ceño.

—¿En qué estás pensando?

—En Craig McEntrie. Me gustaría ver su cara si te viese con pantalones y sin corsé. Creo que se caería del caballo.

—Pues no corre ningún peligro.

—Tenemos que sacarte de ese dormitorio si queremos que dé el paso.

—¿De qué estás hablando?

Hannah se cruzó de brazos en una pose suya muy característica.

—No te hagas la tonta conmigo. Llevamos seis meses en Lanerburgh, no entiendo cómo no te lo ha pedido aún. Está claro que estáis en perfecta sintonía.

Olivia empalideció.

—No digas tonterías. —Se puso la capa para salir al exterior y el frío la golpeó en la cara cuando abrió la puerta—. ¡Qué ganas tengo de que llegue la primavera!

Hannah se puso su enorme abrigo masculino antes de seguirla.

—Soy tu hermana, a mí no puedes engañarme.

—Lo que eres es tonta, eso eres. Craig es un buen amigo, nada más.

—Nada más hasta que dé el paso. Si es que se quita esa coraza que tiene. —Dio unos saltitos para colocarse delante de ella—. Podrías darlo tú.

Su hermana se detuvo en seco y la miró severa.

—¿Quieres meterme en un problema? Necesito a los McEntrie y lo sabes.

Hannah amplió su sonrisa.

—Deja de sonreír.

—¿Por qué?

—Porque... —Bufó de nuevo—. Escúchame, Hannah, Craig y yo somos amigos. Es cierto que me siento cómoda con él y que...

—No hagas eso —la cortó su hermana.

—¿Que no haga el qué?

—Esto. —La señaló con ambas manos—. Fingir conmigo.

—Yo no...

—Hemos pasado muchos años separadas, pero sigo siendo yo y te conozco demasiado bien como para caer en tus patrañas. Sé perfectamente que tus sentimientos por Craig McEntrie van mucho más allá de una amistad.

Olivia la miró con una mezcla de enfado y temor en sus ojos.

—¿Qué tiene de malo? Sois dos personas adultas, sin compromiso y... —Se detuvo al ver que su hermana retorció las manos y se mordía el labio, nerviosa.

—No sabes lo que dices —musitó Olivia al fin—. No quiere volver a casarse.

—Eso son cosas que...

—No, Hannah, Craig no se casará de nuevo. Tú no lo entiendes, pero sé que habla en serio.

Hannah frunció el ceño.

—¿Habéis hablado de esto?

—Hablamos de muchas cosas. —Retomó el camino hacia las cuadras apretando la capa contra su pecho—. Jamás volverá a casarse, lo juró sobre la tumba de su última esposa.

—Si se enamora...

—No se enamorará. Craig McEntrie es de esa clase de hombre.

—Hablas de él como si fuese un dios del Olimpo. Craig McEntrie es un hombre de carne y hueso.

Olivia negó con la cabeza, no quería hablar de ese tema, pero sabía que si a Hannah se le metía una idea en la cabeza, solo podía neutralizarla siendo sincera. Volvió a detenerse, no quería que los mozos la oyeran.

—No va a casarse ni conmigo ni con nadie, Hannah, y si sigues por este camino me vas a causar serios problemas.

—¿Cuántos años han pasado desde la muerte de vuestros respectivos esposos? ¿Veinte? ¡Eso es una eternidad! No queda nada de ellos en este mundo. Nada, Olivia.

—No me gusta que hables así. Le quitas importancia a nuestros sentimientos.

Hannah sonrió con ternura.

—¿Eso crees? —negó con la cabeza—. Sé que amaste mucho a Kiefer y también sé que siempre lo llevarás en tu corazón, pero no puedes enterrarte en vida por su recuerdo. Y Craig tampoco. La vida continúa y es un desperdicio que la dejéis pasar como si vuestra única razón de ser fuese seguir respirando.

—Tiene gracia que esto lo digas tú, precisamente —dijo Olivia pasando al ataque.

Hannah frunció el ceño sin comprender.

—Deberías casarte.

—¿Qué has dicho? —Hannah soltó una carcajada.

—Me has oído perfectamente.

—No digas tonterías.

—Te volverás una amargada.

—Me amargaría si tuviera que aguantar a un hombre a mi lado.

—No sabes lo que dices.

—Ya lo creo que lo sé. He tratado con muchos hombres, Olivia. Trabajo en un mundo de hombres y te aseguro que no quiero a ninguno diciéndome lo que puedo o no puedo hacer.

—Tú solo has conocido artistas. Hablo de un hombre de verdad.

Su hermana volvió a cruzarse de brazos.

—¿Un hombre de verdad? —Se rio.

—Sí, uno que tenga los pies en el suelo y no en la luna.

—Parece que has pensado mucho en esto.

—En estos años has cambiado, Hannah.

La otra frunció el ceño, visiblemente confusa.

—Claro que he cambiado.

—No quiero que te vuelvas una cínica amargada. Me gustaba mucho mi hermana pequeña.

—¿Ya no te gusto?

—No es eso y lo sabes. Siempre fuiste especial, diferente, pero nunca vi la menor amargura en tus ojos. Eras alegre y tremendamente divertida. Muy distinta a mí.

—Sigo siendo distinta a ti —musitó la otra desviando la mirada.

Olivia sacó la mano de dentro de la capa y la posó sobre una de las suyas.

—¿Qué pasó en Italia?

—Viví muchos años allí, pasaron muchas cosas.

—Sabes a lo que me refiero. Alguien te hizo daño y está claro que fue un hombre.

Hannah torció su sonrisa con una mirada burlona.

—Lees demasiadas novelas románticas, hermanita. No soy de las mujeres que atraen a los hombres, ya deberías saberlo a esas alturas.

Olivia seguía escudriñándola con los ojos, pero estaba claro que Hannah no quería hablar de ello. No entendía ese empeño que tenía desde niña para menospreciarse. Quizá no fuera una belleza, pero ella sabía su atractivo que iba más allá de unas facciones simétricas y bien proporcionadas. Tenía una personalidad tan arrolladora que era capaz de transmitirla a su rostro, haciendo que se llenara de expresividad. Podías sentir tristeza, alegría, emoción..., cualquier cosa, con solo mirarla. Suspiró rindiéndose. Si había algo que seguía siendo igual en su hermana pequeña, era su absoluta invulnerabilidad cuando no quería abrirse a alguien. Solo hablaría cuando ella quisiera hacerlo y no serviría de nada insistir.

—Hagamos una cosa —pidió Olivia—, no nos metamos en la vida de la otra. Siempre hemos sido respetuosas con eso y me gustaría que siguiera siendo así. Lo que yo haga o deje de hacer con Craig McEntrie es solo cosa mía y tú puedes seguir soltera el resto de tu vida, si es lo que quieres. Ya no somos dos niñas que fantasean sobre su futuro. Tengo cuarenta y siete años, Hannah, pronto seré una anciana.

—Tú jamás serás anciana —dijo su hermana algo turbada.

—Hay demasiadas cosas de las que debo ocuparme ahora. Mi vida es mucho más agitada desde que vivimos en Lanerburgh y me encanta, que quede claro, pero no necesito complicármela más pensando cosas que no me harán ningún bien.

—Solo pienso en tu felicidad.

—Pues deberías ocuparte de la tuya, hermana —dijo sin acritud—. Mereces conocer el amor verdadero, así comprenderás que una promesa hecha a tu esposa muerta, es

inquebrantable.

Con una ligera sonrisa se alejó hacia las cuadras. Hannah soltó el aire en un suspiro y regresó a la casa. Antes de llegar, vio la figura de Craig McEntrie que se acercaba por el camino con paso tranquilo y se detuvo a esperarlo.

—Buenas tardes, Hannah —la saludó desde el caballo sin mostrar sorpresa por su indumentaria, aunque con ese abrigo pareciese un tejón escondiéndose en su madriguera.

—Buenas tardes —respondió ella con una sonrisa—. He dejado a Olivia en las caballerizas. ¿Te quedarás a cenar?

—No puedo. Esta noche tenemos que tomar algunas decisiones. Acabo de ver a Liam y quiere saber si participaremos en la feria de ganado antes de comprometerse a organizarla. Los Fraser se encargarán de los Juegos este año y me da a mí que a Liam no le apetece ocuparse de las dos cosas —dijo sonriendo burlón.

Hannah asintió pensativa.

—Aún es pronto para nosotras, pero creo que estaría bien ver cómo funcionan esas ferias y aprender para el futuro.

—Oh, tranquila, la feria se celebrará igual, la duda es si se hace al tiempo que los Juegos o no. Organizar las dos cosas es mucho trabajo y entiendo que Liam no esté entusiasmado con la idea.

Hannah no conocía mucho a Liam Fraser, lo había visto varias veces en Slioscreige, pero apenas habían cruzado un par de frases.

—Supongo que tú participas en los Juegos —dijo burlona.

—Todos lo hacemos.

—Será divertido verte levantar un tronco.

Craig frunció el ceño.

—¿Crees que no puedo?

—¡Oh! Estoy segura de que aún hay muchas cosas que puedes hacer, Craig.

—¿Y esa sonrisa? —preguntó con relativa curiosidad.

—¿Sonrisa? ¿Qué sonrisa? —Hannah caminó hacia la entrada y subió los peldaños sin volverse—. Adiós, Craig.

Capítulo 2

Olivia se había arremangado y cepillaba a una de las yeguas con maestría cuando Craig entró en las caballerizas. Tenía el pelo revuelto y tarareaba una cancioncilla distraída. Estaba tan concentrada en lo que hacía que no se percató de que el escocés estaba detrás de ella hasta que percibió el olor del jabón con el que lavaban la ropa en *Slíoscreige*.

—¡Craig! —exclamó girándose sobresaltada—. ¿Cuánto hace...?

El escocés tenía los brazos cruzados y se apoyaba indolente en una de las vigas que sustentaban el techo sobre sus cabezas.

—Siempre has cantado fatal —dijo sonriendo divertido.

Olivia se ruborizó perceptiblemente y se llevó las manos a las mejillas para tratar de refrescarlas, por lo que Craig soltó una carcajada.

—Ahora entiendo esos nubarrones que he visto al venir hacia aquí —siguió burlándose.

—Eres malvado, creía que estaba sola.

El escocés miró a su alrededor.

—Supongo que Angus y Seumas han salido huyendo.

Olivia lo miró con inquina y a punto estuvo de lanzarle el cepillo a la cabeza, pero finalmente optó por darle la espalda e ignorarlo.

—No te enfades, Livvy.

—¿Has venido a mofarte de mí o tu visita tiene algún motivo más interesante?

—He venido a revisar el potrero de monta, me ha dicho Dougal que está terminado y quiero asegurarme de que lo han hecho bien.

Olivia se alegró de estar de espaldas a él para que no viera su turbación. No estaba aún familiarizada con el proceso de apareamiento y era algo a lo que debería acostumbrarse si de verdad iba a dedicarse a la cría de caballos.

—Los caballos de tiro son grandes y quiero estar seguro de que podrán moverse. Si se sienten atrapados, pueden asustarse y hacerse daño.

—Es grande —dijo ella tratando de sonar indiferente.

—Prefiero revisarlo, si no te importa.

Olivia asintió y dejó el cepillo para acompañarlo. Se puso la capa antes de abandonar las cuadras.

Craig inspeccionó cuidadosamente el corral de monta y Olivia esperó impaciente.

—Lo han supervisado tus hijos, seguro que está bien.

El escocés siguió su escrutinio.

—Son cuatro travesaños y un montón de paja —insistió ella—, tampoco es que sea una obra de ingeniería.

Craig la miró burlón saliendo del cercado.

—Te asombrarían las situaciones que pueden darse en este lugar si no se construye correctamente. —Asintió antes de dar su veredicto—. Han hecho un buen trabajo.

—Les has enseñado tú, claro que han hecho un buen trabajo.

Volvieron hacia las caballerizas con paso tranquilo. A Olivia le gustaba pasear con él, el día era mucho mejor cuando tenían la excusa necesaria para hacerlo.

—Parece que la feria de ganado de este año se celebrará al tiempo que los juegos —explicó él.

—Sabía que los Fraser organizaban los Juegos, pero no que también se encargarían de la feria. Eso es mucho trabajo, ¿no?

—Muchísimo, me alegro de que solo nos propongan participar —sonrió aliviado.

—¿Vosotros? Con todos los caballos que nos cedisteis a nosotras y los que ya debíais tener encargados, no creo que os queden muchos ejemplares de tiro disponibles.

—No muchos, es cierto. La mayoría de nuestros animales son purasangre ahora, pero aún nos quedan algunos. No estaba seguro de si llevarlos a la feria o esperar.

—¿Esperar? —Lo miró ceñuda—. No lo dirás por mí.

—Podrían hacerte falta.

—¡Craig! —Se detuvo en seco—. No voy a cogerte más caballos. A saber cuándo recuperarás tu inversión en este proyecto. De ningún modo. Me apañaré con lo que tengo. Hicimos un buen estudio, y en cuatro o cinco años empezaremos a recoger los beneficios. Vende esos caballos, por favor, no hagas que me sienta aún más en deuda contigo de lo que ya estoy.

—Lo hablaremos esta noche durante la cena. A ver qué opinan los chicos.

Olivia sonrió afable. Confiaba plenamente en la sabiduría de los McEntrie.

—No deja de maravillarme esa familia que tienes. Es como un sueño hecho realidad. Para alguien como yo, que solo tengo una hermana y no he tenido hijos...

—No siempre fue fácil —le recordó él—. Tuve muchos malos momentos.

—Lo sé, pero mereció la pena.

—Desde luego —afirmó él con total seguridad.

—Daphne estaría orgullosa de ti.

—Esos muchachos valen su peso en oro —dijo suspirando—. Y te aseguro que hubo momentos en los que creí que no lo conseguirían.

—También han tenido mucha suerte con las mujeres que les han salido al encuentro. Tus nueras son tan maravillosas como ellos.

—O más —afirmó rotundo—. Doy gracias cada día por ellas.

—Y no hablemos ya de tus nietos. Esas criaturas son una bendición de Dios.

—¿Te has propuesto emocionarme?

—¿Emocionarse Craig McEntrie? —se sorprendió ella—. Eso me gustaría verlo.

—Hay pocas personas en este mundo que me hayan visto más emocionado que tú.

Olivia comprendió que se refería al entierro de Daphne y asintió con un pellizco en el corazón. Durante el resto del camino continuaron en silencio.

Ya en su caballo, Craig intentaba conseguir un sí por parte de su amiga, pero ella no parecía muy dispuesta.

—La condesa quiere que vayas, por eso te ha invitado.

—¿Qué pintamos nosotras en la mansión de los Sutherland?

—Sabes que no me gustan los bailes, Livvy, no puedes dejarme solo. Mis hijos se empeñarán en que socialice y cada día me fastidia más.

—¿Más? —Se rio ella—. ¡Como si eso fuera posible!

Craig sonrió también, Olivia tenía el don de hacerlo reír de manera espontánea e inesperada. Su risa era muy contagiosa.

—Nos haremos compañía mutua y, si hay que bailar, tendré con quién.

—Craig McEntrie, ¿me estás invitando a un baile? —preguntó sin dejar de reír.

Él se pasó la mano por la nuca al tiempo que asentía.

—Eso parece.

—Entonces haré lo posible por ir —dijo divertida—. Si logro convencer a Hannah, claro.



Augusta sostenía sobre sus piernas al pequeño Craig. Con solo dos años ya parecía sentir una irresistible atracción por el arte, aunque no exactamente como su madre desearía.

—No se coge por ahí, cariño, el pincel está lleno de pintura.

El pequeño sonrió satisfecho viendo su mano coloreada en azul. Sin dudarlo un momento la estampó sobre el lienzo y lo señaló orgulloso. Su madre no tuvo más remedio que aplaudirlo y, cogiéndole la muñeca, lo limpió con uno de sus trapos, aunque ya tenía la cara y la ropa pintadas con el arcoíris.

—Deje que me lo lleve —pidió Rhona divertida—. Vamos, Craig, hay que lavarte estas manos antes de almorzar.

El niño apretaba el pincel en su manita dispuesto a llevárselo y su madre accedió sin protestar, dándole un beso en la frente antes de entregárselo a la niñera. Observó la puerta al cerrarse tras ellos y luego volvió a fijar la mirada en el lienzo coloreado con dedos, pinceladas y restregones en diferentes colores. Suspiró con una sonrisa y se dirigió al mural en el que estaba trabajando. Antes de coger los pinceles, lo observó a cierta distancia. Había pintado las caballerizas y varios purasangres, bocetados en un pequeño lienzo que sostenía uno de los caballetes y que le servía como modelo. Las líneas de las figuras masculinas ya estaban trazadas, pero le cosquilleaban los dedos. Sonrió, había dibujado a los McEntrie en numerosas ocasiones y no necesitaba tenerlos delante para ello, pero, aun así, le ponía nerviosa no ser capaz de plasmar su esencia en esos dibujos y ahora que se había propuesto pintar un cuadro en su totalidad, eso la inquietaba. Se frotó las manos para que entrasen en calor y cogió el pincel con decisión.

—No digo que no me parezca bien, pero abrir un orfanato estando embarazada no creo que sea la mejor opción. —Rowena miraba a Lavinia negando con la cabeza.

—Buscaría ayuda.

—Tienes a Heather y hay mucho que hacer aquí —insistió su cuñada.

—Si te aburres, podrías montar una escuela para nuestros hijos —convino Elizabeth.

Augusta limpió la boca de Craig con una servilleta y se incorporó mirándolas a todas.

—¡Qué magnífica idea! —exclamó.

—Son muy pequeños —se rio Lavinia—. ¿Qué queréis que les enseñe?

—Cierto —afirmó Rowena—. Daniel, Nessa y Craig solo tienen dos años y son los mayores.

—Nessa y Daniel cumplirán tres muy pronto —apuntó Enid mirando a su hija orgullosa—. ¿Verdad, mi niña? En primavera serás toda una mujercita, ¿verdad que sí?

Elizabeth miró a Daniel con un pellizco en el corazón. Querría que el tiempo pasase más despacio, disfrutar de cada instante con ellos antes de que dejarasen de ser suyos.

—Creo que estoy embarazada —anunció Enid.

—¡Tía Enid! —Heather corrió a abrazarla—. ¿Cómo se llamará? ¿Es niño o niña? La

señora Perkins siempre decía que las mujeres se ponen muy feas cuando llevan una niña en la barriga, pero tú estás tan guapa como siempre.

—Eso no se sabe hasta que nace, cariño —dijo Enid acariciándole el pelo—. No hagas caso de esas cosas. Elizabeth estaba guapísima en el embarazo de Nuna.

Heather se giró a mirar a la pequeña que descansaba en los brazos de su madre.

—Es que Nuna es muy especial —dijo acercándose a ella para darle un beso en la frente—. Es la niña más bonita que he visto nunca.

Nessa levantó la mirada de su plato y la clavó en Heather.

—Yo soy bonita —dijo la pequeña y acto seguido se cruzó de brazos arrugando la boca con disgusto.

Heather se acercó a ella con una enorme sonrisa.

—Tú eres preciosa, Nessa, la niña más preciosa que he visto nunca —asintió con perspicacia.

—¿*Pesiosa* es bonita? —preguntó para asegurarse.

—A ti te gustan mucho las manzanas, ¿verdad?

La pequeña asintió.

—Y también te gusta mucho la crema de calabaza.

La niña asintió de nuevo, poniendo el pie en la silla mientras jugaba con sus propias manos.

—Las dos cosas te gustan, pero no son lo mismo.

Nessa negó con la cabeza.

—Pues eso es lo que pasa con Nuna y contigo. Las dos sois bonitas y preciosas de un modo distinto.

La pequeña frunció el ceño y Enid supo lo que iba a pasar antes de que...

—Yo *quero* ser la *manzanana* —dijo.

Heather no se sorprendió y asintió convencida.

—De acuerdo, tú serás la manzana —dijo regresando a su lugar en la mesa—, y Nuna será la crema de calabaza.

Nessa sonrió satisfecha y cogió la cuchara para seguir comiendo.

—La crema de calabaza es naranja —apuntó Daniel—. Nuna no es naranja.

Elizabeth contuvo la risa antes de girarse hacia Enid.

—¿De cuánto es el retraso? —preguntó.

—Ya sabéis lo exacta que soy, diría que estoy de un mes.

Sus cuñadas sonrieron y ella se acarició el vientre plano con ilusión.

—Me gustaría tener un niño. Y que se parezca a Lachlan.

—Todas hemos querido eso —dijo Augusta.

—¿Que se parezcan a Lachlan? —se burló Rowena.

—Muy graciosa —respondió su amiga—. Sed sinceras, os emocionaba tener a un pequeño McEntrie en los brazos.

Todas la miraron a punto de echarse a reír y Augusta movió la cabeza con expresión de falsa severidad.

—Estáis enfermas.

—De amor —dijo Enid suspirando.

—Vuestros hijos son pequeños, pero no están sordos —les recordó Lavinia viendo que los niños las miraban con interés.

—Terminemos de darles el almuerzo o llegaremos tarde al nuestro.

—¿Ya tenéis un nombre para él? —preguntó Dougal sirviéndose las verduras.
—¿Cómo que para él? —espetó Ewan—. ¿Y si es niña?
—Si es niño, se llamará Anthony y si es niña, Alison —respondió Lachlan.
—Todavía es pronto para esto —dijo Craig cogiendo su copa y levantándola—. Aun así, brindemos por los niños que vendrán y a los que recibiremos con los brazos abiertos.

Todos levantaron sus copas y bebieron entre risas.

—Con Heather ya hay siete niños en *Slioscreige* —dijo el patriarca orgulloso—. Si seguís con el ritmo que lleváis, el castillo se nos quedará pequeño en pocos años.

—¿No es eso lo que siempre habías querido? —preguntó Kenneth—. Además, los míos vivirán en mi casa.

—Querrás decir en nuestra casa —puntualizó Rowena.

—Por supuesto —dijo mirándola con calidez.

—Lleváis un mes durmiendo aquí —le recordó Dougal.

—Es algo puntual —aclaró Rowena.

—Ayudar a Olivia es un trabajo extra —le recordó su hermano—. Acabamos muy tarde y no quiero que Rowena cabalgue de noche con Caillen.

—Podríamos esperarte en casa —dijo ella.

—Entonces no os vería apenas. —Kenneth negó decidido y miró a Dougal ceñudo—. ¿Te molestamos?

El otro soltó una carcajada y le rellenó la copa de vino.

—Serás imbécil. Por mí podríais vivir aquí siempre, te lo he dicho un millón de veces.

Kenneth bebió de su copa y después sonrió burlón.

—Cinco yeguas no sé si serán suficientes —dijo Craig centrando el tema en la granja de caballos de Olivia McLaughlin.

—Le hemos cedido tres potrillos y dos sementales —apuntó Dougal—. Esos dos caballos harán un buen trabajo en primavera, padre, no te preocupes. Y, mientras las yeguas gestan, Olivia puede seguir entrenando a los potrillos y prepararlos para su venta futura o convertirlos en sementales y yeguas de cría. Le irá bien.

—A largo plazo —puntualizó Lachlan—. Los primeros tres o cuatro años va a tener que tirar de sus ahorros.

—Por eso no os preocupéis —dijo Elizabeth—. Es una mujer muy razonable y no ha gastado mucho durante estos veinticinco años. Dispone de una buena renta.

—¿Y Hannah? —preguntó Brodie—. Supongo que esas esculturas le reportan beneficios.

—Desde luego —afirmó Augusta—. No tendrán problemas de dinero. Hannah recibe más encargos de los que puede asumir. De hecho, el otro día mencionó que quizá en el futuro se anime a aceptar alumnos. Crear escuela con su estilo le permitiría aceptar más encargos.

—Yo creía que para ser maestro debías tener cierta edad —comentó Ewan mirando a su esposa—, pero tú dijiste que Lorenzo Ferri tiene treinta años.

—Lorenzo Ferri se hizo famoso siendo muy joven —respondió Bonnie—. En el arte, la edad no cuenta.

—Lástima que Hannah no habla nunca de él —dijo Augusta—. Por más que le pregunto, siempre me da respuestas escuetas o cambia de tema.

—No debe ser fácil estar a la sombra de un genio en cualquier ámbito —comentó Bonnie pensando en Chisholm—. Mi hermano dice que cuanto mayor es el artista, más difícil es en el trato cercano.

—Yo no entiendo de arte —dijo Dougal—, pero he visto alguna de las esculturas de Hannah y me parecen impresionantes.

Los demás asintieron.

—¿Creéis que por eso no se ha casado? —preguntó Enid con curiosidad.

—¿Por qué? —Dougal frunció el ceño—. ¿Por ser artista?

Enid asintió.

—Pues no lo sé, la verdad. Intimida un poco verla subida en ese andamio dando martillazos a una roca, pero he visto cosas peores —dijo el antiguo pirata pensando en mujeres corsarias que habían asustado a hombres con menos agallas que él.

—Yo creo que ella y ese maestro tuvieron algo —dijo Rowena con total desparpajo.

Sus cuñadas la miraron con severidad.

—¿Qué? Estamos en familia, no va a salir de aquí. Y no lo he dicho como algo malo, ya me conoces.

—Es cierto que los artistas viven de un modo distinto y más en Italia —comentó Lavinia—. Pero habéis dicho que tiene treinta años. ¿Cuántos tiene Hannah?

—Italia es igual que cualquier otra parte. Creo que tiene treinta y siete años. —Augusta dijo esto último mirando a Lavinia.

—Me parece a mí que a Hannah eso no le preocuparía —dijo Bonnie sonriendo—. Me da a mí que si hablase de su vida amorosa acabaría por sacarnos los colores.

—Cierto —afirmó Rowena sonriendo—. Es demasiado atrevida.

—Ha tenido una vida fascinante —dijo Lavinia—. Se marchó a Italia completamente sola y ha vivido allí diez años.

Brodie miró a su esposa con renovado interés.

—¿La envidias?

—Un poco —confesó ella—. Reconozco que me maravilla que sea tan independiente y que esté tan segura de sí misma.

—Tú eres muy independiente.

—Desde luego que no —dijo con una calidez que llegó hasta él como una caricia.

—No sé por qué os sorprende tanto —intervino Dougal enarcando una ceja—. Italia no se diferencia tanto de Escocia. Excepto en el clima. Y en la comida. Y quizá su gente es más abierta y más...

Todos lo miraron con expresión divertida y el mayor de los hermanos contuvo una carcajada.

—Vale, sí que es distinto, pero sabéis lo que quiero decir.

Nadie respondió a eso.

—Olivia sí que es muy distinta a su hermana —dijo Augusta fingiendo que su atención estaba en el plato—. Es una persona entregada y amable, ¿verdad, Craig?

—¿Qué? —El escocés no estaba prestando atención.

—Digo que Olivia es mucho más dulce que su hermana.

—¿Dulce? —Se encogió de hombros ceñudo—. Supongo, yo qué sé.

—¿En qué estabas pensando? —preguntó Caillen consciente de que algo le preocupaba.

—En lo de Liam que os conté anoche. Sigo sin tenerlo claro.

—Si no participamos en la feria, Liam no lo organizará, ya te lo digo yo —comentó Kenneth, que lo conocía bien.

—¡No me extraña! —exclamó Brodie—. Eso sería mucho trabajo.

—Yo diría que le hacemos un favor si no participamos —apuntó Brodie.

—Lo cierto es que sigo pensando que sería buena idea esperar para vender los *Clydesdale* que nos quedan —dijo Craig.

—Lo dices por Olivia —dijo Lachlan poniendo otro pedazo de carne en el plato de su esposa.

—He comido suficiente —dijo Enid sonriendo—. No vas a cebarme como la otra vez.

—Tienes que alimentarte bien, mira qué fuerte es Nessa gracias a mis cuidados.

—¿A tus cuidados? —Se burló—. Cualquiera diría que fuiste tú el que la llevó nueve meses en la barriga.

Lachlan la miró expectante y Enid cogió de nuevo el tenedor y el cuchillo para comer obedientemente.

—Olivia tiene suficientes caballos, ya lo hemos hablado —dijo Kenneth—. No es necesario que le guardemos los que nos quedan. Y no creo que a nuestras arcas le vengan mal unos pocos ingresos.

Todos miraron a Caillen interrogadores.

—Estamos bien —dijo escueto.

—Pero estaríamos mejor si... —Kenneth no terminó la frase a la espera de que él soltase prenda.

—Por supuesto, no nos haría daño un poco de flujo en esa dirección, dado que en los últimos meses hemos hecho un considerable gasto ayudándolas a iniciar la granja. Pero las últimas ventas de septiembre nos dieron un respiro hasta las carreras de los Juegos y luego llegan las de temporada y las ventas que tenemos previstas. No tenemos nada de lo que preocuparnos.

—Bien, me alegra oír eso —dijo Dougal—. Aun así, podríamos vender a Niamh.

Kenneth dejó el cubierto en el plato y lo miró con expresión burlona.

—¿Quieres hacer tratos con el conde?

—Ya sabéis lo que siempre os digo, el dinero no tiene nombre.

—Dougal, hablamos de Dòmhnall Baxter —dijo Lachlan.

El pirata torció una sonrisa.

—Quiere ese caballo lo bastante como para que le apretemos las clavijas y le saquemos una buena cantidad.

—No voy a venderle el caballo a Baxter —sentenció Craig atrayendo las miradas de todos—. Eso ya lo dejé claro.

Dougal lo miró entonces poniéndose serio.

—Estaba en tu despacho cuando tuvisteis esa conversación, padre. El conde es un hombre rencoroso y esto podría calmar las aguas. Nosotros sacaríamos una buena cantidad y él... él perdería el interés por esta familia de una puñetera vez.

—Que te lo has creído —dijo Kenneth mordiendo las palabras—. Nunca va a dejarnos en paz. No es de los que aceptan la humillación y se olvidan.

—Si consigue el caballo, sentirá que ha ganado —dijo Rowena con voz tensa—. Pero si no lo consigue...

Kenneth la miró con preocupación.

—¿Te ha molestado? —preguntó tenso.

Rowena desvió la mirada y los ojos de su esposo se abrieron sorprendidos.

—Maldito hijo de...

—Nos lo encontramos en Lanerburgh la semana pasada cuando fuimos con Olivia —explicó Rowena.

—No pasó nada —se apresuró a aclarar Elizabeth—. Solo fue un poco cínico con Olivia, pero nada que no pudiera enfrentar.

—¿Qué le dijo? —preguntó Craig, ceñudo.

Elizabeth miró a su suegro, evaluando por su rostro el grado de contención que debía imponer a su narración.

—Solo le preguntó por la granja.

La mandíbula de Craig se marcó potente y respiró hondo antes de hablar.

—Elizabeth...

Las dos mujeres se miraron.

—Dejaos de miraditas y soltad lo que sea. —El tono en la voz del patriarca no dejaba escapatoria.

—Mencionó tu ayuda y le preguntó... si ya teníais fecha para la boda. —Elizabeth carraspeó—. Pero Olivia lo manejó perfectamente y no permitió que fuese más allá de un mero comentario estúpido. Padre, ya sabes cómo es el conde, no se le puede tomar en serio.

Todos esperaban la reacción de Craig y este cogió su copa y apuró el contenido de un trago.

—No le venderemos ese caballo ni ningún otro —sentenció.

Dougal asintió conforme y los demás lo secundaron.

—Bonnie, ¿cuántos libros has comprado esta semana? —preguntó Lachlan tratando de calmar la tensa atmósfera.

—Ninguno.

Todos la miraron sorprendidos.

—¿Ninguno? —Kenneth enarcó una ceja.

—Mungo le envió un paquete hace tres días desde Auchencrow —explicó Elizabeth.

—¡Ah! —Kenneth se rio sin disimulo—. ¿Cuántos libros había en ese paquete?

—Tres.

—¿Solo tres?

—Mamá no le dejó enviarme más. —Sonrió—. Al parecer está celosa de nuestra biblioteca.

—No hagáis caso —intervino Ewan—, Rosslyn dejaría que se los llevase todos si se lo pidiera. Desde que Gabriel y ella se casaron, parece otra persona.

—Es feliz —afirmó Bonnie—. No sabía lo que era eso.

—Enid suspiró y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Enid... —Bonnie la cogió de la mano—. ¿Qué te pasa?

—No me pasa nada, es que es tan bonito que vuelvan a estar juntos después de todo lo que han pasado.

—¿Por qué siempre le da por ponerse llorona? —preguntó Ewan a su hermano.

Lachlan se encogió de hombros y luego miró a su esposa con tanta ternura que la hizo sonreír.

—Estoy bien. Ewan tiene razón, me pongo muy tonta cuando estoy embarazada. No me hagáis caso.

—¿Cuándo llega Gilleasbuig? —Caillen miraba a su cuñada con interés.
—En marzo —dijo Bonnie y su sonrisa desapareció como por ensalmo.
—¿Viene a llevarse nuestro whisky? —Dougal torció su sonrisa con evidente desprecio.
—Tenemos de sobra —dijo Kenneth, burlón.
—Ha hecho una gran fortuna gracias al alcohol —dijo Ewan—. Y en su carta dice que quiere convertirse en el mayor importador de whisky escocés de toda América. Al parecer, ha conseguido contratos de exclusividad en ciudades como Nueva York, Charleston o Boston.
—¿Pero viene a comprar whisky o a quedarse con nuestras destilerías? —insistió Dougal.
—¿A qué viene ese miedo? —preguntó Caillen—. Si tanto te preocupa, monta tu propia destilería.
—Puede que lo haga.
Elizabeth levantó levemente una ceja y Dougal se frotó la nuca bajando la mirada.
—¿Se alojará en Auchencrow? —preguntó Rowena.
Bonnie asintió.
—Me preocupa que interfiera en la vida de mi madre —confesó—. Pero es su hijo y no tengo derecho a intervenir.
—Rosslyn no está sola —le recordó Craig—. Tiene a Mungo ahora.
—Deberíais dejar de llamarle Mungo —dijo Ewan.
—A él no le importa —dijo Augusta.
—¿Se lo dices tú a Liam? —preguntó Craig a Kenneth cuando acabó el almuerzo y ya todos se dispersaban.
—Claro, siempre es un placer darle un disgusto —se burló—. Me encantará meter el dedo en la llaga.
—Podías ayudarlo.
—¿Yo? —Se señaló incrédulo—. Ni loco. Que se las arregle solito.

Liam miraba a su amigo con expresión impertérrita.
—Estás disfrutando.
—De lo lindo —afirmó Kenneth.
El otro negó con la cabeza, pero no iba a darle el gusto de ponerse a despotricar.
—¿Alistair te ayudará? —Hundió el dedo un poco más en la llaga.
—Claro que sí, justo antes de tirarse desde un terraplén con una de esas alas que se ha fabricado.
Kenneth no pudo contener la risa y el otro masculló algo ininteligible entre dientes. Lo cogió por los hombros y lo sacudió con fuerza.
—No es para tanto, idiota, puedes con ello.
Liam lo apartó sin miramientos y se dirigió hacia el mueble de las bebidas para servirse un whisky. Kenneth se sentó en una butaca esperando que le ofreciera un vaso, pero el otro bebió solo sin decir una palabra.
—No seas capullo, ponme a mí también.
—Póntelo tú —dijo caminando hacia el ventanal.
Kenneth tuvo que levantarse y servirse él mismo.
—Te ayudaré —dijo al fin.

Liam se giró a mirarlo con una ceja levantada.

—¿Tú?

Kenneth miró a su alrededor por si había entrado alguien en el salón sin que se percatase. Después se colocó a su lado frente al ventanal.

—Eres imbécil —dijo sin mirarlo.

—Estoy un poco harto, ¿sabes?

Su amigo lo miró ceñudo.

—¿De qué hablas?

Liam suspiró y después bebió un sorbo sin responder. Kenneth se dio cuenta de que no había nada de lo que reírse.

—¿Qué te pasa?

—Tienes un hijo que en unos meses cumplirá dos años.

Kenneth se giró para mirarlo.

—¿Estás preocupado?

Liam lo miró con los labios apretados y una expresión indescriptible.

—Quizá debería hacer caso a mi madre y casarme de una puñetera vez. —Apuré el contenido de su vaso de un trago.

—¿Con quién?

—Con quien sea —dejó el vaso en una mesa y se dejó caer en una butaca como un fardo de ropa vieja que alguien lanza por una ventana.

Kenneth bebió un sorbo contemplando el paisaje y después de unos segundos fue a sentarse también.

—Podrías hacerlo, sí.

Liam lo miró incrédulo.

—¿En serio?

Kenneth se encogió de hombros.

—Querría que encontrases a alguien que te hiciese explotar el corazón como Rowena hace conmigo, pero entiendo que te sientas frustrado y quieras tirar la toalla. Nunca has sido muy paciente.

—¿Qué no he sido paciente? Somos amigos desde hace años, si eso no es tener paciencia...

Kenneth sonrió divertido.

—Hay matrimonios concertados que acaban funcionando —siguió.

Liam se recostó en el respaldo estirando las piernas con dejadez.

—¿Quién sería? —insistió Kenneth—. ¿Iona MacKenzie?

—Tiene dieciocho años —dijo mirándolo con cansancio—. Lee folletines. Su curiosidad por lo que le rodea cabría en la cáscara de una nuez. ¿De qué hablaríamos? No sabe lo que es una oveja merina, pero es que tampoco le importa. Para ella todas son iguales. Se ríe, Kenneth. ¿Quién se ríe cuando le hablan de ovejas? ¿Dónde está la gracia?

—Quizá deberías tomar tú las riendas del asunto, en lugar de dejarlo en manos de tu madre.

—¿Quieres que me ponga a analizar candidatas? ¿Es eso lo que me estás diciendo? ¿Sabes todo el trabajo que tengo? Y ahora encima esto. Tenía la esperanza de que me ayudarais no participando.

Kenneth dejó escapar el aire de un soplido.

—Necesitamos un poco de liquidez.

—Si no fueseis tan altruistas —masculló enfadado.

—Tienes que invitar a Olivia a la feria. Es bueno que se familiarice con el tema y que haga buenos contactos.

Liam enarcó una ceja.

—¿Bueno para quién?

—Para ellas y para nosotros.

Su amigo se tapó los ojos, levantando el brazo y apoyándolo sobre ellos en actitud resignada.

—Es joven y me dará buenos hijos, supongo.

—Liam...

—¿Qué más se le puede pedir a una esposa? —dijo apartando el brazo y mirándolo sin expresión—. Que sea hermosa y joven y que nos dé muchos hijos, ¿no? Iona servirá.

—Eres imbécil.

—Este imbécil ya está hartó.

Capítulo 3

—¿Yo yendo a un baile en casa de los condes de Sutherland? ¡Ni lo sueñes! —Hannah cogió su copa para beber un sorbo de agua.

—¿Por qué no? Puede ser divertido. —Olivia sonrió burlona—. Tendremos mucho de lo que hablar después. Me fascina lo creativa que eres al describir el comportamiento de la gente. Cuando venías a visitarnos desde Borgosanto tus historias eran estupendas. Al igual que tus cartas. Si no hubieses escogido la escultura, habrías sido una magnífica escritora, querida hermanita.

—¡Qué pereza! —exclamó cortando un pedazo de pollo—. Todo el día sentada delante de una mesa. Eso no es para mí.

—A papá le gustaban mucho las noches de lectura, ¿te acuerdas?

Hannah asintió con tristeza.

—Era un hombre maravilloso —musitó.

Olivia asintió también.

—Y madre lo quiso muchísimo.

Hannah levantó la mirada de su plato.

—No empecemos.

—¿A qué?

—A hablar de cosas tristes. ¿Qué te dijo Craig exactamente?

Olivia frunció el ceño pensativa.

—Pues que no quiere ir solo a ese baile. No le gusta socializar. En eso se parece a ti.

—Pero ¿fue una invitación, invitación?

—¿Qué quieres decir?

—Ay, Ollie, no te hagas la tonta, ya sabes lo que estoy preguntando.

La otra lo pensó de nuevo antes de contestar, no quería que su hermana elucubrara sin fundamento.

—Le pregunté directamente si me estaba invitando a un baile. —Se encogió de hombros—. Dijo que sí.

La sonrisa transfiguró el rostro de Hannah y sus ojos brillaron como dos luminarias.

—¡Lo sabía!

—No empieces —repitió la mayor.

—¡Está interesado!

—¡Hannah! —Miró a su alrededor como si alguien pudiese oírlas.

No tenían mayordomo ni lacayos, tan solo una cocinera y dos criadas que en ese momento estarían en la cocina cenando también. Las hermanas Wyndham eran de gustos sencillos y costumbres relajadas. La cena se colocaba en la mesa y ellas se servían lo que querían sin protocolo. Cuando terminaban, accionaban el tirador de la campanilla para que en la cocina lo supieran y pasaban al saloncito contiguo para leer, bordar o simplemente charlar hasta la hora de retirarse. Así había sido en Londres y Hannah prefería no inmiscuirse en las costumbres arraigadas de su hermana, amoldándose a ellas sin demasiado esfuerzo cuando cenaban juntas. Porque muchas noches Hannah comía cualquier cosa en el taller y se retiraba entrada la madrugada.

—Me alegraría mucho por ti —dijo la pequeña, sincera—. De verdad que sí. Craig me cae bien y su nuera dibuja maravillosamente.

Olivia soltó una carcajada.

—¿Qué? —se sorprendió la otra riendo contagiada—. ¿Qué he dicho?

—Tiene seis hijos y tú mencionas a una de sus nueras como si fuese obra suya.

—A sus hijos no los conozco mucho.

—¿Y a ella sí?

Hannah asintió con ligereza.

—He visto sus dibujos.

Olivia negó con la cabeza.

—Eres única, Hannah.

—¿Qué? ¿No sabes que ver la obra de un artista es su mayor revelación? Ahí ponemos todo lo que no dejamos que los demás vean de nosotros. Augusta es una mujer increíble y sus dibujos así lo muestran. Es capaz de ver mucho más de lo que la gente expresa. Así lo revelan sus trabajos y te aseguro que sé de lo que hablo.

—¿Y qué expresan los tuyos?

Hannah jugueteó con la comida mientras reflexionaba sobre ello.

—No lo sé —dijo sin doblez—. Nunca lo he sabido.

Olivia entornó los ojos tratando de averiguar lo que significaba aquella rotunda frase, pero su hermana cambió rápidamente de expresión y sonrió de nuevo abiertamente.

—Vas a tener que hacerte un vestido nuevo —se burló—. Los que tienes están pasados de moda.

El rostro de Olivia se crispó al instante.

—¡Odio hacerme ropa! —exclamó dejando el tenedor en el plato—. No había pensado en eso.

Hannah se rio a carcajadas. Iba a disfrutar mucho torturándola con ese baile.

—¿Y qué día dices que es? —preguntó.

—Dentro de tres semanas —afirmó su hermana, consciente de que pretendía disfrutar a su costa—. La modista va a tener que trabajar mucho para tener nuestros vestidos a tiempo.

Hannahladeó una sonrisa.

—Oh, no, a mí no me metas, ya te he dicho que no pienso ir.

—Entonces yo tampoco iré.

—Eso te funcionaba cuando tenía diez años, pero no te servirá ahora.

Olivia se encogió de hombros y luego se metió un pedazo de zanahoria en la boca, sin dejar de mirarla.

—Eres... —masculló Hannah.

—Aquí o nos reímos las dos o no se ríe nadie —sentenció la otra.

—¿Para qué quieres que vaya? Sabes que buscaré un lugar en el que esconderme y no me verás en toda la noche.

—¿Quién sabe? —Volvió a encogerse de hombros—. Quizá alguien consiga lo que yo no he conseguido nunca.

—¿Alguien como quién?

—No lo sé. Un caballero interesante al que le guste el arte y que tenga buena conversación.

—Olivia... —Negó con la cabeza con una expresión entre divertida e incrédula—. ¿Cuándo vas a dejar de hacer eso?

La otra frunció el ceño.

—No sé de qué me hablas.

—¿Recuerdas la primera vez que fui a un baile? Tenía diecisiete años y todavía creía las tonterías que decías sobre el amor y encontrar al hombre de mi vida.

Olivia enarcó una ceja con reticencia a dar su brazo a torcer.

—Que una vez no saliera bien...

—¿Una vez? —Hannah se rio a carcajadas—. Estuviste tres años dándome la tabarra.

—Cualquiera diría que te obligué.

—No me obligaste, pero solo aceptaba ir por...

Su hermana mayor la miró interrogadora y Hannah suspiró, no era ese el tema del que quería hablar.

—Siempre estabas triste —musitó—. Hacer de celestina te animaba.

—Ya veo. —Removió la comida con expresión pensativa—. Así que te sacrificaste por mí.

—Un poco —reconoció la otra con una tímida sonrisa—. Eso es lo que hacen las hermanas, ¿no?

—¿Tan malo fue?

—¿Malo? —Soltó una carcajada burlona—. Peor que malo. En tres años solo me sacaron a bailar una vez y ya sabes quién fue.

—Percival Ashford —dijo con tono pesaroso.

—Me dan escalofríos al recordarlo —siguió burlándose—. Ese hombre era un baboso repugnante al que le gustaban las niñas, por eso se acercó a mí.

Se puso las manos encima de los pechos.

—¡Hannah! —exclamó Olivia conteniendo la risa.

—¿Qué? Estamos solas, hermanita, y son mías, puedo tocarlas. ¿Tú no te tocas nunca?

—¡Claro que no! Qué cosas dices... —El rubor tiñó sus mejillas por completo.

Hannah frunció el ceño.

—¿Me estás diciendo que llevas...? —Hizo el cálculo mental—. ¿Veinticinco años sin...?

Ahora fue Olivia la que la miró ceñuda.

—¿Sin qué? —preguntó confusa.

Hannah la observó unos segundos para cerciorarse de que en verdad no sabía de lo que le hablaba. Suspiró pensativa, no estaba segura de que su hermana estuviese preparada para aquella conversación.

—Hannah... —Olivia la miraba expectante.

La otra cogió su copa para beber un sorbo de agua y darse tiempo para pensar un poco más.

—¿Tú nunca...? —Carraspeó ligeramente—. ¿No tienes prácticas... solitarias?

La otra frunció el ceño cada vez más confusa.

—¿Prácticas solitarias? ¿De qué estás hablando?

—Olivia, no es posible que no sepas nada de... —Respiró hondo y se desprendió de toda prevención—. Te estoy hablando de dar rienda suelta a tus pasiones naturales. De tocar tu propio cuerpo.

Olivia abrió los ojos y la boca con total sorpresa.

—¡Hannah! —exclamó y la otra tuvo que contener la risa al ver que su rostro se encendía como una antorcha—. Eso es... No puedo... Tú no...

—Oh, ya lo creo que sí —afirmó la escultora—. Te aseguro que una vez que lo pruebas...

—¡Hannah! —Volvió a exclamar horrorizada.

La otra rompió a reír a carcajadas al ver la enorme turbación que mostraba su hermana mayor.

—Has estado casada, no puede ser que esto te escandalice.

—¿Qué tiene eso que ver?

—Sabes lo que es el placer y cómo funciona tu cuerpo...

—No se habla de estas cosas. —Movi6 la cabeza como si pudiera negar lo evidente.

Hannah frunci6 el ceño mirándola con fijeza.

—Olivia... ¿Tu esposo y tú...?

La otra desvi6 la mirada y sus mejillas seguían ardiendo como teas encendidas. Hannah se levant6 de la silla en la que estaba sentada y fue a ocupar la que estaba a su lado. Le cogió la mano con cariño y se la apret6 entre las suyas.

—Olivia, mírame.

La otra obedeci6 reticente, pero en el fondo de su mirada podía verse cierta chispa de curiosidad.

—Sé que Kiefer estaba muy enfermo, pero él... —No encontraba un modo delicado de preguntar aquello—. ¿Consumasteis el matrimonio?

—Por supuesto —afirm6 Olivia con demasiada rotundidad.

—Puedes hablar conmigo, soy tu hermana y jamás saldrá de aquí lo que me cuentes.

Olivia cogió aire como si se estuviese ahogando y luego lo soltó con un largo y correoso suspiro.

—Solo lo intentamos una vez —musitó—. Dos noches después de nuestra boda.

—¿Una vez? —Hannah trat6 de no dotar a su voz de expresión, aunque le result6 difícil conseguirlo.

Olivia se soltó de sus manos y se acomod6 el peinado en un gesto nervioso.

—Kiefer estaba muy... débil. No... podía.

Hannah cerr6 los ojos un instante. Recordaba a su cuñado perfectamente. Un hombre bueno y dulce que siempre la trat6 con cariño.

—Él me quería, Hannah, yo sé que me quería —musitó Olivia con pesar.

—Claro que te quería.

—Sufría mucho por no... poder. —Se mordió el labio—. Esa única vez no fue... satisfactorio. Eso lo mortificaba. Él sabía que yo ansiaba tener un hijo suyo, eso me habría ayudado cuando...

—No quiero que te pongas triste, Ollie, siento haber sacado el tema.

—Nunca he hablado con nadie de esto —dijo como si al hacerlo sintiese cierto alivio—. Al principio pensé que él mejoraría con mis cuidados y que habría tiempo, pero fue todo lo contrario. Cada vez estaba más débil. —Sonrió con tristeza—. Soy tan ne6fita en este tema como puedas serlo tú, hermana. Como ves, el hecho de estar casada no hizo más que una pequeña diferencia. Tuve una noche de intimidad con mi esposo, pero lo cierto es que fue muy rápido, doloroso e inc6modo. No guardo un buen recuerdo de aquello.

—¿Y tú no...? —Buscó las palabras con tacto—. ¿No has buscado el modo de...

satisfacerte?

—Ay, Hannah, no hables así —pidió—. Esas cosas son pecado. Se te puede caer el pelo y enfermarte.

—Eso no son más que patrañas. No hay ningún mal en autosatisfacerse.

—¡Hannah, por Dios!

—Tú nunca has sido una beata, Ollie, no me creo que pienses eso. Estoy segura de que tu cuerpo te habla, no hay nada de malo en escucharlo de vez en cuando.

—¿De vez en cuando? —preguntó sorprendida—. Hablas como si lo hicieras... a menudo.

Hannah sonrió abiertamente.

—Y lo hago.

—¡Hannah!

—Vas a gastarme el nombre esta noche —se burló levantándose para regresar a su silla—. No quería secarme por dentro. Dios y nuestros padres no me dieron belleza ni un cuerpo que pudiera atraer a los hombres. Mis pechos son pequeños y mis caderas rectas. Y no hablemos ya de mi rostro, como carta de presentación no es digno de mención siquiera. —Se encogió de hombros—. Si quería ser amada debía hacerlo yo misma.

—No hables así.

—¿Por qué no? Es la verdad.

Olivia abrió la boca sorprendida y volvió a cerrarla sin encontrar las palabras. Hannah sonrió satisfecha y añadió una cucharada de salsa a su plato.

—Tal y como yo lo veo, no tengo que rendir cuentas. Tengo solo una vida para vivir y no le hago daño a nadie.

—Pero... Eso... No está bien, Hannah. Es moralmente reprochable y tiene consecuencias físicas y espirituales.

Hannah miró a su hermana por encima del tenedor antes de meterse un pedazo de carne en la boca.

—¿Qué consecuencias, hermana?

—Pues... —Olivia respiró nerviosa y cogió su copa para dar un sorbo antes de seguir hablando—. Dicen... que provoca debilidad y locura.

—¿Crees que estoy loca?

—¡No!

—¿Te parezco débil?

Olivia frunció el ceño y negó con la cabeza.

—Pues ahí tienes la respuesta. Todo eso son cosas que se dicen para que no sepamos lo que ellos no quieren que sepamos.

—¿Ellos?

—Los hombres. Están muy cómodos haciéndonos creer que no necesitamos sentir placer.

—¡Hannah! —miró a su alrededor asustada—. Las criadas podrían oírte.

—Probablemente podrían enseñarnos algunas cosas que no sabemos —dijo bajando el tono, divertida con el sofoco que estaba provocando en su hermana—. ¿Has oído hablar de la histeria, hermanita?

Olivia tenía los ojos muy abiertos y la boca muy cerrada, pero asintió levemente con la cabeza.

—Es lo que le diagnosticaron a la señora Whitmore —musitó.

—¿Sabes en qué consistía su tratamiento?

—No se habla de eso, Hannah.

—Pues conmigo habló largo y tendido y me dio la impresión de que lo necesitaba. Hablar, me refiero, no al tratamiento, aunque eso también —sonrió malévola—. Resulta que el doctor Carrington, ya sabes, ese elegante y presuntuoso médico al que iban tus conocidas... ¿Tú también fuiste alguna vez? Sí, claro, pero lo tuyo no fue por histeria. La cuestión es que ese estirado caballero se dedica a masajearla en ciertas partes que no querrás que mencione.

Olivia se cubrió la boca con la mano con los ojos muy abiertos. Algo había oído, pero nadie lo había mencionado con semejante desparpajo.

—Lo llaman «masaje terapéutico». —Sonrió perversa, se estaba divirtiendo de lo lindo—. Y a Clementine le resulta taaan placentero que te aseguro que no tiene intención de abandonar el tratamiento en muuuucho tiempo. De hecho, después de la tercera copita de jerez, me confesó que espera que el doctor Carrington la clasifique dentro del grupo de las «pacientes crónicas», para poder disfrutar de sus «masajes» el resto de su vida.

Olivia tenía las mejillas teñidas de un rojo intenso.

—Eso que dices es... horrible.

—¿Horrible por qué? —Se encogió de hombros—. Ellas necesitan alivio y él sabe cómo proporcionárselo. Lo mejor, en mi opinión, sería que aprendieran a aliviarse solas. No confío en ese médico, ya lo sabes, y creo que él disfruta demasiado del tratamiento. Pero si eso les devuelve la paz que han perdido por no saber cómo satisfacer sus carencias...

—Hablas como si fuese una necesidad. No lo es.

—Hermanita, no sabes de lo que hablas.

—Te he dicho que... una vez.

—Una vez en la que no consumó. Y tampoco disfrutaste, al parecer.

Olivia desvió la mirada y habló solo para sí misma.

—Como si alguien pudiera disfrutar de... eso.

Hannah sonrió y dejando el cubierto en la mesa se cruzó de brazos.

—¿Quieres que te enseñe?

—¿Qué? —La miró horrorizada—. ¡No!

—¿Por qué no?

—Porque... no.

—Bonita respuesta.

—Dejemos esta conversación, me está poniendo muy nerviosa.

—Histeria, lo llaman y tengo el tratamiento —se burló de nuevo.

—Eres malvada, Hannah, no deberías burlarte así de mí.

La otra se rio a carcajadas antes de levantarse de la mesa.

—Lo siento, Ollie, no te enfades conmigo. Venga, vamos al saloncito y hablemos de caballos.

Su hermana se puso de pie, visiblemente molesta, y tiró de la campanilla para que en la cocina supiesen que habían terminado. Hannah suspiró al ver que salía del comedor enfadada y se acordó de Nicoletta y de lo fácil que era hablar con ella de cualquier tema. Olivia no era como la italiana, desde luego, pero era su hermana y la quería muchísimo. No pretendía molestarla, tan solo dejar entrever un poco la persona

que era ahora. No iba a ser tan fácil.

Pasaron una velada tranquila leyendo y se retiraron sobre las diez. Olivia le preguntó si saldría temprano a montar frente a la puerta de su habitación.

—¿Por qué no vienes conmigo? —preguntó Hannah como respuesta—. No es muy normal que no montes, teniendo en cuenta a lo que te dedicas.

—Soy mayor para caerme de un caballo.

—Al parecer eres mayor para muchas cosas —musitó la otra y se giró para continuar hasta su cuarto—. Mañana deberíamos sacar tus cosas de ese cuarto.

—Ya veremos —respondió Olivia entrando en su habitación.

Cuando cerró tras de sí, avanzó hasta el tocador y comenzó a quitarse las horquillas del peinado con delicadeza y las fue colocando sobre el platillo que tenía para eso. Nunca había tenido doncella y estaba acostumbrada a desvestirse sin ayuda. Se miró al espejo y observó su rostro unos segundos. Todavía era hermosa. En cierta forma, sentía como si el tiempo se hubiese congelado para ella. Era cierto que ahora sus ojos estaban rodeados de pequeñas arruguitas y que las comisuras de sus labios tenían una pequeña hendidura apenas perceptible, pero por lo demás la vida había sido generosa con ella.

Llevó una mano a su rostro y acarició su mejilla. Hannah tenía razón al señalar que ella siempre fue considerada como la más hermosa de las dos, pero desde luego no fue nunca la más afortunada. Su hermana se sorprendería si pudiese ver en su corazón lo mucho que la envidiaba. Su valentía para hacer lo que deseaba. Como el simple hecho de ponerse esos pantalones y salir con ellos a montar todas las mañanas, hiciese frío o calor. Solo la lluvia, si era considerable, la había detenido. Era atrevida y tenía brazos fuertes que no necesitaban de la ayuda de ningún hombre.

Se puso el camisón obligándose a no pensar en las cosas que Hannah había dicho, pero su mente ya no era tan obediente como había sido y se preguntó qué se sentiría si... Llevó una mano hasta uno de sus generosos pechos y lo envolvió con suavidad. Nada. Se sacudió aquellos pensamientos tan inapropiados y se metió en la cama dispuesta a dormirse inmediatamente.

En su cuarto, Hannah estaba de pie frente al espejo y se observaba envuelta en la penumbra y en el suave algodón de su camisón. La figura que le devolvía la mirada era la de una mujer con un rostro sin gracia alguna. Ojos pequeños, nariz pequeña, boca pequeña. Todo era pequeño en ella. Sus pechos, sus caderas... Se miró con frialdad y desafecto. Nunca se había gustado, mirarse al espejo era casi una tortura para ella. Por eso esculpía aquellas magníficas obras, grandes e imponentes. Mujeres hermosas con voluptuosas formas, hombres impresionantes con músculos poderosos. Sonrió al pensar que también había esculpido a mujeres musculosas y hombres hermosos, pero ninguna de sus figuras se parecía a lo que veía al mirarse al espejo.

Puso sus manos sobre sus pechos que quedaron completamente cubiertos con ellas. ¿Qué hombre iba a conformarse con una cara como la suya si al bajar la mirada no había nada más? Se despojó del camisón sin la menor vergüenza y se observó con ojo experto. Conocía la anatomía humana a la perfección, tanto en la mujer como en el hombre, no había nada que hubiese escapado a su escrutinio. Especialmente su cuerpo. De hecho, se había esculpido a sí misma y solo una persona se dio cuenta de ello, a pesar de que el rostro de la figura estaba oculto por una maraña de pelo y hojas. La única persona que la había deseado. Torció la cabeza y deslizó sus manos, bajando suave y serpenteante hasta

su entrepierna. En lugar de meterse en la cama para darse placer, se tumbó sobre la alfombra frente a la chimenea y miró las llamas que danzaban sobre los troncos mientras su mano la hacía arquearse y gemir con total maestría.

Cuando acabó, se colocó bocabajo con los brazos doblados y la cabeza apoyada en ellos sin dejar de mirar hacia el fuego. Las llamas la atraían como la miel a las moscas, muchas noches se había quedado dormida sobre aquella alfombra contemplando el fuego. Extrañamente, le gustaba vivir allí. El crudo invierno de las Highlands era una dura prueba para alguien que había vivido los últimos diez años en la Toscana. Pero eso, en lugar de ser una contrariedad, le había resultado de lo más emocionante. Salir a montar con aquel frío le daba una energía que luego plasmaba en su obra con pasión. Era afortunada porque podía trabajar en cualquier parte del mundo. No era su intención quedarse en Lanerburgh para siempre, pero no hacía falta que Olivia lo supiese. Sonrió. Si todo salía como esperaba, su hermana no la necesitaría durante mucho tiempo. Cuando Craig McEntrie se diese cuenta de lo afortunado que era, ella podría marcharse de nuevo.

Pensó en Nicoletta y en su bebé. Nunca había tenido una amiga antes de conocerla. Nunca congenió lo suficiente con nadie que no fuese de su sangre como para compartir sus pensamientos más íntimos. Su hermana era lo más parecido a una amiga que había tenido, pero Olivia habría sufrido mucho si le hubiese abierto su corazón y le hubiese mostrado la amargura que contenía. Por eso Nicoletta fue tan especial. La joven escultora se mostró entusiasmada al ver que llegaba otra alumna al taller del maestro Ferri y fue tan auténtica y afable que Hannah no tuvo la menor posibilidad de resistirse. La italiana conocía los más profundos secretos que albergaba su corazón, y lo mismo ocurría al revés. Tanto habían compartido que fue eso lo que acabó por separarlas para siempre.

Se dio la vuelta y fijó la mirada en el techo, donde las sombras danzaban al ritmo de las llamas. Si su hermana hubiese podido verla hacía un par de años, no la habría reconocido. ¿Cuánto puede cambiar alguien en dos años? Abandonar la luz para volver de nuevo a habitar las sombras, segura de que era allí adonde ella pertenecía en realidad. Tuvo que levantar un muro impenetrable a su alrededor y hacerse fuerte tras él. Tan liviano en apariencia que no era visible para los demás, pero tan duro que a veces no la dejaba ni respirar. Solo con el cincel en la mano y golpeando la piedra, se abrían fisuras en ella y la luz conseguía traspasarla. Suspiró lentamente hasta vaciar sus pulmones de aire y se mantuvo así durante unos segundos, percibiendo la presión en su pecho y la exigencia de su cerebro para que respirase. Cuando volvió a hacerlo, sonrió burlona. Si alguien la viese allí, desnuda sobre la alfombra, pensaría que estaba loca. Pero, en realidad, eran esos momentos los que la mantenían cuerda. Esos y aquellos en los que manifestaba su pasión por esculpir. Necesitaba desesperadamente librarse de convencionalismos, no usar corsé y sentir el roce de la tela en los pezones, ponerse pantalones para no tropezar al subirse a un andamio o para montar a caballo. Eso solo le hacía creer que tenía algún control sobre su vida. Pero era golpeando la piedra para extraer de ella los secretos que ocultaba, cuando afloraba su auténtico ser en total plenitud. La rabia. La angustia. La desesperación.

Se levantó para meterse bajo las sábanas. Desnuda. Sin nada que ocultar y nada que ofrecer. Cerró los ojos fingiendo no darse cuenta de que una estúpida lágrima escapaba por la comisura de su ojo.

Capítulo 4

—¡Siuthad...! —azuzó Craig mientras sostenía la cuerda con firmeza, pero sin tirar de ella.

El caballo aún joven obedecía con cierta reticencia.

—Ya sabe andar —dijo Dougal apoyado en la cerca con cara de aburrimiento—. Lo que necesita es que alguien lo haga correr de verdad.

—Yo me encargaré de eso —dijo Kenneth a su lado—. Padre le está enseñando quién manda aquí.

Dougal lo miró burlón y su hermano le guiñó un ojo antes de darse la vuelta para volver a las caballerizas.

—Puedes largarte también —dijo Craig sin dejar de observar al caballo.

Dougal no se movió de donde estaba y permaneció allí hasta que su padre acabó el trabajo y salió del cercado.

—¿Lo dejas ahí? —señaló Dougal cuando estuvo a su lado.

—Le irá bien pasar un rato solo. Tiene cosas en las que pensar.

—¿Qué narices te pasa? —Su hijo lo miraba con las manos en la cintura y la cabeza ladeada.

—¿A mí? —Se señaló a sí mismo.

—No, se lo preguntaba al caballo. Evan me ha dicho que te vio repasando el libro de los McEntrie.

—¿Y qué tiene eso de raro? Lo he mirado muchas veces.

—¿Muchas veces? —Arqueó una ceja—. Siempre decías que no te importaría que se quemara en una hoguera.

—Y no me importaría. —Se encogió de hombros y empezó a andar hacia las caballerizas.

Dougal lo siguió.

—¿Hay algo de ese libro que debería saber? Soy el mayor y voy a tener que seguir la tradición.

Craig sonrió burlón.

—¿Te preocupa que haya una misión oculta en él?

—Solo tengo que escribir cuando alguien nace y cuando alguien muere, ¿no?

—Eso es.

—Nada de poesía, ni gestas, ni mandangas.

—Nada de gilipolleces, no.

—¿Por qué Keenan escribió «maldición» al lado de su nombre? No me mires así, Ewan dice que estabas mirando esa página.

—Nada de poesía, ¿recuerdas?

—Ya, pero tendrás una idea. Sería bueno que yo también la tuviera, ¿no?

—¿Para qué? —preguntó burlón—. ¿Para contársela a tus hijos?

El otro se encogió de hombros y esperó a que respondiera.

—Imagino que tuvo que ver con la muerte de sus esposas.

—¡Ah!

—¿Ah? No tienes ni idea de lo que hablo, ¿por qué dices «ah?».

—No sé, ¿qué quieres que diga?

Su padre negó con la cabeza y entró en las caballerizas.

—¿De qué murieron? —preguntó Dougal que no había terminado.

—¿De quién habláis? —se acercó Ewan.

—Le estoy preguntando por Keenan McEntrie.

—¡Ah! ¿Por lo del libro?

Dougal asintió.

—¿El libro de los McEntrie? —Brodie se acercó también y los tres siguieron a Craig hacia las cuadras—. Cuando era un crío me gustaba colarme en el despacho de padre y hojearlo.

Craig se detuvo y se giró sorprendido.

—¿Te colabas en mi despacho?

Brodie sonrió abiertamente.

—Todos lo hacíamos, aunque por motivos distintos. ¿Verdad, Dougal?

—Siempre guardas allí el mejor whisky —dijo el mayor de los hermanos.

—Keenan también se casó tres veces —dijo Brodie como si alguien le hubiese preguntado.

Dougal asintió

—Y escribió «maldición» al lado de su nombre.

Craig entró en la cuadra de Fiadh.

—En esa época eran muy supersticiosos —dijo Lachlan desde la cuadra de Fiachra—. Seguro que pensaba que estaba maldito.

Los otros miraron a su padre que sacaba a Fiadh de su cuadra para prepararlo.

—¿Adónde vas? —preguntó Dougal.

—A hablar con Buchanan.

—¿Quieres que te acompañe? —Se ofreció Brodie.

Craig se encogió de hombros y el otro fue en busca de su caballo. Los demás volvieron al trabajo y Craig pudo ensillar a Fiadh tranquilo.



Hannah miraba a Liam con expresión ceñuda, la habían interrumpido en un momento de máxima inspiración y no aceptaba bien las interrupciones.

—Mi hermana no está.

—Sí, lo sé, me lo ha dicho su criada.

Liam trataba de no mostrar ninguna expresión, pero estaba claro que no lograba su empeño.

—¿Le gustan mis pantalones? Puedo darle el nombre del sastre que me los confeccionó, no soy muy exquisita con estas cosas. Aunque está en Italia, no le resultará muy útil.

Liam la miró a los ojos confuso.

—Disculpeme —dijo él.

—¿Por qué habría de disculparle? Soy consciente de que mi manera de vestir resulta chocante.

Liam miró a su alrededor, nunca había entrado en ese taller, aunque había oído hablar de él. Hannah siguió su mirada y se metió las manos en los bolsillos.

—¿Le interesa el arte?

—No.

La escultora sonrió imperceptiblemente.

—¿Usted ha hecho todo... eso? —preguntó señalando las obras diseminadas por la enorme estancia.

—Sí.

Liam caminó hasta la figura de Daphne emergiendo entre la enredadera. Durante unos segundos no dijo nada. La figura era de tamaño natural y tenía la sensación de que si la miraba con intensidad, acabaría por exhalar el aire contenido en sus pulmones. Era un cuerpo casi de niña, pechos muy pequeños, cintura diminuta y caderas estrechas, pero a pesar de ello emanaba de su figura una fuerza y rotundidad de lo más expresiva. Su rostro permanecía oculto tras las hojas de la enredadera de la que trataba de escapar. Miraba hacia atrás, como si alguien la persiguiese...

—¿Quién es?

—Daphne, la ninfa hija de Peneo, dios del río, y de Gea, la diosa de la tierra.

—Las hojas de la enredadera... —Liam extendió la mano para acariciarlas suavemente.

—No es una enredadera, en realidad, aunque la esculpí como si lo fuera. Es laurel.

El escocés asintió sin dejar de mirar la figura. Se giró entonces hacia el andamio sobre el que trabajaba cuando él llegó. La había visto bajar con total soltura y gran agilidad y no se había fijado en la figura en la que trabajaba.

—Es muy grande —dijo desde esa distancia y cuando se giró hacia ella vio que Hannah lo miraba de un modo demasiado intenso.

Después de unos segundos ella regresó al presente y sonrió.

—Discúlpeme, lo estaba mirando fijamente, ¿verdad? Es algo que hago a menudo, no es personal.

Él frunció el ceño visiblemente confuso, y Hannah se dirigió al andamio y subió como un gato hasta situarse en la parte más alta.

—Es una deformación profesional —dijo desde arriba—. No tengo cara para él y la suya...

Liam se sintió de nuevo observado y a pesar de la distancia le resultó demasiado íntimo.

—¿Me dejaría la suya?

—¿Qué?

—Si me deja su cara para mi Apolo. —Lo miraba desde arriba con las manos en la cintura y una sonrisa relajada—. Es usted un ejemplar masculino impresionante. Había pensado utilizar a alguno de los McEntrie, pero no acababa de decidirme por uno de ellos.

—¿Quiere ponerle mi cara a... él? —dijo señalando la figura en la que trabajaba.

Liam se movió para verlo mejor. Se percibían parte de los pectorales, un brazo.

—¿Estará... desnudo?

Hannah lo miró inclinando la cabeza y después de unos segundos, que lo pusieron aún más incómodo, bajó del andamio y se plantó frente a él de un salto.

—¿Le supone un problema?

—Quiere ponerle mi cara a otro cuerpo.

—Puedo esculpir también su cuerpo, no he hecho mucho aún —dijo señalándolo—. Tiene buenos pectorales, no creo que difieran mucho de los que tenía en mente.

Liam dio un instintivo paso atrás, como si temiera que fuese a lanzarse sobre él. Hannah sonrió con las manos en la cintura.

—¿Le preocupa que lo vea desnudo? Soy escultora, señor Fraser, he visto muchos cuerpos masculinos sin ropa.

Liam no podía disimular su asombro y turbación. Dos emociones que creía no haber experimentado juntas jamás.

—Los artistas necesitamos modelos en los que basarnos. En el taller de Borgosanto teníamos unos cuantos modelos con los que aprendimos todo lo que necesitábamos aprender. —Lo miró de arriba abajo—. Es cierto que todos los cuerpos se parecen, pero cada uno tiene sus peculiaridades.

El escocés no estaba preparado para tener aquella conversación. No se había relacionado jamás con una artista y no se había planteado de dónde sacaban la inspiración para recrear aquellas figuras tan detalladas.

—Le pagaré, por supuesto.

—¿Que me...?

—Nadie sabrá que es usted. La estatua estará muy lejos de cualquiera a quien usted conozca. Es un encargo de Leopold von Hohenburg para su palacio en Viena.

Liam miró de nuevo la enorme piedra blanca. ¿Qué narices hacía allí?

—He venido a invitarlas a la feria de ganado de este año, que se celebrará al tiempo que los Juegos de las Highlands esta primavera —dijo del tirón—. ¿Será tan amable de comentárselo a su hermana? Yo tengo que marcharme.

Hannah dejó escapar el aire en un rotundo suspiro.

—Supongo que eso es un no a mi petición.

Liam caminó hacia la puerta como respuesta, sintiendo los ojos de la escultora clavados en su cuerpo.

—Le acompaño...

—No es necesario, conozco el camino.

Salió de allí lo más rápido que pudo, cerrando la puerta tras él para asegurarse de que no lo seguía. No pudo respirar tranquilo hasta estar sobre su montura y cabalgando de vuelta a casa. ¿Qué narices había pasado allí? Le costó sacudirse esos pensamientos de su cabeza y centrarse en el trabajo que tenía por delante, pero finalmente lo consiguió.



Olivia regresaba después de haber resuelto sus compras y enfilaba el sendero que la llevaría hasta su casa cuando se encontró con el conde de Ardbrock que con un gesto hizo que detuviera su montura.

—Señora McLaughlin, la he visto de lejos y me he tomado la libertad de esperarla. ¿Le importa si la acompaño hacia su casa?

Olivia había oído hablar de Dòmhnall Baxter a las mujeres McEntrie y no precisamente bien, pero tampoco tenía una excusa que darle para que siguiese su camino. Hizo un gesto leve con la cabeza y el conde se colocó a su lado en el camino.

—Quería hablarle de un asunto y quizá este sea un buen momento —dijo él.

—¿A qué asunto se refiere?

—Me gustaría comprarle a Niamh. Estoy dispuesto a pagarle lo que usted considere justo.

Olivia frunció el ceño.

—¿Me aborda de este modo para comprarme un caballo? ¿No cree que sería más

adecuado pedir una cita y...?

—Señora McLaughlin, estoy seguro de que le han hablado de mí largo y tendido, después de nuestro anterior encuentro. Los McEntrie no me tienen mucho aprecio y yo a ellos tampoco. No deseo andarme por las ramas, de ahí que la haya abordado de este modo en cuanto la he visto. Quiero ese caballo y usted solo tiene que ponerle precio. No discutiré y pagaré lo que pida.

—¿Lo que pida? —Seguía con el ceño fruncido—. ¿Sin importar cuál sea la cantidad? ¿Qué le parece un millón de libras?

Baxter apretó los labios.

—Señora McLaughlin...

—Ese caballo no está en venta —se adelantó ella—. Ni siquiera es mío aún. Craig... el señor McEntrie me lo cedió como semental para que pudiera empezar con mi granja.

La expresión de asombro en el rostro del conde no dejaba lugar a dudas.

—¿Se lo ha cedido? ¿No ha pagado por él?

—Somos amigos.

—¿Amigos?

El conde torció su sonrisa de un modo que provocó un respingo en el estómago de su interlocutora.

—Sí, amigos. ¿Sabe lo que significa esa palabra?

Dòmhnall Baxter soltó una carcajada que le revolvió las tripas.

—Tengo muchas amigas, señora McLaughlin, pero las mías prefieren las joyas.

Olivia apretó las riendas deteniendo a su caballo.

—Esta conversación ha terminado —dijo rotunda—. Siga su camino, señor...

El conde agarró las manos con las que ella sujetaba las riendas y la miró amenazador.

—Tenga cuidado conmigo, no soy un hombre muy paciente. Estoy dispuesto a pagarle una buena cantidad por ese caballo, y con ella usted podrá pagar a su amigo, amante o como narices quiera llamarlo.

Olivia sacudió las manos con rabia y se libró de él sin desviar la mirada.

—¡Déjeme en paz! —ordenó y su caballo relinchó uniéndose al mandato.

Dòmhnall se irguió en su montura y la miró aún unos segundos con inquina.

—Piense bien si quiere ser mi enemiga, le aseguro que no le conviene.

Sin más, dio la vuelta a su caballo y regresó por donde había venido. Olivia agitó las riendas y se alejó de él al trote.

—¿Qué te ocurre? —Hannah la vio entrar en su taller como una exhalación.

Olivia se quitó el sombrero y lo lanzó en una butaca sin pensar, pero enseguida maldijo entre dientes.

—¿Nunca limpias aquí? Está todo lleno de polvo.

—Soy escultora, hermanita, vivo entre polvo —dijo cogiendo el sombrero y sacudiéndolo—. Vamos a hablar a otro sitio, anda.

Salieron del taller y fueron hasta el despacho de Olivia, que no era más que uno de los salones en el que habían puesto un escritorio.

—Y ahora cuéntame qué ha pasado —dijo sirviendo jerez en dos copas.

—Me he vuelto a encontrar con el conde de Ardbrock. ¡Qué hombre tan

desagradable!

—Eso dice Rowena, sí. —Le entregó su copa y se sentó junto a ella en el sofá.

—Pues dice la verdad.

—¿Qué quería?

—A Niamh.

—¿Quiere tu caballo? ¿Qué tiene de especial? ¿Es por su tono plateado y brillante?

Olivia asintió.

—Es hijo de Strathspey, según Craig heredero de una estirpe de purasangre muy valorada.

Hannah se apoyó en el respaldo y bebió un sorbo de su copa, pensativa. El caballo era realmente magnífico, lo primero que quiso hacer cuando lo vio fue montarlo, pero Craig le advirtió de que no lo intentara siquiera. «Los sementales no se montan», le dijo con su voz de hombre acostumbrado a mandar.

—Está dispuesto a pagar lo que le pida.

—Pídele un millón de libras —dijo Hannah burlona.

—Es lo que he hecho.

La escultora soltó una carcajada.

—¡Vaya! —exclamó cuando acabó de reír—. Parece que mi influencia está surtiendo efecto.

—He pensado en ti, es cierto —Olivia sonrió también—. Tendrías que haber visto su cara.

—Me la imagino. Se habrá puesto furioso.

Olivia asintió.

—¿Te ha amenazado?

—No estoy segura, creo que sí, aunque no con algo específico. Solo me ha dicho que no lo quiero como enemigo.

—¡Será desgraciado! La próxima vez que lo vea...

—Ni se te ocurra. —La agarró del brazo haciendo que parte del líquido de su copa se vertiese en sus pantalones—. Hannah...

La escultora bufó con ganas, pero acabó por asentir, aunque en su mente no estaba claudicando, solo suavizando el tono.

—Debes decírselo a Craig.

—¿Te crees que estoy loca? —negó Olivia—. No voy a ser la causa de que esos dos se peleen. ¡Es el conde de Ardbrock! Ni hablar. Y tú tampoco le dirás nada. Hannah... prométemelo.

La escultora suspiró con cansancio, ¿por qué a su hermana le gustaba tanto complicarse la vida?

—Yo no diré nada, pero se enterará. Si ese Baxter quiere tu caballo, él lo sabrá y será mucho peor que si se lo cuentas tú.

Olivia se mordió el labio pensativa. Hannah tenía razón.

—Está bien, yo se lo contaré, pero tú no digas nada, que te conozco y provocarás un incendio.

—De acuerdo, no le diré nada.

Olivia dejó la copita en la mesilla y se puso de pie señalando los pantalones de la escultora.

—Te los he manchado.

—No importa —dijo levantándose también. Apuró el jerez y dejó la copa junto a la de su hermana—. Voy a trabajar un poco más antes de la cena y luego me los quito.

—¿No has trabajado ya bastante por hoy? Te has pasado el día en ese taller.

—Nunca es demasiado —dijo cogiéndola del brazo para salir con ella del despacho.



—Buenas noches —se despidió Craig antes de salir del salón.

Dougal observó a las mujeres que charlaban animadamente junto a la chimenea mientras bordaban o tomaban una copita de jerez. Bonnie sostenía un libro en las manos y eso lo hizo sonreír. Uno no deja sus costumbres así como así, aunque disfrutaba de estar con las demás, siempre estaba lista para escabullirse y leer en algún lugar solitario. Elizabeth escuchaba lo que decía Augusta en ese momento con la seriedad y atención que la caracterizaba. Seguía sin entender cómo la vida había sido tan generosa con él, dejando que una mujer como aquella lo amase sin reservas.

—Somos muy afortunados, ¿verdad? —dijo Caillen siguiendo el hilo de sus pensamientos.

Los demás miraron a sus mujeres y una cálida sensación envolvió sus corazones.

—¿No creéis que esto está afectando a padre? —preguntó Kenneth.

Los demás lo miraron esperando un poco más de contexto.

—Que seamos tan felices con nuestras esposas. Él no tuvo tanta suerte.

—Depende de cómo se mire —dijo Ewan—. Amó a dos mujeres. Lo siento, Kenneth.

El otro hizo un gesto para quitarle importancia.

—Pero tuvo que verlas morir —comentó Lachlan contemplando a Enid con devoción—. Ahora puedo imaginar lo espantoso que debió ser.

Los otros se movieron incómodos, ninguno quería ponerse en esa situación.

—¿Creéis que por eso estaba mirando el libro el otro día? —preguntó Ewan.

—Es muy probable —afirmó Brodie—. Keenan también perdió a sus esposas muy pronto. De hecho, pasó veinte años solo ante de morir.

—No me digáis que creéis en maldiciones. —Caillen tenía una expresión cínica cuando hizo la pregunta.

—Yo no es que crea, pero entiendo que padre sienta cierta conexión con Keenan —respondió Brodie.

Kenneth apoyó un pie en el escabel.

—Eso ocurrió hace doscientos años, es normal que pensara que estaba maldito. En esa época pensaban que las enfermedades, las malas cosechas o cualquier otra desgracia eran obra de brujas. Ahora sabemos que las «brujas» no tienen más poder que volvernos locos. —Sonrió burlón.

—Como Rowena te oiga, esta noche duermes en el vestidor —advirtió Caillen.

Kenneth miró rápidamente hacia donde estaba sentada su esposa y respiró aliviado al ver que hablaba distraída.

—Padre debería volver a casarse —dijo Lachlan.

Los otros asintieron.

—Juró sobre la tumba de madre que no lo haría —recordó Dougal.

Daphne fue para todos una verdadera madre y así se referían a ella cuando la recordaban.

—A ella no le habría gustado —dijo Kenneth.

—No —corroboró Caillen—. Si puede verlo, seguramente estará muy triste por él.
—No ha habido ninguna mujer que se haya acercado a él lo bastante —dijo Lachlan—. Hasta Olivia.
—Olivia es su amiga —dijo Caillen—. Se conocen desde hace años.
—¿Y? Tú conocías a Augusta desde que era una niña —apuntó Kenneth.
—Eso es diferente.
—¿En qué se diferencia?
Caillen no supo qué contestar y sus ojos se fueron directos hacia su esposa, que sonreía plácidamente mientras escuchaba a Lavinia.
—Deberíamos hablarlo con ellas —dijo de pronto.
—¿El qué? —preguntó Ewan algo confuso.
—Si alguien puede conseguir que padre se lo plantee siquiera, son ellas —dijo Caillen.
Todos se volvieron a miraras mientras ellas charlaban tranquilamente, ajenas a sus intenciones.



Liam no volvió a pensar en Hannah Wyndham hasta después de cenar, mientras saboreaba una copa de oporto sentado en una butaca del salón junto a su familia.
—Estás muy callado —dijo Ceit levantando la vista del libro que leía.
—Mmmm.
Su madre lo miró también.
—Está preocupado por los Juegos —dijo sonriendo—. Este año será anfitrión y se siente obligado a ganar en algo.
—Que se lo diga a los McEntrie —dijo Sheena—. Con los McDonald neutralizados, no tienen rival.
—No estaría tan seguro —se unió el padre—. Los Buchanan van a dar que hablar este año. Se están entrenando para dar la sorpresa.
Liam levantó la mirada y la posó en su padre con una ceja levantada.
—¿Los Buchanan? ¿Esos van a ser los rivales de los McEntrie? —Soltó una carcajada.
—No los juzgues por el mayor, Cameron nunca fue muy fuerte, pero sus hermanastros son de otra pasta. Salen a su abuelo materno, los Grant siempre ganaron los Juegos durante años.
Cameron Buchanan era el marido de Aileen y su lealtad para con los McEntrie hacía que lo odiase casi tanto como ellos. Aunque después de la encerrona que le prepararon los hermanos a su mujer, ninguno de los dos había molestado más a la familia, no le tenía la menor consideración y por eso le costaba mirar a sus hermanastros de otro modo. Pensó un momento en ellos.
—Son cuatro, ¿verdad?
—Sí. El pequeño ha cumplido los dieciocho y es alto y fuerte como un roble. Te digo que este año van a dar que hablar en los Juegos.
—Alguna vez tendrán que ceder el trono los McEntrie —dijo Sheena clavando la aguja en su bordado—. Llevan demasiados años siendo los que más premios acumulan.
—Sigue siendo raro que los McDonald no estén —dijo Ceit.
—Tú deberías dejar de ir a ese castillo —la conminó su madre—. Es peligroso, hija.

—¿Qué haces allí? —preguntó Liam ceñudo.
—Pasear. Leer... La señorita Wyndham también va, nos cruzamos alguna vez.
—¿Cómo no? —masculló su hermano para sí—. Madre tiene razón, es peligroso.
Esos muros pueden caerse y enterrarte viva.
Ceit sonrió divertida, le encantaban las historias de fantasmas.
—Es tonta —dijo Ivar, el pequeño de la familia—. Se cree que va a encontrarse con el fantasma de Bhattair.
—¿Qué sabrás tú lo que yo pienso? —Lo miró indiferente.
—Solo a ti se te ocurriría ir a un lugar tan tétrico —insistió Ivar.
—¿Alguien sabe quién era Daphne? —preguntó Liam de pronto.
—¿Daphne? —Su madre lo miró confusa—. ¿Te refieres a la esposa de Craig?
—Mamá, Liam sabe perfectamente quién era la esposa de Craig McEntrie —apuntó Ceit y volviéndose hacia su hermano añadió—: ¿ahora te interesa la mitología?
Liam se encogió de hombros y después bebió un trago.
—¡Ah! —exclamó Ivar—. Te refieres a la hija de Peneo.
Liam enarcó una ceja y torció su sonrisa.
—¿Sabes de quién hablo?
—Pues claro que lo sé —afirmó—. No todos en esta familia somos unos incultos analfabetos.
—¡Oye! —exclamó Ceit—. Aquí todos hemos recibido una educación exquisita.
—Pero a Liam solo le interesan las ovejas y los caballos —se burló su hermano pequeño.
—Por no hablar de Alistair —añadió Sheena riendo—. Ahora está empeñado en crear una máquina que enmadeje la lana.
—Pero eso es porque se aburre mortalmente cuando Georgina le pide que la ayude a hacerlo —se rio Ceit también—. Para Alistair estarse quieto es el peor de los castigos.
—¿Por qué has preguntado por Daphne? —se interesó Ivar yendo a sentarse cerca de su hermano mayor.
—Tengo curiosidad.
Ivar y Ceit se miraron como si los dos creyeran que alguien había poseído a su hermano.
—Yo te cuento la leyenda —dijo Ceit adelantándose al pequeño—. Daphne era la hija del dios del río Peneo...
—Eso ya lo sabe —la interrumpió su hermano.
—Calla —ordenó mirándolo severa antes de continuar—. Era hija de Peneo y de la diosa de la tierra, Gea. Como la ninfa que era estaba ligada al agua y los bosques, quédate con ese detalle. Daphne admiraba profundamente a Artemisa, la diosa de la caza, y la seguía con devoción. Compartía con ella su deseo de libertad, su compromiso con la virginidad y su amor por la naturaleza.
—Uff —resopló Ivar.
—¿Qué? —espetó su hermana.
—Te vas a centrar en Ovidio. ¿Y qué pasa con la versión Arcadia?
Liam los observó discutir y su ceño se iba marcando más con cada segundo que pasaba.
—Ivar —lo llamó con voz potente.
Su hermano lo miró interrogador.

—Cállate —ordenó para después mirar a Ceit—. Suéltalo todo de una vez, tengo sueño.

Ceit sonrió satisfecha y continuó con su historia sin más interrupciones.

Ya en la cama, Liam repasaba todo lo que su hermana le había contado.

—Así que, según Ceit, Apolo le tocó las narices a Cupido y este, para vengarse, le clavó una flecha en el culo que provocó que cayera rendido ante Daphne, mientras que a ella la atravesó con otra de plomo que hizo que lo detestara. Menudo capullo es el Cupido ese.

Se puso los brazos debajo del cuello, con los ojos clavados en el techo y una sonrisa divertida en el rostro.

—Claro que, según Ivar, no fue así y Cupido no tuvo nada que ver. Fue Apolo solito el que se obsesionó con Daphne y se la quiso beneficiar. Es curioso que en el desenlace coincidan los dos.

Recordó la figura de Daphne que Hannah había esculpido. El momento en el que la ninfa huye de un Apolo consumido por el deseo y le pide ayuda a su padre. Peneo la transformó en laurel justo antes de que Apolo la alcanzara.

—¡Menuda ayuda! —exclamó para sí.

Lo cierto era que la estatua lo había impresionado. Irradiaba una profunda tristeza de ella y era la soledad de la ninfa, justo antes de su transformación, lo que más lo había conmovido.

Entornó ligeramente los ojos, pensativo. Hannah Wyndham era todo un misterio. Una mujer muy poco agraciada, ciertamente, y, sin embargo, había algo en ella que resultaba hipnótico. Quizá era su absoluta indiferencia en cuanto al flirteo o la seducción. Se mostraba tan sin imposturas que resultaba sorprendente. Ajena a cualquier diferencia entre hombre o mujer. No podría decir su edad, tenía un rostro sereno y una mirada inteligente, pero unas facciones muy poco relevantes. Su voz, en cambio, era suave y aterciopelada, una caricia para los oídos.

Volvió a pensar en la ninfa y en su cuerpo desnudo, lo que provocó una inesperada reacción en su propia anatomía. No había nada voluptuoso en aquella estatua y, sin embargo... Habría deseado verle la cara y se lamentó de que Hannah la hubiese ocultado. La imaginó hermosa y delicada. Con unos ojos grandes y rasgados y unos labios carnosos que invitaban a besarlos.

Cerró los ojos conminándose a dormir, pero estaba demasiado excitado y no lo conseguiría sin aliviarse primero, así que se humedeció la mano y pasó a la acción con gran tino y acierto. Mientras buscaba darse el máximo placer en el mínimo tiempo posible, su mente lo ayudó poniendo a la ninfa de mármol a su alcance. Poco a poco la fría piedra se fue transformando en carne y casi pudo sentir el calor que desprendía.

—Gírate —musitó con los ojos cerrados—. Vamos, mírame.

Pero la estatua, aun siendo humana, seguía negándole su deseo y tuvo que conformarse con saciar su anhelo con una mujer sin rostro.

Capítulo 5

Dos días después de su primera visita al taller de Hannah, Liam regresó con el pretexto de confirmar que Olivia había recibido su invitación, aunque se abstendría de mencionar que sabía que estaría en Slioscreige aquella mañana. Encontró a la escultora en plena tarea de mover uno de los pequeños bloques de arenisca que acababa de recibir directamente de la cantera de Craigleith, usando una plataforma rodante con visible dificultad. Liam se apresuró a ayudarla y colocó la pieza en el sitio que ella le indicó.

—Ha llegado justo a tiempo —dijo ella agradecida.

—Me alegra haberle sido útil.

Lo miró interrogadora con las manos en la cintura y respirando aún con dificultad por el esfuerzo.

—¿Ha decidido aceptar mi propuesta?

—He venido a asegurarme de que le dio mi recado a su hermana.

—Ella no está.

—Lo sé.

Hannah sintió un escalofrío. No estaba segura de si había sido por su tono o porque percibió algo en su propio cuerpo al tenerlo tan cerca.

—Se lo dije y se puso bastante contenta con la idea.

Liam sonrió satisfecho.

—¿Todavía se lo está pensando?

—¿El qué?

—Lo de ser mi Apolo.

—No.

—¿No quiere?

—No me lo estoy pensando. Tengo cosas más importantes en las que ocupar mi mente.

—Ah.

El escocés esperaba una reacción más extensa, pero al parecer ya había terminado de hablar, porque se puso a organizar sus herramientas para iniciar el trabajo. Hannah lo miró cuando lo tuvo todo listo.

—Creía que tenía cosas que hacer.

—Y así es —afirmó sin moverse.

Hannah suspiró y se apartó un mechón de pelo rebelde que escapó de su recogido para unirse a todos los que escaparon antes. Liam sonrió, su imagen alteraría enormemente los nervios de su madre y aún más los de Sheena, que era una fanática de la apariencia.

—Aceptaré ser el rostro de Apolo si me concede un deseo.

Las mejillas de Hannah se colorearon levemente y ella desvió la mirada tratando de ocultar su turbación.

—Necesito que me muestre la cara de Daphne.

—¿Qué? —Lo miró sorprendida.

—Quiero ver el rostro de la modelo que posó para esa figura —señaló a la ninfa que descansaba indiferente en un rincón—. Me servirá un dibujo, está claro que puede hacerlo.

Hannah frunció el ceño.

—¿Por qué?
—¿Por qué qué?
—¿Por qué quiere ver su rostro?
—Tengo curiosidad.
Ella se cruzó de brazos y lo miró con atención.
—¿Cómo se la imagina?
—Eso es cosa mía.
La escultora sonrió burlona.
—Si le muestro el rostro de Daphne, ¿posará para mi Apolo?
—Sí.
—¿Seguro?
—Sí.
—¿Me da su palabra?
—Le doy mi palabra.
—Para que quede claro, ha dicho que si le muestro el rostro de Daphne usted posará para que yo realice mi Apolo.
—Eso he dicho.
Hannah sonrió satisfecha y asintió.
—Lo tiene delante.
—¿Qué?
—Esa estatua está hecha a mi imagen y semejanza —insistió ella girándose a mirarla—. Yo soy la modelo.
Liam miró de nuevo la estatua y luego a ella. No pudo disimular su sorpresa y decepción.
—Ahora ya sabe por qué oculté la cara —mantuvo la sonrisa—. Las estatuas deben ser hermosas. Las mujeres podemos no serlo.
El escocés no dijo una palabra.
—Usted insistió en saberlo. Entiendo su desilusión, pero no me culpe por haber estropeado su fantasía. Un trato es un trato, ahora no puede echarse atrás.
—No ha estropeado... nada.
—Oh, ya lo creo que sí. Tendría que verse la cara. De hecho, la verá, porque esa es la expresión exacta que necesito para mi Apolo: una profunda y sentida decepción.
Liam miró la estatua una vez más y tuvo que reconocerse a sí mismo que sí lo había decepcionado.
—¿Podría quitarse un momento la ropa? —dijo la escultora cruzándose de brazos.
—¿Qué? —El escocés la miró entornando los ojos.
—Me gustaría verlo desnudo.
—¿Qué? —Un grado más de sorpresa.
—Necesito tener algo para empezar a trabajar en el boceto. Se ha comprometido a posar para mí.
—Solo el rostro.
—Ha dicho que me servirá de modelo para mi Apolo. —Señaló el bloque de mármol—. Es una estatua de cuerpo entero.
—No voy a desnudarme delante de usted —dijo tajante.
—¿Le avergüenza su cuerpo, señor Fraser?
—En absoluto.

—¿Es por mí? Ya le dije que he visto a muchos hombres desnudos.

—¿A muchos?

Ella lo observó durante un momento, inclinando la cabeza de un lado a otro.

—Nunca los había contado, pero diría que unos doce.

—Vaya, es usted toda una experta. —Sonrió burlón y se cruzó de brazos haciendo que sus músculos se tensaran—. No me desnudaré delante de usted. Ha sido ingeniosa la manera de enredarme, pero tendrá que conformarse con lo que ve.

—¿Su torso al menos? De cintura para arriba me serviría. Yo ya imaginaré el resto.

Lo dijo de un modo perverso y Liam miró el bloque de piedra con preocupación.

—¿Qué sentido tiene que lo esculpa desnudo? Por muy dios que sea llevaría ropa.

—Sus intenciones con Daphne eran muy claras y para eso la ropa no era necesaria.

—Pero no lo consiguió.

—¿Cómo dice?

Liam torció su sonrisa.

—Quería poseerla, pero no lo logró. Ella se convirtió en un laurel cuando él la perseguía por el bosque. Y no creo que corriera entre la maleza en cueros, no sería muy inteligente por su parte.

Hannah entornó los ojos sin disimular su enorme sorpresa.

—¿Se ha estado informando?

—Me entró curiosidad y pregunté a mi hermana. Resulta que sabe mucho sobre mitología griega.

Hannah soltó una carcajada y su rostro se transformó sorprendentemente. Liam arrugó el ceño y bajó los brazos.

—¿Qué le parecería vestirse con una túnica? —preguntó cuando dejó de reír.

—¿Quiere ponerme un vestido?

—Era lo que usaban los griegos y los romanos. Puedo conseguirle una para que no esté desnudo y me sirva de modelo. No me sería difícil imaginar lo que hay debajo de esa ropa —dijo señalándolo de arriba abajo—, pero no veo la necesidad teniéndolo aquí delante. Además, podría decepcionarlo el resultado.

Liam arrugó más el ceño recordándose que ese Apolo iba a tener su cara. ¿Cómo se había metido en ese embrollo? Y solo para descubrir que esa magnífica estatua de Daphne era en realidad...

—Está bien —aceptó al fin—. Posaré sin camisa, no pienso ponerme un vestido ni una túnica ni nada de eso. Y usted no hará a Apolo desnudo.

Hannah no había tenido la menor intención de esculpirlo sin ropa, pero se abstuvo de mencionarlo.

—¿Cómo lo... haremos? No tengo mucho tiempo para perder —dijo él con evidente malhumor.

—Solo necesitaré que venga una tarde para dibujarlo en diferentes poses. Así es como trabajo.

Liam asintió aliviado, pensaba que iba a tener que estar horas quieto mientras ella lo esculpía.

—De acuerdo —dijo asintiendo.

Sin poder evitarlo, su mirada se desvió hacia Daphne y la de Hannah lo siguió.

—Siento haberlo decepcionado.

La miró tratando de averiguar si lo estaba provocando para que lo negara o para

todo lo contrario. Ella se dirigió a una mesa en la que tenía bien colocadas sus herramientas y empezó a limpiarlas.

—Como le he dicho, conozco muy bien la anatomía humana y sé muy bien cómo recrear un rostro perfecto. —Se giró a mirarlo sin falsedad en sus ojos—. Como el suyo, por ejemplo. O el de Olivia o Augusta. La belleza es una cuestión de simetría, ¿lo sabía? Que cada facción esté perfectamente en su sitio. Desde niña sé que mi rostro no es perfecto en ese sentido. —Hizo un gesto y señaló a Daphne con un cincel en la mano—. Esa es la única vez que he posado para una de mis obras.

—¿Por qué está aquí? —preguntó Liam con curiosidad—. Quiero decir, ¿por qué no la ha vendido?

—Nunca ha salido de mi taller. No se ha exhibido y tampoco fue un encargo...

—Eso no responde a mi pregunta.

Hannah se quedó en silencio. No estaba segura de la respuesta, aunque no era la primera vez que se la planteaba. Liam esperó hasta darse cuenta de que no contestaría a su pregunta.

—¿Cuándo quiere que venga?

Ella se limitó a encogerse de hombros.

—El viernes, entonces —dijo él caminando hacia la puerta.

—¿Le preparo una túnica? —preguntó ella conteniendo la sonrisa.

Liam la miró muy serio antes de salir del taller. Escuchó sus carcajadas cuando avanzaba por el pasillo, pero no se detuvo.

Tres días después, el escocés regresó al taller sin decirle a nadie la tarea en la que se iba a enfrascar. Hannah lo esperaba con su cuaderno de dibujo y varios lápices y carboncillos. Tenía muy claro lo que quería de él y fue dándole las directrices para que se colocara en distintas posiciones mientras ella lo dibujaba. Llevaban tres horas trabajando y Hannah empezaba a notar los músculos entumecidos. Elevó los brazos para estirarse y le indicó que se tumbara en la alfombra.

—¿Quiere que me tumbe? —preguntó divertido.

Hannah asintió mientras ella se sentaba con las piernas cruzadas. Liam casi se había acostumbrado a verla con su indumentaria masculina y ya no le causaba la menor sorpresa. La escultora apartó el cuaderno y se inclinó, apoyándose en el codo para mostrarle lo que quería que hiciera. Liam se tumbó tal y como le decía, pero dobló una rodilla para estar más cómodo.

—¡Perfecto! —exclamó ella entusiasmada y empezó a dibujar en una hoja limpia.

Liam la observaba trabajar con atención. Su rostro se relajaba de tal modo, que era perceptible la emoción que provocaba aquella calma. Era como si llegase hasta él como el humo de un cigarro, pero con un aroma a limón y bergamota en lugar de a tabaco.

—Nunca he estado en Italia —dijo de pronto y sin venir a cuento.

Hannah levantó la mirada del dibujo y sonrió.

—Es un país precioso —dijo pasando los dedos por encima de los trazos de carboncillo para difuminar las sombras.

—Nunca he salido de Escocia —siguió él—. Lo más lejos que he estado es en Eilean Sùlaire.

—Oh, sí, yo quiero visitar las islas, pero me han dicho que mejor en primavera o verano. ¿Me recomienda Eilean Sùlaire?

—Desde luego. —Sonrió relajado—. Yo viajaré a Londres en primavera. He comprado un pequeño rebaño de ovejas merinas.

—En Italia son muy apreciadas. —Se tiznó la mejilla al tocarse pensativa mientras estudiaba el boceto—. Su lana es de una calidad insuperable. Debería conocer a Angelo Ricci. Es un ferviente defensor de las ovejas merinas, no permite que nadie diga nada malo de ellas. Las quiere más que a sus hijas —dijo riendo al recordar al orondo ganadero con el que había charlado en incontables ocasiones.

Hizo una pequeña pausa para terminar las sombras y lo miró de nuevo con curiosidad.

—Londres le decepcionará. A mí no me gusta nada. Está sucio, huele mal y sus habitantes son muy poco amables con los visitantes.

Liam sonrió y se le formaron unos divertidos hoyuelos en las mejillas. El modo en el que Hannah lo miró caldeó su piel como si hubiesen acercado el fuego de la chimenea. La escultora siguió hablando ajena a las emociones del escocés.

—Escocia sí me gusta. Es muy diferente a Italia, pero me gusta. Aunque hace demasiado frío. —Sonrió y después se mordió el labio superior tirando de él con total atención a su dibujo.

—Usted y su hermana nacieron en Londres.

—Sí, y no me di cuenta de lo poco que me gustaba hasta que me marché. —Se estiró para desentumecer los músculos que tenía agarrotados y su cuerpo se movió cimbreado como las cañas que crecen cerca del río. La camisa masculina que llevaba puesta se pegó a su cuerpo y sus pezones se marcaron bajo la tela. Liam se incorporó y soltó el pañuelo de su cuello lanzándolo a un lado antes de volver a colocarse.

—¿Tiene calor?

—Sí.

—Puede quitarse la camisa. De hecho, le agradecería mucho que lo hiciera.

—No.

Hannah apoyó el cuaderno en sus muslos y lo miró con cansancio.

—De verdad, me resulta incomprensible su pudor. Ya le he dicho que he visto a hombres desnudos antes, no hay nada en su cuerpo que pueda sorprenderme.

—No debería hablar de ese modo —dijo severo.

Hannah lo observó inclinando la cabeza.

—¿Lo he escandalizado?

—Es usted una mujer soltera, no debería ir por ahí alardeando de haber visto a muchos hombres desnudos.

—¿Cómo si no iba a esculpirlos?

—No debería hacerlo —dijo él manteniendo el mismo tono severo.

Aquello molestó a Hannah más de lo que esperaba y sintió la agitación en su estómago que solía preceder a la batalla.

—Así que es de esos.

—¿De esos?

—De los que si volviera a la época de las cavernas, nadie se daría cuenta de que ha viajado en el tiempo.

Liam levantó una ceja casi divertido.

—¿Eso es un insulto?

Hannah sonrió con mirada cínica.

—No espero que lo entienda.

—Vaya, eso no es muy halagador. Veo que no tiene muchos argumentos para defender su actitud.

A la escultora le molestó su tono sarcástico y el hecho de que no se enfureciera con ella. Normalmente a los hombres les irritaba que los tratase así.

—No tengo nada que defender. Soy una artista y no se me puede catalogar como a las demás mujeres.

Liam se levantó para beber agua y Hannah esperó impaciente. Cuando él se volvió hacia ella tenía una expresión taimada.

—¿Cómo debe catalogarse a los artistas? Ilustre a este estúpido montañés.

Ella elevó el mentón orgullosa.

—Los que llevamos el arte en las venas no podemos regirnos por convencionalismos simplones y retrógrados que no hacen más que encorsetar nuestro talento y destruir nuestra inspiración.

—¿Por eso no usa corsé? —preguntó sin tapujos.

Hannah se puso de pie también, no quería tener que mirarlo desde tan abajo, aunque en esa posición seguía en inferioridad de condiciones.

—¿Y a usted qué le importa?

—Las mujeres usan corsé por algo.

—Para deleitar a los hombres con su apariencia. Para que ustedes disfruten al verlas. Son objetos decorativos en sus salones, como un jarrón o un cuadro.

—Como artista debería valorar la belleza.

—Y la valoro, probablemente mucho más que usted, pero no la impostada sino la natural. El cuerpo de la mujer es hermoso, no necesita que lo estrujen y lo opriman para modelarlo al gusto de los hombres. Pero a ustedes les gusta saber que están atadas y oprimidas, les hace sentir poderosos.

Los ojos de Liam bajaron hacia sus pechos y eso provocó una reacción involuntaria en ellos. Hannah se maldijo por no haberse puesto algo debajo de la camisa y se mordió el labio inquieta. El escocés sonrió satisfecho por haberla incomodado.

—Estamos de acuerdo —dijo él. Sentía la piel ardiendo y un familiar anhelo entre las piernas—. A mí tampoco me gusta que usen corsé, prefiero saber que bajo la tela no hay más que carne y hueso.

Hannah fue consciente de la excitación masculina y mucho más de la propia. Su pecho subía y bajaba agitado y sus ojos no podían desprenderse de la mirada del escocés. Aquella estancia era enorme y la chimenea estaba demasiado lejos, pero los dos tenían la frente perlada de sudor. La escultora contuvo el aliento cuando él dio un paso hacia ella, los músculos de sus brazos estaban tensos, como si se preparase para...

—¿Qué...?

No pudo terminar la frase, de repente todo desapareció en aquella boca que se cerraba sobre la suya. Hannah sintió como si un rayo la atravesara en mitad de un páramo, una sensación atronadora que la dejó sorda, ciega y sin aliento. Respondió a su beso con total entrega y rodeó su espalda para apretarse contra él. Liam bajó una de sus manos hasta colocarla en su trasero y deslizó su lengua entre los labios abiertos. Lejos de amilanarse, ella devolvió la caricia y sus lenguas se enredaron en un baile entre iguales. El escocés se apartó un momento y la miró sorprendido.

—¿Quién es? —musitó con voz ronca.

Sin esperar respuesta, volvió a besarla y ella se agarró a sus brazos, sintiendo los músculos moverse bajo la yema de los dedos. Hannah no podía pensar, solo quería sentirlo más cerca, mucho más cerca y como si de un sueño se tratase, dejó de cuestionarse y se volvió etérea en sus manos. La pasión y el placer mutuo los arrolló empujándolos contra una pared sin que ninguno pudiera impedirlo. Sus besos se hicieron más profundos y exigentes. La piel les ardía y se despojaron de la ropa con urgencia. Los pequeños senos de Hannah chocaron contra el duro pecho masculino y sus pezones respondieron al instante haciéndola gemir. Él cubrió uno con su mano y pasó el pulgar por la enhiesta protuberancia, jugando con ella, torturándola. Hannah gimió de nuevo, pero en lugar de mantenerse a la expectativa bajó una mano con decisión y envolvió su miembro erecto con ella. Liam gruñó desconcertado y abrió los ojos con sorpresa cuando comenzó a acariciarlo con firmeza.

—¡Dios! —exclamó.

Antes de que fuera tarde, la obligó a soltarlo y agarrándola por las nalgas, la levantó del suelo sin esfuerzo para colocarla justo donde necesitaba tenerla. Hannah le rodeó la cintura con las piernas, dando prueba de nuevo de su flexibilidad, y sin dudarle se arqueó contra él con total entrega. Liam volvió a besarla y la escultora enredó los dedos en su pelo como si necesitara aferrarse a algo. Estaba hambrienta y su ansia tenía cura allí mismo, en el lugar en el que el escocés hacía contacto con ella.

—¿A qué espera? —preguntó ella tercamente.

Liam la miró incrédulo, pero estaba demasiado encendido como para pensar con claridad.

—¿Sabe...?

—Claro que sé, no soy una delicada florecilla, Liam Fraser, y no tengo todo el día.

Aquello lo dejó aún más desubicado. ¿En serio le estaba metiendo prisa?

—¿No será que no sabe cómo se hace? —lo provocó aún más.

Liam no pudo con aquella invitación directa y se sumergió en ella sin más freno que su propio deseo. La atravesó sin detenerse, y Hannah se arqueó contra él con un largo y áspero gemido de alivio. No era su primera vez, desde luego, lo que ayudó a que él se relajara haciendo más fácil el disfrute mutuo. Los latidos de sus corazones se aceleraron con cada embestida y la escultora se sintió Daphne siendo poseída por el mismísimo Apolo. Aunque en ese caso no había la más mínima resistencia por su parte. Fue consciente de cada centímetro invadido, del roce de su carne, de la presión de su envergadura y gritó impotente, como si una fuerza inhumana la arrollara, privándola de todo raciocinio. Él cubrió su boca para enmudecerla y la penetró con su lengua, uniéndose a aquella otra invasión imparable que la llevó al orgasmo. Liam se vio arrastrado con ella, pero antes de descargar su simiente, se apartó con un último resquicio de cordura.

El escocés contemplaba los dibujos mientras ella terminaba de vestirse. Ninguno había dicho una palabra después de lo sucedido y Hannah solo quería que se marchara cuanto antes.

—¿Tendrá suficientes? —preguntó él sin mirarla.

—Sí. Gracias por aceptar posar para... mí. —Carraspeó inquieta.

Liam se giró al fin a mirarla y en sus ojos se veía lo mortificado que se sentía por lo sucedido.

—Lo siento —dijo sincero—. No pretendía...

Aquella disculpa la irritó sobremanera, pero vistió su rostro de indiferencia para ocultar su decepción.

—No tiene nada por lo que disculparse. Somos dos personas adultas que sabían lo que hacían. Esto no ha significado nada.

Liam frunció el ceño. No es que fuese la primera vez que disfrutaba de una mujer a la que no le importaba lo más mínimo su reputación, pero normalmente eso ocurría porque carecía de ella.

—Sé que lo sucedido aquí no saldrá de estas paredes —siguió ella.

Cerró el cuaderno con los dibujos y se dirigió con él hasta el escritorio en el que trabajaba. El escocés se preguntó si sería así cómo se sentirían las mujeres con las que él había estado sin que le importasen lo más mínimo. Se acercó a la mesa y la miró desde el otro lado.

—¿De verdad ha tenido suficiente? —preguntó con frialdad.

Hannah levantó la mirada y sonrió perversa.

—Considere su deuda pagada.

Liam apretó los labios consciente de la posición en la que lo estaba colocando.

—Es un alivio —dijo dolido—. Preferiría no tener que repetirlo.

La escultora no mostró en su expresión la menor sombra de ofensa.

—Descuide, nunca repito modelo para mis esculturas —dijo con la misma expresión perversa.

Él miró a su alrededor, había numerosos bustos y varias obras masculinas. Volvió a mirarla a ella con una expresión de lo más elocuente.

—Está claro que no ha perdido el tiempo todos estos años —dijo con cinismo.

—Le sorprende, ¿verdad?

¿Había un deje de amargura en su voz?

—Le parece extraño que una mujer tan poco agradecida como yo haya conocido una faceta de la vida que se supone le está negada. —Se recostó en el respaldo al tiempo que juntaba las manos e inclinaba la cabeza con mirada burlona—. Y, sin embargo, aquí estamos.

Liam entrecerró los ojos mirándola con fijeza.

—Creo que los dos deberíamos olvidarnos de lo sucedido hoy —dijo después de unos largos segundos de silencio.

—Estoy de acuerdo —afirmó ella.

—Bien.

—Bien —repitió orgullosa.

—Me marchó, entonces.

—Ya sabe dónde está la puerta.

Liam dudó un momento, pero finalmente se dio la vuelta y salió de allí con grandes zancadas que resonaron en el suelo de piedra.

Capítulo 6

Craig y Olivia paseaban hacia los acantilados después de una tarde muy provechosa en la que Olivia había aprendido todo lo que le faltaba por saber de la gestación de una yegua y los primeros cuidados de su potrillo.

—Ewan es un gran veterinario —dijo admirada—. Me maravilla el modo que tiene de explicarse.

Craig sonrió orgulloso al tiempo que asentía.

—Todos tus hijos son maravillosos, cada uno experto en lo suyo como el que más, pero es que Ewan... se parece tanto a Daphne...

—Es su vivo retrato —afirmó él—. Y no solo en su rostro, también heredó su enorme corazón.

Ella sonrió burlona.

—También se parece a ti.

Craig enarcó una ceja.

—En el blanco de los ojos.

—No seas tonto. Todos tus hijos se parecen a ti. En el físico y en esa firmeza de valores que los caracterizan.

—¿Me estás alabando?

—Pues claro que te estoy alabando. Siempre te he admirado, Craig.

—¡Vaya! —exclamó sorprendido.

Se detuvieron en lo alto de los acantilados, con *Slioscreige* a su espalda y el embravecido mar frente a ellos.

—Cuando me marché eras un hombre profundamente triste y con seis niños a los que criar y ahora esos niños son los hombres más honorables que he conocido, ¿cómo no te voy a admirar? Has hecho eso tú solo.

—En realidad, es al revés. Ellos me han hecho a mí —confesó sincero—. Después de la muerte de Daphne, Dougal tomó el mando y fue la figura paterna que yo debería haber sido. Ese muchacho es de oro macizo.

—Lo es.

—Y luego Caillen se le unió involucrándose en el negocio. Y Kenneth se convirtió enseguida en nuestro mejor jinete. Según crecían, cada uno ocupó un rol en la granja y de repente me vi rodeado de muchachos capaces que estaban decididos a sacar mi granja adelante, con o sin mi ayuda. Eso me retó, ¿sabes? Me hizo sobreponerme a mi desgracia y empezar a ver lo afortunado que era en realidad.

—Menudo zoquete serías si no lo hubieses visto —dijo pensativa—. Ojalá yo hubiese tenido a alguien para azuzarme. Cuando Hannah se marchó a Italia, me quedé congelada en el tiempo. He dedicado mi vida a cuidar a los demás, esperando que eso fuese suficiente.

—Deberías haber vuelto a casarte. Es lo que Kiefer hubiese querido.

—¿Y lo dices tú? Tampoco te has casado.

—No, yo juré ante la tumba de Daphne que jamás volvería a casarme. Estuviste allí.

—Pero...

Craig la miró con determinación y negó con la cabeza.

—Nunca traiciono una promesa.

Olivia volvió a mirar las agitadas aguas, mientras que su corazón se aceleraba tan

salvajemente como ellas.

—Será mejor que te acompañe a casa —dijo él ajeno a las emociones que había provocado—. Esas nubes traen lluvia y pronto anochecerá.

—El otro día me abordó el conde de Ardbrock —dijo Olivia cuando ya estaban en los caballos.

Craig la miró ceñudo.

—¿Otra vez? ¿Qué quería?

—Parecía molesto porque me cedieras a Niamh. Ese semental tiene algo especial para él. Me ofreció una gran suma de dinero por él. Cuando le dije que no podía vendérselo porque en realidad aún no era mío, no pudo disimular su enfado.

Craig detuvo su caballo y apretó las riendas en su mano.

—¿Se puso violento?

—¿Violento? ¡Vaya! Así que es de esos. Había oído hablar mal de él, pero no hasta esos extremos. Tranquilo, no se puso violento, solo algo... temperamental.

El escocés masculló algo entre dientes y sus monturas se pusieron de nuevo en marcha.

—¿Qué tiene ese caballo de especial para él? —preguntó Olivia con curiosidad.

—Tanto Niamh como Saoirse son hijos de Strathspey.

—Lo sé —afirmó ella—. Y por lo que cuentan tus hijos, ese purasangre era un caballo extraordinario.

—Se retiró de las carreras imbatido. —Sonrió con cierta emoción—. Era un gran caballo, sí. Perteneciente a un linaje que ha permanecido en nuestra familia desde el principio.

Olivia lo miró sorprendida.

—¿Y por qué me has cedido a Niamh?

—Nosotros tenemos a Saoirse.

—Pero...

—Niamh te dará muy buenos potros y quizá alguno destaque incluso en velocidad. Estoy seguro de que si eso sucediera, me lo venderías a buen precio.

—¿Vendértelo? Si eso sucede, el caballo sería más tuyo que mío, no digas tonterías.

—Baxter quiere a los dos. Hace años que me los pide, pero jamás se los venderé.

—Entonces yo tampoco —sentenció ella sonriendo—. Pero dejemos de hablar de ese hombre. ¡Qué ganas tengo de que llegue la primavera! Me siento como si estuviera en espera todo el tiempo.

—Es por la granja —dijo Craig convencido—. Cuando empiece la monta y tus yeguas se preñen, verás que todo empieza a avanzar. Serán unos años de espera, pero antes de que te des cuenta estarás criando y vendiendo caballos sin parar.

—Será divertido volver a verte en los Juegos —dijo sonriendo—. Por lo que me han contado, los McEntrie no tienen rival.

—¿No volviste a Lanerburgh nunca? —preguntó extrañado—. ¿Ni una sola vez?

—¿Crees que no te habría visitado de haber vuelto? ¿Por quién me tomas? —negó con la cabeza—. Cerré la casa y me marché.

—Entonces no has vuelto a ver a los McLaughlin hasta ahora. ¿Cómo reaccionó la madre de Kiefer?

Ella volvió a negar.

—No la he visto aún.

—¿Qué? ¡Olivia!

—Fui a visitarla poco después de instalarme, pero no quiso recibirme. Desde entonces he rogado por no cruzarme con ella al ir al pueblo o en algún evento.

—¿Por eso no querías venir al baile de los Sutherland?

Olivia asintió levemente y de nuevo volvió a contener la sonrisa que pugnaba por aflorar a sus labios. Se sentía como una niña a la que han prometido un regalo sorpresa. Expectante e ilusionada, porque sabía en qué consistía ese regalo y nerviosa por si ella estaría a la altura.

—Ciertamente allí no la verás. Está delicada de salud y desde que murió su esposo, no sale de casa.

—Me dejaron muy claro que no deseaban tener noticias mías —aclaró—. Nunca pretendí apartarme del todo, pero su madre fue muy explícita cuando nos despedimos. Y, al parecer, no ha cambiado de opinión.

Craig suspiró. Recordaba bien aquella dura y seca despedida frente a la que había sido la casa de su hijo durante un año. Un hogar feliz, él lo sabía bien porque Kiefer se lo había dicho emocionado.

—No quería que su hijo se casara —siguió Olivia—. Al menos, no conmigo.

—Kiefer no creía que tú fueses el problema —dijo él con suavidad.

—¿Te habló de esto? —preguntó asombrada.

—¡Oh, ya lo creo! —Se rio—. Tendrías que haberlo oído despotricar por lo que su madre te hizo en la boda. La quería mucho, pero algunas veces lo sacaba de quicio.

Ella fijó la mirada en el camino intentando no recordar el día de su boda. Hacía años que no se permitía pensar en aquellos tiempos, pero volver a Lanerburgh se lo había puesto muy difícil.

—Kiefer estaba muy enfermo y su madre creía que solo ella podía cuidarlo como es debido. Intenta comprenderla. O no. —El escocés se encogió de hombros—. Estás en tu derecho de no querer perdonarla.

Ella lo pensó unos segundos y finalmente lo miró risueña.

—Habría sido lo mejor. Que nos encontrásemos en casa de los Sutherland. Tú estarías allí y eso lo haría todo más fácil.

Craig empequeñeció ligeramente los ojos y durante una centésima de segundo su mente se turbó.

—Por supuesto —dijo despojándose de esa sensación de peligro que trataba de hacerse sitio en su mente—. No dejaría que te diese con su famosa vara, seguro que te rompería uno de esos escuálidos brazos que tienes. ¿De qué te has alimentado todos estos años? ¿De pudín de calabaza? Un par de años en las Highlands te devolverán las fuerzas que tenías hace veinticinco años.

La calidez la envolvió con su manto suave y dulce. Sus ojos lanzaron destellos brillantes y sus labios se curvaron perceptiblemente. Se mordió el labio nerviosa y respiró hondo antes de hablar.

—Voy a hacerme un vestido nuevo —dijo con timidez.

Craig sonrió amable.

—Bien hecho. Puedes pedirle a alguna de las chicas que te acompañen a la modista.

—He convencido a Hannah para que vaya conmigo.

—¿Al baile?

—A eso, aún no... —Se detuvo al ver a Liam salir de la casa dando un portazo—. Un

par de esos y nos quedamos sin puerta.

El escocés se detuvo al verlos y a Craig no le pasó desapercibido su desaliño. Llevaba el pañuelo del cuello en la mano y la camisa por fuera de los pantalones. El McEntrie endureció su expresión mirándolo interrogador.

—Buenas tardes —dijo Liam cuando estuvo lo bastante cerca—. He estado posando para la señorita Wyndham.

Craig frunció el ceño.

—¿Posando?

—Liam será su Apolo —explicó Olivia y luego miró al modelo con expresión afable—. ¿Ha sido muy duro?

—Bastante —dijo malhumorado.

—¿Tú serás «su Apolo»? —se burló Craig.

El otro apretó los labios para no decir una impertinencia delante de Olivia.

—¿Kenneth lo sabe? —siguió el patriarca.

—No, no lo sabe.

Craig contenía la risa con bastante dificultad.

—¿Y has tenido que posar... ya sabes, con tus cosas al aire? —Esperó a que el otro se diera por enterado, pero Liam seguía con los labios apretados—. He visto unas cuantas estatuas en mi vida y siempre iban muy ligeritas de ropa.

—Este irá vestido —masculló.

—¿Seguro?

—Craig, no seas malo —lo regañó Olivia—. Hannah no necesita verlo desnudo para hacer su estatua. Es una experta en el tema.

El patriarca la miró con sorpresa.

—¿Una experta?

—Quiero decir... —Se ruborizó—. Ha hecho muchas estatuas de dioses, siempre le hacen esos encargos. No creo que haya visto a tantos hombres desnudos. —Su rubor se intensificó—. O sea, sé que tenían modelos allí en Borgosanto, pero no... Yo...

Craig no sabía si echarse a reír al mirar a una o a mirar al otro, los dos le estaban dando muchos motivos para ello.

—Deberías haber posado desnudo —dijo con toda la maldad del mundo—. A saber qué le pondrá a ese Apolo donde tú ya sabes.

Liam bufó por la nariz y sin decir nada más se subió a su caballo y se alejó de allí al galope, espoleado por la risa de Craig a su espalda.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Olivia entrando en el taller con pasos delicados—. Liam Fraser se ha ido hecho un basilisco.

—¿Lo habéis visto? —preguntó la otra sin dejar de ordenar pinceles.

Olivia frunció el ceño, estaba ordenando cosas que ya estaban ordenadas y solo hacía eso cuando...

—Hannah.

—¿Qué?

—Mírame.

La otra dejó escapar el aire en un sonoro suspiro y se volvió hacia ella con una mirada culpable que no dejaba lugar a dudas.

—¿Qué has hecho?

—No preguntes.

Olivia tiró los guantes en una mesa y se acercó a su hermana con mirada inquisitiva.

—Sí pregunto.

Hannah se puso las manos en la cintura y desvió la mirada tratando de encontrar una salida. Pero no había ninguna, no con Olivia. Con ella solo podía ser sincera.

—Hemos... Yo... —Se golpeó los muslos con las manos y gruñó impotente—. No sé qué me ha pasado, pero cuando me ha besado...

Olivia estaba pálida como una hoja en blanco y miraba a su hermana suplicante.

—Dime que no... —No le salían las palabras—. Dime que solo ha sido un... beso.

—No, Olivia, no ha sido solo un beso. Hemos llegado hasta el final.

—¿Hasta el...?

Tuvo que buscar un sitio al que agarrarse porque le fallaron las piernas.

—No empieces a pensar cosas raras. No me ha forzado. En realidad he sido yo la que lo he... arrastrado.

—Necesito sentarme —pidió Olivia sin poder moverse.

Su hermana buscó una silla y cuando estuvo sentada, ella comenzó a pasearse por el taller visiblemente inquieta.

—No soy virgen, he estado antes con un hombre.

—¿Que tú...?

—Quería contártelo, pero sabía que te pondrías... así. —La señaló.

Olivia se tapó la boca para ahogar un «Dios mío» y cerró los ojos un momento. ¿Qué pensaría Liam de ella? ¿Se lo contaría a Kenneth? Era su mejor amigo...

—Es de fiar, no lo contará —dijo Hannah como si le leyera el pensamiento.

Olivia levantó la mirada y posó sus aterrados ojos en ella.

—¿Que es de fiar? ¿Tú te estás oyendo? ¿Has escuchado todas las barbaridades que has dicho? —Se puso de pie furiosa—. ¡En mi casa!

La otra detuvo su frenético paseo y la miró dolida.

—¿Tu casa? Creía que esta era nuestra casa.

—Creerán que eres una... cualquiera.

—Pero no lo soy —respondió desafiante—. No le debo explicaciones a nadie y puedo hacer lo que me plazca.

—¡No! ¡No puedes! ¡Nadie puede, Hannah!

No la había visto nunca tan furiosa.

—Si Craig se entera... ¡Dios mío! ¿Qué pensará de mí?

Hannah frunció el ceño incrédula.

—¿Qué pensará de ti? Eso es lo único que te importa, ¿verdad?

—¡Te has acostado con un hombre que no es tu esposo! ¡Aquí! —Buscó a su alrededor preguntándose dónde podía haber sucedido—. ¿En la alfombra? ¿Os habéis tumbado en la alfombra?

—No, hermana, no nos hemos tumbado, lo hemos hecho de pie —dijo furiosa también—. Ahí, en esa pared, ¿la ves? Como animales.

Olivia apretó los puños con tanta fuerza que se clavó las uñas.

—¿Por qué estaba tan enfadado? —preguntó al borde de las lágrimas—. ¿Qué le has hecho para que después de beneficiarse de tu poco juicio se haya ido así?

De nuevo aquella mirada dolida en los ojos de Hannah, pero su voz sonó dura y correosa cuando respondió.

—Te aseguro que nada de lo que le he hecho le ha disgustado —dijo con rencor—. Si se ha ido enfadado ha sido porque se arrepentía de lo sucedido.

—¡Cómo no iba a arrepentirse!

—Yo no me arrepiento.

—¡Hannah!

—¿Qué? —Ahora era ella la que tenía los ojos llenos de lágrimas—. Nunca me arrepiento de lo que hago. ¿De qué sirve arrepentirse? No podemos volver atrás, no podemos deshacer lo que ya está hecho. Solo queda seguir adelante con nuestra vida y aceptar las consecuencias.

—Esto nos va a saltar a la cara. A las dos, Hannah, y no es justo —sollozó.

—No, no lo es —aceptó la otra limpiándose las lágrimas—. Tú no has disfrutado como yo.

Olivia la miró decepcionada.

—No te conozco. No sé quién eres, hermana —dijo antes de darse la vuelta.

—Tienes razón —dijo la otra cejando en su empeño de detener su imparable llanto—. No me conoces en absoluto. No sabes lo que es ser yo. Una mujer sin cualidades femeninas, pero con un corazón que late y un ansia insoportable por ser amada. Oh, hermanita, eres tan estúpida. Has malgastado veinticinco años de tu vida, pudiendo ser una mujer plena y teniendo a tu alcance todo lo que yo deseo.

Olivia se giró despacio y la miró con dureza.

—¿Una mujer plena? ¿Y soy yo la que no te conoce a ti? La muerte de mi esposo me dejó hecha pedazos. Tuve que marcharme de aquí porque me asfixiaba en esta casa. Fue como si me enterraran en vida.

Hannah caminó hasta ella con fuego en los ojos.

—¿Y qué? Claro que dolía, es lo que nos hace humanos. Pero ¿por qué te abandonaste, Olivia? Mira tu perfecta cara y tu precioso cuerpo. Ahora eres una mujer de cuarenta y siete años, estás a un paso de llegar al medio siglo y ¿qué has vivido? Solo tuviste una noche de amor y, por lo que sé, resultó un completo desastre. ¿Y has mantenido luto perpetuo por un hombre como Kiefer?

—No hables mal de él, te lo prohíbo.

—No pretendo hablar mal de él, lo quería, pero era un hombre, imperfecto como lo somos todos. ¿Te crees que él querría esto? —La señaló.

—Hablas como si hubiese algo malo en mí, pero no soy yo la que fornicaba con cualquiera.

Hannah se echó atrás como si le hubiese dado un puñetazo.

—¿Eso piensas de mí? ¿Qué lo hago con cualquiera?

—Liam no es nadie para ti. ¿O sí? Porque ya no sé a quién tengo delante. Por lo que yo sé, os habéis visto dos veces.

—Para tu tranquilidad, te diré que no voy fornicando con todo hombre con el que me cruzo.

Olivia apretó los labios, no sabía si estaba más furiosa con Hannah o con ella misma por decir las cosas que había dicho.

—¿Cómo has podido? —preguntó incrédula—. Sabes que es amigo de los McEntrie... Hannah, por Dios.

—Ya te he dicho que no diré nada.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque es esa clase de hombre.

Olivia frunció más el ceño sin comprender.

—Un hombre honesto y leal. Alguien en quien se puede confiar, cuya palabra es inamovible. —Torció una sonrisa—. La clase de hombre que se enamora de mujeres como tú, hermana.

—Sí quieres que un hombre se case contigo, no puedes darle tu honra antes de que te lo pida.

Hannah sonrió con tristeza.

—Qué fácil es para ti decir eso.

—¿Fácil? Nada en mi vida ha sido fácil.

—Aún recuerdo la enorme lista de tarjetas en el recibidor de casa. Los jóvenes más apuestos y más deseados de Londres haciendo cola para que los recibieras. Mamá era tan feliz. ¿Sabes cuántas tarjetas llegaron para mí? Es fácil: ninguna. Ni una sola, Olivia. Y lo peor de todo era ver el rostro de mamá. La decepción que trataba de ocultar tras aquellas frases tan manidas y carentes de significado.

—¿Te crees que yo no la decepcioné? Me enamoré de un escocés y enfermo, además.

—Sí, la decepcionaste. Su niña preciosa, su bien máspreciado, escogió al peor candidato de todos los posibles. Podrías haber tenido a quien quisieras. Un conde, hasta un duque pidió tu mano. A todos los rechazaste con la simpatía y dulzura que te caracterizaban. Se iban de casa destrozados, pero mucho más enamorados de lo que llegaron. Porque así eras tú, perfecta. Una auténtica diosa.

—¿Has vivido todos estos años guardándome rencor por ser hermosa?

—¿Rencor? ¡Yo te idolatro como todos ellos! Eres hermosa por fuera y por dentro, contra todo pronóstico. ¡Me da rabia ver lo que has hecho con tantos dones! Deberías haber sido la mujer más feliz de la tierra.

Olivia se limpió sus propias lágrimas con fiereza.

—¿Me culpas encima?

—¡Claro que te culpo! Somos dueños de nuestro destino, hermana. No hay nadie moviendo los hilos. Lo que hacemos labra nuestro camino. No merecías lo que te has hecho. Tú menos que nadie.

—Eso es muy cruel.

—¿Yo soy cruel? Te has privado de la felicidad que intentaba llegar a ti por todos los medios. No había nada malo en ti, podrías haber tenido una vida maravillosa, una casa llena de niños, un hombre que te amase cada noche y te adorase todos los días. No había nada malo en ti, Olivia, nada.

—Tampoco en ti.

—Por favor, no te burles.

—¿Ser poco agraciada te hace menos valiosa?

—Ser poco agraciada, poco tolerante, poco paciente, poco sumisa. No tengo espíritu de sacrificio, no tengo instinto maternal. Deseo con pasión, casi con rabia, y no renuncio a lo que deseo si no me obligan. Soy fea, Olivia, no poco agraciada, ifea! Dilo, puedo soportarlo. Mi cuerpo no ha cambiado desde que cumplí doce años, es exactamente igual, un poco más fuerte, eso sí, pero sin la menor curva de esas que tanto gustan a los hombres.

—Nada de eso es cierto, eres hermosa de un modo distinto. Y claro que eres paciente y tolerante, lo has sido conmigo todas las veces que no te he hecho caso, que

han sido muchas. Me has querido incondicionalmente y siempre me has apoyado. Pero no puedo consentir que hagas esto, es demasiado. No puedes entregarte a un hombre así, eso no, Hannah.

—¿Por qué no puedo? —Sus ojos se secaron al fin y su corazón volvió a latir acompasado—. ¿Por qué? ¿Quién tiene el derecho a decidir eso más que yo?

—Hay unas normas de conducta, si no las siguiésemos seríamos como animales.

—Esas personas que han decidido lo que puedo o no puedo hacer, ¿me conocen? ¿Saben lo que yo siento?

—Hannah.

—No hago daño a nadie. Jamás he hecho daño a nadie. A mí sí me lo han hecho. Mucho daño, hermana, más del que puedes imaginar, pero aun así, no cambiaría ni una de las decisiones que he tomado en mi vida. Actúo siempre según mis valores y soy fiel a mí misma. No me arrepiento de haberme entregado a Liam Fraser, es un hombre digno y un amante extraordinario. Puedes girarme la cara, pero debes oír lo que digo. Hay hombres que saben amar a una mujer y hombres que no. Tú solo has conocido a uno del segundo grupo. No te mueras sin descubrir lo que se esconde dentro de ti, Olivia, te lo pido por favor.

—Júrame que no volverás a hacerlo —pidió su hermana—. Y yo te juraré que no me cerraré ante la oportunidad de vivir una vida plena.

Hannah sonrió lentamente.

—Necesito un poco más de concreción.

—Si tú me juras que no volverás a intimar con Liam, yo le dejaré claro a Craig que estoy abierta a... Que podríamos... —Movi6 la cabeza irritada—. Ya sabes lo que quiero decir.

—Si quieres que hagamos esto tienes que dar el paso, hermanita. No valen medias tintas. Y lo primero es que seas capaz de decirlo.

Olivia respiró hondo y después dejó escapar el aire de un soplido

—Estoy dispuesta a... declararme.

Hannah se tapó la boca riendo.

—Pero tienes que prometerme que no volverás a...

—Tranquila —la cortó sin dejar de sonreír—. No volverá a suceder.

—Promételo.

—Lo prometo.

Olivia la abrazó con profundo sentimiento.

—No quiero que discutamos.

—Lo sé.

—Te quiero mucho, Hannah.

—Y yo a ti.

La mayor se apartó para mirarla.

—Intentaré ser menos mojigata, pero sé comprensiva conmigo, es como si todavía tuviese veinte años. Está claro que tú eres la experta aquí.

Hannah asintió sin dejar de sonreír y Olivia frunció el ceño empujando los ojos.

—¿Quién te ha hecho daño? —preguntó interesada.

—Nadie.

—Tenemos que ser sinceras la una con la otra —dijo apartándose—. Esta relación no

funcionará si no lo somos.

Hannah lo pensó unos segundos y finalmente suspiró, tampoco era un secreto de Estado.

—Ven —dijo cogiéndola de la mano para llevarla hacia la puerta—. Si vamos a hablar de esto necesitare una copa de jerez, al menos.

Capítulo 7

A Iona MacKenzie no la habían besado nunca. Y, desde luego, nadie le había metido la lengua en la boca, como acababa de hacer Liam Fraser con total delicadeza. Cuando el escocés se apartó, no había en su rostro el menor atisbo de emoción y la joven se preguntó si era así como debía ser, pues ella tenía la misma percepción del asunto.

—No ha sentido nada —dijo él sonriendo burlón.

—¿Qué debía sentir exactamente?

—Algo —dijo el escocés encogiéndose de hombros.

—En las novelas hablan de estremecimiento y calor, es cierto que no he sentido nada de eso.

—Su conocimiento al respecto no ayuda.

—¿Se refiere a que lea novelas o a que no me hayan besado antes?

—Ambas cosas —dijo paciente.

—Quizá podría haberme hablado antes al respecto. Me refiero a palabras poéticas y románticas que le indicasen a mi corazón qué debía sentir. Me ha abordado de improviso, no estaba preparada.

Liam no dijo nada, pero su mente voló a una escena mucho más improvisada y satisfactoria. Ya hacía dos semanas de su encuentro con Hannah Wyndham y desde ese día no había podido quitársela de la cabeza.

—Mis padres estarían encantados con que nos casáramos —siguió Iona ajena por completo a sus pensamientos—. Sería un enlace muy apreciado en la comunidad. Doy por sentado que es eso lo que pretende al besarme del modo en que lo ha hecho.

—¿Me aceptaría si se lo propusiera? —preguntó con cierto deje de irritación.

Iona asintió y el escocés se sintió acorralado. Había sido él el que había dado el estúpido paso, pero tenía la secreta esperanza de que lo rechazaría.

—Me presionan para que me case —explicó.

—Lo imagino. No es usted ningún niño.

La miró sorprendido.

—¿Le parezco un viejo?

—No he dicho eso, pero usted tenía catorce años cuando yo nací.

—Ya veo.

—Ha dicho que lo presionan. ¿No le resulta agradable?

—¡Oh, sí, por supuesto! Es usted hermosa y muy agradable, desde luego.

—También soy saludable y fuerte, podré darle hijos sanos. ¿No es esto lo que se espera de una mujer? Creo que podré cumplir con todas las obligaciones de mi sexo satisfactoriamente.

La miró con cierta incomodidad, pero no dijo nada al respecto.

—Si tiene dudas, podemos obviar lo sucedido aquí y continuar conociéndonos un poco más —dijo Iona, consciente de que si lo presionaba, quizá lo apartase para siempre.

—¿Le parecería bien?

Iona asintió repetidamente y sonrió satisfecha. Siguieron caminando por el sendero, en silencio. Liam no encontraba un tema de conversación, sentía la mente caótica, saltaba de un pensamiento a otro sin orden ni concierto.

—Puede hablarme de sus ovejas —lo animó ella—. No es un tema que me interese mucho, pero una buena esposa ha de saber escuchar y esto me servirá de entrenamiento.

Liam no supo si echarse a reír o sentirse ofendido.

—Hábleme de usted. ¿Qué cosas le gustan? —preguntó.

—Pues... —Lo pensó un momento—. No soy muy amante de la naturaleza, salgo a caminar porque mi madre insiste en que hacer ejercicio es bueno para el cutis.

El escocés sintió un puñal atravesándole el estómago.

—Tampoco me gustan los trabajos manuales, no soporto bordar y tampoco soy buena tocando el piano.

—¿Qué le gusta hacer? —preguntó directo, consciente de que solo había hablado de las cosas que detestaba.

—Pueeees... —Se llevó un dedo a los labios pensativa—. Me gusta comer, es lo que más me gusta. Y escuchar el trino de los pájaros. Podría pasarme horas asomada a mi ventana escuchándolos. También me gustan las flores, como huelen, pero no soporto tener que cuidarlas. —Lo miró con sus grandes y preciosos ojos muy abiertos—. Me gusta mucho leer poesía. Y novelas. Me apasiona leer, es lo que más me gusta de todo. Soy feliz con un libro en las manos. Puedo vivir un millón de aventuras sin moverme de mi sillón, ¿no es maravilloso?

Liam frunció el ceño confuso. Si contestaba lo que pensaba, probablemente no le gustaría.

—¿A usted le gusta leer? —preguntó ella al ver que no decía nada.

—Sí, me gusta, pero no tengo mucho tiempo para hacerlo.

—Claro, las ovejas...

—Eso es, las ovejas —sonrió divertido.

—No me gustan mucho los animales —dijo ella—. Me dan miedo.

—¿Miedo?

Iona asintió.

—Creo que se dan cuenta de que no me gustan y me miran mal.

Ya no pudo contenerse y Liam rompió a reír. Iona no se molestó, al contrario, se rio con él.

—Es una tontería, lo sé. ¿Cómo van a saber las ovejas que no me caen bien?

La risa de Liam arreció. Si supiera que pensaba que probablemente las ovejas eran más listas que ella, no le haría ninguna gracia.

—¿Le gusta escuchar el trino de los pájaros? —preguntó cuando las risas cesaron.

Liam frunció de nuevo el ceño.

—No sé cómo responder a eso. No suelo pararme a escucharlos, pero si lo pienso diría que sí, me gusta.

—¿Y las flores?

—Son hermosas. ¿A quién no le gusta contemplar algo hermoso?

—Yo odio la fealdad. No soporto la imperfección. El mundo sería un lugar mucho mejor si no existiera, ¿no le parece?

Liam sonrió como respuesta, lo que ella interpretó como que estaba de acuerdo.

—¿Y le gusta comer? —preguntó intrigada.

—Bastante, sí.

—¿Dulce o salado?

—Salado.

—A mí me gustan las dos cosas por igual. —Sonrió satisfecha—. Tenemos algunas cosas en común, así que podremos mantener una conversación fluida durante las cenas,

que es cuando los esposos se reúnen, ¿verdad? Aparte de en... el dormitorio, claro.

Liam se imaginó cómo serían esas cenas y sintió deseos de arrancarse los ojos. ¿Cómo se le había ocurrido besarla? Deberían despellejarlo vivo por tamaña estupidez.

—Esa es la casa de su tía —dijo la joven señalando hacia la mansión de los Fraser—. Deberíamos entrar a saludarla, ¿no cree? Seguro que le damos una alegría.

Liam no supo cómo evitarlo y la siguió obedientemente mortificado.

Catriona miraba a su sobrino con evidente burla, pero él fingió no darse cuenta para no darle más argumentos.

—Así que habéis salido a dar un paseo los dos solos... —Chasqueó la lengua—. Eso no es muy apropiado, ¿no os parece?

Iona desvió la mirada con una sonrisa pícara.

—Usted nos guardará el secreto, ¿verdad, señora Fraser?

—Por supuesto —afirmó afable—. Confío plenamente en Liam, sé que se habrá comportado como un caballero.

—Desde luego —confirmó Iona—. Además, es muy probable que pronto nuestra amistad vaya un poco más allá.

Liam la miró sorprendido y luego a su tía casi asustado.

—Ya veo —asintió Catriona, que no pensaba ayudarlo a salir de semejante embrollo—. Voy a pedir que nos traigan té, me muero de hambre.

—¡Oh, y yo! —exclamó Iona.

—Tengo unas delicias de almendra que estoy segura de que te encantarán.

—¡Oh! Me encantan los pastelitos de almendra, son mis preferidos.

Liam se recostó en el respaldo y cerró los ojos, maldiciéndose en gaélico y con muchos insultos de por medio.

La llegada del té animó un poco al escocés, pues las dos mujeres se pusieron a hablar de recetas de pastelitos y entablaron una discusión sobre si eran mejor los de canela o los de yema y él pudo perderse en sus propios pensamientos. Cuando ya habían vaciado uno de los platitos, el mayordomo anunció la llegada de una nueva visita y entró Hannah Wyndham portando un objeto en las manos envuelto en una tela blanca y que, al parecer, pesaba bastante.

—¡Oh! Déjelo ahí —señaló Catriona una mesa vacía junto a la chimenea—. Sabía que vendría y la he despejado.

Liam se había puesto de pie en cuanto entró, y su cuello tenso hacía resaltar aún más los músculos que sustentaban su cabeza.

Hannah no lo miró siquiera, se limitó a quitar la tela que cubría el busto y las exclamaciones de Catriona le permitieron no decir palabra alguna.

—¡Es maravilloso! ¡Exquisito! No he visto otra cosa igual. Ha captado plenamente la esencia de su rostro y solo con un retrato. ¿Has visto, Liam? Le pedí que hiciese un busto de mi padre y es igualito a él.

Liam asintió sin decir nada, esperando que Hannah lo mirase, pero la escultora solo tenía ojos para Catriona.

—Me alegra que le guste.

—Y lo ha hecho tan rápido. Espero no haber entorpecido su trabajo por este encargo. Me hacía mucha ilusión. Este mes se cumple el segundo aniversario de su muerte y para mí es... —El llanto la hizo enmudecer y sacó un pañuelo de su manga para secarse las lágrimas.

—Es muy bonito —dijo Iona acercándose para verlo mejor—. ¿Y lo ha hecho usted? Hannah asintió.

—Oh.

La joven se fijó en sus manos ásperas y descuidadas, y Hannah las bajó rápidamente como si quisiera esconderlas.

—Siéntese con nosotros a tomar el té, por favor —pidió Catriona—. No aceptaré un no por respuesta.

Hannah tomó asiento y aceptó la taza que le ofrecía. Seguía sin mirar a Liam y el escocés empezaba a irritarse.

—Tenía entendido que estaba trabajando en una obra de gran envergadura —dijo llamando la atención de las damas.

La escultora lo miró al fin, pero su expresión no se inmutó en absoluto.

—Así es. —Hannah miró de nuevo a las otras mujeres con una ligera sonrisa—. Estoy esculpiendo a Apolo en su persecución a Daphne. Es una obra de tres metros y medio que requiere un esfuerzo extra de composición y trabajo, así que su encargo me ha servido para descansar.

—Ya veo —asintió Catriona—, es usted de las que descansa cambiando de tarea. Mi padre era igual, siempre decía que descansar no es sentarse a no hacer nada, sino cambiar de ocupación.

—Pues yo disfruto no haciendo nada —dijo Iona sin reparos—. Me encanta sentarme a mirar el paisaje escuchando el trino de los pájaros.

Hannah la miró sin expresión y Catriona le sonrió como le sonreiría a una niña que no sabe de lo que hablan sus mayores.

—Debería cuidarse las manos —dijo Iona señalándoselas—. Puedo darle una receta que funciona a las mil maravillas. Lleva harina de avena, miel, aceite, agua y una infusión de manzanilla. Le aseguro que mejorarán enormemente su aspecto.

Catriona perdió algo de color en sus mejillas, pero antes de que pudiera reprobar tan inapropiado comentario, Hannah se le adelantó.

—Necesito que mis manos tengan este aspecto —dijo acariciando sus callosidades—. Si las cuido como usted dice, se llenan de heridas que me causan dolor y me impiden trabajar con normalidad.

—Entonces debería dejar de hacer lo que hace. Es espantoso que tenga unas manos como esas.

—¡Señorita MacKenzie! —exclamó Catriona sin dar crédito.

—Discúlpeme si la he molestado —dijo la otra sin un ápice de arrepentimiento—, pero ninguna mujer debería tener unas manos como esas. Es nuestra obligación cuidar lo que Dios nos ha dado, por poco que sea.

Hannah no pudo evitar una sonrisa, que la muchacha tuviera tan poco tacto le resultó refrescante. Sabía de sobra que eso era lo que pensaban la mayoría de las mujeres que conocía, pero ninguna se atrevería a decírselo a la cara. Preferían esperar a que se diese la vuelta para empezar a cuchichear a sus espaldas.

—Por suerte para mí, lo que Dios me ha dado solo me obliga a mantenerme sana y fuerte —dijo manteniendo su sonrisa—. Si fuera hermosa tendría mucho más trabajo.

Iona se sorprendió con su respuesta, era la primera vez que veía a alguien capaz de reconocer su falta de atractivo sin enrojecer o encogerse en la silla.

—¿Por qué quiere ser escultora? —preguntó realmente interesada—. Quiero decir,

hay cosas muy agradables que no requieren apenas esfuerzo.

Hannah inclinó la cabeza ligeramente mientras pensaba su respuesta.

—Es mi pasión. —En el rostro de la joven vio que no entendía su respuesta—. ¿No hay nada que le guste tanto que tener que comer o dormir le resulte molesto?

—Oh, no. Me encanta comer y dormir, son dos tareas que acepto con gusto y que bendigo todos los días.

—Pues para mí son un suplicio, porque querría estar todo el tiempo trabajando. Me irrita no ser más fuerte y capaz. Tengo que descansar, aunque no quiera —dijo con ironía—. Necesito hacer ejercicio para mantener mis músculos sanos y comer bien, para tener energía y descansar... Es un suplicio todo lo que debo hacer para poder trabajar el resto de mi tiempo.

—¿Y qué hace para divertirse? —preguntó la joven.

—Trabajar.

Catriona sonrió y miró a Liam que escuchaba en silencio. Frunció el ceño al ver que el escocés tenía una mirada inquietante, parecía malhumorado, pero había algo más que no lograba descifrar, algo que no había visto nunca en sus ojos.

—Mi sobrino la entenderá seguro. Cuando algo le interesa, no puede hacer otra cosa. Ya era así de pequeñito, pero me temo que ha empeorado con los años.

Hannah lo miró de nuevo y un estremecimiento la sacudió sin que estuviera preparada para ello. Sus ojos la traspasaban, fríos y calculadores, y, sin embargo, sentía un calor que emanaba de ellos y amenazaba con alcanzarla.

—Debería irme ya —dijo poniéndose de pie de repente.

—¿Tan pronto? —Catriona la imitó—. Pero si apenas ha tomado un poco de té. No ha comido nada.

—Como les he dicho, no puedo permanecer mucho tiempo sin hacer nada —dijo inclinándose ligeramente—. Discúlpeme, señora Fraser, pero el trabajo me espera.

—Pero...

—Señorita MacKenzie. Señor Fraser. Que tengan buena tarde.

Salió rápidamente del saloncito y Catriona miró a los demás sin saber qué decir. Sus ojos repararon entonces en el busto y lanzó una exclamación al tiempo que corría hacia una mesita.

—Se ha ido sin que le haya pagado —se lamentó—. ¡Qué imperdonable descuido por mi parte!

Liam se apresuró a coger el sobre de sus manos.

—Yo se lo llevaré.

Iona se sentó y cogió un pastelito y Catriona lo vio echar a correr con expresión completamente desconcertada. Miró a la joven que disfrutaba de los dulces sin el menor disgusto y movió la cabeza antes de volver a sentarse.

—¿Quieres más té, querida?

—Oh, sí, por favor.

Hannah maniobraba su *Physician Phaeton* llevándolo hacia el sendero y fingió no percatarse de que Liam salía de la casa de su tía y corría hacia ella.

—Señorita Wyndham, espere —gritó él con voz potente.

Hannah suspiró, ni siquiera ella podía ser tan descortés. Detuvo al caballo con suavidad y dejó caer las manos en su regazo mientras esperaba.

—Mi tía se ha olvidado de darle esto —dijo ofreciéndole el sobre.

La escultora frunció ligeramente el ceño, tampoco se había dado cuenta de eso. Lo cogió con una ligera inclinación de cortesía y se lo guardó en el bolsillo del abrigo.

—¿Cómo está? —preguntó Liam sin entonación alguna.

—Perfectamente. —Lo miró de frente—. ¿Y usted?

—Bien.

—Me alegra saberlo. Que tenga un buen día. —Tomó las riendas para ponerse en marcha.

—Me gustaría que hablásemos. —La siguió agarrado al vehículo.

—Tengo mucho que hacer, ya he perdido demasiado tiempo.

—Señorita Wyndham...

Ella detuvo al caballo de nuevo y se giró a mirarlo sin soltar las riendas.

—No creo que tengamos nada de lo que hablar, señor Fraser. Los dos convinimos en que olvidaríamos lo sucedido y es lo que pienso hacer.

Liam torció una sonrisa y ella ladeó la cabeza con curiosidad.

—¿Le hace gracia?

—Ha hablado en futuro.

La escultora enarcó una ceja, pero no dijo nada.

—Vamos a encontrarnos a menudo —siguió él—. Deberíamos ser capaces de mantener una mínima relación de cortesía, ¿no le parece?

Hannah suspiró y después de unos segundos asintió.

—Tiene razón.

—Si no lo hacemos resultará incómodo y quienes nos conocen sospecharán. No nos conviene.

—Cierto.

—Somos dos personas adultas, como usted bien dijo, podemos y debemos comportarnos.

Hannah asintió con firmeza.

—Entonces... ¿Amigos? —Liam sonrió abiertamente y ella le devolvió la sonrisa, aunque con menos entusiasmo.

—Amigos.

—Bien. —Soltó el carruaje para dejarla marchar y ella agitó las riendas, alejándose sin prisa.

El escocés se frotó la nuca satisfecho y regresó a la casa.

Esa noche, durante la cena, Liam comentó que sería el acompañante de Iona MacKenzie en el baile de los Sutherland y su madre aplaudió entusiasmada.

—¡Qué alegría me acabas de dar! —exclamó la mujer sin poder contenerse—. ¡Qué alegría!

—Mamá... —La regañó Sheena—. Cualquiera diría que estás desesperada.

—¿Y es que acaso no lo estoy? ¡Desesperadísima! Solo uno de mis hijos ha conseguido esposa. Sois todos guapos y capaces, no entiendo por qué aún estáis solteros cuando esta casa debería estar ya repleta de niños correteando.

Sheena se arrepintió al instante de haber abierto la boca.

—Tienes edad de casarte, hija, ¿cuándo vas a decir que sí a alguno de tus candidatos?

—Ay, mamá, no quiero casarme.
—Mentirosa —dijo Ceit—. Lo que pasa es que te habría gustado un McEntrie.
—No digas tonterías. —La fulminó con la mirada.
—Tú también tienes edad de estar casada ya, Ceit, no sé a qué esperas. El único que puede esperar es Ivar y no deja de tontear con todas las jovencitas que conocemos.
El pequeño sonrió orgulloso.
—¿Con quién te gustaría casarme, mamá? —preguntó Ceit—. Elígelo tú y yo aceptaré.
Su madre la miró incrédula.
—¿Te burlas?
—Por supuesto que se burla —dijo Sheena.
—No me burlo —negó su hermana y miró a su madre con total seriedad—. Me casaré este año si quieres. Búscame un marido y yo lo aceptaré.
—Mira que te tomo la palabra.
Ceit asintió.
—Adelante, en serio. Si lo dejas en mis manos, no me casaré nunca. Eres mi madre y me conoces bien. Confío en que sabrás elegir al adecuado.
Liam miró a su hermana pequeña enarcando una ceja.
—Yo también me casaré este año —afirmó rotundo.
Flora casi se pone a bailar de la alegría.
—¿Creéis que me voy a morir o algo? —preguntó riendo—. No puede ser verdad lo que está pasando.
—Mujer —se rio su esposo—. Disfruta del momento, no es muy normal que las cosas sucedan como tú quieres.
—¡Ay, marido! ¿No estaré soñando?
—¿Te vas a casar con Iona? —preguntó Sheena preocupada por cómo se desarrollaban los acontecimientos.
—Probablemente —dijo Liam encogiéndose de hombros.
—Ni siquiera te gusta.
—Mi gusto está un poco alterado últimamente —dijo más para sí que para los demás.
Sheena frunció el ceño y lo escudriñó con la mirada.
—Podríamos hacer una boda doble —dijo Ceit—. Así minimizaremos gastos.
—¿Quién piensa en ahorrar en su boda? —Sheena negó con la cabeza—. Os habéis vuelto todos locos. Mamá, no puedes querer que tus hijos se casen sin amor.
—Por supuesto que no —negó su madre—. Escogeré a alguien a quien puedan amar.
—¿Escogerás a alguien? ¡Son ellos los que deben escoger! ¿Iona MacKenzie? Esa muchacha es tonta. ¿Qué va a hacer Liam con ella?
—No seas cruel, Sheena —la regañó su madre.
—No soy cruel, mamá, soy sincera. —Bajó el tono para sí—. Y ella no está aquí para oírme.
—Iona es muy joven, ya espabilará. Y con tu hermano le será más fácil.
—¿Ahora quieres que haga de maestro? —siguió Sheena que miró a su hermano visiblemente enfadada—. No puedes estar hablando en serio.
—Estoy harto de esperar. Mamá tiene razón, ya debería tener varios hijos.
—¿Porque los McEntrie los tienen? ¡Deja de compararte con ellos!

—¿Quién ha dicho que me...?

—¡No hace falta que lo digas! —lo cortó furiosa—. No puedes casarte con cualquier mujer para que te dé hijos. Tienes que amarla o serás un desgraciado toda tu vida. ¿Iona? ¿De qué hablarás con ella? No se puede hablar de nada y te aseguro que lo he intentado.

—Pues no hablaremos —dijo Liam con mirada perversa.

—Eres estúpido.

—¡Sheena! —la regañó su padre.

—Papá, no puedes estar de acuerdo con esto.

—Y no lo estoy, pero te prohíbo que hables así a tu hermano.

Flora miró a su esposo dolida.

—¿No te parece bien que yo le busque esposa a nuestro hijo?

—No, no me parece bien —corroboró él—. Sé que pondrás todo tu amor en esa tarea, Flora, pero no es tu responsabilidad. Son ellos los que han de comprometerse y ellos deben elegir con quién. No tú.

—Me casaré con Iona —dijo Liam, rotundo—. Es cierto que no la amo y también que no tenemos nada en común, pero es muy joven aún. La convivencia mejorará las cosas.

Sheena se puso de pie de golpe y soltó la servilleta en la mesa con rabia. Tenía los ojos llenos de lágrimas y miraba a sus dos hermanos con evidente desprecio. Sin decir nada, abandonó el comedor y dejó un silencio espeso a su paso.

—Iré a hablar con ella —dijo Liam y nadie se lo impidió.

La arrastró hasta la biblioteca y la empujó dentro sin demasiados miramientos antes de cerrar la puerta tras ellos.

—¡Bruto! —le espetó su hermana entre dientes.

—¿Cuándo vas a reaccionar, Sheena? —dijo mirándola severo—. Ella ha hecho su vida, tiene un hijo.

Su hermana lo miró horrorizada, le había prometido...

—Sé que te prometí no hablar de ello jamás, pero no voy a dejar que tires tu vida por la borda sin hacer nada, que te quede claro.

—No puedes...

—Puedo hacer muchas cosas —masculló señalándola—. La primera, hablar con padre y explicárselo todo.

—No serás capaz.

—Si me obligas, lo haré.

Sheena sintió las lágrimas rodar por sus mejillas y tuvo deseos de golpearlo.

—No debí confiar en ti.

—No tuviste más remedio.

Sheena le sostuvo la mirada unos segundos y finalmente se dejó caer en un sofá, cubriéndose la cara con las manos.

—Si no hubiese ido a buscarte, tu reputación habría quedado maltrecha para siempre. Y la suya.

—No es necesario que seas tan cruel.

—Sí lo es. Sigues pensando en alguien que no está a tu alcance.

Sheena no dijo nada y continuó con la cara tapada un rato más. Liam sirvió un dedo de whisky en un vaso y se lo ofreció, apartándole las manos para que lo mirase. Su hermana dio un sorbo y arrugó la cara con desagrado.

—Es asqueroso —dijo devolviéndole el vaso.
Liam se encogió de hombros y dio un trago con satisfacción.
—Ya lo he superado, aunque no lo creas —dijo Sheena al fin.
—¿Entonces?
—No puedo entregarme a un hombre, Liam. Cada vez que uno se me acerca con esa intención, me paralizó y tiemblo de terror.
—Yo soy un hombre —se burló.
—Eres estúpido.
—Y un hombre. —Sonrió, sentándose a su lado—. El mundo es injusto, hermanita. Todos lo sabemos. Lo aceptamos y seguimos adelante. Es lo que tienes que hacer.
—¿Cómo? ¿Dejando que mamá me elija un marido y cerrando los ojos en mi noche de bodas? ¿Eso es lo que me aconsejas? ¿Es lo que vas a hacer tú?
—No te cases si no quieres. Hablaré con madre. Y no deberías preocuparte por mí, soy mayor que tú.
—Eres mi hermano y te quiero. ¿Qué clase de ejemplo vas a ser si te casas con alguien por no estar solo? ¿Iona? ¿En serio?
—Es una buena chica.
—No me hagas decir algo cruel.
Liam volvió a sonreír, consciente de que su enfado era proporcional al cariño que sentía por él.
—¿Con quién crees que debería casarme?
—No sé con quién, no conozco a nadie que te merezca. Pero debería ser alguien capaz, divertida... Y fuerte, sobre todo fuerte.
—¿Fuerte? —se rio—. No sé cómo tomarme eso.
—Necesitas una mujer a tu lado a la que puedas admirar y que no se amilane ante tus arrebatos de furia.
—¿Qué?
—Te pones como un basilisco cuando te enfadas.
—Eso no es cierto.
—Ya lo creo que sí. Iona se morirá de miedo la primera vez que te vea enfadado. —Negó con la cabeza—. Ella no, Liam, por favor.
—Eso lo tendré que decidir yo, ¿no crees?
—Te morirás de aburrimiento. Os pasaréis el día bostezando. ¿Y qué hijos te dará? Solo querrán comer y dormir.
—¿Cómo sabes eso?
—Ya te he dicho que he intentado ser amiga suya.
Liam frunció el ceño y de pronto abrió los ojos como platos.
—¡Sheena!
Su hermana desvió la mirada con expresión culpable.
—¡Iona es su prima! ¿En serio has intentado hacerte su amiga para saber de ella? —Se puso de pie irritado—. No me lo puedo creer. Eres...
—Estúpida, puedes decirlo.
—Claro que puedo decirlo, pero no serviría de nada si ya lo sabes.
—Es una tontería, lo sé.
—¿Qué esperas descubrir?
—Que se arrepiente de haber acatado la decisión de su padre. Ojalá lamente cada

día de su vida ser tan... cobarde. Eso es lo que espero y lo que anhelo. Sabiendo eso podría continuar con mi vida. Y te juro por Dios que lucharía por ser la mujer más feliz de toda Escocia.

—¿Estás segura? —negó con la cabeza—. Si supieras que sufre no podrías vivir. Te engañas a ti misma. Es feliz como madre, ya que no puede serlo como esposa. Y tú podrías tener lo mismo que ella tiene.

—¿De verdad es feliz?

—Ha encontrado el modo. —Vio el dolor que estaba causándole, pero tenía que hacerlo si quería ayudarla.

—Él parece... buena persona —musitó.

—Lo es. —Se sentó de nuevo a su lado después de apurar el contenido de su vaso y dejarlo sobre una mesilla—. Al menos se aprecian y están bien juntos. Las cosas son como son hermana. Lo vuestro era imposible. Si madre se enterase de lo sucedido, se moriría del disgusto. El mundo no está preparado para eso, Sheena. No tiene sentido que sigas alimentando un sentimiento que jamás te dará consuelo.

Su hermana dejó que las palabras penetrasen en su cerebro y lo anegasen todo. El dolor irradió por su cuerpo sin dejar resquicio y se llevó una mano al pecho sin poder respirar. Liam la abrazó acariciándole el pelo mientras ella lloraba en sus brazos.

—Sé que te duele, pero también sé que lo superarás. Eres fuerte, hermana, muy fuerte. Cualquier otra mujer se habría derrumbado después de aquello y tú no has dejado de ser tú, a pesar de todo. Tienes un gran corazón y mereces ser amada, pero no es posible como tú deseas. Quizá puedas encontrar a alguien a quien puedas respetar y que te dé una familia propia. Serías una madre extraordinaria, Sheena

Los sollozos arreciaron y Sheena se agarró a su chaqueta para tratar de contenerlos.

—Yo siempre estaré aquí y te querré tanto que no echarás en falta a nadie más.

Esa noche Liam no pudo dormir, pero Sheena cayó en un sueño profundo en cuanto apoyó la cabeza en la almohada. Había perdido las fuerzas de tanto llorar, pero también se había despojado de un peso con el que cargaba desde hacía demasiado tiempo. A pesar del dolor que le causó el abandono y la traición, siempre albergó el secreto anhelo de que ella volvería para decirle que no había dejado de amarla un solo día. Y por ese anhelo mantuvo una vela encendida en su corazón, para alumbrarle el camino de regreso, mientras que cerraba las puertas a todo aquel que se aventurase a acercarse a ella. Saber que la había olvidado y que era feliz la dejaba completamente vacía. Y libre.

Capítulo 8

Lavinia bajaba las escaleras poniéndose los guantes y Heather la seguía de cerca enfurruñada.

—¿Por qué no puedo ir contigo, mamá? La madre de Cecilia siempre se alegra de verme.

—No nos dejas hablar y tengo muchas cosas que contarle.

—Me estaré callada. —La niña aceleró el paso para interponerse entre la puerta y ella—. Por favor, mamá.

—¿Entonces no vienes conmigo? —Brodie se acercó sonriendo a las dos mujeres.

Le dio un beso en los labios a su esposa y a continuación encaró a la malcarada niña.

—Voy a llevarle un caballo a los MacGregor, pensaba que querías venir.

Heather abrió los ojos como platos. Lucille MacGregor era su amiga del alma, según ella, a pesar de que solo se habían visto una vez.

—¡Papá! —exclamó con las manos en la cintura—. Debiste decírmelo esta mañana, me habría vestido mejor.

—Estás guapísima —dijo él, fingiendo seriedad.

—Lucille siempre lleva unos vestidos preciosos. Yo me he puesto... esto.

—¿Qué le pasa a tu vestido? —preguntó Lavinia ceñuda.

La niña se dio cuenta enseguida de que navegaba por mares turbulentos y sonrió exageradamente.

—Nada, mamá, mi vestido es precioso. Estoy tonta, no me hagas caso. ¿Vamos, papá? —Lo cogió de la mano y Brodie le guiñó un ojo a Lavinia cuando se volvió para mirarlos.

—Dejaremos que mamá se marche antes de salir —dijo Brodie agachándose frente a su hija.

La niña abrió los ojos como platos.

—¿Vamos a ir a caballo?

Brodie asintió y Heather comenzó a dar saltos y palmas entusiasmada. La puerta de la entrada se abrió y asomó la cabeza de Lavinia.

—Ya he pedido que os traigan el carruaje y han ido a buscarlo. Yo me llevo el landó.

La inglesa cerró la puerta y contuvo la risa que se le escapaba por debajo de la nariz.

La madre de Cecilia sirvió el té y se sentó con una enorme sonrisa. Aquellas visitas convertían su día en una fiesta. Lavinia sacó la carta de Cecilia y la desplegó enseguida.

—¿Puedo? —pidió Ishbel con manos temblorosas.

Lavinia se la acercó y la mujer la cogió como si de un tesoro se tratase. No sabía leer, pero reconocía los trazos de su hija de tanto que había mirado sus cartas. Las guardaba en una caja que revisaba casi a diario para asegurarse de que estaban en buen estado. John se las releía de vez en cuando, aunque al muchacho le cansaba tener que leer lo mismo una y otra vez. Miró a Lavinia y asintió devolviéndole los papeles.

—Tómese el té primero —dijo enseguida—. Y coma alguna pastita, las hemos hecho esta mañana, están muy ricas.

Lavinia dio un sorbo de té y un mordisquito a una de aquellas pastas para

contentarla.

—¿Por qué no ha venido Heather? Hemos hecho chocolate para ella.

—Se la ha llevado su padre a casa de los MacGregor.

—¡Ah! —asintió la mujer—. Esa niña es una joya. Me recuerda mucho a mi Cecilia cuando tenía su edad. Era muy parlanchina también y todo le interesaba.

—A veces desearía que fuese muda —se rio Lavinia.

—¡No diga eso! —exclamó la otra riendo también—. La entiendo, no crea que no, mi Cecilia me puso en más de un compromiso. Y ya sabe lo que pasó cuando creció, los problemas crecieron con ella.

—Temo cuando Heather crezca, no sé si podré dominarla.

—Cuanto más lo intente, más difícil se volverá. Hágame caso, deje un poco de cuerda suelta, que crea que es libre porque si no...

Lavinia asintió agradeciendo el consejo. Se terminó la pasta y se sacudió suavemente las migas en el platito antes de coger la carta. Ishbel se preparó para escucharla.

Querida madre,

Espero que a la llegada de esta carta estés bien de salud, yo estoy muy bien.

Como te dije en mi última carta, no dejamos de recibir encargos en el taller. La señora Branting me envió a alguna de sus clientas cuando empecé y el boca a boca ha hecho el resto. No sabes la ilusión que me hace ver algunos de mis diseños en las calles de Londres. Es maravilloso, mamá, jamás imaginé que pudiera suceder algo así. Tengo muchas ganas de que vengas a visitarnos para que puedas ver cómo es mi vida ahora.

Lavinia detuvo la lectura y miró a Ishbel que se limpiaba las lágrimas.

—Es muy feliz —dijo para consolarla.

—Lo sé, lo sé. Y eso es todo lo que una madre quiere oír sobre sus hijos, pero... Me dio tanta pena no estar en su boda.

—Fue muy precipitada, pero Mason no quería esperar.

—Y lo entiendo. Ese muchacho ha sufrido mucho toda su vida, es normal que quisiera un poco de felicidad cuanto antes. Además, entre usted y yo, es lo mejor porque cuando un hombre y una mujer se quieren tanto...

Lavinia asintió. Ishbel la miró con fijeza, como si quisiera preguntarle algo.

—Ya debería tenerme confianza, Ishbel, puede preguntarme lo que quiera.

—¿Cómo es él? Quiero decir... ¿Cómo es de verdad?

Lavinia frunció el ceño y dejó reposar la carta en su regazo.

—Me sorprendía que no me lo preguntase —dijo sincera.

—Me daba vergüenza. Él es alguien importante y yo no soy más que...

—La madre de la mujer que ama —la interrumpió poniendo una mano sobre las suyas.

Ishbel sonrió aliviada.

—Mason es un buen hombre. Como usted dice, ha sufrido mucho, pero desde que Cecilia entró en su vida, la felicidad empezó a sanar sus heridas.

—Esa enfermedad... ¿De verdad es tan terrible?

Lavinia asintió.

—El sol es como el fuego para él. Pero Cecilia es una mujer muy resuelta. Ha hecho construir mamparas para todas las ventanas. De ese modo, Mason puede estar en cualquier parte de la casa durante el día sin temor a sufrir un accidente. Las contraventanas se abren o cierran dependiendo de si él está o no.

—Qué ingeniosa es mi hija —sonrió ufana.

—Mason solía dormir de día y vivir de noche, pero si seguía con esa costumbre no podría compartir apenas tiempo con ella. Cecilia tiene que abrir su taller por la mañana y trabaja todo el día. Esas contraventanas le permiten a él vivir casi como una persona normal. Aunque gastan mucho en velas.

Las dos sonrieron.

—Aun así, hacen mucha vida de noche. Salen a pasear, van a visitar a los amigos. Cuando inauguró el taller, Cecilia hizo una pequeña celebración y la organizó de noche para que él pudiera asistir.

—Lo quiere mucho —dijo su madre.

—Los dos se quieren, como ha dicho usted.

—Me manda dinero, ¿sabe? —dijo con preocupación—. Yo le digo que no lo haga, ahora tiene que cuidar de su familia y yo no necesito nada. Mis muchachos se ocupan de mí y el señor McEntrie me ha dicho muchas veces que cuando ellos se casen a mí no me faltará de nada.

Lavinia asintió complacida.

—Cecilia lo sabe, no sé por qué se empeña en seguir enviándome dinero. Yo lo guardo para cuando tenga un hijo, le haré un gran regalo, ¿qué le parece?

—Me parece que será usted una gran abuela. ¿Por qué no se va una temporada a Londres con ella? Se lo pide en cada carta que escribe.

—No quiero molestar.

—¿Cómo va a molestarla su madre?

—¿Usted querría a su madre viviendo aquí?

Lavinia desvió la mirada incómoda. No se esperaba ese giro en la conversación.

—Mi madre y yo... no nos llevábamos muy bien.

—Oh, discúlpeme.

—No se preocupe, no tenía por qué saberlo.

—Mejor siga leyendo esa carta, así no diré más tonterías.

Lavinia sonrió afable y continuó.

Brodie la levantó del suelo sin dejar de hacerle cosquillas y se lanzó en la cama con ella.

—No seas tonto —dijo entre risas tratando de zafarse de su agarre.

El escocés la inmovilizó con su cuerpo y la miró burlón.

—Sigo siendo más fuerte que tú, no entiendo qué pretendes resistiéndote.

—Bruto.

La besó en la punta de la nariz y apartó un mechón de pelo que le caía sobre el ojo.

—Has vuelto a casa un poco decaída —dijo acariciándole la mejilla con un dedo.

Se colocó a su lado y apoyó el codo en el colchón, sujetándose la cabeza con la mano.

—Echo de menos a Cecilia.

Brodie asintió.

—Lo que echas de menos es el orfanato.

Ella arrugó la nariz y los labios y finalmente asintió.

—Me gustaría ser útil.

—Ya eres útil —dijo él, levantándose de la cama para empezar a desvestirse.

—Brodie...

—Vas a ser madre —dijo interrumpiéndola.

Ella se levantó también y lo miró con las manos en la cintura.

—Puedo hacer las dos cosas, cuidar de mis hijos y de niños que no tengan madre.

—Quizá más adelante.

Ella apretó los labios y le dio la espalda. Fue hasta el tocador y comenzó a quitarse las joyas con la mirada de su esposo clavada en su espalda.

—Lavinia...

—Se hará lo que tú quieras —dijo con dureza y sin volverse.

El escocés fue hasta ella y la abrazó por la espalda, colocando las manos en su vientre.

—Espera al menos a que nazca la criatura y veamos cómo...

Ella se giró dentro de sus brazos y lo miró con ojos brillantes.

—¿Eso es que me dejas?

—He dicho que veremos cómo va cuando nazca nuestro...

Le rodeó el cuello con los brazos y lo besó apasionadamente. Su esposo contuvo la risa y se dejó arrastrar hasta la cama sin oponer la menor resistencia.

A la mañana siguiente en las caballerizas, Brodie hizo la pregunta y todos lo miraron como si hubiese preguntado quién se tomaba el veneno de la copa.

—¿Por qué me miráis así? ¿No os pasa?

Lachlan colocó la silla en el caballo que iba a entrenar y Ewan cogió un cepillo para limpiar a Ruadh.

—¿Has preguntado si nuestras mujeres nos tienen cogidos por los huevos? —Dougal miraba a su hermano con una mezcla de peligro y amenaza en los ojos.

—Más o menos —afirmó Brodie—. ¿Solo me pasa a mí?

—No —negó Kenneth llevándose una mano a la cabeza—. Nos pasa a todos.

—A mí no —afirmó Caillen amontonando la paja en un rincón.

—¿Que a ti no? —se burló Kenneth—. Que a él no, dice.

Los demás se rieron y Caillen frunció el ceño al enfrentarlos.

—Augusta no se aprovecharía de...

—¿Alguna vez le has dicho que no a algo? —preguntó Brodie.

Su hermano lo pensó un momento.

—Pues ahora que lo dices...

—Por eso no le ha hecho falta dejarte claro quién lleva los pantalones. —Brodie lo señaló como si lo llevara escrito en la frente.

—Tienes razón, nos tienen cogidos por los huevos —afirmó Kenneth—. Si le niego algo a Rowena duermo en el vestidor. Pero cuando se sale con la suya...

Todos desviaron la mirada como si con eso pudieran ocultar que les pasaba lo mismo.

—¿No os parece que son increíbles cuando consiguen algo? —preguntó Ewan—.

Quiero decir...

—Sabemos lo que quieres decir —lo interrumpió Dougal—, no hace falta que entres en detalles.

—A fin de cuentas, nuestra misión es que sean felices, ¿no? —dijo Caillen aún ceñudo—. Si lo son, es que lo estamos haciendo bien.

—Pero a veces hay que decirles que no —dijo Kenneth con mirada perversa—. Vale la pena pasar una noche fuera de su cama para después volver al dormitorio como un dios entrando al Olimpo.

Todos sonrieron con cara de bobos, menos Caillen que seguía con el ceño fruncido.

—¿Tan blando soy? —preguntó con preocupación.

Dougal le pasó el brazo por los hombros.

—No hagas caso de estos palurdos. Como has dicho, si Augusta es feliz, todo está bien.

—¿Dónde está padre? —preguntó Caillen—. Él tiene más experiencia que ninguno de nosotros con mujeres, le preguntaré a él si tengo que preocuparme.

—No creo que la experiencia de padre te sirva para nada —dijo Kenneth burlón.

—Ha ido a ver a Olivia —dijo Dougal.

—Olivia, ¿eh? —Brodie sonrió con picardía—. Quizá no haga falta que hablemos con nuestras esposas de esto.

—Dejadle en paz —dijo Lachlan montando a Saoirse.

—¿Adónde vas? —preguntó Kenneth ceñudo.

—A *Monadhachan Aodh*. Voy a hacerla correr un rato.

—¿No es mejor que vaya yo? —dijo el otro acercándose a él.

—Tú le exiges demasiado —dijo Lachlan saliendo de las caballerizas.

—¿A qué ha venido todo esto, Brodie? —preguntó Ewan.

—Lavinia quiere abrir un orfanato —dijo mirándolos de soslayo.

—Ya —dijo Kenneth.

—Lo sabemos —afirmó Caillen.

—¿No te parece buena idea? —Dougal lo miró interrogador.

—Está embarazada.

—Hombre, imagino que no querrá abrirlo pasado mañana —dijo el pirata riéndose.

—¿No os parece una locura? Creí que me diríais...

—Necesitará un sitio donde meter a los niños —dijo Caillen—. Deberías ir pensando en eso.

—Si ella quiere hacerlo, no te queda otra que apoyarla —sentenció Kenneth—. Nuestras mujeres saben bien lo que quieren y nos lo han demostrado con creces. Ninguno de nosotros se habría casado con una que no tuviese carácter. Ojalá Liam tuviera nuestra suerte.

—¿Qué pasa con Liam? —preguntó Ewan.

Kenneth frunció el ceño.

—Está más perdido que un jinete sin caballo.

—¿Por qué no le gusta Iona MacKenzie? Parece una buena chica.

—Pregúntaselo a él.

—Serás capullo.

Kenneth se encogió de hombros y todos volvieron al trabajo.



Craig hablaba caminando entre las piedras de *Monadhachan Aodh* y Olivia lo escuchaba tratando de mantenerse impertérrita, aunque le estaba costando mucho contener la risa. Desde el momento en el que escuchó su potente voz declamar: «Estas han sido las tierras de los McEntrie desde que el mundo es mundo...» supo que no iba a poder contener la risa.

—Y así fue cómo la enemistad de los MacDonald y los McEntrie se forjó —sentenció el escocés mirándola expectante. Frunció el ceño—. ¿No dices nada?

Olivia tenía los labios apretados y negó con la cabeza. Craig se acercó a ella empequeñeciendo su mirada para hacerla más afilada.

—¿Te estás riendo?

La otra negó con más ganas y apretó mucho más los labios. El escocés no daba crédito.

—¡Te estás aguantando la risa!

Olivia estalló en carcajadas y las arrugas en el ceño de Craig llegaron a su máxima expresión.

—No me lo puedo creer —dijo decepcionado—. Acabo de contarte la historia de mi familia, el drama que vivieron mis antepasados y tú...

La risa de ella arreció haciéndolo enmudecer.

—¿Qué narices te hace tanta gracia?

—Tú —dijo ella señalándolo entre risas—. Has contado esa historia tantas veces que has acabado por creértela.

—¿Creérmela? ¡Es exactamente lo que pasó!

—¿Lo que pasó? ¡Qué sabrás tú lo que pasó! No hay el menor indicio de que eso sea cierto.

Craig la miró disgustado. Tenía las manos en la cintura y esa pose chulesca tan propia de los McEntrie. Olivia pensó que era el hombre más imponente que había visto nunca. Con la enorme piedra a su espalda y el cielo azul recortando su figura, resultaba creíble que uno de sus antepasados hubiera hecho todo lo que acababa de contarle.

—Murió ahí —señaló Craig—, en esa maldita piedra, y tú te ríes de él.

—Es que eres muy gracioso.

El escocés enarcó una ceja con evidente malhumor.

—Lachlan me lo advirtió —dijo Olivia.

—¿Qué?

—Me dijo que me contarías esta historia y que no me creyese una palabra.

—Será desgraciado...

Olivia se rio de nuevo a carcajadas y Craig tuvo que darle la espalda para que no viera que lo había contagiado.

—Solo a ti se te ocurre engañar a esos pobres niños —siguió Olivia—. ¿Por qué no los trajiste a todos aquí? ¿Es que no sabías que se iban a enterar?

—Creí que guardarían el secreto —gruñó.

Olivia se colocó frente a él obligándolo a mirarla.

—No eres tan tonto.

—Vaya, ahora también me insultas.

Ella torció la sonrisa e imitó su pose chulesca.

—Educaste a esos muchachos para que fueran una piña. ¿Cómo iban a ocultarse una información como esa? Decirles a cada uno que era especial y que solo él conocía la

historia, ¿en qué cabeza cabe?

El escocés se frotó la nuca con cierta vergüenza. Hacía mucho que nadie lo regañaba así y le produjo un efecto muy intenso, tanto que Olivia acabó por compadecerse.

—No pongas esa cara. Sé lo que pretendías.

Craig la miró aliviado.

—¿Lo sabes?

Olivia asintió y sonriendo se dirigió hacia el borde del acantilado. Craig se apresuró a acompañarla, caballeroso y vigilante, como siempre. Se detuvieron a medio metro de distancia.

—¿Sabes nadar, Craig? —preguntó ella con la mirada fija en el oleaje.

—Sí.

—Yo no sé. Jamás me he metido en el mar. Ni siquiera me he mojado los pies en él.

—Eso tiene fácil solución —dijo el escocés cogiéndola de la mano y tirando de ella hacia el sendero que bajaba a la playa.

—¡No! —exclamó Olivia riendo al tiempo que trataba de resistirse—. ¿Estás loco?

Craig no respondió, pero siguió decidido. Avanzaron por el camino accidentado y Olivia tropezó varias veces. Por suerte Craig la sujetó todas ellas e impidió que diera de bruces en el suelo. Llegó abajo con el brazo del escocés bien afianzado a su cintura y no la soltó hasta que pisaron la arena frente a la playa.

—Vamos, quítate los zapatos y las medias —ordenó él.

—¿Qué? ¡No!

Craig enarcó una ceja.

—¿Quieres meterte con ellos?

—No voy a meterme.

—Ya lo creo que sí.

Olivia echó a correr hacia el sendero, pero el escocés la alcanzó por la espalda y, cogiéndola de nuevo por la cintura, la levantó del suelo.

—¡Suelta! —gritó ella pataleando sin dejar de reír.

—Hoy vas a sentir el agua, tú decides si con zapatos o sin ellos —dijo llevándola hacia la orilla.

—¡No, Craig! ¡Se van a echar a perder!

—¿Quieres quitártelos? —preguntó deteniéndose, pero sin soltarla.

—Está bien, me los quitaré, pero suéltame.

Craig hizo lo que le pedía y la miró con una expresión que no dejaba lugar a dudas.

—Soy más rápido que tú, ni lo intentes.

Olivia apretó los labios y dejó escapar el aire de un bufido.

—Eres un bruto, Craig McEntrie.

—Y tú eres una señoritinga estirada y sosa, Olivia McLaughlin.

—¿Me has llamado sosa?

—¿Tienes algún problema en el oído?

Olivia abrió la boca sin dar crédito y enseguida se quitó los zapatos sin dejar de mirarlo. A continuación procedió a quitarse las medias, convencida de que el escocés se daría la vuelta. Pero no lo hizo, al contrario, la mirada de Craig bajó hasta sus pantorrillas desnudas, provocándole un súbito e inesperado rubor en las mejillas. Carraspeó para disimular su turbación mientras dejaba caer el vestido con gesto brusco.

—¿Contento? —lo retó.

El escocés siguió mirándola con la misma expresión. Había una pizca de sorpresa en esos ojos, mezclado con algo que ella no lograba identificar. Estaba segura de que nunca la habían mirado así. Se dirigió hacia el agua con paso firme. Craig la alcanzó y la tomó por el brazo para girarla hacia sí.

—¿Qué pasa? —preguntó ella con mirada confusa.

—Livvy... —susurró él con los ojos clavados en su boca.

Las olas llegaron hasta ellos mojando los pies de Olivia y las botas de Craig, pero ninguno de los dos se movió para apartarse, estaban demasiado concentrados en el otro. Olivia tragó saliva y se mordió el labio, mostrando levemente su rosada lengua. Craig dio un paso hacia ella, puso las manos en su rostro, la atrajo hacia él y la besó suavemente. Olivia se agarró a sus muñecas instintivamente. ¿Para apartarlo? Quizá esa era su intención, pero en cuanto sintió la lengua del escocés contra la suya, perdió por completo el control de sus emociones. Craig deslizó una de sus manos hasta rodear su cintura para atraerla hacia sí. Con la otra mano sujetó su cabeza apostándola en la nuca y el beso se hizo más intenso. Olivia gimió contra su boca, sintiendo las piernas de mantequilla caliente. Muy caliente.

En la mente de Olivia se desató el caos, ¿qué era aquello? Craig usó sus dientes, su lengua y los labios de un modo que la incendió por completo. Mordió su labio inferior y tiró de él con un gemido, y ella se aferró a su espalda temblando. Craig la miró un momento y sonrió.

—Eres increíblemente hermosa, Livvy —musitó con los ojos encendidos—. ¡Dios! Da gracias que estamos en esta playa, si estuviésemos en un lugar privado, no creo que pudiera contenerme.

Ella se apartó, sintiendo una mezcla de temor y anhelo que no quería que él viese en sus ojos, por eso bajó la mirada con timidez. Regresó a donde había dejado las medias y los zapatos.

—¿Podrías darte la vuelta? —pidió en tono bajo.

Craig se cruzó de brazos y soltó una carcajada.

—¿Debo hacerlo?

Ella asintió y el escocés obedeció despacio.

—Somos un hombre y una mujer adultos, no tenemos de qué avergonzarnos —dijo él con voz sonriente.

—Esto ha sido del todo... inapropiado, Craig —respondió ella cuando hubo terminado—. Ya puedes girarte.

Lo hizo con aquella sonrisa burlona que ella conocía bien.

—¿Te hace gracia?

El escocés asintió.

—Pareces una adolescente a la que han besado por primera vez —dijo él y de repente frunció el ceño—. ¿No has besado a nadie desde... Kiefer?

Ella negó con la cabeza.

—Ya veo. Ha pasado mucho tiempo.

—Tampoco besé a nadie antes.

Craig asintió de nuevo y la miró con curiosidad.

—Olivia... —Dio un paso hacia ella sin dejar de mirarla—. No pasa nada. Somos dos personas adultas, sin ningún impedimento para... esto.

Ella sonrió con timidez y Craig le apartó un mechón de pelo que se le había

descolocado.

—Los dos tenemos una vida plena —siguió él sin dejar de sonreír—. No te incomodaré si no es lo que deseas. Te aprecio demasiado para poner en peligro nuestra amistad. Si no...

—No me incomodas —dijo ella rápidamente—. De ningún modo, Craig.

El escocés sonrió un poco más y se inclinó para besarla suavemente. Esta vez Olivia participó más activamente en el beso y cuando se separaron él la miraba gratamente sorprendido, pero no dijo nada.

—Será mejor regresar —dijo ella y enseguida se dirigió al camino.

Craig dejó escapar un largo y silencioso suspiro y la siguió.



—¿Qué tal el paseo de esta mañana? —preguntó Lachlan en la comida como si hablase del clima.

Craig levantó la mirada del plato y la posó en su hijo.

—Bien —dijo escueto.

—Qué casualidad —siguió Lachlan como si nada—. Los dos hemos tenido la misma idea.

Craig frunció el ceño y su hijo sonrió perverso.

—*Monadhachan Aodh*.

El patriarca de los McEntrie levantó ligeramente una ceja.

—¿Has estado en las piedras?

Lachlan asintió divertido y todos en el comedor prestaron atención a la conversación. ¿Eso que brillaba en los ojos de Craig era una advertencia? Se preguntaron algunos.

—El agua está fría en esta época del año —siguió Lachlan mientras cortaba un pedacito de carne de su bistec.

Dougal lo miró interrogador y luego miró a su padre.

—¿Has llevado a Olivia a las piedras? —preguntó Kenneth burlón—. ¿Le has contado esa trola tan grande?

—No es ninguna trola, descastados —dijo mirándolo muy serio—. Es nuestra historia.

—¡Se la ha contado! —murmuró Caillen negando con la cabeza.

—Pobre Olivia —musitó Brodie.

—Tranquilos —dijo Lachlan con el mismo tono relajado—. No han hablado mucho. Bueno, al menos cuando yo los he visto.

—Lachlan, harías bien en callarte —advirtió su padre.

Aquello fue el detonante que hizo imparable la explosión y Craig se dio cuenta demasiado tarde de su error. Lachlan no habría dicho nada si no fuese porque ahora tenía a todos sus hermanos y sus cuñadas muertos de curiosidad y atosigándolo a preguntas. Después de una ristra de evasivas, de buscar el modo de desviar la atención y de negarse en redondo a decir algo que no le incumbía, finalmente lo soltó.

—¡Está bien, pesados, se han besado! —exclamó dejando el tenedor en el plato.

Se hizo un tenso silencio y las mujeres miraron a Craig expectantes.

—¿Qué? —soltó el patriarca malhumorado—. Somos adultos y no le debemos explicaciones a nadie.

—¡Craig! —exclamó Augusta—. ¡Pero es maravilloso! Todos adoramos a Olivia y la acogeremos como a...

—¿Acogerla? —la cortó severo—. ¿De qué estás hablando?

—Te casarás con ella, ¿no? —preguntó su nuera con evidente desconcierto.

Craig sintió doce pares de ojos fijos en él.

—¿Cuántas veces tengo que deciros que no voy a volver a casarme?

—Pero... ¿La besaste? —Enid lo miraba ceñuda.

—Eso es cosa mía. Nuestra, vaya.

—Pero... es Olivia —siguió la esposa de Lachlan—. Ella es demasiado sensible, seguro que se piensa...

—No se piensa nada. Ella mejor que nadie sabe que no volveré a casarme jamás. —Miró a Lachlan enfadado—. Maldita sea, Lachlan, ¿no podías cerrar el pico?

—Padre... —empezó Ewan.

—Ni padre ni hostias —lo cortó con fiereza y tirando la servilleta sobre el plato se puso de pie—. No quiero oír mencionar la palabra matrimonio jamás, ¿me oís? Juré sobre la tumba de vuestra madre que no volvería a casarme. ¡Respetadla!

Las mujeres bajaron la mirada conscientes de que luego se arrepentiría de hablarles así. Pero sus hijos no apartaron los ojos, acostumbrados a esos arranques intempestivos.

—¿Ella lo sabe? —preguntó Dougal sin el menor temor.

—¡Claro que lo sabe! ¿Por quién me tomas?

—Entonces nadie tiene nada que decir —apuntó Kenneth y se encogió de hombros—. Sois adultos y libres, podéis hacer lo que os plazca.

—¡Exacto!

—Me sorprende de Olivia —dijo Caillen con tranquilidad—. La tenía por una mujer muy convencional. Si fuese Hannah...

—Yo no estoy segura de que Olivia lo haya entendido —musitó Augusta.

—Ni yo —añadió Bonnie, a la que el enfado de Craig sí había afectado por recordarle escenas familiares que creía ya olvidadas.

Ewan la miró con ternura y también con algo de preocupación, pero no podía decir nada en ese momento que la tranquilizara.

—Olivia lo ha entendido perfectamente —sentenció el patriarca dirigiéndose a la puerta—. Dejadme en paz.

Lo vieron salir sin disimular la sorpresa que les provocaba su actitud.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Augusta—. ¿Por qué se ha puesto así?

Lachlan gruñó entre dientes, consciente de que había sido el culpable de toda aquella escena.

—No pensé que se lo tomaría de ese modo —dijo.

Kenneth se llevó un bocado a los labios y mientras lo masticaba, sonrió.

—Un McEntrie de pura cepa.

—Parece mentira que no lo conozcáis —dijo Caillen—. Está enfadado consigo mismo.

—¿Por besar a Olivia? —preguntó Augusta.

—Está claro que aprecia su amistad con ella —dijo Elizabeth, que se había mantenido en un segundo plano durante toda la conversación—. Y esto puede estropearlo todo.

—¿Por qué? —preguntó Kenneth mirándola—. Si los dos están de acuerdo...

Las seis mujeres lo miraron con la misma expresión.

—¿Qué? —preguntó él de nuevo haciendo un gesto con las manos.

—Una mujer como Olivia nunca se avendría a eso —dijo Rowena—. Es como nosotras.

—¿Estáis seguras? Ni que todas estuvierais cortadas por el mismo patrón —rebató su esposo.

—En eso, sí —afirmó Enid—. Podemos ser muy distintas, pero hay líneas que no traspasaríamos de ningún modo y una es esa.

—Solo ha sido un beso, ¿no, Lachlan? —preguntó Brodie asomando la cabeza para mirar a su hermano.

—¿Solo? —Ahora fue Lavinia la que habló—. ¿Cómo que solo? ¿Sabes lo importante que es un beso para una mujer?

Su marido la miró consciente de que había metido la pata.

—No quería decir...

—Claro —intervino Rowena—. Vosotros podéis besar a cualquiera sin la menor consecuencia.

—Hombre, a cualquiera... —Kenneth la retaba con la mirada.

—Olivia es una mujer muy sensible y ha sufrido mucho —apuntó Elizabeth.

Dougal asintió.

—Y padre lo sabe mejor que nadie —apuntó.

—De ahí su enfado —añadió Caillen.

Elizabeth frunció el ceño y asintió. Encajaba perfectamente con la personalidad de Craig. Era un hombre demasiado honorable y recto como para pasar por alto que podía estar vulnerando los sentimientos de Olivia y poniendo su reputación en peligro.

—Dejémosle en paz —propuso Ewan—. Es mayorcito. Los dos lo son, de hecho, así que no nos metamos en algo que podría estropearse muy fácilmente.

—Es lo mejor —corroboró Dougal y su esposa lo miró complacida.

Siguieron cenando, abordando temas menos delicados.

Capítulo 9

Hannah miraba a su hermana con una sonrisa de oreja a oreja.

—Eres asombrosa, Ollie, de verdad que no puede haber esta noche una mujer más bella que tú.

La otra se ruborizó como una niña y le hizo un gesto con la mano para que parase de adularla.

—Tú también estás muy guapa. El color verde te favorece.

Hannah sonrió indiferente, era totalmente inmune a los halagos, pues los consideraba una fórmula de cortesía semejante al deseo de «buenos días» que se dice sin pensar.

—Craig debe estar a punto de llegar —dijo como respuesta—. Supongo que traerá un carruaje de Slioscreige.

—No. Me dijo que vendría a caballo y llevaríamos el nuestro. El resto de los McEntrie irán directamente.

—Entonces iré a que preparen el landó, es el más adecuado, ¿no crees?

Olivia asintió y dejó que Hannah se encargase de todo. Cuando Craig entró en el salón en el que su pareja lo esperaba, sufrió un sobresalto. Al verla de espaldas, con aquel suntuoso vestido en seda azul, su corazón se aceleró notablemente, pero fue al volverse y contemplar su perfecto rostro y su delicada sonrisa cuando se le secó la boca.

—Estás... magnífica —musitó.

Olivia se sintió recompensada por todos los esfuerzos que había hecho para estar espléndida esa noche.

—Tú también estás muy guapo.

Craig bajó la mirada temiendo no haberse limpiado los zapatos convenientemente y respiró aliviado al ver que no tenía nada que temer. Elizabeth no lo habría dejado salir de casa de no ser así.

—¿Vamos? —dijo ofreciéndole su brazo.

Olivia se agarró a él con evidente satisfacción y juntos salieron de la casa para encontrarse con Hannah.

—Tenemos una conocida en común —dijo la condesa de Sutherland sin soltar a Olivia de las manos—. Meredith Wharton es una querida amiga mía.

—Una mujer maravillosa, sin duda —asintió Olivia con una sonrisa.

—Todas las Wharton lo son. Somos muy afortunados de que nos cedieran a Elizabeth.

—Va a hacer que me sonroje, condesa —dijo la mencionada moviendo la cabeza.

—Y usted es Hannah Wyndham, la famosa escultora. —Lady Sutherland se giró hacia su esposo, que estaba atendiendo a los caballeros—. Mira, George, esta es la señorita Wyndham, la escultora de la que te hablé.

—Señorita Wyndham —la saludó el conde—. Mi esposa está empeñada en que nos venda una de sus obras, aunque yo preferiría que la esculpiera a ella para colocarla en mitad de este vestíbulo. Sería una presencia admirable y podría contemplarla sin descanso.

Su esposa dio un pequeño tirón a su manga y movió la cabeza con desagrado.

—Eres imposible, todo te lo tomas a broma.

—Estaría encantada de esculpirla —dijo la escultora—, pero le advierto que mi trabajo es muy lento y cansado y mis modelos suelen aburrirse enseguida.

—No le haga caso —pidió la anfitriona—. Jamás querría una estatua mía en mitad del hall, no soportaría verme allí todo el tiempo. Compraremos una de sus obras, la que usted elija para nosotros. Pero ahora pasen y disfruten de la velada, ya habrá tiempo de hablar de estas cosas.

En cuanto entraron al salón, los hombres dirigieron sus pasos hacia la mesa de las bebidas.

—Allí hay un rincón agradable —dijo Elizabeth, señalando una zona de asientos que aún no habían sido ocupados.

—Señoras McEntrie —saludó una voz detrás de Olivia—. Señora McLaughlin...

Olivia miró a Rowena que tenía una expresión de lo más elocuente, y se giró despacio.

—Señor Baxter. —Inclinó la cabeza levemente.

—Me alegra volver a verla. ¿Me concedería el honor de bailar conmigo?

—Acabo de llegar y el traqueteo del coche me ha dejado un poco revuelta. Quizá más tarde, gracias.

—Oh, ya veo.

—Olivia, ¿vienes? —preguntó Elizabeth con una cálida sonrisa.

—Antes de que se marche con sus amigas, ¿puedo preguntarle si ha pensado en lo que hablamos el otro día?

—La respuesta es no, Dòmhnall.

La voz de Craig provocó un respingo en Olivia, que no lo había visto acercarse. El conde se giró hacia él y sonrió perverso.

—Hola, Craig.

—Niamh y Saoirse no están en venta. Creía que ya había quedado claro la última vez que hablamos de esto.

—Y, sin embargo, se lo has regalado a ella.

—Lo que yo haga con mis caballos es cosa mía.

La tensión entre los dos hombres era creciente y Elizabeth miró a su alrededor temiendo lo que pasaría si los demás McEntrie se acercaban. Enid la cogió del brazo y señaló hacia el lugar en el que sus esposos observaban la escena con una copa en la mano y expresión relajada. Elizabeth dejó escapar el aire en un suspiro aliviado y le hizo un gesto a las demás para que la siguieran. Cuantos menos espectadores, mejor. Olivia asintió con la cabeza para indicarle a Hannah que fuese con ellas.

—Estoy dispuesto a pagar lo que pidas por Saoirse, ya lo sabes, pero si no me la vendes, me conformaré con Niamh.

—Te conformarás con no tener a ninguno de los dos, porque no voy a vendértelos.

—¡Vaya! —exclamó el conde mirando a Olivia—. Parece que ya habla por los dos. ¿Y podría saberse cuándo será la boda? Será todo un acontecimiento. ¿Qué se siente al ser la cuarta en la lista? Aunque está claro que usted no podrá darle hijos como hicieron las demás.

La mandíbula de Craig se marcó bajo su piel y miró a Baxter con una clara advertencia en los ojos. Olivia había oído hablar de la afición del conde a los duelos y se le secó la garganta.

—Su esposa lo mira insistentemente —dijo señalando hacia el grupo de los

McEachern—. Debería atenderla como merece, ¿no cree?

El conde enarcó una ceja sonriendo ladino.

—No se preocupe por mi esposa, está muy bien atendida. Me gustaría saber si va a pensar en mi oferta, señora McLaughlin. No me caracterizo por ser un hombre paciente.

—No hay nada que pensar, el caballo no está en venta. Si quiere, puede esperar a que nazcan los potrillos y entonces...

—Y entonces tampoco se los venderemos —sentenció Craig.

Olivia lo miró sorprendida y Dòmhnall soltó una carcajada.

—Ya ve lo dominante que es su «amigo» —dijo con retintín—. Tenga cuidado o, dentro de poco, todo lo que haga lo decidirá él. Volveremos a hablar cuando no tengamos audiencia. Que disfrute de la velada.

Inclinó la cabeza y se alejó de ellos, dejando tras de sí un silencio incómodo.

—Yo digo que no baila —afirmó Dougal—. A padre no le gusta bailar y ahora encima está enfadado por culpa del imbécil.

—¿Apostamos algo? —propuso Kenneth.

—¿Diez a uno? —dijo Brodie—. Yo apuesto a que sí.

—Y yo —dijo Lachlan.

—Yo estoy con Dougal —dijo Caillen.

—Cómo no —se burló Kenneth.

—¿Qué quieres decir? —Caillen lo miró incrédulo—. Casi nunca estamos de acuerdo.

—En lo que tiene que ver con padre, sí —puntualizó Kenneth.

—Lo que tú digas.

—¿De qué habláis? —preguntó Rowena llegando hasta ellos.

—De si padre sacará a Olivia a bailar —dijo Kenneth susurrándole junto al oído. Gesto que aprovechó para rozarle el lóbulo de la oreja con la punta de la lengua.

Su esposa lo miró conteniendo una pícara sonrisa.

—Por supuesto que la sacará —dijo—. Pero creía que no ibais a meteros más en este asunto.

Con disimulo deslizó un dedo hasta su escote y lo resiguió para deleite de su esposo.

—No conoces a mi padre como lo conozco yo —dijo Dougal negando con la cabeza, ajeno a sus jueguitos—. No bailará.

—¿Qué quería el conde? —preguntó Lachlan interesado.

—A Niamh —dijo Dougal.

—¿Otra vez? ¡Qué pesado!

—Padre ya estaba de malhumor cuando hemos venido, ¿alguien sabe qué le pasa? —Volvió a preguntar Lachlan.

—Augusta ha estado hablando con él antes de salir y se ha irritado —dijo Rowena girándose distraída, lo bastante cerca de Kenneth para que sus pechos lo rozaran.

—¿De qué? —preguntó Ewan.

—De Olivia. —La voz de Rowena sonó aterciopelada y la punta de su lengua asomó ligeramente cuando solo su esposo miraba.

—A mí no me parece enfadado —dijo Caillen después de beber un sorbo de su copa—. Más bien asustado.

—¿Asustado? —Brodie frunció el ceño—. ¿Asustado por qué?

—No lo sé —respondió el otro—, pero parece a punto de salir corriendo.

—Preparad mi dinero —advirtió Kenneth señalando con la mirada hacia la pista de baile, mientras ponía una mano en la espalda de Rowena con gesto posesivo.

Las notas del vals inundaron la estancia y los McEntrie en pleno contuvieron el aliento. Rowena sonrió satisfecha y se inclinó hacia su esposo.

—Me alegra ver que has apostado bien.

—Tengo muy buena puntería, ya lo sabes —susurró con voz suave.

Rowena lo cogió de la mano y abandonaron el salón de baile sin que nadie les prestase atención.

—Tus hijos no te quitan ojo de encima —dijo Olivia un poco inquieta.

—Son insoportables cuando se aburren.

La viuda frunció el ceño ligeramente. Se había imaginado una velada muy diferente a la que estaba viviendo. Al principio, Craig parecía incómodo, pero ahora era un muro de contención.

—¿Qué pasa con ese hombre? Deberías haberme advertido.

—No creí que se atreviera a molestarte.

—¿Por qué tiene tanto interés en esos caballos?

—Su estirpe lleva en mi familia muchos años. Está enfadado con nosotros y quiere vengarse.

—¿Por lo de Rowena?

Craig asintió ceñudo.

—Kenneth lo humilló y nos la tiene jurada.

Siguieron girando unos segundos en silencio.

—¿Hay alguien más a quien no se me permita venderle un caballo?

Craig la miró sorprendido.

—Entiendo que no quieras que le venda a Niamh, pero cuando tenga potrillos...

—No te conviene hacer negocios con él.

—¿Me das tu opinión o me lo ordenas?

El escocés entornó los ojos.

—Creía que valorabas mis consejos.

—Y los valoro, por eso quiero saber si esto lo es.

—Puedes venderle a Niamh, si quieres. Es tuyo.

—Ni siquiera lo he pagado aún —dijo ella desviando la mirada.

—Eso no tiene importancia.

—Claro que la tiene.

—Olivia...

Ella lo miró a los ojos y el escocés sintió que se le retorcían las entrañas.

—¿Es por lo que pasó? —preguntó Olivia en un gesto de valentía que la habría sorprendido si no estuviese tan tensa—. Deberíamos hablarlo antes de que se convierta en un problema serio.

Craig apretó los labios y la mano en su cintura la sujetó con más firmeza. Cuando estuvieron cerca de uno de los ventanales, la guio hacia él y cogiéndola de la mano salieron a la terraza.

Hannah se llevaba la copa a los labios y se detuvo al ver que Craig sacaba a Olivia

del salón de baile. Frunció el ceño, no parecía muy contento y se preguntó si debería seguirlos.

—Señorita Wyndham...

La voz le resultó familiar, aunque no supo a quién pertenecía hasta que se giró a responder.

—Señorita MacKenzie.

—Estoy agotada de tanto bailar —dijo Iona sonriendo con los labios—. ¿A usted no le gusta bailar?

—Al contrario, me gusta mucho.

—Pues no la he visto en la pista desde que ha llegado.

Hannah no respondió más que con una ligera sonrisa.

—Yo acabo de decirle que no a Malcolm Abernathy, pero creo que volverá a intentarlo en la próxima pieza. Espero que sea una pieza para una cuadrilla, no soporto el vals. ¿A usted le gusta el vals, señorita Wyndham?

—Me gusta mucho.

—Yo lo detesto. Estoy deseando ser una mujer comprometida para que me dejen en paz. Cuando eso suceda, ya no tendré que bailar con nadie más que con... Uy, casi se me escapa.

Hannah no se giró a mirarla cuando escuchó su característica risita tonta.

—Espero que el compromiso se anuncie antes de la primavera. De ese modo, cuando llegue la temporada de más eventos, seré totalmente libre de decir que no a cualquiera que me invite a bailar, sin que mi madre me fulmine con la mirada. —Sonrió al mirar a su madre—. Mírela, qué feliz está. Casi le hace más ilusión a ella que a mí.

Hannah era consciente de que esperaba que preguntase, pero no tenía la menor intención de hacerlo porque ya sabía la respuesta.

—Supongo que una mujer como usted no piensa en casarse —siguió la joven.

—Hace tiempo que no.

—Con la vida que lleva no podría criar a unos hijos ni ocuparse de su marido, lo entiendo. Aunque...

Hannah no tuvo más remedio que mirarla.

—¿No le da miedo? —preguntó la joven.

—¿Miedo? —Se colocó de frente a ella—. ¿El qué?

—Quedarse sola. No tiene padres y su hermana es... ya sabe, mayor que usted. Algún día se quedará sola.

—No temo a la soledad. —A sus labios afloró una sonrisa suave—. No hay nada malo en estar solo. Es peor estar con personas que pueden dañarte.

—Yo necesito saber que hay gente en casa. Me encierro en la biblioteca o en mi cuarto, para que no me molesten, pero sé que están allí. ¿Sabe lo que quiero decir?

Hannah asintió.

—Lleva un bonito vestido —dijo Iona tratando de sonar amable.

—Usted está bellísima.

La joven sonrió ufana y se tocó el peinado con suavidad.

—Dos horas ha tardado mi doncella en hacérmelo. Por suerte, yo he podido leer mientras tanto, si no habría tenido que escuchar su interminable charla sobre asuntos que no me interesan lo más mínimo. ¿Por qué al servicio le gusta tanto hablar de sus cosas? No entiendo cómo no se dan cuenta de lo poco interesantes que son. Mi madre es

muy paciente, pero yo no. De hecho, cuando me case con el señor Fraser pienso aleccionar a nuestros criados para que no me hablen en absoluto. ¡Oh! —Se tapó la boca con fingido sobresalto—. ¡He dicho su nombre en voz alta! Por favor, señorita Wyndham, olvídelo inmediatamente.

—¿Olvidar el qué? —preguntó la otra con expresión confusa.

Iona se rio divertida.

—Gracias —dijo asintiendo—. Es usted muy amable.

—Buenas noches, señorita MacKenzie —saludó Augusta llegando hasta ellas—. ¿Me permitiría hablar un momento con la señorita Wyndham?

—Oh, desde luego —afirmó la joven sin moverse del sitio.

Augusta miró a Hannah y le indicó la puerta del salón.

—¿Me acompañas? Buscaremos un lugar tranquilo, aquí hay demasiado ruido para hablar.

Hannah se despidió de Iona y la siguió hasta la biblioteca. Una vez dentro, Augusta cerró la puerta y le señaló un rincón agradable en el que había un sofá y varias butacas.

—¿Nos sentamos ahí? —Se sentaron frente a frente.

—¿Qué sucede? —preguntó Hannah con una expresión divertida—. Parece que hayas visto a un fantasma.

—Creo que he metido la pata. Y no lo entiendo, no pensé que... —Se mordió el labio con evidente preocupación.

Hannah se puso seria consciente de que no estaba para bromas.

—¿Qué ocurre, Augusta? Di lo que sea, mujer.

—Es sobre tu hermana.

La otra frunció el ceño, eso no se lo esperaba.

—¿Qué le pasa a Olivia?

—En realidad no es a Olivia a la que le pasa algo, sino a Craig.

—Augusta, por favor, habla de una vez, no me gustan los rodeos.

—Craig está... enfadado y temo que tu hermana pague las consecuencias de mi estupidez.

—¿Mi hermana?

—Nunca lo había visto tan enfadado. Me ha dicho que me meta en mis asuntos. Y no sabes el cuidado que tiene conmigo cuando estoy embarazada. —Sus ojos se humedecieron y carraspeó para disimular las lágrimas que corrían por su garganta.

—¿Por qué se ha enfadado? —preguntó la otra ceñuda—. ¿Qué le has dicho, Augusta?

—Pues... Es que la otra noche, durante la cena, hablamos de... Olivia.

Hannah desfrunció el ceño, comenzaba a entender hacia dónde iba el asunto.

—Ya veo —asintió—. Es un hombre adulto, no le habrá gustado que intentéis dirigirlo. Lleva muchos años solo, no deberíais inmiscuirlos en sus decisiones. Mi hermana es una buena mujer, ya lo sabes, no haría nada que pudiera...

—¡No! —la cortó Augusta con ojos muy abiertos—. ¿Crees que estamos en contra de una relación entre ellos? ¡Es justo al revés! Nos gusta Olivia, nos gusta mucho. Y creemos que a él... también, ya me entiendes.

Hannah asintió sin decir nada.

—Y eso es lo que le he dicho, que para sus hijos sería una buena noticia si Olivia y él...

La escultora puso una mano en las suyas para que dejase de retorcérselas.

—No deberías alterarte tanto en tu estado.

—Es que... —sollozó—. Jamás me había hablado así.

—¿Quieres que avise a Caillen?

—¡No! —La miró aterrada—. Caillen no debe enterarse. Oh, Dios mío, no seré la causa de que ellos se peleen.

—Ya debe estar arrepintiéndose, seguro que Craig te pide perdón en cuanto se calme.

—Claro que me pedirá perdón y yo lo perdonaré. Lo quiero mucho. —Se limpió las lágrimas—. Pero... es que... Temo que su actitud con tu hermana haya cambiado por nuestra culpa. ¿Has visto cómo la miraba mientras bailaban? Está muy enfadado.

Hannah le sonrió.

—Tranquila, mi hermana sabrá reconducir el asunto, no temas.

Augusta la miró con fijeza.

—Es por Daphne, juró sobre su tumba que jamás se casaría con otra.

—Sí, lo sé, mi hermana estaba allí.

—Sufrió demasiado y no quiere volver a... —Se mordió el labio con preocupación—. Debería estarme calladita y no meterme en problemas. ¿Quién me manda a mí tratar de emparejar a la gente?

—Yo también me he metido donde no me llaman —confesó la escultora—. He animado a Olivia a hacerse ilusiones. No has sido solo tú.

—¿Olivia está enamorada?

Hannah dudó un momento, pero era Augusta. No había nadie más bueno y confiable que ella. Asintió.

—Me temo que sí.

Augusta se mordió el labio de nuevo, consciente del desastre.

—¿Crees que Craig hará algo que pueda hacerle daño? —preguntó la escultora con preocupación.

—Craig es un caballero.

—No me refería a eso —dijo la otra apartando esa idea con un gesto de la mano—. Mi hermana es una persona muy sensible y no ha tenido suerte en la vida, Augusta. Si expone su corazón, ¿crees que Craig podría... pisotearlo?

—¡No! —negó insistentemente con la cabeza—. De ningún modo. Craig no es de esa clase de hombre. Pero...

Hannah la miró inquieta.

—¿Pero qué? Habla, Augusta.

—Quizá sea más duro de lo normal si cree que ella... Lachlan no debería haber dicho nada.

—¿Nada de qué?

—Los vio besándose.

—¿Qué? —Hannah abrió los ojos como platos, no por el beso, sino porque no se creía que Olivia se lo hubiese ocultado—. ¿Cuándo?

—El otro día la llevó a *Monadhachan Aodh*.

—¿Las piedras sagradas?

Augusta asintió.

—Lachlan los vio besarse y lo dijo en la cena. Ya sabes cómo son los hombres, no

desaprovechan una oportunidad de ridiculizarse. Craig se puso furioso.

Hannah se tapó la boca como si quisiera evitar decir algo indebido y Augusta negó con la cabeza apesadumbrada.

—Y voy yo y me pongo a hablarle antes del baile de lo maravilloso que sería si ellos... —Se llevó una mano a la frente—. Todos creían que tenía idea de esto, pero está claro que soy una completa inútil en cuestiones románticas.

—Con Liam Fraser has acertado —dijo Hannah para consolarla.

—¿Qué? —preguntó confusa.

—La señorita MacKenzie acaba de confirmarme que están prácticamente prometidos.

—¿Te lo ha dicho ella?

—Él aún no ha hecho la petición oficial, pero por lo que he visto, incluso los padres están al tanto, así que puedes apuntarte un punto —dijo burlona.

—Pues no me alivia mucho. Lo de Craig con Olivia lo tenía claro, pero con Iona y Liam no estoy tan segura. No sé si ella es la adecuada para él. Aprecio a Liam y no quisiera que se casara con la persona equivocada.

—Iona es una buena chica.

—Sí, lo es, pero es tan... tan...

—Ahora vas a dudar de todo —la tranquilizó Hannah—. Si él ha decidido dar el paso, será porque cree que es la mujer que le conviene.

—Si Liam no es feliz, Kenneth me matará. Debería haberme estado quietecita, no sé por qué dejé que me convencieran.

—Confían en tu buen criterio.

—Pues ya ves que se equivocaban de cabo a rabo. A Liam le convendría más una mujer más madura. Fuerte y segura de sí misma. Alguien con la suficiente personalidad como para no amilanarse ante él. Es casi un McEntrie, parece cortado por el mismo patrón, y te aseguro que necesitará una mujer... —Frunció el ceño mirándola con los ojos entrecerrados—. Una mujer como tú.

—Augusta —se rio al tiempo que negaba con la cabeza—, no digas tonterías.

—No entiendo cómo no había pensado en ti, serías perfecta para él. Tan independiente, tan apasionada...

—El disgusto te ha trastornado.

—Si lo conocieras un poco mejor, te darías cuenta de que es un hombre magnífico. Sería un excelente marido, Hannah.

La escultora dejó escapar un sonoro suspiro y puso los ojos en blanco.

—¿Qué tiene de malo? —insistió Augusta.

—¿En serio, Augusta? ¿Crees que soy el tipo de mujer que interesaría a alguien como Liam Fraser?

—¿Por qué no?

La otra enarcó una ceja como si fuese obvio.

—¿Hace falta que lo diga?

Augusta frunció el ceño desconcertada.

—¿Es porque eres escultora?

—¿Qué tenemos en común?

Augusta arrugó más el ceño.

—¿A qué te refieres?

—No sé nada de ovejas y tampoco me interesan. Y él. Él es... —No supo cómo terminar la frase.

—¿No te gusta? Yo creo que es un hombre muy atractivo.

—Y eso no me traería más que problemas —dijo entre dientes.

Augusta volvió a arrugar el ceño.

—Liam no es de esos.

—¿De esos?

—No engañará a su esposa.

—Si su esposa fuese yo, ya te digo yo que sí lo haría. Hay mujeres mucho más bellas que yo y la última vez que lo vi, tenía ojos en la cara.

Augusta no supo cómo responder a eso. En todo el tiempo que hacía que conocía a Hannah, no se había percatado de esa faceta de inseguridad en ella.

—¿Te he molestado? Si es así, discúlpame, Hannah, por favor. —Ahora fue ella la que puso los ojos en blanco—. Está visto que no doy una, debería estar me callada como una muerta.

Hannah cambió de expresión y poco a poco una sonrisa se dibujó en su rostro.

—Olvidemos todo esto, ¿te parece? Tenemos cosas mucho más interesantes de las que hablar. —La miró con un brillo especial en los ojos—. Un pajarito me ha dicho que has terminado el mural de la habitación del pequeño Craig.

—¡Sí! Me lo he pasado tan bien que por mí habría seguido por las demás paredes.

—Has tenido a Caillen con el corazón en un puño.

—No se movía de mi lado —dijo Augusta sonriendo también—. Instaló una mesa en el dormitorio de Craig para poder «vigilarme». Es tonto.

—¿Caillen tonto? La humanidad estaría perdida sin hombres como él.

—Estoy de acuerdo. —Augusta entornó ligeramente los ojos para mirarla con atención—. Liam es...

—Augusta... —la interrumpió con severidad.

—Perdón —dijo la otra desviando la mirada.

Hannah estaba más calmada y respondió con paciencia.

—No soy la clase de mujer que a Liam le conviene —dijo sin impostura—. Y tampoco él a mí.

—¿Por qué?

La escultora lo pensó un momento y suspiró.

—Es demasiado... ¿cómo lo diría? Demasiado... real.

Augusta frunció el ceño.

—¿Demasiado real? No sé lo que quieres decir.

Hannah sonrió divertida.

—Liam tiene los pies muy asentados en la tierra. *Es* la tierra, en realidad.

—¡Ah! —exclamó Augusta, aliviada al ver que no había perdido las entendederas—. Te refieres a que no es artista.

Hannah pensó en sacarla de su error, pero quizá así sería más fácil que la dejara en paz. Asintió.

—Yo creo que eso sería bueno para ti. Para mí lo es que Caillen no tenga la menor inclinación hacia las artes. Cuando me «elevo» demasiado, tira de mí y me baja al suelo.

—Qué bonita metáfora.

La otra sonrió.

—Liam podría hacer eso contigo —sugirió la McEntrie.

Liam me lanzaría hasta las estrellas de una patada en el trasero, pensó Hannah. Él no es para mí y Craig...

—Tengo que hablar con Olivia de esto —dijo poniéndose de pie—. Esta noche, en cuanto lleguemos a casa, hablaré seriamente con ella. No puedo dejar que siga alimentando una esperanza que acabará haciéndole un daño innecesario.

Augusta se levantó también y asintió. Las dos mujeres caminaron hacia la puerta. Antes de salir, Augusta se detuvo y la miró con cariño.

—Gracias por ser mi amiga, a pesar de todo.

—¿A pesar de todo? —se rio la escultora—. Aquí soy yo la afortunada.

—Le has dado a mi pasión por el dibujo y la pintura una razón de ser. Me mostraste que podía tenerlo todo. Lo único que he hecho yo por ti es... nada.

—Estás muy sensible por esa criatura que llevas en la barriga. De verdad que no sé cómo podéis estar tan contentas de que os embaracen.

Salieron de la biblioteca y regresaron a la fiesta.



—¿Qué pasa, Craig?

La había llevado al invernadero de los Sutherland y se dispusieron a hablar rodeados de helechos, higueras y plantas de café.

—¿Esperas una petición de matrimonio?

Olivia echó el cuello hacia atrás con evidente sobresalto.

—¿Qué?

—Dime que no lo has pensado siquiera.

—Yo...

Craig maldijo entre dientes al ver la expresión de su rostro. Golpeó un tronco con el puño sin la menor muestra de dolor.

—Han sido ellas, ¿verdad? —masculó—. Te han metido esa estúpida idea en la cabeza.

—¿Ellas? ¿Quiénes? Craig, ¿de qué estás hablando?

Él la miró con el rostro desencajado y una inexplicable furia en sus ojos.

—¡Jamás volveré a casarme! ¡Nunca! Ni contigo ni con nadie. Lo sabes bien, me oíste jurárselo y te lo he repetido hasta la saciedad. ¡Maldita sea, mujer estúpida! ¡Solo fue un beso! ¡Nada más!

Olivia sintió la afilada hoja atravesando su estómago y a punto estuvo de doblarse con un gemido, pero consiguió mantenerse de pie con gran esfuerzo.

—No hace falta que seas... cruel.

—¿Te parezco cruel por decir la verdad? ¿Es que acaso he insinuado siquiera que hubiese otra intención en mi actitud hacia ti? Soy un hombre y tú eres una mujer. ¿Te deseo? Es evidente que sí, pero no me caso con todas las mujeres a las que deseo. ¡Dios Santo! Solo pretendía...

La sangre había abandonado el rostro de Olivia, pero la oscuridad que allí reinaba le ayudó a ocultarlo.

—Kiefer era mi amigo —siguió Craig, que parecía desatado—, no me siento cómodo hablando de esto. Yo sigo amando a Daphne, la amaré hasta que me muera y no traicionaré su memoria.

Olivia respiró hondo, recuperando la compostura.

—Te agradezco que me lo hayas dicho, aunque habría preferido una charla serena y amable tomando un té.

Craig sintió una punzada en el pecho y la miró de pronto como si se percatase por primera vez de su presencia.

—Somos amigos, como bien has dicho —siguió Olivia—. Los amigos hablan, no se insultan ni se hacen daño gratuitamente como tú acabas de hacer. Solo tenías que decirme que no estás interesado en mí, soy una mujer adulta que lleva veinticinco años sola, puedo aceptarlo. No me estás quitando nada, pues nada tenía.

—Yo... —De pronto se había quedado sin palabras y la furia que había hecho hervir su sangre se desvaneció por completo.

—Es cierto que me había confundido contigo —dijo ella al ver que él no decía nada más—. Y no te habría besado de haber sabido que para ti solo era una mujer más. Estoy segura de que para satisfacer tu hombría tienes a otras mejores que yo. Yo amé a Kiefer con toda mi alma, lo sabes bien, así que entiendo tu amor por Daphne. Pero de ningún modo te permito que insinúes que lo estoy traicionando por haber sentido... —Respiró hondo consciente de que su equilibrio emocional peligraba—. He sacrificado mi vida a su recuerdo, como tú con Daphne, y no creo que ninguno de los dos estuviese orgulloso de nosotros por ello.

—No intentes convencerme —sentenció Craig tajante.

—No lo pretendo.

El escocés sentía fuego corriendo por sus venas y creía, erróneamente, que si lo convertía en furia podría deshacerse de él.

—No quiero una esposa. Solo quiero una amante.

Ella le sostuvo la mirada.

—Gracias por ser tan claro conmigo. Buenas noches, Craig —dijo antes de salir de allí.

El escocés se quedó solo en aquel invernadero, con un batiburrillo de pensamientos en la cabeza y el corazón golpeando con furia dentro de su caja.

Capítulo 10

Bonnie miraba a su hermano entre asombrada y admirada. En nada se parecía aquel Gilleasbuig al que ella recordaba.

—Estás... cambiado.

El otro sonrió satisfecho.

—Me alegra que lo digas. Tú también estás muy distinta, hermanita. —Miró a su cuñado con expresión divertida—. Vaya, vaya, Ewan, al final diste el paso.

—¿Quieres una copa?

—Drambuie, por favor —pidió sentándose donde le habían indicado mientras Ewan se dirigía al mueble de las bebidas—. Estoy deseando ver a Adam.

Ewan le entregó su copa y se sentó junto a su esposa.

—¿Vosotros no bebéis? —dijo y a continuación tomó un sorbo con evidente deleite—. Es delicioso. ¿Sabéis por qué no lo he comercializado? No quería tenerlo fácilmente al alcance.

Ewan enarcó una ceja burlón.

—Del whisky no piensas lo mismo.

Gilleasbuig bebió otro sorbo antes de responder.

—No, desde luego. El whisky me ha hecho rico y pienso seguir expandiéndome por otros estados para ampliar mi fortuna. —Se recostó en el respaldo—. Si padre pudiera verme... —Suspiró al tiempo que negaba con la cabeza—. Qué terrible desgracia golpeó a nuestra familia.

—¿Has visto el castillo? —preguntó Bonnie.

—No. Esperaba que me acompañaras y me contaras lo que sucedió.

—Ya te lo conté en mi carta y sé que mamá también te escribió.

—Oh, mamá me escribe a menudo. De los que no sé nada es de Duncan y Anabella. Con Chisholm también me escribo de vez en cuando. Nuestro hermanito se ha labrado una gran carrera en la corte.

—Sí —sonrió Bonnie, empezando a relajarse—. Le va muy bien.

Durante unos segundos permaneció en silencio, contemplando su copa medio vacía.

—Supongo que padre nos hizo mucho daño a todos y ahora que no está, hemos podido encontrar nuestro camino.

—¿Cómo es que no te has casado? —preguntó Bonnie con curiosidad.

Gilleasbuig sonrió abiertamente.

—He estado demasiado ocupado. No es fácil abrirte camino en un país extraño. Por suerte, ser escocés me ayudó algo. No tienen mucho aprecio a los ingleses y en eso nos parecemos.

Ewan enarcó una ceja.

—¿Los McDonald no le tienen aprecio a los ingleses? —se burló—. ¿Desde cuándo?

—No me seas tiquismiquis, cuñado. Ahora somos familia, las rencillas pasadas, pasadas están.

—Si tú lo dices.

—Me alegré mucho de vuestra boda. En serio —insistió al ver que no se lo creían—. Creo que estáis hechos el uno para el otro.

—¿Ya sabes dónde vas a alojarte?

—Sí. Los MacKenzie me han invitado a hospedarme en su casa.

—Tienes negocios con él —recordó Ewan.

—Así es. He venido a invertir en sus destilerías.

—Querrás decir que has venido a comprarlas.

—Te equivocas —dijo Gilleasbuig frunciendo el ceño—. No pretendo comprarlas, solo invertiré dinero para que mejoren el funcionamiento y con ello me aseguraré de un flujo constante de whisky hacia mis bodegas. El negocio me va muy bien como está y no pretendo cambiarlo. Me expandiré por otros estados, eso sí, pero no me interesa instalarme en el viejo mundo. Una vez que conoces el nuevo, ya no quieres volver.

—Me alegra oír eso.

—Oye, cuñado, entiendo que en el pasado no nos llevábamos muy bien, pero tampoco es que yo os hiciera nada a los McEntrie.

—No creo que Lachlan opine lo mismo.

—Aquello fue un malentendido. Y se lo expliqué todo a Enid.

Bonnie sabía que era cierto porque ella misma se lo había contado. Su padre intentó que se comportara como un canalla con ella, pero Gilleasbuig no pudo hacerlo y le confesó la verdad de sus intenciones. Aunque, por algún motivo, estaba convencida de que Enid había obviado partes del suceso para no incomodarla. Aun así, era partidaria de entablar una relación con sus hermanos que pudiese dejar atrás el pasado. Y Gilleasbuig era su hermano.

—Si me esperas, me cambio de ropa y voy contigo a ver las ruinas de nuestra casa —dijo poniéndose de pie. Se volvió hacia Ewan que se levantó con ella—. Tú vuelve al trabajo, Ewan, estaré bien.

Ewan frunció el ceño, no muy convencido, y miró a su cuñado con una clara advertencia.

—Cuidaré de ella, no te preocupes.

Gilleasbuig no pudo disimular su emoción al ver el castillo de los MacDonald en ruinas. Bonnie lo miraba también emocionada al revivir los sentimientos que experimentó la primera vez que estuvo allí después de lo sucedido.

—¿No deberíamos arreglarlo? —preguntó él con voz ronca—. Tengo dinero, podría invertirlo en...

—No, Gilleasbuig. Mamá no quiere ni oír hablar de ello.

Su hermano la miró interrogador.

—¿De verdad es tan feliz como parece en sus cartas?

Bonnie asintió con una brillante sonrisa.

—Muy feliz.

Caminaron en silencio por el sendero que llevaba a la que fue la entrada al castillo.

—¿Padre... sufrió? ¿Se dio cuenta de...?

Bonnie negó.

—Estaba inconsciente cuando las llamas lo alcanzaron. No se despertó.

Gilleasbuig tragó saliva para tratar de deshacer el nudo de su garganta. El dolor de morir quemado debía ser insoportable. Deseó que estuviera muerto para entonces.

—Fue una mala persona —musitó—, pero era nuestro padre.

Bonnie asintió.

—¿Y Duncan? —La miró con curiosidad—. Según madre vive como una persona normal.

—Eso parece.

—No te veo muy convencida.

Bonnie se encogió de hombros.

—Sabes cómo era, disfrutaba torturando caballos. Por más que ahora sea un distinguido banquero en Londres, yo no puedo olvidarlo. Y temo que él tampoco.

Gilleasbuig asintió pensativo.

—Madre tiene razón —dijo al fin—. Es mejor dejar el castillo como está. Resulta simbólico, ¿no crees? La ruina de la familia MacDonald. —Suspiró—. Quizá nosotros podamos resurgir de las cenizas si dejamos esto atrás. Aquí yacerá el maléfico legado de Dearg y Bhattair MacDonald.

Bonnie asintió conforme.

—No es por excusarlo, pero el abuelo era aún peor que nuestro padre —añadió Gilleasbuig—. Él también sufrió mucho cuando era joven.

—Lo sé.

Ambos permanecieron unos minutos más contemplando el esqueleto del castillo centenario antes de regresar.

—Me gustaría ir hasta los acantilados —dijo él sonriendo—. Si no estás cansada de mí.

Bonnie solo sonrió ligeramente y Gilleasbuig soltó una carcajada.

—No has cambiado nada —dijo—. No me lo dirás a la cara para no hacerme daño, pero tampoco lo negarás para no mentirme.

—Reconozco que estoy un poco confusa —aceptó después de unos segundos en los que permaneció pensativa—. No me esperaba que fueras... así.

—¡Ay, hermanita! Estos años lejos de Escocia han sido como un bálsamo para mi corazón enfermo. Padre me hizo hacer cosas que me repugnaban y, a pesar de mis esfuerzos, nunca fui suficiente para él. Me hacía sentir como un estúpido la mayor parte del tiempo.

—Tenía el don de hacer eso, sí.

—En América tuve que empezar de cero. No tenía el respaldo de mi apellido, pero tampoco el lastre. Al principio fue difícil, no te lo negaré, pero trabajé duro y conseguí hacerme un sitio. Ese país es muy diferente, si te empleas a fondo obtendrás tu recompensa, sin importar quiénes fueron tus abuelos o lo que hizo tu padre. Fue... liberador —dijo con una mirada brillante y una sonrisa franca.

Bonnie sonrió satisfecha y asintió.

—Quédate a cenar —pidió—. Y puedes dormir en Slioscreige esta noche. Tenemos habitaciones de sobra.

Gilleasbuig enarcó las cejas sorprendido, pero enseguida aceptó.

—Por aquel entonces ya tenía cierta fama como comerciante de whisky —explicaba el invitado mientras rellenaba las copas de los que tenía más cerca en la mesa—, y una de las familias más importantes de Nueva Orleans me invitó a una fiesta de máscaras después de cerrar un succulento negocio.

—¿Succulento? Ni que te lo hubieras comido —dijo su hermana sonriendo.

—La mayoría de mis contratos los he cerrado en una mesa como esta —dijo él mirándola burlón—. Pero en esa ocasión no se firmaría hasta el día siguiente, así que acepté la invitación sin saber el lío en el que me metía. Resulta que a esa fiesta había que

ir disfrazado de algo simbólico. No valía vestirse de romano o de troglodita, tenía que ser algo relacionado con uno.

—¿Relacionado con uno? —preguntó Dougal confuso.

—Sí, algo que te identificara. Por ejemplo, vosotros tendríais que ir vestidos con algo referente a los caballos. Y tú, Bonnie, deberías llevar libros sin duda.

—¿Y de qué te disfrazaste tú?

—Pues no tenía mucho dónde elegir, no iba preparado para una fiesta y menos de ese calibre, así que después de darle muchas vueltas solo se me ocurrieron dos cosas: ir de borracho, lo que habría sido de muy mal gusto, o de barril de whisky. Así que busqué un barril vacío, pero no tenían ninguno en la bodega.

Las risas estallaron alrededor de la mesa.

—No puede ser cierto —se rio Kenneth—. ¿Tuviste que bebértelo?

Gilleasbuig asintió con pesar.

—Llegué a la fiesta vestido con un barril y completamente borracho. Al final resulté ser el centro de atención, aunque no era lo que yo buscaba.

—¿Firmaste el contrato? —preguntó Caillen con curiosidad.

—Pues, contra todo pronóstico, sí, lo firmamos al día siguiente. Al anfitrión no le desagradó mi actuación de la noche anterior, dijo que incluso borracho era una persona divertida y que sus invitados lo pasaron muy bien con mis ocurrencias.

—No me lo puedo creer —dijo Bonnie aún riendo.

Augusta y Craig eran los únicos que no se reían. Desde el baile en casa de los Sutherland su relación había cambiado. Augusta estaba dolida por el modo en el que la trató y Craig parecía siempre malhumorado. En la vida cotidiana podían disimular mejor, pero en ocasiones como aquella la tensión entre ellos resultaba más que evidente. Elizabeth los miró alternativamente, pero consciente de que no era el momento adecuado para abordar el tema, optó por unirse a la algarabía que la narración de Gilleasbuig había provocado.

—¿Te quedarás todo el mes con nosotros? —preguntó cuando las risas se calmaron.

—Mi barco zarpa a mediados de mayo. Espero no ser una molestia. Puedo alojarme en...

—No lo decía por eso —se apresuró Elizabeth—. Es una cuestión de intendencia, nada más.

—Craig, ¿de verdad no te importa que me quede aquí? —preguntó mirando al patriarca que seguía con un semblante serio.

—Eres el hermano de Bonnie y ella ahora es como mi hija, si quiere que te quedes, te quedas.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Bonnie de repente.

Ewan la miró con preocupación.

—¿Te sientes mal?

—Dentro de dos semanas serán los Juegos de las Highlands —anunció con los ojos muy abiertos.

—¿Y? —preguntó Kenneth ceñudo—. ¿A qué viene ese sobresalto?

Bonnie miró a su hermano y luego a los demás.

—No estarás pensando... —negó Lachlan incrédulo—. No, no, no.

—¿Por qué no? —preguntó su cuñada—. Sería un modo de acabar con una rencilla que ha durado siglos.

—Ya no hay nadie con quien reñir —insistió Lachlan.

—¿De qué estáis hablando? —preguntó Augusta.

Bonnie se inclinó hacia delante en la mesa para ver a su cuñada.

—Gilleasbuig podría participar con los McEntrie.

—¿Qué? —exclamó Enid—. Vale que parece que ha cambiado, perdona, Gilleasbuig, pero yo aún te tengo en cuarentena. Pero de ahí a que participe con los McEntrie. Sigue siendo un MacDonald.

—Eso ya no significa nada —insistió Bonnie—. Y sería muy simbólico verlo en el *Tug of War* tirando de la cuerda con los McEntrie.

—Por mí no hay problema —dijo su hermano asintiendo—. Estaré encantado de ayudaros a ganar.

—¿Tú ayudarnos? —Dougal enarcó una ceja—. ¡Como si lo necesitáramos!

—¿Tú qué dices, padre? —preguntó Kenneth mirando a Craig.

El patriarca se encogió de hombros por toda respuesta.

—¿Vais a estar así mucho tiempo? —preguntó Caillen quitándose el pañuelo del cuello y lanzándolo hasta una silla ya en su dormitorio—. Es muy desagradable que no os habléis, Augusta.

Ella se giró a mirarlo dolida.

—¿Por qué me lo dices a mí? Él es el que se comportó como un energúmeno conmigo y el que no me dirige la palabra desde entonces.

—Pero tú eres la más inteligente de los dos.

Ella no respondió a su halago interesado y siguió desvestiéndose sin el menor pudor. Caillen dejó de hablar y se deleitó con el espectáculo. Su abultado vientre, lejos de enfriarlo, caldeaba aún más si cabe sus instintos masculinos. Se acercó a ella antes de que se pusiera el camisón y la abrazó por la espalda, colocando las manos en su vientre.

—Para —pidió ella con voz dulce mientras recostaba la espalda en su pecho.

Su esposo deslizó las manos hacia arriba y rodeó sus pechos con ellas.

—No me caben en las manos —dijo con voz ronca contra su oído—. Me encanta cuando se ponen tan grandes.

Ella se giró para besarlo y lo siguió a la cama sin protestar. Caillen era dulce y cuidadoso cuando estaba encinta, y la amaba como si ella fuese un tesoro al que idolatrar. Sus manos eran suaves y la acariciaban con ternura y evitaba ponerse encima de ella para no presionar al bebé. A Augusta le gustaba montarlo a horcajadas y también sentirlo en su espalda mientras la penetraba, así que no le suponía ningún problema el embarazo para sentirse completamente satisfecha.

Se quedó dormido abrazado a ella y Augusta tuvo que apartar su brazo para poder levantarse. Se puso el camisón, la bata y las zapatillas y salió del cuarto sin hacer ruido. Bajó las escaleras y atravesó el hall en dirección al despacho de Craig, al final del pasillo. Tocó suavemente y escuchó la voz de su suegro al otro lado dándole paso.

—Augusta —dijo ceñudo al verla—. ¿Ocurre algo?

—¿Puedo molestarte un momento?

—Tú no me molestas, pasa y siéntate junto a la chimenea, no vayas a coger frío.

Augusta hizo lo que le pedía y se acomodó en el sofá mientras él tomaba asiento en su butaca.

—Tenemos que hablar, Craig —dijo con pesar—. No soporto más esta situación y no

es bueno para el bebé que yo esté preocupada.

—Por supuesto que no. —Bajó la mirada—. Lo siento, me comporté de un modo imperdonable.

Augusta sonrió aliviada.

—Creía que seguías enfadado conmigo.

—¿Contigo? —La miró sorprendido—. ¡No, por Dios! Tú no hiciste nada malo. Estoy enfadado conmigo mismo.

—¡Qué alivio! —exclamó y poniéndose de pie fue a abrazarlo entre risas—. Creía que no ibas a volver a hablarme nunca.

—Mira que eres tonta —dijo cuando ella volvió al sofá.

—¿Quieres hablar de ello o te enfadarás si saco el tema?

—No hay nada de lo que hablar, Augusta.

—Vamos, Craig, sabes que puedes sincerarte conmigo. No volveré a interferir en tus asuntos, me cuentes lo que me cuentes, pero no puedes guardártelo todo para ti.

El patriarca suspiró y luego se frotó la cara con cansancio.

—No estás descansando bien desde aquella noche —siguió Augusta—. Sabía que te encontraría aquí desvelado. ¿Qué tiene Olivia de malo?

—No tiene nada de malo —gruñó en tono bajo.

—¿Entonces? Es evidente que os entendéis bien, no lo niegues. Y... la besaste.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Craig...

—Augusta —la cortó—, juré en la tumba de mi esposa que jamás me casaría con otra mujer. ¿Lo entiendes? No volveré a pasar por... eso.

—Debió ser terrible para ti perder a tres esposas. No puedo ni imaginármelo.

—No, no puedes.

—Pero si amas a Olivia...

—No la amo.

Augusta frunció el ceño y afinó su mirada.

—¿No?

—No.

—Entonces, ¿por qué la...?

—Todavía soy un hombre, Augusta —dijo malhumorado—. Y no me parece que tenga que hablar de ello con la mujer de mi hijo.

Augusta se sonrojó ligeramente y apretó los labios.

—He estropeado nuestra amistad por... por imbécil —dijo él entre dientes.

—Tienes que arreglarlo —sentenció ella al fin—. Es cierto, has metido la pata. Y, no, no tienes por qué hablar conmigo de esto, pero deberías hablarlo con alguien. No es propio de ti abordar de ese modo a una... amiga a la que aprecias. El Craig McEntrie que yo conozco, no permitiría que un simple deseo físico estropease una relación tan bonita como la que vosotros tenéis. Es como si Caillen se hubiese aprovechado de lo que yo sentía para...

Craig la miró con dureza y ella suspiró consciente de que la conversación debía acabar allí.

—No te enfades conmigo, sabes que me preocupo por ti.

El patriarca siguió con expresión enfurruñada y se llevó una mano a la mandíbula para mesarse la incipiente barba. Augusta se levantó para marcharse.

—Buenas noches, padre —dijo con cariño, inclinándose para besarle la cabeza.

Él le dio las buenas noches también y contuvo la respiración hasta que la puerta se cerró tras ella. Entonces dejó escapar el contenido de sus pulmones en un sonoro bufido.

—Preferiría no verlo más —dijo Olivia mirando a su hermana con evidente enfado—. Ojalá no hubiéramos vuelto a Lanerburgh.

Hannah estaba sentada en el sofá sobre sus piernas dobladas y la miraba mientras mordisqueaba una galleta. Había terminado la talla básica de Apolo, tenía la forma general y había eliminado la mayor parte del mármol sobrante. El trabajo con las herramientas más pesadas había acabado y la cena con su hermana era un modo de celebrarlo.

—Ahora es tarde para arrepentirnos —dijo dándole la vuelta a la galleta para morderla por el otro lado—. Y no pienso mover a Apolo de ese taller hasta que esté terminado, te lo advierto.

Olivia la miró malhumorada.

—¿Te crees que puedo dejar la granja ahora? Estoy metida en esto hasta las cejas.

Se acercó al platito de galletas y cogió una. Necesitaba morder algo. Se paseó por el salón con fuertes pisadas.

—Tener que aguantar su presencia me saca de quicio.

—Pídele que no venga —dijo la otra—. No es tan difícil.

Olivia la miró incrédula.

—¿Lo dices en serio? ¿Le pido al hombre que me ha cedido sus caballos para que yo levante mi granja, que no venga? ¿Eso te parece sencillo?

—Sabe que estás enamorada de él y a nadie le gusta que lo rechacen. Lo entenderá.

—¿Podrías ser un poco menos cruel?

—¡Oh! ¿Te parezco cruel? Para mí es tan normal que no me amen...

La otra gruñó y después se metió la galleta entera en la boca y la destrozó sin compasión. Hannah le ofreció otra conteniendo la risa.

—Me alegra saber que al menos una de las dos se divierte. —Cogió la galleta y fue a sentarse en una butaca.

—Vamos, Olivia, no seas tonta. Todo puede tomarse con humor, es una cuestión de voluntad. —Bajó los pies al suelo y se estiró cuan larga era.

Su hermana la observó con detalle y mordió la galleta pensativa.

—¿Cuántos tienes? —preguntó de pronto.

Hannah la miró interrogadora.

—Pantalones, ¿cuántos tienes?

La escultora miró hacia abajo con el ceño fruncido.

—Creo que siete.

—Quiero probármelos.

—¿Qué?

Olivia se subió la manga derecha y le mostró una herida en el antebrazo.

—¿Te has vuelto a caer? —preguntó su hermana con pesar—. ¡Olivia!

—Me he pisado el maldito vestido en el cercado y me he dado un golpe en la cabeza con uno de los travesaños. —Se tocó en el lugar exacto—. Todavía me duele.

—Tienes que tener más cuidado.

—Probaré uno de tus pantalones y, si me gusta, pediré a la modista que me haga

unos cuantos. ¿Siete has dicho?

Hannah asintió.

—¿Puedo llevar corsé con ellos?

Hannah volvió a asentir.

—Perfecto, entonces.

—Olivia...

—¿Qué?

La escultora se acercó a ella y se arrodilló a su lado cogiéndole la mano.

—¿Estás bien?

—No, pero lo estaré —dijo con firmeza—. Estoy cansada. Supongo que me hago vieja.

—No digas tonterías, no eres vieja.

—Tengo cuarenta y siete años, pronto cuarenta y ocho. Y, como tú dices, he vivido aletargada, encerrada en una cueva y sin ver el sol.

—Yo no he dicho eso.

—Es la verdad.

Su voz tenía un deje tan triste que Hannah tuvo que hacer un esfuerzo para no mostrarse conmovida.

—Aún estás a tiempo —dijo con firmeza—. Puedes tener una vida plena desde ahora.

Olivia frunció el ceño al tiempo que negaba.

—Ya es tarde.

—No, no lo es. Me parece estupendo que quieras probarte mis pantalones, pero me parecería aún mejor que probaras «otras cosas».

La otra la miró sin comprender.

—Tienes que perderle el miedo a tu cuerpo, hermana. Disfrutar de él te abrirá la mente.

Olivia abrió los ojos como platos y se soltó de su mano.

—No digas tonterías.

—No son tonterías —se rio la escultora—. Yo podría enseñarte si tú quisieras.

—Deja de hablar así, sabes que no me gusta.

—Entonces no te diré qué más pienso.

—Mejor.

—¿No tienes curiosidad?

—Ninguna en absoluto —mintió.

Hannah amplió su sonrisa y se puso de pie para estirarse de nuevo. Hizo algunos ejercicios para desentumecer los músculos de la espalda y poniéndose las manos en la cintura la miró con fijeza.

—Deberías acostarte con Craig.

—¿¡Qué!? —Olivia no salía de su asombro.

—No hace falta estar casados para eso.

—Te has vuelto completamente loca.

—Tú lo has dicho, tienes cuarenta y siete años. A esa edad, ¿qué importa la reputación? No tenemos hijos, no perjudicamos a nadie con nuestros actos.

—Yo no soy como tú —dijo sin acritud.

—Pero podrías serlo. Ponerte pantalones, tocarte sin que te dé un síncope y también

podrías acostarte con un hombre que no es tu esposo.

—Hay una gran diferencia entre ponerse una pieza de ropa y todo lo demás que has dicho.

—No la hay —negó poniéndose seria—. Todo es lo mismo y se resume en una palabra: rebeldía.

Olivia arrugó su ceño un poco más mientras su cabeza negaba persistentemente.

—Eso no es rebeldía, es indecencia.

—¿Quién lo dice? ¿Quién ha decidido lo que las mujeres podemos o no podemos hacer? ¿Lo que nos está permitido sentir?

—Nosotras mismas.

—Yo no he decidido eso. Yo decido ser dueña de mi cuerpo y de mi mente. Dueña de mi vida y de mi futuro. No voy a ir a un médico para que me toque, pudiendo hacerlo yo misma.

—Esas mujeres están enfermas, no lo digas como si fuese algo turbio.

—¿No te parece turbio que un médico le dé placer a una mujer sin ser su marido?

—No es placer, es una terapia. Él no participa, en realidad.

—¿Que no participa? ¿Dónde te crees que mete su mano, hermanita?

Olivia sintió arder sus mejillas.

—Estoy segura de que tu marido no te tocó a ti del modo en que esos médicos las tocan a ellas —sentenció Hannah.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó entornando los ojos—. ¿Cómo sabes tanto de esto, hermana?

La otra torció una sonrisa irónica y enarcó una ceja esperando que no necesitara los detalles. Olivia abrió los ojos como platos.

—¿Tú...? Pero... ¿cuándo? ¿Por qué?

—Me llevó mamá.

—¿Qué?

Hannah se sentó y su rostro se entristeció.

—Pobrecita, no sabía lo que hacer conmigo. Ya sabes que nunca entendió que quisiera ser escultora, ni nada de lo que yo decía o hacía. Para ella era más sencillo pensar que estaba enferma.

—¿Por qué no me lo contaste?

La otra se encogió de hombros.

—Supongo que me daba vergüenza. No fue nada agradable dejar que un desconocido tocara mis partes más sensibles, te lo aseguro.

Olivia se mordió el labio mortificada.

—Pero, debiste decírmelo, habría hablado con mamá. No habría dejado que...

—En el fondo me hizo un favor. —Sonrió con tristeza—. Hasta ese momento no sabía el poder que escondía mi cuerpo. Ese hombre me lo enseñó.

—¿Por eso tú...?

Hannah asintió, no era necesario que terminase la frase para saber lo que le preguntaba.

—Me descubrió un mundo del que no sabía nada: el placer. Jamás me habían besado y mucho menos me habían provocado el menor disfrute en ese sentido. Pensé mucho después de aquella violenta visita. Me di cuenta de que si eso estaba en mi cuerpo no estaba allí para que lo ignorara. Era parte de mí y yo era la única con derecho

a utilizarlo. —Se encogió de hombros—. No volví a necesitar sus servicios, cuando estaba nerviosa yo misma me tranquilizaba.

De nuevo las mejillas de Olivia se caldearon en exceso.

—¿Mamá lo sabía?

—Creo que lo sospechaba, pero nunca hablamos de ello. No era un tema para hablar con una madre. Ni con una hermana. —Sonrió burlona.

—¿Qué es lo que... haces?

Hannah entornó los ojos mirándola con atención.

—No hay una manera correcta de hacerlo, simplemente debes escuchar a tu cuerpo. Tocarte en todas partes, sin miedo. Es tuyo, te pertenece por completo.

—¿No es pecado?

—Yo no lo creo. Si Dios me lo dio, lo hizo sabiendo el placer que podía proporcionarme. Si no hubiese querido que yo sintiese lo que siento, lo habría hecho de otro modo. —Se encogió de hombros—. Considéralo un tratamiento. Es menos violento hacerlo tú que ir a un médico para que te lo haga, te lo aseguro.

—Yo no estoy enferma —musitó la otra sin mucho convencimiento.

—Palpitaciones, dificultad para respirar, dolor de barriga, estremecimientos, irritabilidad, tristeza... —Sonrió perversa—. Yo diría que últimamente sufres todos los síntomas de «la enfermedad».

Olivia respiraba agitada y el corazón le latía tan rápido y tan fuerte que temía que su hermana pudiera oírlo. Hannah se acercó a darle un beso en la mejilla.

—Me retiro ya. Que duermas bien, hermanita.

Y, sin más, salió de la estancia dejando a Olivia hecha un mar de dudas.

Capítulo 11

Catriona Fraser llevaba un buen rato observando a Hannah. La escultora se paseaba por el salón de los McEachern con evidente hastío y una sonrisa cómplice afloró a sus labios cuando se situó junto a ella frente al ventanal que daba al jardín trasero.

—Bonitas vistas, ¿verdad?

Hannah se giró sorprendida, no se había percatado de que nadie se le hubiese acercado.

—Curiosas —dijo sonriendo también—. No estoy muy segura de si me gusta o me aterra.

—Tranquila, es lo que provocan casi todos los inventos de mi sobrino. Su esposa los va colocando en el jardín con la excusa de que debe exponer su inventiva, pero en realidad yo creo que lo hace para que la lluvia y el viento le hagan el trabajo sucio.

Hannah contuvo la risa.

—¿De verdad ha usado esas descomunales alas?

—Oh, sí —afirmó la otra rotunda—. ¡Menudo batacazo se dio! Si se fija, verá que la izquierda es bastante más pequeña que la derecha, no pudo salvar los pedazos y tuvo que ensamblarla así. Total, Georgina no le permitirá usarlas más.

Hannah terminó el té de su taza y se disculpó antes de llevarla de nuevo a la mesa. Catriona la siguió.

—¿Le gustaría dar un paseo? Tengo las piernas entumecidas de estar tanto sentada y no quiero salir sola.

—Por supuesto, estaré encantada de acompañarla.

Las dos mujeres salieron por la puerta que daba al jardín y se alejaron de aquellos monstruosos inventos sin mirar atrás.

—Alistair es un buen hombre y Georgina lo quiere mucho.

—Los dos han sido muy amables al invitarme a una exposición tan... personal.

—No durará mucho, tranquila —se burló Catriona—. Quería proponerle algo y espero que me diga que sí.

—Si está en mi mano, cuente con ello.

—Todo el mundo que me visita se queda prendado del busto de mi padre que usted realizó y eso me dio una idea. Ya sabe que los Fraser son los encargados de organizar los Juegos de este año y siempre hay actividades especiales dirigidas a las mujeres. Se me ha ocurrido que podría exponer sus obras.

Hannah la miró confusa.

—¿Quiere que traslade mis trabajos a casa de los Fraser?

—¡Oh, no, no! Imagino lo pesadas que son algunas de sus obras, sería muy difícil y trabajoso moverlas, pero podríamos organizar algunas visitas a su taller. Solo serían dos días y usted decidiría el horario, por supuesto.

—Es que... hay bastante desorden, estoy trabajando mucho en mi nueva escultura.

—¡Oh!, pero eso lo hace aún más interesante. No tiene una la oportunidad de ver el trabajo de un artista en plena ebullición. Imagínese lo sorprendente que será para la mayoría de los habitantes de Lanerburgh y sus alrededores. Yo he estado en Roma, en París y en Viena y he visto obras magníficas. También he conocido a unos cuantos artistas, incluso alguna mujer, pero la mayoría de mis vecinos no han salido de Escocia. Mi sobrino, sin ir más lejos. Aunque Liam ha tenido el enorme privilegio de conocer su

taller, posó para su Apolo —añadió sonriendo.

—Sí.

—Eso también es un aliciente para mí. Me encantaría verlo representando a un dios de ese tamaño.

—Lo de hacer una exposición no me parece buena idea, pero usted puede venir cuando quiera —dijo sintiéndose obligada—. Mi hermana y yo estaremos encantadas de recibirla.

—¿De verdad? No querría ser entrometida.

—Por supuesto que no lo es —mintió.

—¡Qué ilusión me hace!

Hannah se sintió un poco mal por juzgarla tan severamente al ver su sincera alegría. Dejó escapar el aire de sus pulmones con un ligero suspiro y se prometió ser más tolerante con ella. Al fin y al cabo, era una mujer encantadora y la única que se había acercado a ella en el rato que llevaba allí. Olivia había insistido en que debían asistir a la invitación de Lorna McEachern para tomar el té, que no se puede desatender a todo el mundo si quieres que te compren caballos. Pero luego la había dejado sola y se había escabullido con Georgina cuando la esposa de Alistair Fraser le ofreció enseñarle las cuadras.

—Le aburren estas reuniones, ¿verdad? —preguntó Catriona al ver que ella no iniciaba una conversación—. La entiendo, es usted una mujer con vocación y eso no encaja mucho con la vida tranquila de Lanerburgh y sus alrededores. Me habría gustado tener una vocación.

Hannah sonrió sincera.

—No esté tan segura —dijo en tono bajo—. A veces puede resultar abrumador e insoportable.

Catriona la miró con interés.

—¿Cómo es eso?

Hannah lo pensó un momento antes de responder.

—He llegado a despertarme en plena noche escuchando el mazo golpeando la piedra después de varios días sin dormir —musitó—. Hay ocasiones en las que mis músculos se agarrotan de tanto trabajar y me duele hasta el pelo, pero no puedo dejarlo. Es como si alguien dentro de la piedra me gritase. Escucho su lamento y siento en mi corazón su deseo por salir. Es angustioso.

Catriona tenía una expresión sorprendida y la escultora desvió la mirada, sintiéndose incómoda.

—No tenía ni idea de que se sintiese así. Es... estremecedor.

—No siempre es así. —Hannah forzó una sonrisa—. A veces el trabajo es tranquilo y lo disfruto enormemente. Como con el busto de su padre.

—Ya lo imagino. Supongo que esa pasión de la que habla sucede cuando es su mente la que crea, ¿no?

Hannah fue ahora la sorprendida, nadie lo había entendido con tanta celeridad.

—Nunca he sentido nada parecido —siguió Catriona—. Jamás me ha apasionado nada de ese modo. Quizá si hubiera tenido hijos habría podido sentir algo semejante, pero no he tenido esa suerte. ¿A usted no le gustaría tener hijos?

Hannah frunció ligeramente el ceño.

—Oh, discúlpeme, eso ha sido muy poco apropiado. Acostumbro a olvidarme de

todo lo que me enseñaron sobre educación y decoro. —Sonrió sin el menor ápice de disgusto—. Si no quiere responderme, no lo haga, nunca insisto.

Hannah no supo qué decir, así que permaneció en silencio.

—Yo me casé con un hombre que no me dio hijos, pero sí unas buenas palizas —dijo con total tranquilidad—. No ponga esa cara, de eso hace ya bastante tiempo. Gracias a Kenneth McEntrie, Kiefer no ha vuelto a ponerme la mano encima. En ningún sentido. Y no sabe cuánto se lo agradezco. Su hermano y también Liam habían tratado por todos los medios que dejase un comportamiento tan aberrante, pero tarde o temprano volvía a las andadas.

—Bien por Kenneth McEntrie —musitó sin poder contenerse.

—Aquí donde me ve —dijo señalando su oronda figura—, fui su amante.

Hannah sonrió imperceptiblemente.

—Veo que no le escandaliza que una mujer como yo fuese amante de semejante hombre.

—¿Una mujer como usted?

—Bueno, no soy una jovencita adorable y con una figura etérea, precisamente. Tengo bastantes años más que él y estoy segura de que se ha fijado en ese hombre. Es un ejemplar único.

La sonrisa de Hannah se amplió enormemente.

—Habla de él como si fuese un dios.

—Un demonio, más bien. —Sonrió también—. ¿Sabe que Rowena lo bautizó como El demonio de las Highlands? Esos dos son puro fuego, no sabe cómo la envidio.

Hannah asintió, ella también había percibido la pasión que había entre ellos. Era imposible no notarlo si se estaba cerca.

—Fuimos amantes ante de ella, no piense mal de mí —siguió Catriona—. Y él siempre me trató como si yo fuese la mejor elección.

—No hay nada malo en usted —dijo sin poder contenerse—. No todas las mujeres podemos ser como Rowena McEntrie.

Catriona percibió un tono familiar en su voz y entornó los ojos para mirarla con mayor atención. No era una mujer guapa, ciertamente, y el escote de su vestido no mostraba aliciente alguno. Estaba claro que no tenía éxito con los hombres, debía rondar los treinta y cinco y seguía soltera. Además, la había visto en el baile de los Sutherland y estaba casi segura de que no bailó ni una sola vez en toda la noche. De pronto sintió una calidez inusual en ella, pues no solía sentirse muy atraída por otras mujeres. Exceptuando a las McEntrie, la mayoría de las veces la trataban con condescendencia o incluso con desprecio. Unas por ser mayores y verla como un fracaso, y otras por ser demasiado jóvenes y creerse mejores que ella.

—Creo que usted y yo deberíamos ser amigas —dijo cogiéndola del brazo con una enorme sonrisa.

Hannah frunció el ceño desconcertada, pero no se atrevió a decir nada por temor a molestarla.

—Iré a su taller mañana, ¿le parece bien? Y deberíamos tutearnos, ¿qué te parece?

—Emm... Sí, claro.

—Lo primero que haremos será conseguirte una modista que te haga vestidos más favorecedores que este. Estoy deseando ver cómo trabajas, no sabes la ilusión que me hace tener una amiga. ¿Tú has tenido alguna?

Hannah asintió visiblemente conmovida.

—En Borgosanto.

—¡Ah! Menos mal, por un momento me habías asustado. Italia está muy lejos y... ¿cómo se llama tu amiga?

—Nicoletta.

—Bien, Nicoletta no está aquí, así que seremos nosotras dos solas. Bueno, si tu hermana quiere unirse, lo aceptaré. Me cae bien Olivia, es una mujer muy amable.

—Olivia, espera... —Craig aceleró el paso para alcanzarla y la sujetó del brazo con firmeza—. No te enfades.

—¿Que no me enfade? Me has tratado como si fuera estúpida. No sé tanto de caballos como tú, pero no es necesario que me corrijas todo el tiempo.

—Lo siento, pero no puedo evitar hablar de caballos cuando sé que alguien se equivoca.

—Se supone que ahora soy propietaria, no puedes desautorizarme de este modo.

—Solo estaban los mozos de los McEachern.

—Y Georgina.

—A Georgina no le interesan los caballos.

—Eso no es excusa. Y los mozos sí importan, Craig. Ellos pueden hablar con Leith McEachern y aconsejarle que no me compre ni un caballo. Tienes que dejar de hacer esto.

Craig se puso las manos en la cintura en una actitud muy masculina, pero finalmente asintió.

—Tienes razón. No volverá a pasar.

—Más te vale. Si no vendo mis caballos no podré pagarte la deuda que tengo contigo —dijo dándose la vuelta malhumorada.

Craig la siguió de cerca, pero dejándole espacio para calmarse y Olivia no se detuvo hasta que estuvieron en el terreno frente a la casa en el que habían colocado los inventos de Alistair a modo de exposición.

—De verdad que no lo entiendo —dijo la inglesa moviendo la cabeza con incredulidad.

—Yo creo que de niño se golpeó la cabeza —se burló Craig.

Olivia lo miró interrogadora.

—¿A qué has venido? No creo que sea para tomar el té.

—Tengo un asunto que tratar con Liam. Me da a mí que buscaba una excusa para librarse de esto.

—Ya veo —suspiró ella con cansancio.

—Cuando he llegado te he visto dirigirte a las cuadras con Georgina y no he podido resistirme. —Se encogió de hombros.

—Voy a buscar a Hannah, seguro que estará encantada de que nos marchemos.

—Olivia... —La detuvo con suavidad—. Demos un paseo y hablemos como... dos amigos.

Lo miró reacia.

—Por favor —pidió él.

—Está bien.

Avanzaron uno junto al otro durante unos segundos en silencio.

—Has dicho que querías hablar —azuzó Olivia impaciente.

—Me siento como un canalla por cómo me comporté.

Ella se detuvo y lo miró de frente.

—Puedes decirme lo que sea —insistió ella—. No tienes que ir con pies de plomo conmigo.

—Las cosas no están saliendo como pensé cuando te propuse criar caballos.

Olivia frunció el ceño.

—¿Quieres echarte atrás?

—¿Qué?

—¿Quieres que te devuelva tus caballos?

—¡No! ¿Cómo voy a...?

—Has dicho que las cosas no...

—Me refería a nosotros.

—No hay un «nosotros», Craig, me lo dejaste muy claro.

—Olivia... —la llamó cuando ella se dio la vuelta.

La inglesa se detuvo un momento antes de girarse y enfrentarlo sin reparos.

—Craig, no soy ninguna niña, aunque a veces me trates como si lo fuera.

—Olivia...

—Deja de decir mi nombre. Si quieres hablar, hazlo. Si quieres que te devuelva tus caballos... —resopló impaciente—. Te odiaré por ello, pero lo haré.

La cogió del brazo para obligarla a parar y sus ojos la miraron con fijeza.

—Quiero acostarme contigo.

Aquello la dejó sin habla. Lo miró con tal sorpresa que él la soltó al instante.

—¿Qué? —musitó ella.

—Somos dos personas adultas. No debemos explicaciones a nadie. Los dos tenemos la vida resuelta, mis hijos son mayores y están casados... ¡Tengo hasta nietos! —se rio.

Pero Olivia no se reía, tan solo lo miraba incrédula.

—Podríamos mantener una relación... privada.

—¿Me estás proponiendo que sea tu amante? ¿Como un canalla, has dicho?

Craig apretó los puños y respiró hondo.

—Creo que lo mejor es que los dos nos sinceremos para resolver esto de una vez por todas, por eso te estoy hablando así. Es evidente que te deseo, no puedo negarlo. Y también he dejado totalmente claro que no voy a volver a casarme jamás.

—Ya veo. ¿Cómo funcionaría?

Craig no se amilanó ante su pregunta, a pesar de que no le pasó desapercibido el tono áspero y una mirada tan fría como los témpanos de hielo que colgaban de algunas hojas en pleno invierno.

—Estuviste casada un año, no creo que hayas olvidado cómo funciona —dijo sin desviar la mirada.

—Me refiero a cómo lo haríamos. ¿Sería en *Slioscreige*? Resultaría un poco violento que tus hijos o tus nueras me viesan salir a hurtadillas de tu cuarto en plena noche. Porque lo haríamos de noche, ¿no? Mejor en mi casa, desde luego. Mis criadas duermen como benditas y Hannah... Hannah no sería un problema —musitó pensativa—. ¿Te colarías por una ventana? Podría darte una llave de la puerta.

—Olivia...

—No, en serio, no sé cómo funcionan estas cosas. Nunca me habían hecho una proposición como esta, entiende que es nuevo para mí.

—El modo no importa. Improvisaremos.

—¿Improvisar? ¿Yo? —Se rio a carcajadas—. Creía que me conocías mejor, Craig, pero está claro que no me conoces en absoluto. Soy incapaz de improvisar. Nunca lo he hecho y no sé cómo se hace. Aunque supongo que podría aprender.

Craig miró a su alrededor y cogiéndola de la mano la llevó hasta un lugar apartado entre los árboles.

—Quiero besarte —dijo mirándola con fijeza—. Te aviso porque has dicho que no te gusta improvisar.

—He dicho que no sé hacerlo, no que no me...

La besó y el corazón de Olivia detuvo sus latidos al tiempo que su garganta emitía un leve gemido. La boca de Craig se amoldó perfectamente a la suya, fue una sensación sorprendente, como si sus bocas se hubieran aprendido con un solo beso. La apretó contra su cuerpo y deslizó la lengua, dispuesto a gastar todos sus cartuchos en aquella primera batida. La deseaba, pero no imaginaba lo fácil que era perder la cordura teniéndola tan cerca.

Deslizó su boca y bajó por su garganta, mientras Olivia jadeaba impotente y abrumada por su propio anhelo.

—Craig...

Arrastró la palabra como si no le quedara aliento y él regresó a su boca para aliviarla. Esta vez fue un beso exigente que no dejó resquicio por tomar. Olivia notó que su espalda chocaba contra el rugoso tronco de un árbol y sintió la dureza que la presionaba con firmeza a través de su vestido. Aquello no podía estar pasando y, sin embargo, allí estaba enredando sus dedos en el pelo de Craig McEntrie, aplastada contra un árbol por su poderoso cuerpo y jadeando como si le faltara el aire mientras él deslizaba la lengua por su cuello.

—¡Dios! Olivia, te tomaría aquí mismo —musitó él metiendo la mano en su escote.

Ella abrió los ojos como platos y se estremeció ante el contacto. Los cerró extasiada y horrorizada a partes iguales y entonces sintió que otra mano que no era la suya buscaba bajo la falda de su vestido.

—¿Quieres, Olivia? —preguntó él con voz ronca y casi desesperada—. ¿Quieres que te tome aquí y ahora?

Se asustó de sí misma y miró a su alrededor, buscando entre los árboles un resquicio de la cordura que había perdido. Aquello no estaba bien. No estaba bien. Ella era una mujer decente. Debería empujarlo, apartarlo con firmeza y gritarle que no volviera a...

—Vaya, vaya...

La voz del conde de Ardbrock congeló la sangre en sus venas. Craig enterró la cabeza en su pecho y resopló como un animal herido luchando contra su propia voluntad. Después de unos segundos interminables, se apartó de ella y le dio la espalda tratando de recomponerse.

—¿Qué haces aquí, Baxter?

El otro se paseó frente a ellos mientras Olivia se apresuraba a colocarse la ropa del modo más decente posible. Estaba tan roja que le ardían las mejillas.

—Menudo espectáculo. ¿Os he interrumpido? —señaló a su alrededor chasqueando

la lengua—. Hay más personas aquí, ¿lo sabéis? Cualquiera podría haberos visto en plena... fornicación.

Craig lo miró amenazador y el otro mostró las palmas de sus manos.

—Tranquilo, tranquilo, no hay por qué llegar a las manos. Ya sabes cómo hacerme callar.

—No voy a venderte nada, puedes contar lo que quieras, lo negaremos y los dos sabemos a quién van a creer.

—Vaya, mira qué bonito, además de beneficiarte a tu «amiga», también estás dispuesto a mentir descaradamente. —Se inclinó hacia un lado para mirar a Olivia—. Parece que a ella no le ha hecho mucha gracia eso.

Craig no se giró para mirar a Olivia.

—Lárgate, Baxter.

—¿Sabes qué pasa? No paseaba solo, en realidad, Isobel, mi querida esposa, también os ha visto. ¿La ves aquí a mi lado? —Se burló—. Por supuesto ella dirá lo que yo le dicte sin cambiar ni una coma y, ya sabes que los McEachern son una familia muy conocida aquí, nadie pondrá en duda su palabra.

—Será vuestra palabra contra la nuestra —insistió Craig.

—Como quieras. —El conde se encogió de hombros—. Tenéis de plazo hasta mañana, si no recibo un mensaje aceptando mi oferta por los dos caballos... Bueno, ya sabéis, en los próximos meses no se hablará de otra cosa que no sea la stampa de Craig McEntrie follándose a Olivia McLaughlin contra ese árbol. Quizá incluso pongan una placa...

Craig se abalanzó contra él, pero el conde lo esquivó antes de que el puño alcanzase su rostro.

—¡Basta! —gritó Olivia.

Y sin más echó a correr, alejándose de ellos como alma que lleva el diablo.

Hannah observaba a Catriona que buscaba por las estanterías de la biblioteca.

—Pues no lo encuentro —dijo disgustada—. Debe haberlo cogido ese cabeza de chorlito de Alistair. Espérame aquí que voy a buscarlo a su taller. Es un libro magnífico y tienes que verlo.

Hannah asintió y la vio salir de la habitación con cierto alivio. Llevaba demasiado rato escuchándola y necesitaba un poco de silencio y sosiego. Cuando la puerta se abrió unos minutos después, no pudo contener un suspiro decepcionado, pero al girarse se topó con los ojos acerados de Liam Fraser.

—Me ha dicho mi tía que estaría aquí. Va a estar ocupada un rato y no quería que se quedara esperándola. Mi hermano ha decidido que sus inventos deben volver al taller y Georgina le ha pedido ayuda para convencerlo de que están mejor donde están.

Hannah miró hacia afuera y vio a Alistair que caminaba apresurado y haciendo aspavientos con las manos, seguido por Georgina y Catriona que trataban de calmarlo. No pudo evitar una ligera risita, aunque se mantuvo de espaldas para tratar de ocultársela.

—Hace mal en reírse de mi familia —dijo él, poniéndose a su lado.

—Es que su hermano es muy... peculiar. —Carraspeó intentando contenerse.

—Gracias por usar un adjetivo tan suave para describirlo.

—Su infancia debió de ser muy entretenida —siguió mofándose de él.

—Oh, no lo sabe usted bien. No había día que no me esperase alguna sorpresa. Una vez me convenció de meterme en un barril y me lanzó rodando hasta la playa desde el camino de Drumfearn.

Hannah se tapó la boca para ahogar una exclamación y lo miró con ojos muy abiertos.

—Podría haberme matado, sí. A los diez años me hizo saltar desde la terraza de su cuarto con algo llamado «*parachute*», un invento francés que él replicó con sábanas y cuerdas. Por suerte para mí, caí sobre los parterres de mi madre, cosa que a ella no le gustó demasiado, pero que me evitó un hueso roto. Lo cierto es que el invento podría haber funcionado mejor si me hubiese lanzado desde mayor altura, pero sirvió para parar un poco la caída. De ahí su nombre.

Hannah había dejado de reír y lo miraba con interés.

—Su hermano es todo un personaje, pero usted tampoco se queda atrás. ¿Por qué dejaba que él lo usara para sus experimentos?

Liam se encogió de hombros.

—Era divertido. —Sonrió.

Hannah miró hacia el exterior y vio cómo Georgina perseguía a su marido que huía de ella rodeando sus inventos.

—Se quieren mucho —dijo Liam siguiendo su mirada—. Georgina es lo mejor que le ha pasado a Alistair.

La escultora fijó su mirada en Catriona que observaba a la pareja con los brazos cruzados a la espera de que dejaran de corretear.

—Su tía también es muy especial —dijo pensativa.

Liam la miró con curiosidad.

—Me ha dicho que se han hecho amigas.

—Veo que le sorprende —respondió ella mirándolo.

—Lo cierto es que sí. Mi tía es una persona muy especial para mí, pero no imaginaba que le interesara la escultura hasta este punto. Está entusiasmada con la idea de verla trabajar.

—Muchas veces no conocemos a las personas que tenemos cerca. Supongo que para usted ella es una persona débil y necesitada de protección.

Liam frunció el ceño.

—¿Le ha hablado de...?

Hannah asintió para que no tuviera que decirlo en voz alta. El escocés se frotó la mandíbula aún ceñudo.

—Sí que son amigas, entonces. Me consta que jamás habla de eso con nadie.

—¿Cómo pudieron permitirlo? —dijo incrédula—. Según me ha dicho, fue Kenneth McEntrie el que acabó con esa desagradable situación.

Liam se cruzó de brazos curvando su espalda hacia atrás.

—¿Cree que no lo intentamos? —preguntó sin acritud—. No es agradable para un muchacho de dieciocho años tener que golpear a su tío borracho y arrastrarlo como si fuera un vulgar vagabundo fuera de su casa. Ni acudir corriendo a la llamada de una criada porque tu tía está en el suelo inconsciente después de una paliza. No hable de lo que no sabe, señorita Wyndham.

—No dudo de que fuese desagradable para usted, pero si Kenneth pudo encontrar el modo de detenerlo, es porque lo había.

—Kenneth descubrió algo que mi tío se había esforzado mucho en ocultar y lo utilizó contra él. Yo también lo habría hecho de haberlo descubierto antes que él.

Ella le sostuvo la mirada sin dar su brazo a torcer.

—No me creo que no pudieran hacer algo que le impidiese maltratarla. Podrían haberla sacado de su casa, si era necesario.

—Y lo hicimos. Más de una vez. Pero ella volvía siempre. ¿Sabe usted lo que es el amor, señorita Wyndham?

—Oh, no me hable de amor en este contexto, señor Fraser. Ninguna mujer puede amar a alguien que es capaz de golpearla. Eso no puede ser amor. No digo que no haya algún sentimiento ahí, pero sin duda tiene otro nombre.

—Había olvidado que es usted una experta —dijo con dureza.

Hannah frunció el ceño.

—¿Experta yo? Supongo que se burla.

Liam entornó los ojos y bajó los brazos.

—No me burlo en absoluto.

—Entonces me confunde con otra. No tengo la menor experiencia en el amor, señor Fraser.

—No es eso lo que me demostró la última vez que estuve en su taller.

Hannah no se alteró porque se lo recordara, ella sola se había puesto en esa situación y siempre aceptaba las consecuencias de sus actos.

—¿Y qué tiene que ver aquello con el amor?

Liam no se esperaba una respuesta tan cruda viniendo de una mujer.

—Entonces, ¿confiesa que ha tenido encuentros con otros hombres sin que hubiese sentimientos de por medio? ¿Sabe en lo que la convierte eso?

En lugar de amilanarse, Hannah dio un paso hacia él y lo miró sin recato, aun teniendo que levantar la cabeza.

—¿En qué me convierte, señor Fraser?

En lugar de responder, Liam la agarró por la nuca y la besó con pasión y una pizca de furia. Lo irritaba poderosamente, casi tan poderosamente como lo excitaba su sola presencia. Desde que fue suya en el taller, no había dejado de pensar en ella. En tenerla entre sus brazos, sentir sus manos acariciándolo...

La escultora no se resistió, al contrario, lo empujó hasta el sofá y se sentó a horcajadas sobre él después de subirse la falda.

—¿No lleva nada de...? —Liam abrió mucho los ojos cuando ella negó con la cabeza y sin pensarlo se apresuró a desabotonarse el pantalón.

Hannah no podía pensar, su cabeza era un yermo y su cuerpo estaba en llamas. Lo montó sin freno y lo apresó con un ansia que la devoraba desde dentro. Liam gimió mientras buscaba bajo el escote el pequeño seno para cubrirlo con su boca y hacerla jadear desesperada.

Un grito los hizo detenerse en seco. Hannah se volvió hacia la puerta al tiempo que Liam se inclinaba a un lado para ver a Iona MacKenzie y a su madre contemplando la escena horrorizadas.

—¡Dios Santo! —exclamó la mujer cogiendo a su hija del brazo—. Salgamos de aquí ahora mismo.

Cerraron tras ella y Hannah se giró hacia Liam pálida como la misma muerte.

Olivia estaba en medio del salón y escuchaba la airada explicación de Fenella MacKenzie con la sangre congelada en sus venas.

—Semejante comportamiento no es digno de una casa como esta —decía mirando a Lorna McEachern que estaba visiblemente abochornada—. Si en algo valoras tu buen nombre, amiga mía, ya sabes lo que tienes que hacer.

Olivia se dirigió a la puerta para ir en busca de Hannah. Tenían que salir de allí cuanto antes, necesitaba una explicación.

—¿Ya se marcha? —El conde de Ardbrock la detuvo en el corredor—. Y sin despedirse, vaya modales gastan las hermanas Wyndham.

—Le agradecería que me dejase en paz, señor Baxter.

—Espero su respuesta mañana a primera hora —dijo acercándose a ella—. Como ve, las cosas se le han complicado bastante, mi relato será mucho más creíble después de esto. Las dos hermanas pilladas infraganti, ¿qué cree que pensarán de usted esas damas de ahí dentro?

—Es usted un canalla.

El conde se inclinó hacia ella para hablarle al oído.

—Y usted y su hermana son unas indecentes por dejarse abordar sin recato. Quizá debería añadir una cláusula a nuestro contrato. Una que establezca ciertas prerrogativas sobre el modo en el que se realizará la firma. ¿Qué le parece? Reconozco que sigue siendo usted una mujer sorprendentemente hermosa, no le haré ascos si...

Olivia le dio un bofetón antes de que acabara la frase y el conde la agarró de la muñeca con mirada furibunda.

—¿Cómo se atreve?

Ella elevó el mentón y trató de librarse para volver a golpearlo.

—Si no me suelta ahora mismo gritaré.

—¿Gritará? —se burló—. ¿Con todas esas arpías deseando despellejarlas? Adelante, grite, grite, veremos dónde nos lleva todo esto. ¿Se cree que tengo miedo? Me he batido con hombres mucho más duros que usted y ellos descansan bajo tierra. Adelante, demuéstreme lo equivocado que estoy, vieja desgraciada.

Olivia empalideció y se sacudió de su agarre temblando como una hoja. Sin decir nada más se dio la vuelta y apresuró el paso para salir de allí lo más rápido que sus piernas le permitiesen.

Capítulo 12

Catriona miraba a su sobrino con fijeza y una ligera preocupación.

—¿Estás seguro de lo que dices?

—Tú no puedes oponerte.

—¿Que no puedo? —Se rio su tía—. ¿Y eso por qué?

—Sabes que es lo correcto.

—¿Y qué tiene eso que ver para que me oponga?

Liam frunció el ceño y aceptó el vaso de whisky con un suspiro.

—Creía que tú me apoyarías, por eso he venido a verte.

Catriona se sentó en el sofá y subió las piernas escondiéndolas bajo la falda del vestido.

—Pues no sé por qué iba a hacer semejante cosa. Casarse no es una tontería, Liam.

—No creo que lo sea.

—¿Qué tienes en común con ella? No conozco dos personas más diferentes que vosotros dos.

—¿Tanto la conoces?

—Lo cierto es que no. Hasta anoche, nunca había hablado con ella.

—¿Entonces?

Catriona bebió un sorbo de su whisky y volvió a sonreírle con sarcasmo.

—Liam... No te hagas el tonto conmigo. Los dos sabemos que esa mujer no se parece a ninguna que tú hayas conocido.

—¿Y eso es malo?

—Puede ser muy malo. —Suspiró—. ¿Te gusta, al menos?

El escocés enarcó una ceja como si aquella pregunta se respondiese sola.

—Ya sé que te gusta en «ese» aspecto, o no os habrían pillado en una situación tan comprometida. Pero me refiero a ella como persona. ¿Te gusta?

Liam lo pensó un momento.

—No estoy seguro.

—Esa respuesta no es muy halagüeña.

—Tiene mucho carácter.

—Desde luego, eso se ve a simple vista.

—Y a veces me hace sentir como si tuviera quince años.

—Es mayor que tú.

—Pero no tanto como para eso.

—Sé lo que quieres decir. Las mujeres solemos madurar más deprisa y Hannah Wyndham ha vivido bastante.

—Demasiado —espetó él sin poder contenerse.

Catriona frunció el ceño.

—¿Quieres decir que tú no eres... el primero?

Liam negó con la cabeza.

—Vaya —se sorprendió su tía—, eso lo complica todo un poco más. ¿Te importa?

—No lo he pensado.

—Deberías. —Bebió un sorbo.

—Hasta ayer se trataba solo de... ya sabes.

Catriona asintió.

—¿Ella te ha pedido que la resarzas?
—No. —Sonrió sarcástico—. Al contrario, insiste en no aceptarme.
—Estará asustada con lo sucedido y no pensará con claridad.
—¿Hannah Wyndham asustada? —se burló—. Necesitas más de una conversación para conocerla, tía Catrì.
—¿Y tú sí la conoces?
—En absoluto. No tengo la menor idea de quién es.
Catriona sonrió. Si había algo que le gustaba más que nada de su sobrino, era su absoluta sinceridad y la falta de impostura. Nunca trataba de confundirte ni de manipularte, era tal y como veías. Sin más.
—Voy a ponerme seria —dijo mudando su expresión—. El matrimonio puede ser un lugar muy triste si no te casas con la persona adecuada.
Liam la miró con fijeza y asintió levemente.
—Si no se basa en el amor, al menos debería basarse en el respeto. ¿Tú la respetas? Su sobrino lo pensó un momento y cuando estuvo seguro, asintió.
—Bien, es un buen comienzo. —Bajó los pies al suelo y arrugó el ceño por el dolor en las articulaciones—. ¿Admiras algo de ella?
—¿Aparte de su obra?
—Sí, aparte de eso.
—Pues... Su carácter.
Catriona no disimuló su sorpresa.
—Creía que eso sería lo que menos te gustaba.
Liam sonrió abiertamente.
—Me saca de quicio —afirmó.
—Ya veo que eso te gusta.
Él sonrió un poco más.
—Lo cierto es que sí. Me resulta... refrescante.
—Necesito un poco más de contexto, no estoy entendiendo nada.
Liam ordenó sus ideas y se dio cuenta de que no había pensado en nada de eso.
—Es una mujer muy distinta a todas las que conozco. No espera... nada.
—Ya.
—Todas las mujeres que se me han acercado querían algo de mí. Hannah no. Parece no necesitar nada de mí. Es un espíritu libre y eso la hace... poderosa.
Catriona ladeó la cabeza poniendo toda su atención.
—Por eso no puedo resistirme a ella. Es como si tuviera una cuerda atada a mí y tirase de ella con cada paso que da. No importa lo que me resista, la cuerda sigue tensa y...
Su tía soltó una carcajada y Liam frunció el ceño interrogador.
—¿Te burlas?
—Es muy gracioso oírte hablar así.
—Te burlas —afirmó moviendo la cabeza decepcionado.
—No me burlo, Liam, no es eso. Es que... ¿Tú estás seguro de que no sientes algo por ella? Aparte del evidente deseo.
—Catrì...
—¿Qué? Yo solo pregunto.
—Será mejor que me marche —dijo poniéndose de pie—. Ahora tengo la cabeza más

embotada que antes.

—Eso es por el whisky —dijo Catriona levantándose también para acompañarlo—. Harás lo que tengas que hacer, estoy segura.

—Y no será por tu ayuda.

—No seas malo —dijo dándole una palmada en la enorme espalda—. No puedo darte una respuesta de sí o no. Es un asunto muy serio y no tengo suficientes argumentos.

—Como si alguna vez los hubieras necesitado para dar tu opinión sobre algo.

La besó en la frente y salió de su casa con paso ligero. Catriona lo observó mientras se alejaba hacia las caballerizas y suspiró. Quería mucho a ese muchacho y le preocupaba que acabase viviendo en un matrimonio desgraciado. Iba a tener que darle unas cuantas vueltas al asunto, pero no podía pensar con hambre. Se encogió de hombros y regresó dentro, todavía faltaba mucho para la cena y seguro que aún quedaba pudín de frutas.



—No pienso casarme. Ni que estuviera loca. —Hannah miraba a su hermana con incredulidad—. No insistas, Olivia.

—Liam está dispuesto a cumplir con su obligación.

—No es su obligación, no digas tonterías. ¡Yo no era virgen!

—¿Y eso qué importa? Os vieron, Hannah. Dios Santo, no puedo ni pensar en ello sin morirme de la vergüenza.

En realidad, su vergüenza era mucho más personal de lo que podría decir en voz alta.

—Él no ha hecho nada malo —dijo Hannah entre dientes—. No tiene por qué ser castigado.

—¿Castigado? Bien que disfrutaba de lo que hacía. Así podrá hacerlo cuando quiera.

—No voy a casarme con él. No soy esa clase de mujer.

—¿De qué clase de mujer hablas? ¿Una decente?

La escultora se dejó caer en el sofá cuan larga era y se tapó los ojos con el antebrazo. Se había metido en un lío y lo sabía, por mucho que fingiera estar tranquila, no lo estaba en absoluto. Olivia se sentó también, le temblaban las piernas y le dolía horrores la cabeza. Nunca en toda su vida había vivido una situación tan bochornosa. Tener que oír el relato de esa odiosa mujer sobre su hermana, después de que ese maldito conde...

—Se les olvidará —dijo Hannah no muy convencida.

—Si no te casas con él, tendremos que irnos —dijo Olivia perdiendo las energías—. Le devolveré los caballos a Craig, venderé la casa y regresaremos a Londres. Esperemos que esto no nos persiga hasta allí. Pero, si lo hace, al menos no me arruinará.

Hannah apartó el brazo para mirarla.

—No vamos a irnos.

Olivia la miró muy seria y suspiró antes de responder.

—Hannah, la gente no olvida estas cosas. Si no te casas con Liam nadie me comprará un caballo, no nos invitarán a ninguna casa decente. Nos harán el vacío y yo... me arruinaré.

—Me iré yo —dijo sentándose—. Ya que soy el problema.

Olivia sonrió con tristeza.

—Eso no serviría de nada. Si te vas después de lo sucedido, no cambiaría nada. Y yo no quiero que te vayas, eres lo único que tengo —dijo con desesperación.

—Tú no has hecho nada malo.

Ya lo creo que sí.

—Eres mi hermana y no te apartaré de mí. Si no quieres casarte, volveremos a Londres y no se hable más. —Se puso de pie—. Mañana temprano hablaré con Craig, le devolveré sus caballos. En el fondo será lo mejor para las dos —dijo bajando el tono.

Hannah la vio salir del salón con un nudo en el estómago. Se tumbó de nuevo, cerró los ojos y masculló un lamento antes de ponerse a patallar. ¿Cómo había podido ser tan estúpida? ¿A quién se le ocurre? Y ese maldito escocés... «Me casaré contigo». En su cabeza se repetía aquella frase una y otra vez. «Me casaré contigo».

—Maldito desgraciado —dijo sentándose de golpe—. Arrogante y estúpido. ¿Se pensaba que aceptaría casarme con él sin más? ¿Que le rendiría pleitesía por rebajarse y resarcir mi honra? ¿Qué honra? Estúpido, estúpido, estúpido. Lo único que tenías que hacer era... era... ¡No ser tan insoportablemente irresistible!

Se apretó la cabeza mientras gruñía como un animal salvaje. Dejó escapar el aire en un bufido y se puso de pie. Olivia no iba a perderlo todo por su culpa. Haría su equipaje y se marcharía inmediatamente. ¿Adónde? Se preguntó. A Borgosanto no, desde luego. Paseó por el salón tratando de encontrar respuestas al millón de preguntas que golpeaban su cráneo.

—¿Londres? —Se detuvo en seco—. Odio Londres, lo odio con toda mi alma. ¿Adónde entonces? Puedo volver a Italia. Elegir otro lugar. Conozco a mucha gente allí. Francesca vive en Pisa y me ofreció su casa muchas veces.

No importaba adónde se marchara, pero debía hacerlo cuanto antes. Se dirigió a la puerta dispuesta a preparar su equipaje. Ya enviaría a alguien a vaciar el taller. Eso podía esperar. Lanzó un grito asustada al ver a Liam de pie frente a ella.

—¿Qué haces aquí? —preguntó tuteándolo sin darse cuenta.

—Tenemos que hablar —dijo él empujándola dentro de la habitación.

Cerró la puerta tras él y la miró decidido.

—¿Por qué no quieres casarte conmigo?

—Estás comprometido.

—No es cierto.

—No me amas.

—Y tú tampoco a mí.

—No podemos casarnos.

—Ya lo creo que podemos —dijo él, dando un paso hacia ella.

Hannah reculó instintivamente y él enarcó una ceja.

—¿Me tienes miedo?

—Necesito pensar y no puedo si te tengo cerca.

—No hay nada que pensar. Esto solo se arregla casándonos.

—No quiero.

—¿Por qué? Es evidente que no te resulto desagradable.

—¿Y eso te parece un argumento sólido para un matrimonio?

—He visto matrimonios mucho menos sólidos, te lo aseguro.

—Liam...

—Hannah —la cortó—, no nos amamos, es cierto, pero está claro que nos deseamos

de un modo bastante desesperado. Yo no sé tú, pero yo no voy por ahí...

—Ni siquiera te gusto.

El escocés soltó una carcajada.

—Me parece más que evidente que sí.

—¿Te parezco guapa?

—A tu manera, sí.

—Mientes.

—No miento. Reconozco que la primera vez que te vi pensé que... no eras mi tipo.

—¿Tu tipo? Pensaste que era fea y que no había nada bajo el vestido.

—Llevabas pantalones —puntualizó él.

—Lo que sea.

Se dio la vuelta para alejarse de él, pero no se lo permitió.

—Me da igual lo que digas, yo sé que esto puede funcionar. Llevo mucho tiempo intentando encontrar a alguien a quien amar y ya me he cansado. Tú me sirves. Te deseo y sé que podemos satisfacernos mutuamente. Podrás hacer con tu vida lo que quieras, esculpir, viajar, lo que quieras, siempre que no me faltes al respeto y yo esté satisfecho. No me parece un mal plan de futuro.

Hannah no quiso preguntarse por qué se sentía tan profundamente dolida con aquella declaración.

—¿Podré acostarme con otros? —lo provocó.

—Siempre que no sea en Escocia y que yo no lo vea... —Se encogió de hombros.

Hannah apretó los labios.

—Lo mismo digo.

Él torció una sonrisa.

—Yo no viajo.

—Pues entonces no podrás hacerlo con nadie más.

Liam arqueó una ceja de nuevo y la miró con atención.

—¿Eso es que aceptas?

—No.

—Estoy confuso.

—¿Y si uno de los dos se enamora del otro?

—Me alegra que pienses que eso puede suceder —dijo con sarcasmo.

—No has contestado a mi pregunta.

El escocés volvió a encogerse de hombros y luego se cruzó de brazos con expresión reflexiva.

—No veo cuál es el problema.

—¿De verdad no lo ves? El amor lo complicaría todo.

—Pues no nos enamoremos. Disfrutemos de la intimidad y seamos amigos. Es más de lo que tiene la mayoría. ¿Por qué habríamos de complicarlo? ¿Crees que podrías enamorarte de mí?

—Claro, porque tú sabes que no podrías enamorarte de una mujer sin el menor atractivo físico.

—Me gusta que me consideres una persona de valores profundos y no alguien superficial —dijo con sarcasmo—. Al final va a resultar que eso es lo que a ti te importa. ¿Es lo único que te gusta de mí, Hannah? ¿Mi físico?

—No pienso dejar de ser escultora. —Elevó el mentón ignorando su pregunta.

- No lo pretendo.
- Y no tendré hijos.
- ¿Por qué? —preguntó desconcertado.
- Tengo treinta y siete años —dijo poniéndose las manos en la cintura.
- ¿Tantos? —dijo sincero—. Pareces más joven.
- Pues ya ves que no lo soy.
- ¿A los treinta y siete no te puedes quedar embarazada?
- Es poco probable.

Liam lo pensó un momento y finalmente se encogió de hombros.

—Yo tengo fe en que sí, pero si no es posible, pues buscaremos una solución.

—¿Qué solución? —Lo miró perpleja—. ¿Preñarás a otra?

—Quiero tener hijos, pero ya abordaremos ese asunto, si llega el caso. Ahora centrémonos en solucionar este embrollo. Mira, Hannah, tu hermana ha puesto mucha ilusión en su proyecto y si no te casas conmigo todo se irá a la mierda —dijo sin tapujos—. Estoy seguro de que no quieres destrozarle la vida. Está claro que te gusta y que me deseas tanto como yo a ti. No hay nada de malo en que nos casemos, así que deja de hacerte la dura y di que sí de una puñetera vez.

Hannah temblaba como una hoja y Liam frunció el ceño confuso.

—¿Qué pasa?

—¿Y si te enamoras de la madre de tus hijos, qué pasará entonces? —preguntó al fin.

El escocés puso los ojos en blanco.

—Sería un caso digno de estudio. Llevo años intentando enamorarme sin conseguirlo, tendría gracia que me enamorase de...

—Pero ¿qué harías si sucediera? —lo cortó—. Imagina que dejas preñada a otra mujer y te enamoras de ella. ¿Me repudiarías?

—Probablemente sí.

Hannah aguantó estoica su penetrante mirada y sintió un crujido en el pecho que achacó a las horas que llevaba sin comer nada. De ningún modo, aquello podía ser su corazón rompiéndose.

—¿Y si yo tuviese un hijo?

—Entonces no te repudiaría.

—¿Así de fácil?

—Así de fácil.

—¿Y qué pasaría con esa otra?

—No habría ninguna otra —dijo rotundo—. Si me das un hijo, ¿para qué iba a complicarme más la vida? Contigo ya tendré suficientes problemas.

—Así que lo confieras.

—¿El qué?

—Que soy un problema para ti.

Liam soltó una carcajada.

—Tú serías un problema para cualquiera, Hannah. Problema debería ser tu segundo nombre.

—Con las cosas tan bonitas que me dices, no entiendo cómo no caigo rendida a tus pies.

—No me enamoraré de nadie si me das un hijo, te doy mi palabra —sentenció sin

borrar su sonrisa.

—Solo alguien tan arrogante como tú creería que puede decidir a quién a amar a su antojo.

Él enarcó una ceja por toda respuesta y ella siguió mirándolo con incredulidad. Pero allí, al fondo de aquella mirada, Liam percibió una chispa de admiración.

—¿Cuándo nos casaríamos? —preguntó la escultora.

—Inmediatamente —dijo él—. Antes de los Juegos.

—De verdad que no lo entiendo. ¿Qué conseguirás tú con todo esto?

Liam ladeó la cabeza con una sonrisa perversa.

—Tenerte en mi cama todas las noches. En este momento es en lo único que puedo pensar.

—¿Y si te dijera que puedes tenerme sin casarte?

El escocés no pudo disimular su sorpresa.

—Podemos decir que hemos ido a Gretna Green —siguió ella.

—¿Para qué habríamos de ir tan lejos? El reverendo Campbell estará encantado de casarnos, cree que soy un caso perdido.

—No es necesario que te cases conmigo para tenerme —repitió colocando una mano en su pecho y mirándolo a los ojos sin prevención—. Fingiremos que estamos casados hasta que te canses de... esto.

Él apartó aquella mano como si le quemara.

—¿Por quién me tomas?

Hannah enarcó una ceja incrédula.

—Te estoy ofreciendo mi cuerpo para que disfrutes de él sin obligaciones. Creía que me deseabas.

—Y te deseo. Más de lo que... —Se sacudió aquellos pensamientos de la cabeza—. Soy un hombre de principios, jamás haría algo tan mezquino.

—De hecho, ya lo has hecho.

—Pero no fue preparado, simplemente ocurrió.

—Puede seguir ocurriendo.

Él entornó los ojos ladeando la cabeza.

—¿Me estás poniendo a prueba?

—¿Funciona?

—Tu reputación ha sido pisoteada por una manada de caballos y yo era el que llevaba las riendas.

—No es que yo no participara en el asunto —musitó ella con inquina.

Liam apretó los labios un momento, mientras trataba de no perder la paciencia.

—Jamás he dejado una deuda sin pagar. Si lo hiciera, no podría dormir por las noches.

—¿Te sientes mejor casándote conmigo, aun sabiendo que jamás podrás amarme?

—Por supuesto.

—Pero estás seguro de que yo me enamoraré.

Liam la miró ceñuda.

—¿De qué hablas?

—Te conozco, Liam Fraser. Eres como un libro abierto para mí. —Se paseó por el cuarto alejándose de él—. Piensas que estoy en inferioridad de condiciones. Que, de aquí a no mucho tiempo, caeré rendida a tus pies. Crees que conseguirás preñarme y que

dejaré de esculpir y de usar pantalones. En unos años seré una esposa abnegada y una madre paciente, mientras tú te follas a otras delante de mis narices.

—He oído marineros con un vocabulario más elegante que el tuyo —se burló.

—Tienes razón en una cosa, pero te equivocas profundamente en el resto —siguió, ignorando su comentario—. No dejaré jamás de esculpir, seguiré llevando pantalones y no voy a ser la madre de tus hijos. No seré una esposa abnegada, no está en mi naturaleza y jamás, ¿me oyes? Jamás permitiré que me humilles o me afrentes delante de nadie.

El escocés tenía su penetrante mirada clavada en ella y Hannah la sostuvo sin temor.

—¿Entonces lo de que caerás rendida a mis pies, se mantiene?

—No voy a enamorarme de ti.

—Supongo que ya lo has hecho antes —dijo él sin entonación—. Enamorarte.

Hannah asintió.

—Así es.

—Y no acabó bien.

—No.

Liam avanzó hacia ella que esta vez no reuló.

—¿De qué tienes miedo entonces?

Hannah lo pensó un momento.

—No quiero hacerte daño.

—¿Hacerme daño? —El escocés no se esperaba aquella respuesta y su rostro no podía ser más expresivo.

—Eres una buena persona, Liam. Mereces una mujer que te lo dé todo. —Sonrió con cinismo—. Y que puedas lucir frente a tus amigos.

—Solo tengo un amigo y te aseguro que eso le importa muy poco.

Hannah se sintió repentinamente agotada. Dejó caer los hombros y suspiró.

—Está bien —cedió al fin—. Si es lo que quieres, nos casaremos después de los Juegos. Pero...

Extendió la mano y posó su palma en el pecho masculino cuando él hizo ademán de agarrarla.

—Hasta entonces, no volveremos a intimar.

El escocés frunció el ceño.

—¿Por qué?

—Es mi única condición.

Se dirigió a la puerta y la abrió para darle paso.

—Adiós, Liam.

—¿Me estás poniendo a prueba?

—Adiós, Liam —repitió mostrándole el camino.

Él soltó una carcajada, pero hizo lo que le pedía. Hannah cerró y apoyó la espalda en la puerta mientras escuchaba su risa alejarse.

—Va a ser divertido —susurró.

Capítulo 13

Flora Fraser era una mujer paciente, casi nunca se enfadaba y, desde luego, jamás perdía el control de sus nervios. Al menos eso era lo que ella creía, hasta que escuchó las barbaridades que Fenella MacKenzie iba diciendo por ahí de su hijo, que se había convertido en la comidilla de todo Lanerburgh y sus alrededores.

—No vas a casarte con esa... esa... mujerzuela.

—Madre, no hable así de mi futura esposa.

—¿Te hace gracia? —preguntó al ver su sonrisa burlona—. Deberías estar furioso. O al menos avergonzado, pero pareces la mar de tranquilo.

—Estoy muy tranquilo.

Flora se acercó al sofá en el que le había ordenado sentarse y tomó asiento a su lado sin dejar de mirarlo.

—Hijo mío, esa mujer es vieja y todo el mundo habla mal de ella. ¿Has visto sus manos?

—Es escultora, madre. Y no es vieja, solo tiene treinta y siete años.

—¡Treinta y siete! ¡Por las piedras de Caledonia! A esa edad yo ya había parido a todos mis hijos.

—Empezaste muy pronto.

Flora se levantó y comenzó a pasear retorciéndose las manos.

—No tendrás hijos —se lamentó—. Y casi mejor, así no se parecerán a su madre.

—No es propio de ti ser cruel.

Su madre lo miró dolida porque tenía razón.

—Convendrás conmigo en que no es muy agradecida.

—No se mide la valía de las personas por su rostro. La de las mujeres, tampoco, madre.

—Por supuesto que no, pero Iona es tan bonita —dijo decepcionada.

—Por suerte no nos habíamos comprometido aún —dijo él por lo bajo.

—¿De verdad quieres casarte con ella?

—Debo hacerlo.

Flora volvió a sentarse y cogió sus manos.

—Esto te honra, hijo, pero hablemos con total sinceridad. No creo que tú hayas sido el primero. Una mujer que es capaz de hacer lo que ella estaba haciendo en esa biblioteca, te aseguro que ha conocido varón. Es artista, ha vivido sola en un país extranjero. Su reputación estaba dañada mucho antes de ese suceso tan desagradable. Estoy segura de que si hablamos con ella podremos encontrar otra solución. No llevan mucho tiempo viviendo aquí, quizá aceptarían regresar a Londres si las ayudamos a recuperar su inversión.

Liam acarició la mano de su madre con ternura y luego la miró a los ojos decidido.

—Voy a casarme con ella.

Su madre frunció el ceño.

—¿Acaso la amas?

—No, no la amo —negó él—, pero es la primera mujer que ha despertado mi interés desde...

—Rowena Sinclair —terminó su madre—. Pues no podrían ser más diferentes.

Liam asintió.

—Hannah me resulta fascinante, madre. Me impresiona su trabajo y su capacidad para enfrentarse a cualquier situación. Tiene una lengua afilada y no se amilana ante mí. Sé que no me aburriré a su lado.

—Además de otras cosas —dijo Flora con retintín.

Liam sonrió abiertamente, pero no respondió. Aquel no era un tema que quisiera tratar con su madre.

—¿Cuándo será la boda?

Aquella frase debería haberla llenado de felicidad y, sin embargo, la pronunció como si hablase de su funeral.

—Después de los Juegos.

—¿Por qué después? Retrasarlo solo hará que hablen más de vosotros. Sobre todo de ella.

—No quiere casarse antes.

—¿No quiere? —dijo molesta—. ¿Es que acaso se cree con derecho a decidir? Se ha comportado con una indecencia supina, no debería levantar su avergonzada mirada del suelo.

Liam sonrió al pensar en Hannah mirando al suelo avergonzada. No creía que eso fuese posible.

—Veo que te hace gracia.

—Mamá —dijo cogiéndola él de las manos—. Todo irá bien, ya lo verás. Ha sido un sobresalto para los dos y necesita un poco de tiempo para asimilarlo.

—¿Tiempo? ¡La pillaron sentada a horcajadas sobre un hombre con los pantalones bajados! —exclamó sin rubor—. Esperando en la puerta de la capilla debería estar.

Liam la recordó en su taller, con una mirada arrogante y una pose de lo menos inquieta. La había visto desesperada y sabía muy bien cuál era su expresión cuando era eso lo que sentía. Claro que entonces estaba desnuda y él...

—¿En qué estás pensando? —lo interrumpió su madre—. Ni que todo esto fuese de tu agrado.

—Ya te he dicho que nos irá bien.

—¿Prefieres a esa mujer antes que a Iona MacKenzie? No me lo creo. ¡Ibas a casarte con ella! ¿Cómo se te ocurre? ¡Y en la casa de los McEachern!

—Iba a casarme con Iona, es cierto, pero no habríamos sido felices, madre.

El tono de su voz hizo que toda la tensión de Flora cayese a sus pies.

—¿Por qué dices eso, hijo? Es una buena muchacha y está claro que te quiere.

—No, madre, no me quiere en absoluto y yo tampoco a ella. Pero no es por eso, tampoco quiero a Hannah y, aun así, estoy seguro de que nuestra unión será satisfactoria para ambos.

—¿Es por... «eso»?

—«Eso» es importante, sí. Pero no es lo único. La respeto, madre. Ya te he dicho que siento una profunda admiración por su trabajo y por su dedicación. Y admiración no es un sentimiento que me hayan despertado muchas personas a lo largo de mi vida.

—La admiración es importante, sin duda, pero un matrimonio debe sustentarse sobre otros pilares de los que esa mujer carece. Paciencia, recato, decencia... No creo que sea la adecuada, hijo.

Liam asintió sin soltarle las manos.

—Si vieras los dibujos que hizo de mí, entenderías que todo eso de lo que hablas no

se le puede exigir a ella. Es una artista, madre. Como escultora, el dibujo es una mera herramienta para ella. Dibuja sin prestar mucha atención, como si no le importara demasiado, y aun así, es capaz de transmitir una fuerza y un sentimiento que me dejó abrumado. Era como si pudiera verme por dentro, como si supiera quién soy realmente. —Negó con la cabeza—. No sé cómo explicarlo. Me sentí completamente expuesto ante ella. Sus obras tienen vida, madre, casi puedes oírlas respirar. Estoy seguro de que mi vida va a ser mucho mejor teniéndola a ella como esposa de lo que habría sido con Iona MacKenzie.

Flora lo había escuchado con atención y asintió lentamente con la cabeza. Catriona le había dicho que fuese a su taller. Había insistido mucho y empezaba a entender por qué.

—Está bien —aceptó al fin—. Se hará lo que tú quieras, pero prepárate para aguantar el temporal porque en los Juegos no se va a hablar de otra cosa. Y ahora déjame, que tengo que hacer un recado y se me hace tarde para arreglarme.

Liam se levantó con ella y la abrazó antes de que huyera de él.

—No seas zalamero, eso no va a servirte de nada.

Su hijo se mecía con ella y Flora no pudo más que rendirse.



Olivia trataba de leer el libro que sostenía en sus manos, pero las letras pasaban frente a sus ojos sin que consiguiera interpretar el mensaje que escondían. No podía dejar de pensar en Craig, en su proposición y en la nota que había tenido que enviarle para que no se le ocurriese presentarse en su casa después de lo sucedido en la de los McEachern. Pero, sobre todo, no podía dejar de pensar en que debía responder al conde cuanto antes si no quería que arrastrase su nombre por el fango y que las hermanas inglesas se convirtieran en persona *non grata* en toda Escocia.

El pánico la arrolló cuando escuchó la narración airada de Fenella MacKenzie. El desprecio con el que describió a su hermana le dio una clara muestra de lo que dirían si ese hombre horrible hacía correr el rumor de que Craig McEntrie la tomó contra un árbol propiedad de los McEachern. Todo el mundo hablaría de ella. ¡Una mujer madura en semejante tesitura! Una viuda, protagonizando una escena tan bochornosa. Aquel suceso la ayudó a volver en sí y recuperar la cordura que había perdido fruto de un montón de decisiones absurdas y rocambolescas. Empezando por la idea de volver a Lanerburgh para criar caballos. ¿Qué sabía ella de caballos? ¿Qué sabía de nada en realidad?

—Tiene una visita, señora —anunció Agnes entrando en el saloncito.

Olivia trató de mostrar una sonrisa sincera y humilde al ver a Flora Fraser, pero no lo logró.

—Señora Fraser, bienvenida, me alegra que haya...

—Quiero ver a su hermana, si es posible.

—Desde luego. Pediré que la avisen —dijo caminando hacia el llamador.

—¿Sería factible que fuese yo a verla a su taller? Supongo que es allí donde está.

Olivia asintió y se dispuso a guiarla hasta allí.

—Quiero que sepa que estoy muy disgustada con lo sucedido —dijo Olivia mientras avanzaban.

—Y no es para menos —masculló la otra.

Hannah estaba en lo alto de su andamio. Lo primero que vio Flora fue su indumentaria.

—Lleva pantalones —dijo asombrada.

—Es para no caerse cuando sube y baja del andamio —explicó Olivia algo incómoda.

—¡Pantalones!

Hannah detuvo lo que estaba haciendo y se limpió la frente con el dorso de la mano que sustentaba la maza. Miró hacia abajo y a punto estuvo de caérsele la herramienta en su pie descalzo. La dejó en el suelo con poco cuidado y se apresuró a bajar ante la incrédula mirada de su visitante.

—Señora Fraser —saludó restregando las manos por encima de sus pantalones al tiempo que hacía una ligera genuflexión.

Flora la miraba con total perplejidad y se produjo un tenso silencio. Hannah miró a su hermana y Olivia carraspeó mientras su cerebro buscaba desesperado algo que decir.

—¿Le apetece un té?

—¿A estas horas? —dijo Flora sin apartar la mirada del desaliñado pelo de Hannah—. ¿Eso es un lápiz?

Hannah se llevó la mano a la cabeza y tocó la punta que atravesaba el improvisado recogido.

—No encontraba otra... cosa.

—¿Por qué no vas a cambiarte, Hannah? —dijo su hermana forzando una sonrisa—. Mientras yo le enseñaré tus obras a la señora Fraser.

—No tengo tiempo que perder —se adelantó la visitante—. Tengo que estar en casa para la cena. Usted puede irse, he venido a ver a su hermana y ella podrá enseñarme su trabajo mejor que nadie, supongo.

Hannah se mordió el labio, pero asintió a la mirada interrogadora de Olivia.

—Las dejo solas entonces —dijo la mayor con reticencia.

Flora se acercó al andamio y tocó las vigas que lo sustentaban. Trató de imaginarse teniendo que subir hasta arriba y un sudor frío le humedeció la frente. Se volvió hacia Hannah con el ceño fruncido y una expresión que la escultora no supo cómo catalogar.

—¿Le gusta la escultura, señora Fraser?

—¿A quién no le gusta?

—Y ¿qué prefiere? ¿Figuras, escenas complejas o arte botánico?

Flora no contestó esta vez y caminó directamente hacia un cupido a punto de lanzar su flecha hacia el fondo del taller. Hannah caminó a su lado, aunque sus pies descalzos no hacían el menor ruido. La expresión en el rostro de Flora era más que elocuente. Entre sorprendida y admirada, se detenía a cada momento frente a alguna obra para observarla en detalle. Después se giraba hacia la escultora y fruncía el ceño desconcertada antes de continuar su visita. Cuando llegó a Daphne emergiendo entre las hojas, un largo suspiro acompañó su mano.

—¿Puedo? —preguntó antes de tocarla.

—Por supuesto.

El tacto del frío mármol la sorprendió, habría esperado sentir la calidez del cuerpo humano que tenía frente a sí. Tan hermoso y real.

—Es... maravillosa.

Hannah sintió que el corazón recuperaba sus latidos normales y respiró profundamente aliviada.

—Me alegra que le guste —dijo sincera.

—Es una Daphne impresionante, casi puedo sentir lo que ella... —Se apartó para mirarla en conjunto y se entretuvo en cada detalle de la escena.

Miró entonces hacia el andamio y desde esa distancia apreció el bloque en el que trabajaba. Sus ojos se centraron en el rostro y se volvió hacia ella con visible sorpresa.

—¿Es Liam?

Hannah asintió algo turbada y Flora volvió a mirar la figura con otros ojos. Durante un momento ninguna de las dos dijo nada y Hannah miró varias veces hacia la puerta esperando que a su hermana se le hubiese ocurrido alguna excusa para interrumpirlas.

—Liam va a ser Apolo —afirmó Flora y volvió a mirar a Daphne con más atención—. Ella es usted.

Hannah abrió los ojos sorprendida.

—¿Qué?

Flora la miró de arriba abajo al tiempo que asentía.

—Es usted, no hay duda.

La escultora frunció el ceño.

—Se lo ha dicho su hijo, ¿verdad? Le dije que no podía decírselo a nadie —masculló.

—Liam no me ha dicho nada, ni siquiera sabía para qué había posado para usted. Ahora empiezo a entenderlo todo. Supongo que va a esculpirlo desnudo.

Si esperaba ponerla colorada, no lo consiguió.

—No me deja —respondió encogiéndose de hombros—. Tendré que ponerle una túnica.

—¿Apolo con túnica? ¿Dónde se ha visto?

Hannah enarcó una ceja.

—Opino igual.

—Estoy segura de que puede encontrar una pose en la que mi hijo no quede del todo expuesto.

Hannah sonrió levemente.

—Es usted una escultora extraordinaria, mi cuñada tenía razón, aunque ese busto de su padre no me dijese nada.

—Supongo que no es a usted a quien debía decirle algo.

Ahora fue Flora la que enarcó una ceja con mirada irónica.

—Así que va a casarse con mi hijo.

Hannah no respondió y Flora empequeñeció su mirada.

—¿No va a casarse?

—Espero que estos días de margen que le he dado le sirvan para cambiar de opinión.

—¿Liam cambiar de opinión? —Soltó una carcajada sin humor—. Cómo se nota que no lo conoce. Ese muchacho jamás cambia de opinión.

—Pensaba casarse con Iona MacKenzie —dijo sarcástica.

Flora frunció el ceño.

—Vaya, veo que es usted de las que no se amilanan.

—Estoy segura de que nadie quiere semejante boda.

—¿Nadie? ¿Ni siquiera usted?

Hannah negó con la cabeza. Flora se despojó al fin de toda impostura y la miró con interés.

—¿No quiere casarse con mi hijo?

Hannah volvió a negar.

—¿Por qué no me ofende que lo diga con tanta rotundidad?

—Porque no pretendo ofenderla. Al contrario, opino como usted que este matrimonio no tiene ni pies ni cabeza.

—¿Cómo yo? ¿Cómo sabe lo que yo opino?

Hannah sonrió al tiempo que ladeaba la cabeza.

—Cree que soy demasiado mayor para él y que mi reputación ya estaba maltrecha antes de la vergonzosa escena en esa biblioteca.

—¿Es así?

—¿Me está preguntando si era virgen antes de... su hijo? —negó con la cabeza—. No, no lo era.

Flora no disimuló su asombro.

—Y lo reconoce con ese desparpajo.

—A usted no le mentiría. Realmente no le mentiría a nadie, odio la falsedad y la hipocresía, casi tanto como la traición. Por suerte, no es algo que te vayan preguntando por ahí.

—¿Es usted una mujer promiscua?

—No.

—¿Y tengo que creerla?

—No tiene que creerme, pero tampoco debe preocuparse por ello, no voy a casarme con su hijo.

—Él está convencido de que sí.

—Yo haré que deje de estarlo.

—¿Cómo?

—Algo se me ocurrirá. —Sonrió—. No me resultará difícil. Liam no me quiere. En absoluto. Me desea, eso sí, pero ese tipo de emoción se evapora con la distancia.

Flora frunció el ceño, no estaba muy segura de eso.

—En cuanto deje de obtener lo que obtiene conmigo, volverá a ver las cosas con claridad. Lo sé bien.

—¿Lo sabe bien?

Hannah asintió.

—¿Con cuántos hombres ha intimado antes de mi hijo, señorita Wyndham?

—No tendría por qué contestarle, pero lo haré. Con uno.

—Ya veo.

Hannah enarcó una ceja.

—Supongo que la distancia de la que habla ha curado su devoción por ese caballero.

—Completamente.

—Y cree que ocurrirá lo mismo con mi hijo.

—Estoy segura.

Flora asintió pensativa.

—¿Y qué pasará si se equivoca?

Hannah se encogió de hombros.

—No me equivoco.

La madre de Liam sonrió.

—Está usted muy segura de sí misma.

—Tengo un espejo en mi cuarto que me muestra lo que los demás ven cuando me miran. No hay duda de que su hijo no quiere casarse conmigo, lo único que quiere es tenerme a su alcance por cómo le hago sentir.

Flora entornó los ojos. Realmente aquella mujer que tenía delante era muy diferente a cualquier otra con la que ella hubiese hablado. Su naturalidad y desparpajo no tenía un ápice de arrogancia o falta de respeto. Era sincera y completamente transparente, dos conceptos casi imposibles de encontrar, salvo extraordinarias excepciones.

—Liam es un hombre de honor, no la dejaré después de lo sucedido en esa biblioteca.

—Encontraré el modo. Mi reputación no me importa, pero la de mi hermana sí. Tanto si Liam entra en razón gracias a nuestro distanciamiento, como si tengo que tomar medidas más drásticas, no dejaré que mi hermana pague por mi comportamiento, se lo aseguro.

—Es tan fácil como casarse.

—Ya le he dicho que no soporto la traición. Jamás me arriesgaría a ella con alguien como su hijo.

—Es una mujer extraña, señorita Wyndham, y no estoy segura de que eso sea bueno para usted.

—Fue un error venir aquí con Olivia, ahora lo sé.

—Su hermana la quiere, es más que evidente. Y usted a ella, se preocupa más de su bienestar que del propio.

Hannah asintió.

—Mi hermana ha sufrido mucho. Es buena y dulce y merece tener una vida plena. No pierdo la esperanza de que lo logre y no seré yo la que lo estropee todo por mi mala cabeza.

—Y, aun así, no quiere casarse con mi hijo —dijo Flora ceñuda—. Sabiendo que eso lo resolvería todo.

Hannah suspiró con cansancio.

—Eso no resolvería nada, señora Fraser, usted lo sabe tan bien como yo, si no no habría venido a verme. Soy la última mujer que querría para su hijo. No tengo ninguno de los atributos que espera de una nuera, ¿me equivoco?

—No, no se equivoca.

—Soy demasiado mayor para él y no podré darle hijos. Cuando el deseo físico se apague, me verá de nuevo como me vio la primera vez que nos encontramos. Detestará haberse casado conmigo y buscará en otra lo que yo no tengo. No es que eso me importe ahora, pero sé que hará mi vida mucho más difícil. Y la de todos.

—Desde luego —afirmó Flora.

—No soy una mujer convencional y tengo una edad en la que ya es tarde para reformarme.

—Debo reconocer que no me esperaba esta reacción por su parte, así que lo corroboro, es usted una mujer muy poco convencional.

—Y pretendo seguir siéndolo. Por eso no me casaré con su hijo. Él no es bueno para mí y yo no soy buena para él. Liam necesita una mujer dócil y moldeable, que se pliegue a sus deseos y que lo espere en casa con los brazos abiertos. Y yo... Yo no sé lo que necesito. Un artista, quizá, alguien que pueda entender el fuego que corre por mis venas

y que me hace trabajar incansablemente durante días cuando las llamas lo incendian todo.

—¿Y qué pasará con su reputación?

Hannah se frotó las manos y Flora las miró con pesar.

—Son su herramienta de trabajo más preciada. Debería cuidarlas mejor —apuntó la mujer—. Y sus pies... No debería caminar descalza entre tanto polvo y piedra. Por no hablar de esas herramientas punzantes que usa.

Hannah observó la cicatriz en mitad de su empeine y sonrió.

—No soy muy torpe, pero a veces...

—Señorita Wyndham, si de verdad no quiere casarse con mi hijo, no fingiré que lo siento. De hecho, me tranquiliza mucho. Y no tiene nada que ver con su aspecto físico, no soy tan superficial como para dar valor a algo que no aportará apenas nada a su felicidad cuando pase el tiempo. Pero son precisamente sus fortalezas, sus virtudes las que me asustan. Una mujer tan capaz, tan segura de lo que quiere y de lo que no quiere. Una mujer que prefiere pedir perdón antes que pedir permiso...

Hannah sonrió consciente de que la había visto con un solo vistazo.

—No soy una mujer para su hijo.

—No, no lo es —confirmó rotunda—. Liam es muy estricto y cabezota. Pero, sobre todo, no es de los que buscan complicarse la vida, y usted se la complicaría demasiado.

—Totalmente de acuerdo. Entiendo que el mundo de Liam es el que es y no tengo el menor interés en cambiarlo. Igual que este es mi mundo —señaló a su alrededor—, y tampoco dejaré que él lo cambie.

Flora la observó pensativa durante algunos segundos.

—Empiezo a entender por qué mi hijo se ha sentido tan atraído por usted.

Hannah sonrió abiertamente.

—En el fondo soy un reto para él.

—¿Y no agravará su anhelo si lo aparta?

—Sabré hacerlo bien, no se preocupe.

Flora dejó escapar el aire en un suspiro.

—No me queda otro remedio que dejarlo en sus manos.

—Puede estar tranquila.

Flora le sonrió con simpatía.

—Me ha sorprendido usted gratamente, señorita Wyndham. Espero que cuando todo este asunto quede resuelto, podamos charlar de vez en cuando.

Hannah la acompañó hasta su carruaje.

—Es usted una magnífica artista —dijo lady Fraser ya en su asiento—. Su conocimiento de la anatomía humana resulta admirable y tiene una capacidad asombrosa para transmitir las emociones.

—Muchas gracias —respondió la escultora con cierta turbación.

—Pero en cuanto al conocimiento del alma humana, su analfabetismo resulta sorprendente a su edad. Está claro que no conoce a mi hijo, señorita Wyndham. No lo conoce en absoluto. Que tenga un buen día.

Dio un golpe para que su cochero se pusiera en marcha y Hannah la vio alejarse con absoluto desconcierto.

—¿Qué quería? —preguntó Olivia colocándose a su lado.

—Asegurarse de que no voy a casarme con su hijo.

La otra apretó los labios, conteniendo unas palabras que no quería decir.

—¿Ha sido desagradable? —preguntó la mayor cuando el carruaje desapareció de su vista.

Hannah se giró hacia ella sin que su expresión se hubiese despojado del desconcierto en el que la conversación la había sumido.

—Al contrario.

Olivia la vio entrar en la casa y frunció el ceño sin entender nada.

Capítulo 14

Craig observaba la nota entre sus dedos. La había colocado de manera que la luz que entraba por la ventana incidiese directamente sobre el papel. Podía notar la cuadrícula fina del molde que distinguía el papel verjurado. Su color era uniforme y tenía un tono semejante al marfil. No había manchas ni variaciones, lo que indicaba que había sido hecho con fibras puras de algodón o lino y no de pulpa de madera. La tinta de la pluma de Olivia había dibujado trazos nítidos, sin sangrado de tinta ni manchas en el reverso. Lo acarició entre los dedos y notó su textura, nada resbaladiza, pero sí suave y uniforme. Lo cogió con las dos manos y lo rasgó lentamente, notando su resistencia. No era ni demasiado rígido ni demasiado blando. Siguió rompiéndolo hasta que solo quedaron un montón de pedazos sobre su escritorio y entonces echó la cabeza hacia atrás y la recostó en el respaldo cerrando los ojos. Entendía perfectamente su reacción, él también había escuchado la narración de Fenella MacKenzie, aunque no de su propia boca. Si no se hubiese marchado, el maldito Dòmhnall Baxter no se habría atrevido...

Se levantó y fue hasta el mueble de bebidas para servirse un poco de whisky y fue con el vaso hasta el ventanal. El cielo seguía encapotado y no tardaría en ponerse a llover. ¿Dejar que se saliese con la suya? ¿Qué consiguiese el caballo...? Bebió un trago y disfrutó del sabor familiar en su lengua mientras recordaba el cálido sabor de su boca. Deseaba a Olivia McLaughlin como no había deseado a mujer alguna en años. Apretó el vaso en su mano hasta que los nudillos se pusieron blancos.

—¿En qué estás pensando que no me has oído entrar? —dijo Dougal a su lado provocándole un respingo involuntario.

Su padre aflojó la presión en el vaso y lo encaró impertérrito.

—¿Qué quieres?

—Ha llegado una carta de Londres —dijo entregándosela—. De la corte.

Craig ya había desplegado el folio de papel y leía atentamente la misiva. Durante su lectura, Dougal esperó paciente sin perder de vista la expresión de su rostro que no varió ni un ápice en ningún momento. Cuando acabó, Craig dobló la carta y la dejó sobre su escritorio. Se frotaba la nuca cuando Caillen entró en el despacho.

—No has podido esperar a que yo llegara —dijo mirando a su hermano mayor con severidad.

—Creía que venías detrás de mí. —Dougal se encogió de hombros—. ¿Qué más da?

—¿Qué opinas, padre?

—Doce caballos son muchos.

—Tres sementales, cinco yeguas de cría y cuatro para exhibición —desglosó Caillen—. Ya sabes lo mucho que les gusta aparentar en la corte.

—Son muchos caballos —repitió su padre con expresión pensativa.

—Podemos hacerlo —afirmó Dougal.

—Yo no lo tengo tan claro —negó Caillen—. Tenemos reservas de hace meses, algunas incluso de años. Un pedido tan grande y exigente nos causará problemas.

—Tendremos que reajustarnos —dijo Dougal—. Lo hemos hecho otras veces cuando el pedido era importante. Y este, sin duda, lo es.

—No me esperaba tu incondicional apoyo al Regente —se burló Caillen—. ¿Quién te ha visto y quién te ve, hermano? Antes eras un pirata que los traía de cabeza y ahora...

—Lo que apoyo es el prestigio que nos aportará y las buenas libras que recibiremos.

Craig los miraba a ambos con cierta preocupación.

—Estoy con Caillen, esto nos va a desbordar, no solo de trabajo, también de preocupaciones. Tendríamos que cancelar pedidos.

—Con retrasarlos será suficiente —puntualizó Dougal—. Los Carmichael pueden esperar y los MacGregor, también. No es la primera vez que priorizamos a un cliente por encima de otro.

Su padre lo miró molesto.

—Solo lo hice una vez y fue por una causa justa.

—¿Y esta no lo es? No todos los días se recibe un pedido tan grande. Y del rey, nada menos.

—Regente —puntualizó Caillen.

—¿Y acaso no es lo mismo? Vamos, Caillen, no seas corto de miras.

—¿Yo corto de miras? Tú eres el que está irreconocible. Hace unos años habrías maldecido esa carta —señaló con el dedo hacia el escritorio—. No querías nada de «esos putos ingleses».

Dougal se apartó el pelo de la cara y contuvo una sonrisa. Su hermano tenía razón y no había nada que decir al respecto.

—¿Es por Elizabeth? —preguntó Caillen—. ¡Acabáramos!

—Le hará ilusión. Y así tendrá un motivo para visitar a su familia.

—Pero si los visteis hace nada...

—Ya sabes que para ella nunca es suficiente.

—Esa no es la cuestión —interrumpió Craig—. Lo que debemos dirimir aquí es si podemos con un proyecto tan grande.

—¿Y si le contestamos que solo podemos proporcionarle los sementales y las yeguas? —propuso Dougal—. Eso nos dejaría entregar los pedidos de Carmichael y MacGregor sin problemas.

—Pero nos dificultaría la cría para el próximo año —dijo Caillen negando con la cabeza—. Yo voto por rechazar la oferta.

—¡No podemos rechazar una oferta del rey! —exclamó Dougal incrédulo.

—¿Por qué no?

—Podemos hacer algunos ajustes... —dijo Craig pensativo—. Si quitamos los cuatro ejemplares que quiere para exhibición, podríamos lograrlo sin mover apenas nuestros plazos para el año que viene.

—Eso conllevará una carga adicional de trabajo —se lamentó Caillen—. Deberíamos hablarlo con los demás.

Craig asintió y caminó decidido hacia la puerta.

—¿Ahora? —Dougal se puso las manos en la cintura y los vio salir del despacho sin respuesta. Se encogió de hombros y los siguió.



Lavinia observaba a Heather desde la ventana y Brodie, abrazándola por la espalda, posó un beso en su pelo mientras se mecía con ella.

—Es muy feliz —musitó ella.

—Lo es —afirmó él sonriendo—. Y conseguirá que ese maldito gato y su nuevo *border collie* se entiendan.

La niña les estaba sermoneando, pero Sweete parecía dispuesto a lanzarse contra el

cachorro en cualquier momento. Al final tuvo que coger al perro en brazos para protegerlo y se marchó dejando al gato que después de un momento corrió tras ellos. Lavinia se giró dentro de los brazos de su esposo y le rodeó el cuello con los suyos.

—Espero que nada enturbie su felicidad —dijo mirándolo a los ojos—. ¿Seguirás queriéndola igual cuando nazca el bebé?

Él sonrió con humor.

—¿Por qué me preguntas eso? ¿Acaso no me conoces?

Ella sonrió aliviada.

—Estoy más sensible de lo normal, no me hagas mucho caso.

La apretó contra su cuerpo con suavidad, quería sentir su barriga, tenerlos a los dos cerca.

—Pienso hacerte todo el caso del mundo.

—¡Que me dejes en paz!

Los dos se miraron interrogadores y rápidamente se asomaron a la ventana. Abajo estaban Liam y Kenneth y parecían a punto de dejar que los puños hablaran por ellos.

—Eres imbécil —escupió Kenneth—. ¿Cómo se te ocurre que eso puede ser buena idea?

—¿Y a ti qué te importa?

—¡Claro que me importa, idiota!

—Será mejor que baje —dijo Brodie corriendo hacia la puerta.

Llegó justo a tiempo para separarlos.

—¿Se puede saber qué narices hacéis?

—No te metas, Brodie —masculló Liam.

Kenneth trató de apartarlo para agarrar a su amigo de la pechera, pero Brodie lo empujó sin miramientos.

—Heather está por aquí jugando, ¿queréis que os vea pelearos?

Los dos hombres seguían retándose con la mirada.

—Si queréis pegaros, id a las caballerizas.

—Están Lachlan y Ewan —dijo Kenneth furioso—, no nos dejarían.

Brodie suspiró malhumorado.

—¿Qué os pasa?

—Tu hermano, que se cree que puede meterse en mi vida.

—Este imbécil sigue decidido a casarse con la escultora.

Brodie miró a Kenneth ceñudo.

—¿Y a ti qué te importa?

—¡Eso! —exclamó Liam.

—¡Eres mi amigo! No dejaré que cometas el mayor error de tu vida.

—¿Y tú qué sabes si es un error? —le espetó intentando acercarse a él.

—No me hagas decirlo en voz alta.

—Te lo conté porque creía que eras de fiar, pero ya veo que no.

—¿Que no soy de fiar? Pero ¿tú te estás oyendo?

—Como digas una palabra sobre lo que...

—¡No voy a decir nada! Pero no puedes casarte con ella, estúpido.

Brodie los miraba a ambos con cansancio.

—¿No podéis hablar como dos personas normales?

—No escucha nada de lo que digo —dijo Kenneth mordiendo las palabras.

—El que no escuchas eres tú. ¿Qué pasa si quiero casarme con ella?

—¿Y por qué ibas a querer? ¡Ni siquiera te gusta!

—¡Sí me gusta!

—Ya sabes lo que quiero decir.

—¿Qué pasa? ¿Todas las mujeres tienen que ser como la tuya y si no hay que descartarlas?

—¿De qué narices hablas? ¿Te crees que a mí me importa su aspecto?

Los dos se miraron furiosos y Brodie se apartó extendiendo los brazos.

—Daos una paliza y solucionadlo. Que Heather vea lo estúpidos que sois. Vamos, no os cortéis, adelante.

Los dos se giraron hacia él, ceñudos, cuando llamó a la niña.

—Ven, hija, verás lo estúpidos que pueden ser los adultos a veces.

—¡Brodie! —lo regañó su esposa desde la ventana.

—Tranquila, cariño, es bueno que nuestra hija aprenda que ser adulto no implica, necesariamente, tener una mayor inteligencia.

Heather se había acercado y estaba de pie frente a los dos amigos con expresión curiosa. Había cambiado al perro por el gato en sus brazos y el *border collie* daba saltitos a su alrededor jugando con sus pies.

—Mmmm. —Arrugó la frente pensativa—. Tío Kenneth, no deberías enfadarte tanto con el tío Liam, siempre dices que es un hermano para ti. Y también que las cosas hay que arreglarlas antes de que te piquen los puños.

Brodie se cruzó de brazos expectante y contuvo una sonrisa.

—Y tú, tío Liam, me dijiste que el tío Kenneth era la persona en la que más confiabas del mundo entero. Yo te dije que el mundo era muy grande y que había muchas personas en él, pero tú insististe en que él era único.

Los dos amigos se miraron con evidente malhumor, pero sus hombros se relajaron y su postura se volvió menos agresiva. Entonces Heather se volvió para mirar a su padre.

—Y tú, papá... —Dejó al gato en el suelo que enseguida se colocó en posición de atacar—. Tú siempre dices que no hay que tirar la toalla, pero ahora mismo acabas de rendirte con ellos.

Brodie dejó caer los brazos con la boca abierta por la sorpresa y los otros dos se echaron a reír.

—Chúpate esa —dijo Kenneth.

—Tienes razón, Heather —reconoció Brodie agachándose frente a ella—. Me he rendido, pero es que a veces los adultos no tenemos la fuerza necesaria para cumplir con nuestras propias exigencias.

—Lo sé —afirmó la niña—. Me he dado cuenta. Sweete, ¿has oído? No debes aprender de los mayores. Tienes que demostrar que tú eres mucho más listo que ellos. Gòrach es tu hermano ahora y no puedes tratarlo como si fuese un perro cualquiera. Vamos —dijo llevándoselos de allí—. Gòrach es muy torpe, se hará daño si le obligas a huir y luego te sentirás triste si le pasa algo malo. Yo lo sé, Sweete, lo sé bien.

Liam y Kenneth se miraron aún malhumorados, pero ya sin ganas de arrancarse la cabeza.

—Vayamos a un sitio tranquilo para poder hablar sin interrupciones —dijo el McEntrie.

—¿Me escucharás? —preguntó Liam.

El otro asintió y se alejaron. Brodie miró hacia la ventana y le sonrió a su esposa.

—Tenemos una hija muy lista —dijo ufano—. Ese niño va a ser muy afortunado de tenerla como hermana.

—Anda, sube —respondió Lavinia con una expresión de lo más elocuente.

Kenneth sacudía hierba con el pie mientras escuchaba los argumentos de su amigo con expresión taciturna. Cuando Liam acabó, lo miró entrecerrando los ojos.

— Está claro que Hannah Wyndham va a darte un montón de problemas si te casas con ella.

—No lo creo —respondió el otro encogiéndose de hombros—. Está demasiado volcada en su trabajo. Probablemente no nos veamos más que... en el lecho.

Su amigo movió la cabeza incrédulo.

—¿Tanto la deseas como para casarte con ella?

—Es un motivo como cualquier otro.

—¿Seguro que no hay nada más?

Liam enarcó una ceja como respuesta.

—Yo estaba enamorado de Rowena y lo negué hasta la saciedad.

—Yo no soy tú y Hannah no es Rowena.

Kenneth volvió a escudriñarlo con la mirada, pero no detectó en él el menor atisbo de falsedad. De verdad parecía que no había motivos ocultos en su decisión.

—¿No puedes esperar a que llegue la adecuada?

—La mayoría de las veces no existe una «adecuada», Kenneth, y lo sabes. Los McEntrie estáis muy malacostumbrados. —Caminó hasta una de las piedras sagradas y se apoyó en ella irreverente.

Habían ido hasta Monadhachan Aodh para evitar que nadie volviese a interrumpirlos y sus caballos pastaban felices cerca de ellos.

—¿Ella tampoco está enamorada?

Liam negó con la cabeza.

—Ni siquiera le gusto.

—Hombre, algo sí le gustas —dijo irónico.

—Me refiero a mí, a lo que soy. —Frunció el ceño confuso—. Ya me entiendes.

—No mucho, la verdad. Me resulta todo demasiado inexplicable.

—Porque lo tuyo con Rowena fue lo más normal del mundo.

—No, no lo fue. Si había una mujer que jamás pensé que sería mi esposa, esa era Rowena desde luego. Pero me enamoré de ella y no es tu caso.

—Quizá algún día la ame. —Rodeó la piedra para mirar hacia el mar.

Kenneth lo observó un momento en silencio. Apreciaba a Liam de verdad, era como un hermano para él. Se conocían desde hacía tanto tiempo, que todos sus recuerdos parecían tenerlo presente. Desearía que tuviese con él a una mujer que lo amase tanto como él amaba a Rowena. Merecía mucho más que lo que iba a conseguir casándose con Hannah Wyndham.

—No podréis tener muchos hijos —dijo sin rodeos.

—Lo sé. De hecho, tanto mi madre como ella misma, están convencidas de que no podrá concebir. Pero yo no estoy de acuerdo. Me conformaría con uno.

—¿Y si no sucede?

—Pensaré en ello cuando ocurra, sabes que no me gusta adelantarme a los

acontecimientos.

Kenneth se levantó de la piedra en la que se había sentado y caminó hasta él para mirarlo a los ojos.

—No has mencionado su reputación en ningún momento.

—No hace falta. Los dos sabemos que esto es lo que tengo que hacer.

—En el caso de que fuera Iona, o cualquier otra como ella, lo entendería. Pero después de lo que me dijiste... —Se detuvo al ver la expresión de advertencia en el rostro de su amigo—. No estoy juzgándola, no me importa lo que haya hecho con su vida, pero a ti sí debería importarte.

—Pues ya ves —se encogió de hombros.

—Está claro que no sientes nada por ella, de ser así no estarías tan tranquilo con eso.

—No le des más vueltas. Yo solito me metí en esto y no voy a dar la espalda a mi obligación.

—Realmente fuiste muy estúpido. Ni que tuvieras quince años y fuese tu primera vez.

—Mi primera vez fue a los catorce —respondió el otro enarcando una ceja.

—Cierto —recordó Kenneth.

Caminaron juntos hasta el borde del acantilado y contemplaron el mar en silencio durante unos minutos.

—Siempre pensé que me casaría con alguien a quien le gustasen las ovejas —dijo Liam metiéndose las manos en los bolsillos—. Una mujer sencilla, sin grandes cualidades, pero con un gran corazón y que me amaría por quien soy.

—Hannah Wyndham no es sencilla, precisamente.

Liam lo miró fijamente.

—Resulta difícil de creer que esas diminutas manos sean capaces de producir semejantes maravillas.

Kenneth frunció el ceño con una sonrisa socarrona.

—¿Detecto admiración en tu voz?

Liam asintió sin tapujos.

—La admiro profundamente —reconoció.

Kenneth entornó los ojos y ensanchó su sonrisa.

—Quizá eso sea suficiente, después de todo.

Liam se encogió de hombros mirando de nuevo el paisaje.

—Tendrá que serlo.



El conde y su esposa la recibieron en uno de los lujosos salones de su enorme casa y Olivia tomó asiento en el borde del sofá como si estuviera preparada para echar a correr en el momento más oportuno.

—¿Le apetece un té? —preguntó Isobel con semblante tenso.

Olivia se percató enseguida de que no se sentía cómoda con la situación. No tuvo que pensar mucho para entender cuál era la evolución de su pensamiento. Si Hannah se casara con Liam, que era el hermano de Alistair, que a su vez estaba casado con Georgina, hermana de Isobel, serían prácticamente familia.

—Me iré enseguida. —Miró al conde—. He venido para hablarle de Niamh y de su...

propuesta.

Isobel se puso de pie.

—Los dejaré solos.

—Siéntate —ordenó su esposo mirándola con fijeza.

Cuando la joven tomó asiento, él volvió a poner sus ojos en Olivia.

—Mi esposa está al tanto... de todo, así que puede hablar con total libertad.

Isobel desvió la mirada y se mordió el labio con preocupación.

—Si mi hermana se casa con Liam Fraser, se ganará un nuevo enemigo, además de los McEntrie.

—Parece que su hermana no tiene la menor intención de hacer semejante cosa. Pero, aunque lo hiciera, ¿cree que Liam me da más miedo del que pudieran darme cualquiera de los McEntrie? —sonrió despreciativo.

—No, no lo creo, pero convendrá conmigo en que dos enemigos siempre son más fuertes que uno solo. Además, la familia de Liam es también familia de su esposa y no creo que a sus suegros les guste la idea de enemistarse con los Fraser. Y todo eso, por un caballo.

Isobel miró a su marido suplicante.

—Dòmhnall, por favor.

El conde la miró con una clara advertencia en los ojos y ella cerró la boca y bajó la cabeza.

—Si espera, en un par de años podré venderle el primer hijo que tenga Niamh. Le doy mi palabra de que...

—¿Por qué esperar cuando puedo quedarme con el semental? Niamh es un monstruo, pero sus yeguas son *clydesdale*.

—Conseguiré una yegua purasangre —afirmó rotunda—. Le doy mi palabra de que le daré un descendiente de Strathspey digno de serlo.

El conde se sorprendió de la sinceridad que había en sus ojos. Y Olivia vio la duda en los suyos.

—No puedo vendérselo y, sí, puede destruirme, pero no sacará nada de ello más que problemas. Más enemigos y enfadar a su familia política. Le estoy diciendo que le venderé mi primer purasangre.

—¿Y por qué iba a creerla?

—Le firmaré un documento.

Isobel abrió los ojos sorprendida, pero Olivia estaba dispuesta a hacer lo que hiciese falta para solucionar el problema que su estupidez había creado.

—Deme papel y pluma y redactaré un documento en el que me comprometo a venderle un purasangre en dos años. Si no consigo tener un potro adecuado, Niamh será suyo.

El conde lo pensó unos minutos y durante ese tiempo las dos mujeres contuvieron la tensión cada una a su manera. Después de ese tiempo, Dòmhnall se levantó y fue a buscar papel, pluma y tintero y lo depositó sobre una mesilla que colocó frente a Olivia. Ella respiró hondo, dándose una última oportunidad para cambiar de opinión y finalmente, mojó la pluma en el tintero y comenzó a escribir.

Isobel no dejaba de preguntarse si todo aquello acabaría salpicando a su hermana Georgina y cómo lidiaría con ello.

—Ya está firmado —dijo Olivia aireando el papel antes de entregárselo.

Dòmhnall lo leyó y asintió satisfecho.

—Le pido un favor —dijo ella levantándose—. No le diga nada de esto a nadie.

El conde torció su sonrisa.

—¿No quiere que su amante se entere de que hemos llegado a un acuerdo?

—No es mi... —se detuvo al darse cuenta de que no serviría de nada—. Si los McEntrie se enteran, no me cederán otra yegua y mucho menos una purasangre. Por favor.

Dòmhnall asintió.

—Tranquila, no lo sabrán. Pero pase lo que pase, en dos años yo tendré a mi purasangre —agitó el documento frente a ella—. Si no consigue que le den un potrillo, compraré a Niamh por el precio que ha estipulado aquí.

Olivia asintió y se inclinó a modo de despedida.

—La acompaño —dijo Isobel adelantándose para abrirla la puerta.

—Que tenga un buen día, señora McLaughlin —le deseó el conde con una sonrisa perversa.

Olivia siguió a Isobel y ya en la entrada de la casa la condesa de Ardbrock la cogió de las manos.

—Siento mucho... lo sucedido. Sepa que no estoy de acuerdo con lo que ha hecho mi marido, pero no podía contradecirle.

—No se preocupe —dijo la otra intentando sonreír.

Salió de la casa y se subió a su carruaje que esperaba en la puerta. Isobel la vio alejarse y regresó con su esposo.

—¿No has sido demasiado duro con ella?

—Que lo hubiera pensado antes de dejar que ese desgraciado de Craig le comiera los pechos.

—¡Dòmhnall! —exclamó avergonzada.

—¿De qué te escandalizas? Ni que no disfrutaras cuando te los como yo a ti.

Isobel abrió la boca para protestar, pero optó por salir de allí sin responder, consciente de dónde y cómo acabaría aquella conversación si no se quitaba de su vista. El conde soltó una carcajada cuando se quedó solo y fue hasta el mueble de bebidas para servirse un whisky sin soltar el documento que Olivia había firmado.

—Esto hay que celebrarlo.

Capítulo 15

Olivia pasó la mano suavemente por el cuerpo de la yegua para asegurarse de que todo estaba bien antes de coger el cepillo de cerdas duras para quitarle el barro. Una vez comprobó que no había ningún corte ni herida, procedió a cepillarla con movimientos largos y firmes. Sus brazos ya no dolían después de un día de trabajo, sonrió al pensar en los primeros tiempos cuando, al llegar la noche, apenas podía moverse de cansancio y le dolían los músculos como si se los hubieran hecho jirones.

Una vez quitó los nudos de barro endurecido de las partes menos sensibles, pasó a usar el cepillo suave para las áreas más delicadas, mientras tarareaba una canción para que la yegua se dejase hacer con total tranquilidad. Terminó con el cepillo y tocaba desenredar las crines con el peine y quitarle las ramitas atrapadas que se habían entrelazado por culpa del viento. Cuando se disponía a levantarle las patas para revisar los cascos, escuchó un familiar relincho y su espalda se envaró involuntariamente. Se mordió el labio nerviosa, debatiéndose entre seguir como si no hubiese oído nada y esperar a que entrase en las cuadras o salir a recibirlo como había hecho siempre.

—¿Para qué tienes mozos si haces tú todo el trabajo? —preguntó Craig desmontando.

—Han llevado a los sementales a hacer ejercicio.

El escocés ató a Fiadh antes de acercarse a ella. La observó mientras pasaba el rascador por la ranilla del casco, quitando las piedrecitas que se habían incrustado. Después de unos segundos cogió un trapo, lo empapó en agua y luego lo escurrió para limpiarle la cara al animal mientras susurraba palabras en gaélico que tuvieron un efecto en la yegua aún más tranquilizador que la cancioncilla que Olivia le había cantado. Hicieron el trabajo sin hablar y sin mirarse apenas. La inglesa tenía el corazón acelerado y el escocés sentía los músculos de la espalda tensos como los de un caballo en plena carrera, pero para un observador externo parecían la mar de tranquilos.

—¿Quieres algo de beber antes de irte? —preguntó ella cuando terminaron el trabajo.

—Qué manera más sutil de echarme.

Lo miró de frente por primera vez.

—¿Querías algo?

—Venía a contarte un asunto y a pedirte consejo.

—¿Consejo a mí? *Slioscreige* está lleno de gente mucho más versada que yo en cualquier tema.

—Es sobre el Regente.

Olivia no se lo esperaba, pero no dijo nada.

—¿Tienes *drambuie*? —preguntó el escocés haciéndole un gesto para que saliera delante de él.

Cuando estuvieron sentados en el salón con una copita de *drambuie* en la mano, Craig le contó el contenido de la carta que había recibido esa mañana.

—Como ves, hay opiniones para todo.

—Normal, sois muchos —dijo pensativa—. Yo no contrariaría a su majestad, es un hombre bastante rencoroso y muy poco dado a olvidar ofensas. No olvides lo duro que fue con Beau Brummell.

Craig frunció el ceño.

—No sé nada de ese caballero.

Olivia lo miró sorprendido.

—No es posible.

—¿Por qué no es posible?

—Todo el mundo conoce a Beau Brummell.

—No, yo no lo conozco en absoluto.

—¿No llegó a Lanerburgh la noticia de la ruptura de su amistad? ¿No sabes de sus problemas económicos...?

La expresión en el rostro de Craig daba cuenta de que no.

—Beau Brummell era un amigo muy próximo al regente. De hecho, eran íntimos.

—¿Íntimos? —preguntó con expresión burlona.

—No seas mal pensado. Brummell ayudó a su majestad a mejorar su aspecto y la opinión que tenían todos de él. Le enseñó a vestir mejor, a comportarse con mayor elegancia...

—Cosas muy importantes, ya veo.

—Lo son si eres rey. ¿Has visto alguna vez al Príncipe de Gales?

—No he tenido la ocasión —dijo siguiendo con el tono sarcástico.

—Pues, antes de conocer a Brummell, no destacaba ni por su elegancia ni por ser exquisito, más bien todo lo contrario.

—¿Y qué pasó para que se rompiera ese «idilio»?

—Brummell cayó en desgracia por algunos comentarios que hizo en público sobre el Regente.

—¿Qué comentarios?

—Lo llamó gordo.

Craig frunció el ceño.

—Todo el mundo sabe que el rey Jorge está gordo. Hasta yo, que no me intereso por esos temas.

—Pues a su majestad no le hizo ninguna gracia que Brummell lo dijera en mitad de una fiesta y estando él presente.

—Muy listo no es ese Brummell, por lo que veo.

—Arrogante y endiosado, esos adjetivos lo definen mejor. Estaba tan pagado de sí mismo que pensaba que podía pasar por encima de su majestad y salir victorioso. El año pasado huyó a Francia para evitar ser encarcelado. No creo que regrese a Londres nunca.

Craig bebió un sorbo de su copa y luego la miró expectante.

—¿Y qué tiene todo eso que ver conmigo?

Olivia suspiró.

—Te lo he contado para que entiendas que no es buena idea enemistarse con su majestad. Si rechazas de plano su oferta, no lo olvidará.

—Entonces tú crees que debo aceptarla.

—Al menos en parte, sí.

—Es lo que propuso Dougal. Y Lachlan y Brodie estuvieron de acuerdo. Caillen opina que no deberíamos meternos en esto, a Ewan le da igual y Kenneth opina que deberíamos ir a por todas.

—¿Y tú qué piensas?

—Yo opino que deberíamos enviarle también los cuatro caballos de carreras. Eso

aumentará mucho más nuestro prestigio y más cuando esos caballos ganen esas carreras.

Olivia sonrió burlona.

—Eres tan ambicioso como Kenneth.

—Es una oportunidad que no se nos había presentado antes. Hemos vendido caballos a miembros de la corte, por supuesto, pero nunca nos habían hecho una demanda como esta y menos viniendo directamente de Carlton House.

—¿Qué supondría eso para vosotros?

Craig bebió un sorbo de su copa mientras organizaba sus pensamientos.

—Tenemos previstas varias entregas de caballos de carreras para el año que viene. Podríamos entrenarlos para el Regente ya. No será fácil, pero es posible.

—Siempre estáis entrenando caballos.

—Pero seguimos unos tiempos muy bien estructurados, en este caso no podrá hacerse así.

—¿Y qué les diríais a sus destinatarios originales?

—Nada. Empezaríamos a entrenar a otros potros para ellos.

—¿No serán demasiado jóvenes?

Craig negó reflexivo.

—Para el verano que viene estarán listos.

Olivia asintió valorando toda la información.

—Entonces está claro que podéis hacerlo.

—Podemos, pero supondrá un esfuerzo enorme por parte de todos. Hace tiempo que no entreno caballos, he pasado a un segundo plano porque mis hijos son mejores que yo, pero si acepto este proyecto tendré que hacerlo. Además, pueden surgir imprevistos y eso podría dejarnos al descubierto para el siguiente año.

Ahora o nunca, se dijo Olivia.

—Yo podría ayudar.

—¿Tú?

—Podrías cederme una de las yeguas purasangre.

Craig frunció el ceño y Olivia asintió.

—No sería para quedármela, solo para «aprovechar» a Niamh. Es un semental magnífico, y si monta a una yegua purasangre contaréis con otro potrillo...

Craig la miró con una sonrisa.

—Tenemos bastantes sementales.

—Nunca están de más, ¿no te parece?

El escocés se recostó en el respaldo y la miró con curiosidad.

—Dime la verdad, ¿quieres participar en esto?

Ella sonrió abiertamente y asintió repetidamente.

—Me haría mucha ilusión, sí.

—Podías decirlo sin más. De acuerdo, haré que te envíen otra yegua. Pero cuando Niamh la preñe me la llevaré y nosotros nos encargaremos de cuidarla. Bastante trabajo vas a tener tú.

—¿Tan mal crees que lo haré? Si te la llevas, no podré decir que yo participé en el pedido del Regente. Me quitas todo el mérito.

Craig sonrió al tiempo que asentía.

—Está bien, si tanta ilusión te hace.

Olivia levantó su copa y después bebió sin dejar de sonreír.

—Todo esto me va a tener muy ocupado —dijo él de pronto.

Olivia comprendió que no había ido a pedirle opinión, sino a advertirle de que no iban a verse como hasta entonces.

—Lo entiendo —dijo desviando la mirada.

—No quiero que pienses que es... por... lo que pasó.

—Por supuesto que no. —Intentó sonreír, pero solo le salió una mueca.

—¿Has tenido noticias del conde?

Ella negó con la cabeza y sintió una mano retorciéndole las entrañas.

—Si te molesta del modo que sea, avísame.

Ella asintió y después apuró el contenido de su copa. Sentía un peso enorme en el corazón, no imaginaba que doliese tanto engañarlo. Aquella no era ella, jamás había actuado de un modo tan ladino y retorcido.

—¿Qué te preocupa? —preguntó él, percibiendo la sombra que nublaba sus ojos

—Nada.

—¿Ya no me consideras tu amigo?

—Claro que sí.

—¿Entonces?

—Todo esto es... complicado —dijo desviando la mirada.

—Somos dos personas adultas. Actuamos impulsivamente, pero no hicimos daño a nadie.

—Ya.

—Si crees que debo disculparme.

Ella lo miró entonces y el peso en su corazón se hizo un poco más notable. Negó con la cabeza. Craig dejó la copa y se puso de pie.

—Si me necesitas, envía a alguien a buscarme y vendré.

—No hará falta —dijo ella levantándose también.

—Olivia...

—No soy tu responsabilidad. Bastante has hecho con... todo.

Avanzó hasta estar a unos centímetros de ella y le cogió la barbilla con la mano

—Me avisarás si me necesitas —ordenó con un tono que no daba opciones.

Ella lo miró con fijeza y un evidente anhelo en sus ojos. Y, sin poder contenerse, lo besó. Temerosa y con la mente en un torbellino de emociones que no la dejaban pensar. Craig se estremeció como si un rayo le hubiese entrado por los pies y subido hasta la cabeza, lanzándolo hasta un lago de agua helada. La rodeó con sus brazos y la pegó a su cuerpo mientras su lengua la invadió sin freno. La necesitaba más de lo que podía siquiera pensar, sentía un vacío que amenazaba con desintegrarlo si no lo llenaba de algún modo.

La tumbó en el sofá con delicadeza y se colocó sobre ella sin dejar de besarla. Su boca se deslizó por el cuello femenino y bajó hasta el escote de su vestido. Lo apartó con los dientes y Olivia casi gritó al sentir que le rodeaba el pezón con los labios.

—Dios Santo —musitó sin fuerzas.

Él emitió un ligero gruñido mientras sus caderas empujaban hacia ella, restregando su duro miembro contra el vestido. Olivia no tenía ni la menor idea de lo que hacía, pero aquello que agitaba su paz interior era muy similar a lo que sintió con los juegos a los que su hermana la había empujado y que había experimentado en la soledad de su

dormitorio. Presentía el anhelo, las contracciones, el deseo profundo que la dejaría sin respiración. Se movió con él, buscándolo con timidez, y Craig estaba cada vez más duro y más hambriento. Levantó su falda con dificultad, pues él mismo con su peso luchaba en su contra.

Olivia no pensó en dónde estaban, ni en que su hermana podía entrar sin llamar, ni en que las criadas estaban muy lejos de respetar dicha norma básica de conducta. Ni siquiera pensó en las veces que habían hecho pasar a las visitas directamente y sin llamar. No podía pensar en nada que no fuese lo que sentía en su vientre, en su pecho y en su corazón.

—¿Quieres esto, Olivia? Tengo que oírtelo decir —suplicó ante las puertas del paraíso.

—Si te apartas, no te lo perdonaré jamás —musitó poseída por una necesidad desmedida y lo agarró por la espalda clavándole las uñas—. Hazlo, por lo que más quieras.

Craig soltó una suave risa y eso la excitó aún más.

—Mi adorable *Sassenach*...

Olivia sintió cómo su cuerpo lo recibía y una extraña congoja la sacudió desde dentro. Su carne se separaba palpitante, pero el canal era estrecho y dificultoso para semejante invasión. Craig se sorprendió de ello, pero no cejó en su empeño y continuó avanzando, dispuesto a llegar hasta el fondo. De los ojos de Olivia cayeron dos lágrimas que se deslizaron por la comisura de sus ojos hasta perderse en su pelo enmarañado.

—¿Te hago daño? —preguntó él inmóvil.

Ella negó con la cabeza, pero no separó los labios. Temía que si lo hacía acabase llorando a mares.

—¿Quieres que me retire?

Olivia apretó sus manos en la espalda masculina con una clara petición en la mirada. Craig sonrió levemente, aunque sus ojos seguían escrutándola desconcertados.

—Sigue... por favor —suplicó ella.

El escocés sintió una punzada en el pecho, había tanta tristeza en su voz que le ató un nudo en la garganta.

—Olivia —dijo acariciándole el rostro—. Dime qué te pasa.

—Me siento... como si fuese... mi primera vez.

Él sonrió un poco más.

—Para mí también ha pasado mucho tiempo.

La inglesa asintió y giró la cabeza fijando la mirada en la puerta. Sentía el cuerpo desmadejado, el hambre había desaparecido y en su lugar solo quedaban los rescoldos de un fuego consumido. Craig hizo ademán de retirarse muy despacio, pero ella lo miró asustada.

—No —pidió con ojos muy abiertos.

—Olivia...

—Por favor —suplicó—. Por favor, Craig, no me dejes ahora.

El dolor que impregnaba aquella súplica lo traspasó como la hoja de un cuchillo. Nunca nadie le había suplicado de aquel modo y mucho menos en esa situación. Se movió lentamente hacia atrás y después empujó de nuevo con un vaivén suave y profundo. Comenzó a hablarle en gaélico, y su voz profunda y el extraño acento, unidos a los suaves movimientos con los que la penetraba, la despertaron de su letargo. Olivia

sintió cómo su cuerpo respondía y sin pensarlo movió las manos hasta colocarlas sobre sus duras nalgas y se arqueó contra él gimiendo desesperada. Craig se inclinó entonces y de nuevo envolvió su duro pezón con los labios. Cuando lo atrapó suavemente con los dientes, Olivia lanzó un pequeño grito que la asustó. Si alguien los interrumpiera en ese momento, se moriría allí mismo.

Craig se apoyó en uno de sus brazos sin dejar de moverse y con la mano que tenía libre comenzó a masajear aquel botón tan sensible que la conectaba directamente con lo que estaba sucediendo allí abajo. Olivia no podía asimilar tantas sensaciones, su cabeza se movía de un lado a otro como si no tuviese aire para respirar.

—Mírame —pidió él.

Ella lo escuchó entre la bruma de placer que la envolvía y trató de fijar la mirada en su rostro.

—No dejes de mirarme, Livvy.

Craig se rindió a su propio deseo y se entregó por completo con una intensidad abrumadora. Ya no había recato, ni cuidado, ni temor, solo pasión y necesidad. La necesitaba como no había necesitado a nadie en veinte años. Olivia dejó caer las manos con las que se aferraba a él y se contrajo por dentro tratando de retenerlo. Los espasmos lo sacudieron y supo que no podría saltar aquella ola. Se sumergió profundamente y descargó en ella con el corazón galopando desenfrenado y un sentimiento de pertenencia para el que no estaba en absoluto preparado.

Olivia le dio el vaso de whisky y se quedó de pie a su lado frente al ventanal esperando a que él dijese algo. El cerebro de Craig era un volcán en erupción que lanzaba ideas como piedras que iban a chocar con su propio cráneo sin que pudiese dejarlas ir.

—Kiefer y tú...

—Solo lo intentamos una vez —dijo ella sin desviar la mirada del paisaje—. Y no pudo.

El escocés miró el contenido de su vaso y luego bebió despacio.

—Sabes que cuando nos casamos ya estaba muy enfermo. Nuestro matrimonio se retrasó una y otra vez por cuestiones... familiares.

—Lo sé. Kiefer estaba muy dolido con sus padres por ello. Pero nunca me dijo que...

Cerró los ojos un instante al recordar a su amigo. Debió ser espantoso para él afrontar aquella situación. La miró entonces y vio su perfecto perfil como si fuese una de las estatuas de Hannah. Era la mujer más hermosa que hubiese visto. Daphne decía que Dios debía haber hecho un molde con su cara para contemplarlo cada vez que quería entender la belleza humana. Y esa hermosa y dulce mujer no había conocido el placer hasta...

—¿Por qué no volviste a casarte? —preguntó sin poder resistirse.

Respiró hondo antes de girarse hacia él. Su serena sonrisa parecía exenta de todo reproche.

—Tú juraste sobre la tumba de Daphne que no tomarías otra esposa. ¿Has cambiado de opinión?

Craig no pudo disimular su sobresalto ante semejante pregunta. La nube permaneció sobre ellos unos segundos, pero finalmente se evaporó y Olivia volvió a mirar a través de la ventana.

—Eso me parecía —musitó y se llevó la copa a los labios.

—Olivia...

—Deberías irte, Craig —pidió sin acritud.

Dudó un instante, pero era consciente de que no tenía nada que decir. Dejó el vaso en la mesa, hizo una inclinación de cortesía y salió de allí como alma que lleva al diablo. Olivia dejó escapar el aire que había retenido en sus pulmones y se quitó la máscara de serenidad con la que había vestido su tenso rostro.

Capítulo 16

Liam miró a Dunbar, el mayordomo, con expresión interrogadora.

—¿Ya están discutiendo otra vez?

Los gritos de sus hermanas se escuchaban desde el exterior de la casa.

—Eso parece —afirmó Dunbar cogiendo su abrigo.

—¿Voy a ver?

—Su madre se lo agradecerá.

Liam suspiró y dirigió sus pasos al salón de donde provenían aquellas voces airadas.

—Siempre tienes que hacer lo mismo —decía Sheena iracunda.

—¿Lo mismo? —Ceit tenía las manos en la cintura y la retaba con la mirada.

—¿Cuándo vas a ser una mujer responsable, Ceit?

—Mira quién habla.

—Los mozos me han pedido que gritéis un poco más, no captan los matices de vuestra conversación.

—Lárgate, Liam —dijo la pequeña con muy malos modos.

—¿Lo ves? —Su hermana la señaló mirándolo a él—. ¿Qué joven de su edad habla así?

—Pues yo, está claro.

Él se dejó caer en una butaca a la espera de que le explicaran cuál era el terrible problema que las aquejaba.

—Quiere ir a ver a esa... esa... mujer —dijo Sheena.

—Va a ser mi cuñada, quiero que seamos amigas, no como tú, que estás dispuesta a tratarla con total indiferencia.

—Yo no he dicho eso.

—No, no lo has dicho, pero te conozco y es lo que harás.

Liam las miraba confuso.

—¿Habláis de...?

—De la señorita Wyndham, sí —afirmó Ceit con arrogancia—. Si va a ser tu esposa, quiero ser su amiga.

—Quieres ser su amiga porque es escultora y te parece fascinante —corrigió Sheena.

—Es fascinante.

—Ya has oído lo que dicen que hizo.

—Lo que hicieron —puntualizó Ceit señalando a su hermano.

Sheena evitó mirarlo avergonzada, prefería ignorar el hecho de que Liam estaba involucrado en el asunto.

—Ninguna mujer decente se comportaría de ese modo.

—¿Y él sí es decente? —espetó la pequeña.

—Él es un hombre.

—¡Odio que digas eso!

—Tú odias todo lo que yo digo.

—Eso no es cierto. Alguna vez casi me pareces razonable —se burló Ceit.

—Dejad a Hannah en paz —dijo Liam con suficiente contundencia como para que ambas detuviesen su disputa y se girasen a mirarlo—. No os metáis en esto.

—¿Me estás prohibiendo que vaya a saludar a mi futura cuñada?

—Es lo que he dicho, sí —dijo taimado.

—¿Por qué? —Ceit se acercó a él ceñuda—. ¿Temes que le diga algo sobre ti que haga que se eche atrás?

Su hermano mayor torció una sonrisa, aunque sus ojos la miraban fríos como el hielo.

—¿Cuándo fue la última vez que te di una azotaina, Ceit?

Su hermana enarcó una ceja y elevó el mentón orgullosa.

—Soy una mujer, ya no puedes hacer esas cosas.

—No me provoques.

Consciente del peligro que corría, Ceit cambió de actitud.

—Solo quiero ser su amiga. Mamá y Sheena...

—No nos metas en esto —la cortó su hermana.

—Vosotras no la queréis en la familia —dijo la pequeña con excesiva intención.

—¿Por qué te interesa tanto? —preguntó Liam sin demasiada curiosidad.

—Me interesa.

—Ya, pero ¿por qué?

—Es escultora. Ha viajado sola por el mundo.

—Ha vivido en un pequeño pueblo de la Toscana —se burló su hermano—. Esa es una parte muy pequeña del mundo.

—Ya ha hecho más que yo. Y que tú.

—Tiene casi cuarenta años —espetó Sheena.

Ceit sonrió al tiempo que asentía.

—Cierto, aún estoy a tiempo.

—No digas tonterías —negó su hermana—. Mamá te está buscando esposo. Antes de que te des cuenta, estarás casada.

La pequeña frunció el ceño de nuevo.

—Tendré que estar de acuerdo, digo yo.

—No estés tan segura —musitó la mayor.

—No pienso casarme con alguien que no me guste.

—Pues deberías hacer una lista con tus preferencias para que mamá no mueva los hilos equivocados. Una vez empiece va a ser muy difícil pararla.

—Tendré que hacer como tú. A ti te dejó en paz después de que amenazaras con... —enmudeció al darse cuenta de lo que estaba diciendo.

Su hermana la miró dolida y respiró hondo por la nariz.

—Perdona, Sheena, no pretendía hablar de eso.

—Esta conversación no lleva a ninguna parte —la cortó la otra girándose hacia Liam antes de salir de la habitación—, habla tú con ella y haz que entre en razón. En esta familia estamos todos locos.

Ceit la vio desaparecer con expresión apenada.

—No pretendía mencionarlo. —Se mordió el labio y dio una patada en el suelo—. ¡Qué estúpida soy!

—Algún día tendremos que hablar de aquello, pero ahora centrémonos en el tema que nos ocupa. Deja en paz a Hannah.

Ceit lo miró expectante y finalmente corrió a arrodillarse apoyando las manos en su pierna.

—Déjame que vaya, por favor, Liam. Mamá dice que sus obras son impresionantes. Quiero ver a esa Daphne de la que habla.

—Cuando estemos casados.

—Liam...

—Ceit, hablo en serio, no interfieras. Nuestra relación es muy precaria, cualquier metedura de pata... —Frunció el ceño como si se hubiese dado cuenta de algo de repente —. ¿Cuándo ha visto madre sus obras?

Ceit apartó la mirada, estaba claro que era el día de meter la pata. Su madre iba a matarla.

—Ceit...

—Yo no te lo he dicho —pidió—, por favor.

—¿Cuándo ha ido a verla? —insistió muy serio.

—Hace una semana.

Liam frunció el ceño. Fuese lo que fuese lo que había hecho su madre, no había surtido efecto, ya que no había recibido ningún mensaje de Hannah rompiendo el compromiso. Aunque, tampoco es que estuviesen comprometidos realmente. Había sido una especie de pacto entre caballeros...

—Vino impresionada. —Ceit interrumpió sus pensamientos—. Tendrías que haberla visto.

—¿Y sabes qué le dijo?

—No, pero no hace falta. Seguro que fue para pedirle que no se case contigo.

Liam apretó los dientes.

—No te enfades con ella, es mamá, ya sabes que se preocupa por ti.

—Soy mayorcito para cuidarme solo.

—Reconoce que has metido la pata.

Su hermano la miró elevando una ceja y Ceit asintió repetidamente.

—Ya sé que no debo hablar de estas cosas, pero es culpa tuya que sea algo público, así que no puedes culparme por ello. Iona ha quedado traumatizada, dice que no piensa casarse jamás.

Tampoco fue para tanto, tan solo vio a Hannah sentada sobre mis piernas. A horcajadas, es cierto. Y con la falda levantada. Y moviéndose de un modo bastante elocuente. Por no hablar de los jadeos...

Frunció el ceño consciente de la estampa que debieron ver la madre y la hija. Para una jovencita como Iona debió ser bastante... inquietante. Ceit tenía razón, era su culpa que ahora aquello fuese algo público de lo que su hermana pequeña podía hablar, con la consiguiente incomodidad para él.

—¿Qué pensarías si fuese yo a la que hubiesen pillado de esa guisa?

Su hermano la miró furibundo.

—Te mato —advirtió—. Ni se te ocurra dejar que ningún hombre se te acerque a menos de medio metro.

Ella levantó una ceja con expresión incrédula.

—¿No te parece muy cínico por tu parte?

—Tú no lo entiendes. Hannah es diferente.

—Oh, por supuesto, muy diferente —se puso de pie y lo miró con sorna—. He visto sus tres brazos, no necesito más pruebas.

—Sabes a lo que me refiero.

—¿Qué la hace diferente como para que tú puedas infringir todas las normas que luego predicas?

—Yo no he infringido ninguna norma.
—Ah, ¿no? ¿Entonces no está mal que una mujer haga lo que ella hizo con un hombre que no es su esposo?
—Una mujer decente, no.
Ceit abrió los ojos como platos.
—¿Estás diciendo que tu futura esposa no es decente?
Liam suspiró dejando escapar el aire de golpe.
—Eres perversa, hermanita. Sabes perfectamente que me has obligado a decirlo.
—¿Yo te he obligado? Menuda desfachatez.
—Te repito que Hannah es diferente a cualquier mujer que conozcas —sentenció—. No la considero indecente y voy a casarme con ella, pero si a ti se te ocurre hacer con un hombre lo que ella hizo conmigo, te mato, Ceit, después de darte una paliza.
Su hermana apretó los labios mirándolo decepcionada.
—No me gusta lo que veo, Liam.
—No entiendes lo que ves.
—Pues explícamelo.
—No puedo hacerlo, eres mi hermana pequeña.
Lo miró enfurruñada.
—Déjame que vaya a verla. Te prometo que me portaré bien. Me comportaré como una buena hermana. Quiero que seamos amigas. —Se acercó para agarrarlo por la chaqueta—. Por favor, por favor, por favor...
—No seas pesada, ya te he dicho que no.
—Hasta Heather no para de hablar de su taller —se lamentó—. Soy la única de la familia que no lo ha visto.
—Heather es una McEntrie.
—Ya me entiendes. Además, Hannah va a ser de la familia. No tiene sentido que no me dejes ir.
Liam suspiró con cansancio y Ceit sintió una punzada de esperanza.
—De verdad que me portaré bien. Iré con Heather, si quieres. Ya sabes que esa niña me adora.
—No sé cuál de las dos me da más miedo —musitó él.
Ceit comenzó a dar saltitos y acabó abrazada a su cuello.
—Gracias, gracias, gracias —dijo riendo.
—¿Adónde vas? —preguntó él cuando echó a correr hacia la puerta.
—Mandaré una nota a los McEntrie para avisar a Heather.
—¿Hoy? Es casi la hora de almorzar.
—Iremos esta tarde —gritó su hermana saliendo del salón.
Liam masculló algo ininteligible y se preguntó cómo le había resultado tan fácil manipularlo.



Olivia movía la comida de su plato con desgana y Hannah la observaba con disimulo. Si seguía comiendo tan poco acabaría por enfermarse.
—¿Te gustaría que fuéramos de excursión? —preguntó tratando de sonar animada.
—¿Excursión adónde? —preguntó distraída.
—No sé. Seguro que hay lugares preciosos que aún no he visto.
—Tengo mucho trabajo. Y tú también.

—Podemos descansar un día. Preparar una cesta y salir a caballo juntas. En Londres lo hacíamos.

—No me apetece —musitó.

Hannah soltó el tenedor en el plato provocándole un sobresalto.

—¿Cuándo va a acabar esto? —preguntó enfadada.

—No empieces, Hannah.

—Tienes que sobreponerte, no se acaba el mundo porque Craig McEntrie sea un idiota.

—No es un idiota.

—Ya lo creo que lo es. Uno de los más grandes que he conocido.

—Él no tiene la culpa de mi desánimo. Yo lo provoqué.

Su hermana la miró incrédula.

—¿Lo estás excusando?

—No hay nada que excusar. Lo besé y le supliqué que me tomara —dijo retándola—. Fui yo la que lo empujó.

—Olivia...

—Deja de tratarme como si fuese de porcelana. No voy a romperme. —Soltó su tenedor con excesivo ímpetu y cogió la copa de vino para dar un sorbo.

—Te sentará mal con lo poco que has comido —dijo Hannah con suavidad—. Siempre te sienta mal.

Olivia siguió bebiendo sin dejar de mirarla y apuró el contenido de su copa antes de devolverla a la mesa.

—¿Por qué te comportas así? —preguntó Hannah.

—Es tu culpa —la señaló—. Hice lo que me dijiste.

Hannah frunció el ceño sin comprender.

—Me toqué.

Las dos hermanas se miraron unos segundos en silencio, una con inquina y la otra con curiosidad.

—¿Y? —Hannah quería saber.

—Me gustó.

—Me alegro.

—Me hizo pensar en él —siguió Olivia—. A todas horas.

Hannah suspiró, empezaba a entenderlo.

—Eso me empujó a hacer lo que hice. Fue tu culpa.

La pequeña soltó una carcajada sin poder contenerse.

—¿Te ríes?

—Es gracioso.

—Pues a mí no me hace la menor gracia —espetó Olivia con inquina—. Ahora es mucho peor.

Hannah se recostó el respaldo sin dejar de mirarla con una sonrisa.

—Lo deseas.

—Con cada fibra de mi ser —dijo la otra rellenando su copa—. No puedo comer, ni dormir... No puedo hacer nada sin recordar lo que me hizo sentir. ¡Oh! ¡Maldita sea!

Bebió con fruición y Hannah negó con la cabeza.

—Así no arreglarás nada, te lo aseguro. Craig es imbécil y no dejará de serlo porque te emborraches.

—¿Qué culpa tiene él? Aquí solo hay una culpable. Tú. —La señaló con una mano mientras con la otra llevaba la copa hasta sus labios.

Hannah sonrió de nuevo.

—Estás desatada.

—Estoy furiosa, eso estoy.

—¿Por qué?

—Voy a cumplir cuarenta y ocho años y nunca en mi vida había experimentado nada parecido. No tenía ni la menor idea de que se podía sentir algo así.

—Mejor tarde que nunca.

—¡No, Hannah! No es mejor, es mucho peor. Ahora lo anhelo, ¿lo entiendes? Ya te lo he dicho, con cada fibra de mi ser. Rompo a llorar por cualquier cosa y me siento sola y vieja y triste y...

—¿Lo amas?

—¡Sí! —gritó Olivia—. ¡Sí, sí, sí!

Se tapó el rostro apoyando los codos en la mesa con muy malos modales.

—Díselo.

Olivia apartó las manos y la miró furiosa.

—¿Te has vuelto loca? ¿Quieres que le diga que lo amo después de que él me dejara muy claro que lo único que quiere de mí es... eso?

—Seguro que ha cambiado de opinión.

—No, Hannah, no ha cambiado nada. Estoy segura de que hasta tú te has dado cuenta.

La escultora frunció el ceño con expresión pensativa.

—¿Por eso no viene?

Olivia hizo un gesto con la mano para darle a entender que a eso se refería.

—No soy estúpida, sé entender las señales. Y mejor así, desde luego.

—Está ocupado por lo del Regente. Hasta te mandó otra yegua por eso.

Olivia se llevó la copa a los labios y vació el contenido. Hannah maldijo entre dientes al ver que se sujetaba el estómago con una mueca.

—Te he dicho que te sentaría mal.

—Me da igual. —Hizo ademán de coger el vino, pero su hermana se adelantó quitándolo de su alcance.

—Vomitars lo poco que has comido. Deja de comportarte como una estúpida.

—Había aprendido a vivir con ese vacío en mi pecho —dijo con dureza—. Ser viuda, no tener hijos... He luchado toda mi vida por no volverme una amargada, por seguir sonriendo, agarrarme a las pequeñas cosas que me decían que mi existencia no era absurda, estúpida e inútil.

Hannah sintió encogerse el estómago y apartó la mirada tratando de ocultarse.

—No disimules, sé que tú te sientes igual —dijo con una sonrisa cruel—. Somos dos mujeres despreciadas, ignoradas y ninguneadas. Siempre hablas de mi belleza, ¿para qué me ha servido ser hermosa? Me enamoré de un hombre enfermo, un hombre que no pudo darme más que su cariño.

—Kiefer te amaba.

—Sí, me amaba, pero no tenía fuerzas para demostrarme su amor como un hombre. —Las lágrimas corrían por su rostro sin que hiciera nada para impedirlo—. Yo era joven, estaba enamorada, tanto que me conformé con tenerlo a mi lado. —Negó con la cabeza

mordiéndose el labio—. ¡Pero él se fue! Me dejó aquí, en esta enorme casa vacía. Y yo quería morirme.

—No digas eso —recordar aquella época la conmovió.

—Es la verdad. Deseé tanto que todo acabara, que temo ir al infierno por ello.

—Me tenías a mí —musitó con tristeza—. Siento no haber sabido consolarte.

—Eras demasiado joven, Hannah —negó con la cabeza—. No podías ayudarme.

—Craig estuvo a tu lado.

—Daphne había muerto unos meses antes, sabía bien cómo me sentía.

—Su muerte también fue un duro golpe para ti, recuerdo lo mucho que lloraste por ella.

Olivia asintió de nuevo.

—Con Daphne no me habría sentido tan sola. —Miró a su hermana con fijeza—. Cástate con Liam, por favor. Cástate y sé apasionadamente feliz.

—No.

—¿Por qué no?

—Porque acabaría odiándolo —sentenció poniéndose de pie—. Y él acabaría odiándome a mí.

—Aun así, merece la pena el intento.

Su hermana la miró incrédula.

—Es el vino el que habla —dijo Hannah moviendo la cabeza.

Olivia sonrió ligeramente.

—Sé que lo que sentí con Craig esa única vez es lo que tú sientes con Liam, solo así se explica que perdieras la cabeza en aquella biblioteca.

—Puedo tenerlo sin casarme —la provocó.

Olivia inclinó la cabeza sin dejar de mirarla.

—Pues hazlo, pero te resultaría más fácil siendo su esposa.

—No te reconozco, hermana —se mofó.

Olivia respiró hondo y dejó escapar el aire con un largo suspiro.

—Haz lo que quieras, Hannah, lo que te haga feliz. Sin tenerme en cuenta a mí, ni a Flora Fraser ni a nadie.

—Es lo que hago.

—No te creo.

Hannah se cruzó de brazos sonriendo.

—¿No me crees?

Olivia negó con la cabeza y pinchó un pedacito de carne para llevárselo a la boca.

—Estás asustada, lo percibo. Sientes algo por Liam Fraser.

—Desde luego —afirmó rotunda—. Me gusta muchísimo.

—Hablo de algo más profundo.

La escultora entrecerró los ojos para escudriñarla.

—Espero que no pienses que porque tú estás enamorada...

—Te fascina.

Hannah enarcó una ceja.

—Cría ovejas, ¿qué tiene eso de fascinante?

—No seas simple, hermanita. Una persona es mucho más que lo que hace.

—Me inquieta su forma de ser, es cierto —dijo sincera—. Es leal y no se aparta de su código. No le importa lo que piensen los demás, no tiene miedo de nada y se mantiene

sereno en las situaciones más... difíciles. Cuando esas dos mujeres nos encontraron en la biblioteca de los McEachern yo creí que el corazón se me iba a salir por la boca. Y, en cambio, él estaba ahí tan tranquilo. Cuando abandonaron la estancia exclamando barbaridades, me volví hacia él esperando una expresión de susto...

La imagen de Liam sonriendo mientras decía «me casaré contigo», le revolvió las tripas.

—Cásate con él, Hannah, no te dejes influenciar por nadie. Disfruta todo lo que puedas sin pensar en el futuro.

—No debo dejarme influenciar por nadie, excepto por ti —dijo burlona.

—Yo solo pienso en tu bien.

—¿Y qué pasa con el tuyo? Si fueses capaz de solucionar tus problemas, tu mensaje tendría mayor credibilidad, ¿no crees?

—Nuestra situación es muy diferente, Craig no quiere casarse conmigo.

—Oblígale. —Hannah se encogió de hombros—. Busca una biblioteca y una Fenella MacKenzie, eso se cargará todas sus reticencias de un plumazo.

Olivia sintió una mano retorciendo sus tripas.

—Fenella se moriría del susto —musitó.

—Desde luego. Esa mujer no debió disfrutar mucho haciendo a su hija, por eso le ha salido tan sosa.

—No seas mala.

—No soy mala, solo sincera.

La expresión de Olivia se relajó.

—¿Sabes a quién me encontré el otro día en Lanerburgh? —preguntó la escultora mientras doblaba la servilleta para dejarla en la mesa—. A Henrietta McLaughlin, la madre de Kiefer.

Olivia no se inmutó.

—Hizo como si no me conociese —siguió Hannah—. Aunque quizá no me conoció de verdad, la última vez que nos vimos yo llevaba trenzas.

—Fui a visitarla cuando llegamos —dijo Olivia.

Hannah la miró sorprendida.

—¿Por qué no me lo habías dicho?

—No me recibíó.

—¿Qué? —Hannah se apoyó en la mesa furibunda.

—Su mayordomo me dijo que estaba enferma. Desde que su esposo murió, está delicada de salud.

Hannah asintió. Henrietta McLaughlin era una mujer muy cruel, solo así se explicaba que se comportase como lo había hecho con la esposa de su hijo cuando quedó viuda.

—Si vuelvo a encontrármela...

—No harás nada —sentenció Olivia poniéndose seria—. No quiero que te inmiscuyas en este asunto, Hannah. Te agradezco mucho todo lo que has hecho por mí. Volviste de Borgosanto para acompañarme en esta estúpida aventura en la que me embarqué, sin saber nada de vacas o de caballos, pero sigues siendo mi hermana pequeña y me debes respeto.

—Según lo recuerdo fui yo la que te animé a venir. Y tú también me ayudaste a mí. Tenía que salir de Borgosanto y me diste la excusa perfecta.

—Cierto, pero podrías haber continuado con tu vida de artista en Londres, en lugar

de venirte a un pueblo de las Highlands en el que no se te había perdido nada.

Olivia lo pensó un momento y finalmente asintió satisfecha.

—Aún no me creo que me atreviese, siempre me he considerado una cobarde.

—No estoy de acuerdo. Casarte con Kiefer fue un gesto muy valiente.

Olivia sonrió con cariño.

—Gracias, pero no creo que fuese la valentía lo que me impulsó. Fue mi corazón.

—¿Te arrepientes?

—No —dijo después de lanzar un hondo suspiro.

—Pues entonces deja que tu corazón te guíe de nuevo. ¿Quién sabe lo que te deparará el futuro?

—Lo mismo digo. No todos los hombres son como ese Lorenzo Ferri.

Hannah enarcó una ceja, pero no dijo nada al respecto.

—Con sus actos demostró su poca valía, no la tuya. Os engañó a las dos y en lugar de dar la cara y pedir perdón, huyó como un cobarde.

—No lo culpo por enamorarse de Nicoletta, es perfecta en todo.

—Eres estúpida, hermana.

Hannah se rio incrédula.

—Sí, ríete si quieres, pero eres estúpida. Una persona no es perfecta por ser agraciada.

—No la conoces, no sabes lo maravillosa que es.

—Hannah, por favor.

—En serio, hermana. No lo digo porque sea hermosa, que lo es y mucho, es su personalidad lo que la hace tan especial. Es dulce y amable y una extraordinaria artista.

—Pero dejó que ese desgraciado se metiera en su cama sabiendo que era tu... tu...

—¿Mi qué? No éramos nada, Olivia, asúmelo. Compartía el lecho conmigo, pero no era mío.

—Aun así. ¡Ella era tu amiga!

—Y lo sigue siendo.

—No digas tonterías, ni tú te las crees.

Hannah apretó los labios y respiró hondo por la nariz.

—No conoces a Lorenzo —masculló—, sería capaz de seducir a una santa.

—La lealtad tiene que servir para algo. Y es en los momentos difíciles cuando se demuestra. Ser leal en lo cotidiano está bien, pero es cuando duele cuando manifiestas quién eres.

—No sabes de lo que hablas —dijo con dureza.

—Tienes razón, nunca me he visto en esa tesitura. Pero tú sí.

Hannah apartó la mirada, pero su hermana no iba a detenerse, no cuando ya había dicho tanto.

—Lo rechazaste, a pesar del dolor que te causaba.

—¿Y qué mérito tiene eso? —sonrió con sarcasmo—. Ya sabía que me traicionaba.

—Pero no lo hiciste por rabia o por castigarlo, lo hiciste por ella.

La escultora apretó los puños mirándola dolida.

—¿Te duele que diga la verdad en voz alta?

—Tú no sabes...

—Sé lo bastante como para rellenar los huecos que me faltan. Te conozco mejor que nadie, Hannah, mejor que tú misma. No lo echaste de tu cama porque estuvieses dolida

o enfadada, por eso le habrías roto una silla en la cabeza o le habrías lanzado uno de esos martillos que tienes. No —negó mirándola con fijeza—. Fue por Nicoletta, sabías que estaba embarazada y que lo amaba.

Hannah sintió la humedad en sus ojos, pero no intentó detener las lágrimas. Olivia era la única ante la que se permitía llorar.

—Y el muy canalla os dejó a las dos —sentenció la mayor.

—Volverá con ella.

—¿Y Nicoletta lo aceptará?

—Es el padre de su hijo.

—¿Tú lo aceptarías?

Hannah no tuvo que pensarlo siquiera, elevó el mentón y negó con la cabeza.

—Pero Nicoletta no es como yo, ya te lo he dicho. Ella lo ama de verdad.

—Y tú no.

—No, yo no —dijo sincera—. No puedo amar a alguien a quien no admiro y de él solo admiro su obra.

Hannah suspiró mientras con los dedos de la mano derecha trazaba líneas invisibles sobre el mantel.

—Es un magnífico escultor, Olivia. Verlo trabajar es como ser testigo de la fuerza de la naturaleza. Es hipnótico y... No sé cómo explicarlo. Hay una simbiosis entre lo que hace y él mismo, como si su esencia se diluyera delante de tus ojos. Es una magia que solo sucede entre un artista como él y su obra. No puede explicarse.

—Ya.

Hannah sonrió.

—¿Ya?

—Yo he visto esa fuerza. ¡En ti! —exclamó su hermana.

—No utilices el sarcasmo conmigo.

—Hablo en serio.

—¿Fuerza de la naturaleza? Mi única fuerza es lanzar el martillo contra una pared cuando algo me saca de mis casillas.

—Espero que no hagas eso en mi casa.

—No prometo nada —dijo Hannah con una ceja levantada.

—Eres un misterio, hermana. Entiendo que Liam no haya podido resistirse y te haya tomado sin pensar en las consecuencias.

Hannah torció una sonrisa y ladeó la cabeza sorprendida.

—Vaya, vaya, hermanita, antes no hablabas de estas cosas con tanto descaro.

—Antes no te exhibías en público con la falda arremangada.

Hannah no pudo contener la risa y Olivia acabó contagiándose.

—Menuda estampa tuvo que ver la pobre Fenella a su edad —se burló Olivia.

—Pues debió ser peor para Iona, porque no tengo claro que sepa lo que estábamos haciendo.

—¡Ay, hermanita! —exclamó Olivia entre risas—. No sabes el daño que me has hecho. Jamás me habría atrevido a tanto si no fuese por ti. ¿Cómo pude hacerlo en nuestro salón? Me muero de vergüenza solo de pensarlo.

—Si llega a entrar la señora MacDougal para preguntarte algo sobre el menú, le habría dado un pasmo. Con cincuenta años y sin haber visto a un hombre desnudo en su vida...

Olivia dejó de reír.

—¿Y tú cómo sabes eso?

—Me lo contó ella misma.

—¿Hablas de esas cosas con nuestra cocinera?

Hannah se encogió de hombros.

—Craig no estaba desnudo —musitó Olivia con las mejillas arreboladas—. Creo...

—¿Crees? —De nuevo se echaron a reír.

—Espero que no le contaras lo tuyo a la señora MacDougal —dijo Olivia con expresión asustada.

—En realidad no hablo de mis cosas con nadie, aparte de ti.

—Mejor. No creo que en Escocia estén preparados para alguien como tú.

—¿Alguien como yo? —se rio divertida—. Ni que tuviera tres cabezas.

—Tú hazme caso, no le cuentes a nadie tu aventura italiana. Ni siquiera a tu futuro esposo.

—No voy a casarme.

—Lo harás. Confío en el buen juicio de Liam.

Hannah frunció el ceño.

—Eres mi hermana y debes apoyarme a mí.

—Eso hago —sonrió burlona—. Yo no me casaría con un hombre al que no amase. Hasta hace muy poco, no me habría entregado a un hombre que no fuese mi esposo. Tampoco me atrevería a viajar sola. Y soy incapaz de hacer nada artístico, fuera de algún peinado original. —Mostró las palmas de sus manos—. Solo tienes que hacer lo contrario de lo que yo haría y te irá bien.

—Eres tonta.

—Es la verdad, Hannah.

—Deberías invitar a Craig a tu cama —dijo la otra rotunda.

—A eso me refiero, eso es exactamente lo que no voy a hacer, a pesar de que sería muy satisfactorio para mí.

—¿Y por qué no? ¡Hazlo!

—Va contra mi naturaleza. Querría más. Lo querría todo y me consumiría por dentro. —La miró interrogadora—. ¿De verdad no amas a Liam?

Hannah negó sin pensarlo y su hermana asintió al tiempo que dejaba escapar un suspiro. Eran muy diferentes y ambas lo sabían.

—Será mejor que terminemos de almorzar —dijo la mayor con una sonrisa tranquila—. Tenemos trabajo.

Capítulo 17

Elizabeth observaba a Craig expectante. El patriarca le había pedido hablar con ella en su despacho y desde luego no se esperaba escuchar lo que acababa de oír.

—Di lo que piensas sin miedo —la azuzó—. No será peor que lo que yo mismo me he dicho.

Su nuera carraspeó y dejó la taza de té sobre la mesita. Juntó las manos en su regazo y volvió a carraspear. No era fácil hablar de aquello con un hombre al que ya consideraba un padre.

—¿La amas?

Craig suspiró impaciente y se apartó el pelo de la frente como si eso pudiese ayudarle a pensar.

—Creo que sí.

Elizabeth sonrió levemente.

—Entonces no hay ningún problema, ¿no te parece? Sé, sin lugar a dudas, que ella te ama a ti.

El escocés bufó como un toro antes de embestir.

—No puedo casarme con ella, Elizabeth.

—¿Por qué no?

—Lo sabes, no me hagas decirlo.

—¿La maldición de los McEntrie? No puede ser que creas eso.

—Y, aun así...

Elizabeth se levantó y fue a sentarse a su lado en el sofá.

—Padre. —Sonrió con cariño—. En estos años me has tratado como a una hija. He visto cómo despliegas tus alas para tenernos a todos siempre bajo tu refugio. Eres el mejor padre y el mejor abuelo que nadie pueda desear. Si hay alguien que merezca ser feliz, ese eres tú.

—Tres veces, Elizabeth. Perdí a tres mujeres.

—Lo sé.

—Cuando Daphne murió...

—Lo sé.

—No puedo volver a pasar por algo así. —Negó con la cabeza—. Sé que es absurdo pensar que lo que le ocurrió a Keenan McEntrie esté relacionado con lo que me pasó a mí, y aun así no puedo quitármelo de la cabeza.

—Analicemos los hechos y de ese modo le quitaremos la magia. Keenan McEntrie vivió hace doscientos años. Perdió a tres esposas, como tú, pero no fue fruto de ninguna maldición. La primera murió al dar a luz a su hijo. La segunda murió por un accidente y la última lo abandonó.

—¿Y por qué crees tú que lo abandonó? Para no correr la misma suerte que las demás. Ojalá Daphne me hubiese abandonado.

—Craig... No puede ser que creas algo tan absurdo.

Se levantó como si necesitara espacio, tratando de recuperar su estoicismo.

—Sé que tengo que disculparme con ella, pero no sé cómo hacerlo sin que parezca...

—Movié la cabeza, no encontraba las palabras.

—No creo que lo que Olivia espere de ti sea una disculpa, Craig.

—No voy a casarme con ella.

Elizabeth suspiró.

—Ábrele tu corazón. Dale la oportunidad de decidir. Es lo que ella merece.



Se quedó dormida en su butaca con el libro que estaba leyendo apoyado en su pecho y la cabeza ladeada en el respaldo. Hannah la tapó con una manta y salió del salón sin hacer ruido, para dirigirse a su taller. Una vez allí, se quitó el vestido y lo dejó colgado de un gancho de la pared. Se había dejado los pantalones y la camisa debajo para ahorrar tiempo y para que su hermana no la regañase por ensuciar el precioso tapizado de sus sillas.

Se encaramó al andamio como un gato y se acercó a Apolo. Había pasado la mañana bajando los tablones y organizando el material para trabajar en la zona del abdomen. Levantó la mirada. Por suerte podía llegar a la ceja sin demasiado esfuerzo. ¿A quién se le ocurre lanzar un cincel puntiagudo por los aires? Un día iba a clavárselo en alguna parte indeseada y dolorosa. El rostro de Liam la miró descarado. Le había imprimido esa expresión tan suya que hacía que se sintiese intimidada por su presencia. Era como si pudiese verla de verdad. Una expresión que estaba segura de que la mayoría de las personas que lo conocían, habían visto alguna vez en su rostro. Torció su sonrisa al imaginar lo que él pensaría al verse.

—Buenas tardes.

Hannah puso los ojos en blanco y rezongó entre dientes antes de volverse. Necesitaban un mayordomo. O enseñar normas básicas a sus criadas para que no dejaran pasar a las visitas sin anunciarlas.

—Señorita Wyndham...

La voz de la niña elevó las comisuras de sus labios de manera automática.

—Heather. —Se giró sonriendo y sus ojos titilaron al ver a Ceit Fraser junto a ella.

—Buenas tardes —dijo saludándolas a ambas ya en el suelo.

—Disculpe las molestias —pidió Ceit—. Sé que es pronto para visitas, y más sin avisar.

—Se moría de ganas de ver su taller —explicó Heather con poca paciencia y el dedo señalando el andamio—. ¿Ves como lleva pantalones?

—¡Heather! —la regañó la joven.

—No se preocupe —dijo la escultora sonriendo—. Heather es libre de decir lo que quiera en mi taller.

—¿Puedo subir? —pidió la niña señalando el andamio.

—Con cuidado —asintió Hannah—. Y no cojas ninguna de las mazas. Ni los cinceles. Ni las gubias o las...

—Tranquila, no tocaré nada.

—En serio, Heather. Tu madre me mata si te haces una herida o te caes desde ahí arriba.

La niña se agarró a una de las vigas y miró hacia abajo sonriendo.

—No me caeré. ¿Puedo pasar el cepillo un poquito? Lo haré con cuidado.

La escultora asintió.

—Pero solo por zonas rugosas. Y no te acerques al rostro ni al pectoral.

La niña asintió con firmeza y se dispuso a realizar su tarea con enorme entusiasmo. Cuando la obra estuviese terminada, podría decir que ella también puso su granito de

arena.

Hannah puso sus ojos en Ceit y vio que esta la miraba inquisitivamente. A punto estuvo de decirle que le preguntara lo que quisiera, pero algo la retuvo. Quizá aquella expresión tan inquietante o sus enormes ojos que la escrutaban sin timidez.

—Este lugar es... —La joven miró a su alrededor con evidente admiración—. Impresionante.

—Hay mucho polvo, se ensuciará su precioso vestido.

—Oh, no me importa en absoluto. —Señaló uno de los bancos de trabajo—. ¿Qué es eso?

Hannah se sorprendió. Normalmente nadie se fijaba en sus herramientas. Caminó hacia un banco de trabajo indicándole sutilmente que la siguiera.

—Aquí es donde realizo piezas más pequeñas —dijo acariciando la superficie rugosa—. Es robusto y tiene estas abrazaderas que me ayudan a inmovilizarlas con estos tornillos, ¿ve?

Ceit asintió y enseguida señaló otra pieza.

—Es una rueda de afilar —le explicó la escultora—. Con este pedal se acciona y me permite afilar mis herramientas de manera menos cansada que las manuales, esas de ahí, que también las uso, claro.

—Tiene muchas... cosas.

—Y las uso todas —sonrió.

—¿En serio?

Ceit llegó hasta la mesa larga sobre la que estaban perfectamente colocadas un montón de piezas de distintas formas y tamaños. Cogió una maza y se sorprendió de que fuera tan pesada. Miró los brazos de Hannah y asintió para sí, estaba claro que eran más fuertes que los suyos, aunque se veía muy delgada con aquellos pantalones y la camisa que se abría peligrosamente en el escote.

—¿Eso qué es? —preguntó señalando una de las herramientas.

—Una rasqueta —dijo la otra cogiéndola—. ¿Ve estos bordes afilados? Me sirve para alisar y pulir superficies, es de acero y muy resistente. Con ella quito las marcas que dejan las herramientas que uso para tallar la piedra.

—Eso sí sé lo que es —dijo Ceit orgullosa por saber al menos algo—. Lo he usado para agujerear el papel antes de coserlo, es un punzón.

Hannah sonrió al tiempo que asentía.

—Yo lo uso para detalles finos. Agujeros en la piedra o marcas muy delgadas... Cuidado —advirtió al ver que cogía un cincel—. Están muy afilados y podría cortarse con facilidad.

—Oh, deberíamos tutearnos —sonrió Ceit con simpatía—. Vamos a ser hermanas muy pronto.

Hannah apenas pudo contener su rotundo «no» apretando los labios y mordiéndose el inferior después.

—Tienen formas diferentes —siguió Ceit ignorando el sobresalto que captó en sus ojos—. ¿Este para qué sirve?

—Es un cincel de canal —respondió esforzándose en seguir la conversación—. Me ayuda a tallar las curvas y las formas redondeadas...

—Ah.

La joven miró a su alrededor y enseguida sus ojos se detuvieron en la estatua de

Daphne. Que estuviera desnuda hizo que sus mejillas se sonrojaran y Hannah contuvo una sonrisa.

—¿Te gusta? —preguntó tuteándola.

Ceit recorrió cada centímetro de la obra al tiempo que asentía.

—Es... inquietante —dijo admirada.

Las ramas se enredaban en su pelo y tapaban su rostro. El cuerpo estaba tenso y en plena huida, y sus manos trataban de abrirse camino entre la maleza. Ceit tuvo el gesto de inclinarse para ver quién la perseguía.

—Apolo está allí, tranquila —dijo Hannah señalando el andamio en el que Heather seguía subida.

Ceit contempló entonces el imponente bloque de mármol en el que la escultora trabajaba. El rostro era claramente reconocible.

—Sé que conoces la historia.

Ceit asintió mirándola con evidente admiración.

—¿Quieres ver más?

—Oh, sí, por favor. Querría ver todo lo que haya en el taller, si me lo permite.

Después de mostrarle todas las piezas, Hannah hizo bajar a la niña de lo alto del andamio y les preguntó si querían quedarse a tomar el té con su hermana y con ella.

—Tu hermana estará aún hablando con Craig —dijo Heather dando saltitos alrededor de una mesa—. Cuando se ponen a hablar de caballos, no acaban nunca.

—¿Craig está aquí?

Ceit asintió.

—Ha venido con nosotras.

Hannah asintió despacio y miró un momento hacia la puerta, pero no dijo nada.



Estaba sentado en una butaca lo bastante cerca para ver cada detalle de su rostro, pero no tanto como para que su respiración la alertase de su presencia. La observó sin disimulo, ya que estaban solos en aquel salón y nadie podía verlo. Dormida tenía un aspecto sereno, casi angelical. Se mordió el labio ladeando la cabeza. Era realmente hermosa. Seguía sintiendo su sedosa piel en la yema de los dedos.

Olivia ronroneó desperezándose despacio mientras emergía del sueño en el que se había sumido. Al principio no fue consciente de la presencia masculina. Estiró los brazos, se levantó y caminó hasta el ventanal para mirar al exterior. Bostezó, se acomodó el pelo y cuando se giró, lanzó un grito asustado con los ojos abiertos como platos.

—¡Craig!

El escocés sonrió divertido al ver su cara de susto.

—Voy a despedirlas —dijo airada dirigiéndose al llamador—. Ahora mismo. Llamaré a Morag y a Agnes y las despediré inmediatamente.

Craig la dejó hacer, eso tenía que verlo.

Agnes acudió enseguida al llamado.

—Que venga Morag también, quiero hablar con las dos.

—Sí, señora.

Mientras esperaba a que regresaran, Olivia se paseó inquieta por delante de la chimenea, evitando mirar a su visitante y con las manos tan apretadas la una contra la

otra que se le pusieron blancas.

—¿Cuántas veces tengo que deciros que debéis anunciar a las visitas? —preguntó cuando las tuvo delante.

—Es el señor McEntrie —dijo Morag señalándolo—. Usted nos dijo que era de la familia.

—No anunciamos a la señorita Hannah cuando llega —dijo Agnes visiblemente confusa—. ¿Quiere que los anunciemos también? Podemos hacerlo.

Las dos jóvenes se miraron asintiendo.

—El señor McEntrie es un querido amigo. Quiero decir que es un amigo íntimo. O sea, un amigo, muy amigo... —Se le secó la boca y su pecho subía y bajaba agitado sin saber cómo salir de aquel embrollo.

Las jóvenes tenían el ceño fruncido y la miraban cada vez más confusas.

—¿Entonces ya no es de la familia? —Lo miraron con curiosidad. ¿Qué habría hecho para que lo expulsaran?

—No he dicho eso, lo que quiero decir...

—Lo que vuestra señora quiere decir es que debéis asegurarnos de que está presentable antes de dejar pasar a nadie, sea de la familia o no.

—¿Es porque se ha quedado dormida? —preguntó Agnes—. Pero usted ya la ha visto dormir muchas veces.

Olivia lo miró sobresaltada.

—Eso no es cierto —musitó.

—Oh, sí —asintió Morag—. Siempre se va sin despertarla, pero lleva días viniendo a esta hora. Por eso lo hemos dejado entrar, creíamos que usted estaba de acuerdo.

—Pero si ya no es de la familia, no volveremos a hacerlo —dijo Agnes rotunda.

—¡Oh! —exclamó Olivia dándose por vencida—. Marchaos, por favor.

—¿Quieren que les traigamos el té ya? —preguntó Agnes antes de salir—. Aún no es la hora, pero si les apetece podemos pedirle a la señora MacDougall que lo adelante. Si van a cambiar las normas...

—No me quedará mucho —dijo Craig conteniendo la risa.

Olivia negó con la cabeza y las dos jóvenes salieron del salón cuchicheando algo que no alcanzó a entender.

—Deben pensar que soy estúpida —musitó ella.

Craig sonrió ya sin disimulos y cruzó una pierna en actitud relajada.

—Siento haber causado este alboroto, no volveré a observarte mientras duermes.

Olivia se llevó la mano al pelo instintivamente y, eludiendo su mirada, fue a sentarse en su butaca.

—No deberías —dijo en tono más seco de lo que pretendía.

—No sé por qué, pero me produce mucha paz verte dormir.

—No creo que pueda dormir a esta hora nunca más.

Craig sonrió levemente.

—Prometo que no volveré a molestarte —dijo afable.

—Deberías haberme despertado, en lugar de quedarte ahí mirando y luego marcharte sin decirme nada.

—Y tú deberías dormir más y comer mejor.

—Siempre me pasa —dijo como si le avergonzara—. Después del almuerzo tengo que dormir un poco.

—¿Cómo estás?
—Perfectamente —mintió.
—Me alegra oírlo. —Descruzó la pierna y apoyó los antebrazos en sus rodillas en una actitud muy poco protocolaria—. No has venido por *Slioscreige*.
—He tenido muchas cosas que hacer.
—¿Quieres hablar de lo que... pasó? —preguntó con una mirada intensa.
—No.
—¿No?
—Rotundamente, no.
Craig se irguió entornando los ojos.
—¿Debo disculparme?
—En absoluto —dijo ella mirando el precioso brocado del sofá.
—¿Y por qué siento que debería hacerlo?
—No tengo la menor idea. —Ciertamente aquellas cortinas eran mucho más bonitas que las que había cuando llegaron.
Craig suspiró confuso, sin saber cómo abordar el asunto.
—Yo sí quiero hablar de ello.
—Pues lo siento, pero ahora mismo estoy muy ocupada y... —Se puso de pie obligándolo a imitarla—. Ya hablaremos en otro momento, Craig, discúlpame.
—¿Me estás echando?
—Seguro que no tienes tiempo para tonterías.
El escocés frunció el ceño sin moverse del sitio. Olivia le señalaba la puerta, imprimiendo a su mano cierta urgencia.
—No podemos ignorar lo que sucedió.
—Por supuesto que podemos —masculló ella girándole la cara.
—¿Cómo? Porque yo no dejo de pensar en ti a todas horas. Olivia, somos dos personas adultas y sin compromiso...
—No se te vaya a olvidar mencionar que no hay compromiso alguno entre nosotros.
—Me refería a que no tenemos compromisos con otras personas.
—¡Por supuesto que no! —exclamó ofendida—. ¿Cómo crees que yo haría algo así, si...?
Apretó los labios y cerró los puños sin terminar la frase.
—Olivia...
—¿Qué? Estoy aquí y te estoy escuchando.
—¿Por qué estás tan enfadada conmigo?
—¿Qué?
—¿Negarás que fue satisfactorio para ti?
—¿Cómo puedes hacerme semejante pregunta? No doy crédito. —Le dio la espalda al tiempo que negaba con la cabeza—. ¿Cómo puedes pensar que yo...? —Volvió a girarse y lo enfrentó furiosa—. ¿Crees que porque me entregué a ti soy una cualquiera?
—¡No! Por supuesto que no creo semejante cosa.
—¿Entonces? No me hables como si tuviera una experiencia de estas cada... cada...
—No podía creer que lo que sintió fuese algo habitual en ningún escenario.
—No me cabe en la cabeza que no haya habido nadie más.
—¿Crees que me habría entregado a cualquiera?
—No te estoy juzgando.

—¡Craig!

—Olivia, lo que digo...

—¡Sé lo que me estás diciendo! No entiendes nada. Nada. Tú habrías sido el único al que... ¡Maldito escocés sin corazón!

—Nunca dijiste...

—¡Mi marido había muerto unos meses antes! ¡Tú aún llorabas a mi mejor amiga!

¿Qué clase de persona crees que soy?

—Kiefer era mi amigo.

—Sé que estuviste a mi lado por él, descuida —dijo apartando la mirada para que no viese lo mucho que le dolía.

—No solo por él.

Olivia asintió con la cabeza baja.

—¿Por qué no puedes amarme? —preguntó sin más.

—Olivia...

—Márchate, Craig —lo cortó impaciente—. Acabaré perdiendo la compostura y tendré que añadir esto a la montaña de vergüenza que amenaza con enterrarme viva.

—Olivia...

—No vayas a decirme que estoy confundida. Sé perfectamente lo que siento.

—Olivia...

—Tú no me amas, Craig. Esta es una batalla desigual en la que siempre saldré perdiendo.

—¿No vas a dejarme hablar?

Ella se mordió el labio y respiró hondo para contener sus lágrimas.

—No, no quiero dejarte hablar —musitó—. Me juré no decirte nada, dejar que las cosas se calmaran y que tú te apartaras de mí. Y aquí estoy, confesándote mi amor como una niña estúpida que no sabe nada de la vida. —Lo miró con una intensidad que lo caló hasta los huesos—. Lo siento, Craig, perdóname.

El escocés sintió que una mano le retorció las entrañas.

—Cásate conmigo —dijo de pronto.

—¿Qué?

—¿Te atreves a casarte conmigo? Lo que pasó el otro día... —Se llevó una mano a la nunca—. Yo tampoco voy por ahí asaltando a damas en sus salones, pero no creas que me arrepiento de lo que hice. De hecho, querría hacértelo ahora mismo.

—¿Quieres casarte conmigo?

—No. Lo cierto es que me aterra y no sé si podré llegar vivo a la boda. Estoy muy asustado, Olivia. No me quito de la cabeza la dichosa maldición de los McEntrie.

Olivia frunció el ceño.

—¿La maldición de...? —contuvo una risa nerviosa.

—No hace falta que lo hagas tan evidente, ya sé que es una estupidez.

El corazón de Olivia latía desbocado y su cerebro era un absoluto caos, pero cuando Craig la rodeó con sus brazos y la pegó a su pecho, el mundo dejó de girar y un largo y sentido suspiro escapó de entre sus labios.

—Te amo, Olivia, y quiero que seas mi esposa. Prometo amarte y respetarte y amarte más aún. —Se apartó para mirarla con una sonrisa—. ¿Lo de amarte ha quedado claro? Espero que esas lágrimas sean de felicidad.

Olivia se apartó de él empujándolo suavemente con las palmas de sus manos.

—¿Esto está pasando de verdad?

Él apartó un mechón de pelo de su rostro y se inclinó a besar la punta de su nariz.

—Si no tienes miedo.

—¿Cuántos años tarda en hacerse efectiva la maldición? Voy a cumplir cuarenta y ocho años. ¿Llegaré a los cincuenta?

Craig la miró perplejo.

—¿En serio estás bromeando sobre tu muerte?

Olivia sonrió abiertamente.

—Dependiendo del tiempo que me quede, pretendo aprovechar cada segundo contigo.

La besó en los labios para hacerla callar y ella se batió con su lengua sin el menor recato.

—Eres una adorable bruja —dijo el escocés cuando fue capaz de abandonar su boca.

—No lo sabes bien —dijo ella, consciente de que los acontecimientos la obligaban a sincerarse—. Tengo algo que contarte. Y no te va a gustar.

Craig la apartó para poder mirarla a los ojos.

—Me reuní con el conde de Ardbrock y firmé un documento.

—¿Que hiciste qué?

—Craig, respira hondo y deja que te...

—¿Qué ponía en ese documento?

—Tenía que hacer algo. No podía dejar que me arrastrara por el fango, eso habría acabado con las posibilidades de esta granja.

—¿Qué ponía, Olivia?

—Me comprometí a venderle un potrillo en dos años. Un purasangre.

El escocés apretó los dientes y sus puños se cerraron impotentes.

—Por eso me pediste esa yegua.

Olivia asintió. Sorprendentemente se sentía más segura de lo que cabría esperar. Saber que la amaba le daba una fuerza que no esperaba.

—¿Y si no conseguías un ejemplar adecuado a sus expectativas?

Ella suspiró y tragó saliva antes de responder.

—Compraría a Niamh.

El rostro del escocés era una máscara contenida, pero Olivia podía ver la fiereza que ocultaba.

—¡Maldita sea, Olivia! —exclamó furioso—. ¿Por qué no hablaste conmigo antes?

—Sabía que me dirías que no hiciera nada. Ese hombre es horrible y, después de lo de Hannah, esto nos habría destruido por completo. Seremos las zorras más vilipendiadas de toda Escocia.

—¡Hay otras formas de neutralizarlo!

—¿Cuál? ¿Batirte en duelo con él? He oído la clase de hombre que es. No permitiré que te mate.

Craig apretó los puños conteniendo la rabia que sentía.

—¿Crees que no sé defenderme acaso? ¿Que necesito que tú me protejas?

—No he dicho eso. Pero es normal que quiera protegerte. Te amo, Craig McEntrie, te amo desde hace muchos años. Tuve que marcharme de aquí para no consumirme en mi propia desgracia. Vi morir a Kiefer sintiéndome la mujer más horrible del mundo por amar a su mejor amigo.

Craig empalideció.

—¿Él... lo sabía?

Olivia desvió la mirada conteniendo sus emociones con los dientes. El escocés se apartó abrumado por las suyas.

—Yo no...

—Lo sé —musitó ella, dejando que una lágrima escapara furtiva sin detenerla—. Tú no te diste cuenta de nada. No sufras por Kiefer, lo quise hasta el final. Yo también me sorprendí de que se pudiera amar a dos hombres a la vez.

—No debiste hacer ese trato con Dòmhnall, me has puesto en una posición muy difícil.

—No se me ocurrió otra forma.

Él asintió. De repente no soportaba estar en aquella casa. Se sentía como si hubiese hecho algo malo.

—Tengo que irme —masculló dirigiéndose a la puerta con grandes zancadas.

Olivia dio un respingo al escuchar el portazo.

Hacía tiempo que no galopaba de aquel modo, con una furia animal que lo empujaba a exigir más y más a su montura. Pasó por el camino de *Slíoscreige* y siguió sin detenerse hasta *Moorleigh*. No bajó a las cuevas, llevaba años sin pisarlas, pero a menudo llegaba hasta esa parte de los acantilados y observaba el mar, sin desmontar de Fiadh. Siempre que sentía aquella garra dentro de las tripas, y el cuello parecía a punto de quebrársele.

—Lo siento, Kiefer —masculló—. Lo siento, amigo mío.

Los recuerdos de aquella época regresaron a él, como las olas que agitadas golpeaban la pared de piedra allí abajo. Nunca vio en su amigo el menor rastro de rencor o reproche. Hasta el último momento lo trató como a un hermano. Y, aun así, su corazón debía sentirse profundamente herido. No solo iba a morir demasiado pronto, además, la mujer que amaba... Respiró hondo sin apartar la mirada del horizonte. ¿Qué habría hecho él si Daphne hubiese amado a otro? ¿La debilidad y la impotencia harían que Kiefer lo aceptase con mayor resignación? No lo creía, probablemente cuando estaba solo la amargura anegaría su espíritu por no poder demostrarle lo mucho que la amaba.

—¿Te duele ahora que la ame, amigo mío? —musitó para sí.

Él había enterrado a tres esposas, y de dolor sabía mucho. Amó profundamente a Constance y ella jamás lo traicionó. El dolor lo desgarró por dentro cuando vio su mirada apagarse lentamente. Una mujer tan fuerte, con una voluntad de hierro... La creía tan capaz, que esperó durante horas a que reviviera. Un correoso y amargo sentimiento de culpa lo arrolló sin previo aviso al enterrarla. Si él no hubiese sucumbido a ese deseo malsano, no habría muerto ella ni las que la sucedieron. Habrían envejecido juntos y ahora estaría a su lado, como una tormenta, alimentando su cuerpo y su mente con puro fuego. Torció una sonrisa al recordarla dándole una última orden antes de morir. ¿Cómo pudo pedirle que se casara con la mujer con la que la traicionó? ¿Era su forma de castigarlo? ¿La estocada final? Sonrió con tristeza, Constance McEntrie era capaz de eso y de mucho más. Alana, en cambio... Siempre que pensaba en ella, la veía balanceándose al final de aquella cuerda. Con los ojos abiertos de mirada vacía, no muy diferente a la que tenían cuando vivía. Aún estaba caliente cuando la descolgó y la sostuvo en sus brazos, de nuevo con un profundo sentimiento de culpa pesándole en el

corazón. No pudo amarla, por más que lo intentó, le fue absolutamente imposible. Tampoco la odiaba. Ni siquiera al saber lo que trató de hacerle a Caillen pudo odiarla. La compadecía por haberlo amado sin ser suyo. Y la despreciaba también por ello. Era como un gato callejero que te sigue a todas partes y al que nunca dejas entrar en casa. La enterró y trató de olvidarla como si nunca hubiera existido. Deseando que nunca hubiera existido. Y entonces llegó Daphne. Su luz. Su más preciado tesoro. Llenó su casa de alegría, de risas, de felicidad. La amó profunda e intensamente. Con devoción, como si fuera una diosa que hubiese bajado del Olimpo solo para que él la adorase. Era dulce y delicada como una flor, pero también era divertida, atrevida y aventurera. Estaba llena de vida y de sueños. Cuando la muerte se detuvo junto a su cama, la culpa volvió a alojarse en su pecho. Una culpa amarga y lacerante que lo arañó desde dentro haciendo jirones sus entrañas. Estaba maldito. Durante mucho tiempo soñó con ella y el sueño siempre acababa con Alana llegando para llevársela. Con aquella mirada vacía y aquellas manos frías que lo despertaban en plena noche exigiéndole algo que no podía darle. La agarraba del pelo y la arrastraba en contra de su voluntad, mientras Daphne gritaba y suplicaba que la salvase, sin que él pudiera hacer nada para impedírselo. En aquellos días, Olivia fue su único apoyo y consuelo. Se pasaba el día cuidando de su esposo enfermo, pero sacaba tiempo para acudir en ayuda del esposo de su amiga muerta. Aparecía en *Slioscreige* como un ángel bondadoso, revisaba que todo estuviese bien, que los niños estuviesen bien y lo obligaba a comer y a asearse. La recordó joven y dulce, con una mirada anhelante y la esperanza bailando en su sonrisa. Una sonrisa que se apagó de repente, dejándola indefensa.

Ahora podía verla con una luz nueva. Sus dulces palabras de consuelo. Su paciencia cuando él perdía los nervios, abrumado por el dolor. Sus lágrimas...

Suspiró contemplando el océano en toda su extensión. La vida le había enseñado que no se pueden hacer planes, que poco control tenía él sobre lo que el destino quisiera ofrecerle. ¿Soledad o desdicha? Se reiría si no fuese todo tan triste. Nunca hicieron nada indebido, ella siempre se comportó como una buena amiga y lo que escondía su corazón lo guardó a buen recaudo de miradas indiscretas. Él estaba demasiado hundido para ver más allá de su sacrificio. Cuando perdió a Kiefer le devolvió parte de lo que ella le había dado. La acompañó, la consoló y trató de llenar el enorme vacío de aquella casa con su amistad. Jamás percibió en ella la menor insinuación, el menor desliz que mostrase lo que su corazón escondía en realidad. Cerró los ojos un instante y bufó como un caballo. Fiadh le devolvió el gesto cabeceando.

—Tranquilo, compañero, estoy bien —dijo con voz suave a la vez que acariciaba el cuello del animal.

Contempló el paisaje respirando profundamente y dejó que el ruido de su cabeza cesase con la brisa alborotando su pelo.

Capítulo 18

El alba despertó con un resplandor dorado, prometiendo un día claro para los Juegos. El aire estaba cargado de olores, y un leve viento traía consigo los ecos de las gaitas, que a aquella hora de la mañana resonaban energizantes. En el corazón del claro donde se celebraban los Juegos, la actividad había comenzado muy temprano, con mozos descargando barriles de cerveza, familias levantando carpas coloridas, y vendedores instalando sus puestos.

Los estandartes de los clanes se alzaban como gigantes vigilantes alrededor del campo principal, ondeando con cada ráfaga de viento. Los tartanes de cuadros verdes, azules y rojos brillaban bajo el sol y algunas familias habían adornado sus áreas con ramos de brezo y ramas de pino, mientras que otras mostraban escudos y espadas antiguas como símbolos de su legado.

Liam miró a lo lejos, hacia las áreas cercadas que habían organizado para el ganado. Algunos ganaderos ya habían llevado sus reses y otros lo harían durante el día. Los caballos de los McEntrie tenían un lugar privilegiado en los establos, pero no había sitio para todos, así que tuvo que trabajar duro para darles un espacio seguro y cómodo donde pasar la noche.

Alguien le gritó a su derecha y él respondió a su pregunta con voz potente y gesto serio, mientras observaba el trasiego con ojo crítico y sin perder detalle. El aroma del pan recién horneado y la carne asada comenzaba a invadir el aire. Se acercó hasta el vendedor que ofrecía salmón ahumado envuelto en hojas y luego avanzó hasta otro que exhibía pastelitos rellenos de carne y especias.

—Va a hacer un día estupendo —dijo una anciana que, abrigada con un chal de gruesa lana, le ofreció un cuenco de sopa de cebada y verduras.

Liam cogió el cuenco y le preguntó si necesitaba algo. Después siguió su recorrido disfrutando de la sopa.

Cuando las gaitas resonaron para dar inicio a los Juegos, todo el mundo se reunió alrededor del campo principal. Los músicos, vestidos con sus kilts y portando elaboradas chaquetas negras, formaron un círculo en el centro. Todo el mundo guardó silencio hasta que acabó la melodía y entonces Liam dio un pequeño discurso para dar comienzo a las pruebas.

—Bonito discurso —se mofó Kenneth mientras esperaban a que Lachlan se preparara para el lanzamiento de martillo.

—Mejor que el que diste tú.

—Yo no lo hice, fue Dougal.

—Pues eso.

—Muy gracioso —se burló.

Lachlan comenzó a girar con la pesada herramienta en las manos y la dejó ir en un arco impresionante mientras los espectadores aplaudían seguros de que volvería a ser el ganador ese año. Liam miró a Enid que vitoreaba a su marido, saltando entusiasmada con Nessa en los brazos.

—Nadie diría que está embarazada —dijo ceñudo.

Kenneth sonrió al tiempo que se encogía de hombros.

—No hay quien pueda retener a Enid.

Cuando llegó el momento del lanzamiento de troncos, Liam se preparó para participar. Ser el organizador no le privaba de competir y en esta ocasión le había tocado ser el primero.

Hannah se había acercado para contemplar a aquellos musculosos hombres ataviados con el kilt tradicional y camisa blanca dispuestos a lanzar un tronco a varios pies de distancia. Su mirada se cruzó con la de Liam y el escocés hizo un leve gesto con la cabeza a modo de saludo antes de colocarse en posición.

—El caber es un tronco de abeto —explicó Ceit a su lado, respondiendo a sus preguntas—. Puede medir entre quince y veinte pies. Ese es de veinte y pesa ciento treinta libras, me lo ha dicho Liam en el desayuno.

—Ya veo —musitó Hannah sin dejar de mirarlo.

El lanzador se inclinó hacia el extremo más estrecho del caber, asegurándose de tener un agarre firme. Los músculos de sus piernas se tensaron y las venas de sus brazos se hincharon al levantarlo del suelo en posición vertical, apuntando al cielo. Lo apoyó en su hombro para distribuir el peso caminando en círculos y usó el torso para sostenerlo mientras ajustaba la posición de sus manos para el lanzamiento.

El corazón de Hannah se aceleró al verlo posicionarse, retirando el tronco de su hombro y sosteniéndolo únicamente con las manos. ¿Cómo podían sus brazos con tanto peso? Liam echó a correr hacia delante en línea recta y lanzó el tronco dibujando un arco perfecto. El caber aterrizó con un golpe seco y apuntó directamente hacia las doce en punto. La algarabía que se produjo a continuación daba cuenta del buen lanzamiento que había ejecutado.

—Ganará Dougal —se lamentó Ceit.

Hannah la miró ceñuda.

—¿Cómo lo sabes? Todo el mundo está aplaudiendo.

—Ha sido un lanzamiento perfecto, pero no será suficiente. ¿Ves esa marca en el suelo un poco por delante de donde ha caído el tronco de Liam?

Hannah entornó los ojos para centrar el foco y asintió.

—Pues ese es el peor resultado de Dougal de los últimos años. —Se encogió de hombros—. Siempre gana.

Hannah miró a Liam que no parecía decepcionado en absoluto y luego volvió a mirar hacia el tronco que ahora sujetaban entre dos hombres para llevarlo de nuevo a su posición de lanzamiento.

—Ahí va tu hermana —anunció Ceit señalando a Olivia.

Hannah se giró para saludarla y ella le sonrió y le hizo un gesto para indicarle que iba al puesto de sopa.

—Está deliciosa —le dijo Olivia a la anciana después de probar una cucharada.

Caminó con el cuenco en las manos, observando el bullicio que había alrededor de las diferentes pruebas. Vio a Craig que, con los brazos cruzados, observaba a los participantes del *Caber Toss*, evaluando cada lanzamiento de tronco con ojo crítico. Siguió caminando para alejarse de allí. Se había propuesto darle espacio y en vista de la multitud de posibilidades que ofrecían los Juegos, no le resultaría difícil conseguirlo. También se esforzó en no ponerse al alcance del conde y su esposa, a los que había visto dirigiéndose de una prueba a otra.

Había artesanos que ofrecían cuchillos forjados a mano, joyas de plata con intrincados diseños celtas y tartanes tejidos con los colores de los clanes. Una hilera de

toldos protegía a los vendedores de dulces: manzanas caramelizadas, galletas de avena y tabletas de *fudge* con sabor a whisky. Olivia permaneció un buen rato escuchando a un joven poeta que recitaba baladas en gaélico, mientras un pintor capturaba en su lienzo la majestuosidad del evento. No entendía apenas nada de lo que decía el bardo, pero le gustaba escucharlo. Después se dirigió hacia un rincón más apartado, donde se celebraba una exhibición de danzas tradicionales. Las mujeres se movían al ritmo de las gaitas, con pasos rápidos que golpeaban el suelo con fuerza. Las cintas de sus peinados ondeaban mientras giraban, y la inglesa aplaudió con entusiasmo el final de cada baile.

Mientras su hermana disfrutaba de la gastronomía, la música y algunas pruebas femeninas mucho menos exigentes, Hannah fue testigo de la carrera de piedras y de cómo Dougal ganaba de nuevo, demostrando su poderosa fuerza. Los McEntrie vencieron también en el *Tug of War*, con la colaboración de Gilleasbuig MacDonald, lo que provocó una explosión de gritos y risas al finalizar la prueba.

Ceit le explicó la larga y tortuosa lucha entre McEntries y MacDonalds de los últimos siglos y, aunque la inglesa ya había oído hablar sobre el tema, disfrutó del detallado relato de su amiga y aceptó enseguida su ofrecimiento de presentárselo.

—Encantado de conocerla, señorita Wyndham —dijo Gilleasbuig inclinándose con suma corrección, cuando se acercaron a saludarlo.

—Lo felicito por su victoria —dijo ella con simpatía.

—En realidad he puesto solo un granito de arena. Todo el mundo sabe que los McEntrie no tienen rival.

Heather llegó hasta ellos corriendo y agarró a Ceit de la mano.

—La carrera de sacos —dijo la niña tirando de ella.

—¿Ya? —Ceit se despidió de Hannah y corrió con la niña hacia el prado.

—¿Ha visto los puestos? ¿Le apetece un dulce?

Hannah asintió y caminaron hacia los tenderetes con paso tranquilo.

—¿No va a participar más? —preguntó dando un mordisquito a su *tablet*.

—No —negó Gilleasbuig—. Lo del *Tug of War* lo he hecho solo como deferencia a los McEntrie por alojarme en *Slioscreige*.

Hannah escondió una sonrisa.

—Puede compartir conmigo el chiste, seguro que sé en lo que está pensando.

—Adelante —lo animó la escultora.

—Ya le habrán hablado de la enemistad entre nuestras dos familias, y habrá pensado que resulta cómico que yo esté agradecido por la hospitalidad de quienes deberían ser mis enemigos acérrimos.

—No va muy desencaminado.

Gilleasbuig inclinó la cabeza y sonrió abiertamente.

—Tiene toda la razón —afirmó—. Resulta de lo más cómico.

—Voy a menudo a pasear por las ruinas del castillo de su familia —dijo sincera—. La tragedia tiene algo de arte, ¿no cree?

—Supongo que siendo escultora verá cosas que los demás no vemos.

Hannah lo miró sorprendida, no esperaba semejante perspicacia por su parte.

—¿Le gusta la escultura, señor MacDonald?

—Tengo amistad con William Rush, ¿lo conoce?

Hannah lo miró un poco más sorprendida.

—¿Conoce a William Rush?

—Ahora mismo tengo mi residencia en Filadelfia y he patrocinado alguna de sus obras, sí. Es un hombre bastante reservado, no le gusta mucho hablar de sí mismo, pero por alguna extraña razón, le caigo bien.

Hannah sonrió y continuaron caminando. Sin darse cuenta, se habían ido alejando de la zona en la que se desarrollaban los Juegos.

—Me gusta el arte en todas sus vertientes —explicó el escocés—. Suelo organizar tertulias en mi casa e invito a escultores, escritores y pintores para que se peleen entre ellos.

—Es usted maquiavélico.

—Procuro serlo, sí —afirmó divertido—. Me gusta ver lo humanos que son mis compañeros de viaje.

—¿Se refiere a sus amigos como «compañeros de viaje»?

—¿No es lo que somos todos?

Hannah arrugó levemente el ceño. No se esperaba aquella conversación. Al ver a Gilleasbuig, su pelo extraordinariamente rubio, su rostro perfecto, sus ojos de un azul asombroso y escuchar la historia que Ceit le había narrado sobre su familia, esperaba a alguien tosco, antipático y, desde luego, nada interesante.

—¿Y qué hace una reputada escultora inglesa en Lanerburgh?

—¿Reputada? —se burló ella.

Gilleasbuig enarcó una ceja.

—Según opinan el señor Rush y alguno de sus amigos, es usted «una gran promesa de la escultura del viejo mundo».

Hannah se detuvo en seco y lo miró con ojos muy abiertos.

—¿El señor Rush sabe quién soy? ¿Cómo?

—Lorenzo Ferri habla maravillas de usted. Se aloja en casa de Rush desde hace unos meses.

La escultora empalideció.

—Veo que no guarda buen recuerdo de su maestro.

—¿Está... en Filadelfia?

Gilleasbuig asintió.

—William le ha ofrecido un puesto en la Academia de Bellas Artes y están colaborando en un proyecto.

Hannah seguía con aquella expresión de sorpresa.

—Veo que la noticia no es de su agrado.

Apretó los labios para no decir lo que su corazón le dictaba y continuó caminando en silencio. Gilleasbuig respetó su deseo y tampoco dijo nada durante un buen rato. Antes habría presionado para averiguar todo lo que pudiese, pero ya no era esa persona.

—Disculpeme —dijo Hannah cuando pudo librarse de la conmoción—. Ha sido una... sorpresa.

—Desagradable, está claro. Me disculpo por ser yo el que se lo ha contado.

Hannah lo miró interrogadora.

—Su maestro llevó consigo una de sus obras y el señor Rush quedó sorprendido, incluso maravillado, diría yo.

—¿Qué? —Su cerebro buscaba desesperadamente qué pieza le faltaba y dio con ella sin tardanza—. ¡Ariadna!

Gilleasbuig asintió sonriente.

—Debo decir que es una obra magnífica, realmente. No es que sea un entendido, pero el señor Rush opina como yo, así que no voy desencaminado.

Hannah recordó la estatua en la que había estado trabajando en un momento dulce de su vida. Quizá el más dulce que había tenido jamás. Había enrollado alrededor de Ariadna el hilo con el que ayudó a Teseo a escapar del laberinto. Era una figura elegante y hermosa, repleta de luz y de tristeza.

—Me fascinó la expresión del rostro de Ariadna, no entiendo cómo fue capaz de transmitir tanta emoción en un pedazo de piedra.

—Yo tampoco —musitó ella pensativa.

En ese entonces no conocía la traición y, sin embargo, fue capaz de imprimir esa emoción con total sinceridad en el rostro de Ariadna. Lorenzo se la pidió después de contarle su historia, una de las más conmovedoras que había escuchado.

—Salvó a su amado y él le devolvió el gesto abandonándola —dijo Gilleasbuig como si pudiera leer sus pensamientos—. La mitología está llena de traiciones.

—¿Y la vida no?

El escocés lo pensó un momento y finalmente asintió.

—Tiene razón.

—Pero en realidad yo no creo que lo importante en su historia sea la traición de Teseo. A mí me impactó la inteligencia de Ariadna al idear el plan que salvaría al hombre al que amaba. La traición de Teseo al abandonarla en la isla de Naxos es tan importante como pueda ser el amor de Dionisio por ella.

—¿Cuál es su Ariadna? ¿La que está devastada por el abandono de Teseo o la resignada ante Dionisio?

—¿Resignada? —preguntó sorprendida.

—Ella amaba a Teseo, se entregó a Dionisio sin amor.

—¿Cree que una mujer solo puede amar a un hombre?

Gilleasbuig torció una sonrisa.

—A un dios, en este caso.

—Ya me entiende. Yo creo que Dionisio se enamoró primero, pero que ella acabó rindiéndose a ese amor cuando él le demostró lo que significaba en verdad ese sentimiento. Dionisio se enamoró de ella al verla sola en Naxos. Quizá fue su tristeza la que lo cautivó. O su belleza... La cuestión es que la rescató de allí y le ofreció un lugar en el Olimpo.

—¿Y no cree que para ella fue más una necesidad que una elección?

—Al principio, sin duda. Pero estoy convencida de que ella lo amó profundamente. Él es retratado como un dios protector que la ama tanto que la hace inmortal. Si ella no lo hubiese amado, él habría acabado amargado y dolido. No la hubiese elevado al cielo como una constelación.

Gilleasbuig la miraba con intensidad y Hannah se sintió cohibida al manifestar unos pensamientos que eran demasiado íntimos.

—Deberíamos volver o nos perderemos las pruebas —dijo dando la vuelta.

El escocés tardó unos segundos en seguirla.

A medida que el sol descendía detrás de las montañas, los colores del cielo pasaban de dorado a un violeta profundo, y las antorchas comenzaron a iluminar el campo. Los últimos competidores se retiraban del área de pruebas, mientras los clanes se reunían

alrededor de fogatas improvisadas. El sonido de las gaitas volvió a llenar el aire, esta vez más melancólico, como una despedida agridulce al día que terminaba.

Craig McEntrie, agotado pero satisfecho, caminó hacia su grupo. Miró a sus hijos, que reían mientras compartían un trozo de carne asada, y pensó en la fuerza que los Juegos representaban. Una comunidad unida por tradiciones que desafiaban el paso del tiempo, inmunes al empeño de aquellos que trataron de destruirlas.

Un poco más lejos vio a Olivia que, sentada sobre una piedra, observaba a los niños jugar. Tenía una expresión serena y sostenía entre las manos un cuenco de sopa caliente que parecía haber olvidado.

—Se te va a enfriar —dijo a su espalda.

La mujer dio un respingo y vertió parte del contenido sobre su vestido. Se puso de pie rápidamente, agravando el estropicio.

—¡Qué desastre! —exclamó sacudiéndose la falda.

Craig le cogió el cuenco y lo dejó sobre la piedra en la que había estado sentada.

—Enhorabuena —dijo ella recuperando la compostura—. Habéis ganado casi todas las pruebas. Aunque ya debéis estar muy acostumbrados.

El escocés movió los brazos tratando de relajar la tensión de sus hombros y su espalda.

—¿Lo has pasado bien? —preguntó con voz calmada—. No te has acercado a ninguna de las pruebas en las que yo estaba.

Olivia carraspeó con disimulo.

—Hay demasiado que ver. Entre los puestos, las pruebas y los juegos de niños...

—Mañana tendremos la feria —dijo él, señalando el lugar al que habían llevado los caballos y el resto del ganado.

—Voy a buscar a Hannah para regresar a casa. Estoy molida y eso que no he levantado ningún tronco —dijo intentando sonar distendida.

Craig sonrió seductor.

—Dougal y yo nos quedamos a pasar la noche para vigilar el ganado —explicó—. Los demás regresarán por la mañana.

—Liam os lo agradecerá. Ha trabajado mucho, seguro que le viene bien vuestra ayuda.

El otro asintió metiéndose las manos en los bolsillos.

—Que descanses —dijo pasando junto a él para ir en busca de su hermana.

Craig la observó alejarse confuso.

—Siento que no hayas ganado ninguna prueba —dijo Hannah cuando Liam se acercó.

—Estoy acostumbrado —se encogió de hombros y luego dejó escapar el aire en un suspiro—. Me alegra que todo haya salido bien. De momento.

La escultora siguió su mirada hacia los rebaños que descansaban en los cercados.

—Va a ser una noche larga.

Liam asintió.

—Mi padre quería que organizase el baile esta noche, él cree que así los animales estarían más vigilados, pero yo opino lo contrario. —La miró con fijeza—. Mañana por la noche anunciaremos nuestra boda.

Ella no dijo nada, pero le sostuvo la mirada.

—Es lo que acordamos —insistió él.
—Si de verdad es lo que quieres...
Liam sonrió burlón.
—Me siento como una doncella suplicando por su honra.
Hannah amplió su sonrisa.
—Tu honra no tiene solución.
El escocés puso cara de ofendido.
—¿Por quién me tomas?
Hannah dejó su respuesta en el aire.
—¿De qué hablabas con Gilleasbuig? —siguió él—. Parecíaís muy entretenidos.
Ella inclinó la cabeza sin dejar de sonreír.
—¿Te molesta?
Liam se encogió de hombros de nuevo.
—Sigue siendo un MacDonald. Si fuera tú, no me fiaría de él.
—Ha sido muy amable conmigo. Y entiende de escultura.
El escocés frunció el ceño casi imperceptiblemente.
—Mañana cabalgaremos hasta las ruinas de su castillo —añadió ella.
—No deberías ir por allí, es peligroso.
—¿Peligroso? —se burló—. ¿Lo dices por el fantasma de Bhattair?
—Lo digo porque está en ruinas y podría desplomarse alguna pared sobre tu cabeza.
—No voy a entrar, tranquilo. Suelo ir a pasear a menudo por allí, me ayuda a despejar la mente y a inspirarme.
—Lo sé.
—¿Lo sabes? —preguntó ceñuda.
—Te he visto varias veces.
Ahora fue ella la sorprendida. Lo miró interrogadora.
—¿Cuándo me has visto?
Liam lo pensó un momento sopesando sus posibilidades. Finalmente, optó por la más fácil.
—Un día después de nuestro compromiso te vi y te seguí.
—¿Y por qué no me dijiste nada?
Él se encogió de hombros.
—Y no hubo ningún compromiso.
—¿Otra vez con eso?
—Solo hablamos.
—Normalmente los compromisos se expresan con palabras, sí.
—Liam...
—¿Qué?
—Nada, déjalo.
La miró de un modo que no dejaba lugar a dudas y Hannah sintió que se le calentaban los huesos.
—Tengo que irme. Ya es muy tarde. Olivia debe estar...
La cogió de la mano y tiró de ella sin miramientos. Hannah lo siguió sin protestar y tampoco se quejó cuando la empujó contra una pared de roca y la besó con urgencia.
—La espalda... —musitó ella sin apartarse apenas.
—¿Qué? —preguntó él con la vista nublada y el corazón bombeando desesperado.

—Me haces daño.

La soltó inmediatamente y dio un paso atrás, como si de pronto su contacto lo quemase.

—¡Dios! Lo siento. —Se llevó las manos al pelo y lo apartó como si le estorbase—. No sé qué me pasa cuando estoy a tu lado. Es como si me poseyera un extraño ser que solo puede desearte.

Hannah sonrió halagada y se colocó el vestido y el pelo en su sitio. Liam la miró con mayor atención, aquella sonrisa ladeada y el modo en el que rehuía su mirada.

—¿Era mentira?

La escultora no respondió, en su lugar regresó por donde habían venido, y a una prudencial distancia se giró para hablarle.

—Te dije que no pasaría.

Liam masculló algo ininteligible y tuvo que contenerse para no ir a buscarla y... Hannah vio la amenaza en su mirada, rompió a reír a carcajadas y echó a correr tan rápido que el escocés cambió su expresión enfadada por una sorprendida.

—Por San Columba, cómo corre.



Asomó la cabeza dentro de la tienda de los McEntrie y vio que Dougal ya roncaba en su jergón, pero Craig seguía despierto. Le mostró la botella de *drambuie* que llevaba en la mano y le hizo un gesto para que saliera. Craig cogió dos vasos y lo siguió hacia la hoguera.

—¿Te toca vigilar? —preguntó Craig sentándose en uno de los troncos.

Liam llenó los vasos y se sentó también. Durante unos minutos ninguno dijo nada. La noche estaba despejada y el cielo mostraba un deslumbrante manto de estrellas.

—Organicé turnos de dos horas —dijo Liam levantando su vaso—. Me alegra tener compañía.

Craig bebió y solo se escuchó el crepitar del fuego entre ellos.

—¿No podías dormir? —preguntó Liam cuando el alcohol empezaba a relajar sus músculos.

Craig suspiró y lo miró de soslayo.

—Hace un tiempo que no duermo bien —confesó.

—¿Ocurre algo que yo no sepa? —dijo Liam con un deje de preocupación—. Sabes que...

—No es nada. Cosas mías...

Bebió un largo trago y se levantó para rellenar el vaso. Liam extendió el brazo para acercarle el suyo. Cuando Craig volvió a su sitio, el otro lo miró con curiosidad.

—¿Es por Olivia?

El patriarca de los McEntrie bebió un largo sorbo sin dejar de mirarlo.

—¿Y esa pregunta?

Liam se encogió de hombros.

—Ya me enteré de la que liaste —dijo el patriarca de los McEntrie.

—No creo que eso tenga ningún mérito —se burló el otro.

—¿Vas a casarte con ella?

—Es mi intención, sí.

—¿La quieres?

Liam negó arrugando los labios y Craig apuró el contenido de su vaso.

—No es una mujer fácil.

El otro se levantó y cogió la botella a la que parecían dispuestos a darle fin esa noche. Craig extendió el brazo para acercarle el vaso.

—Yo he sido sincero. ¿Qué te pasa a ti? —preguntó Liam dejando la botella donde estaba.

—Olivia.

—Lo sabía. —Sonrió el otro—. Esas dos...

—Ha hecho un trato con Baxter.

Liam lo miró sorprendido.

—¿Qué?

Craig bebió un trago y luego dejó escapar el aire en un suspiro.

—¿Niamh? —preguntó Liam atando cabos.

—En dos años será suyo, él o uno de sus potrillos.

—¿No le advertiste...?

La mirada del patriarca respondió por él y Liam levantó el vaso y descargó el contenido en su garganta.

—¿No hay forma de anularlo?

—Firmó un documento. —El fuego danzaba en los ojos de Craig y brillaba en su rostro, pero su expresión era oscura como la noche.

Liam miró ceñudo cómo escanciaba el resto de la bebida en su vaso, dejando la botella vacía. Miró el propio con pesar y luego volvió a mirar a Craig.

—Ese perro no es de los que sueltan una presa cuando la tienen en sus fauces —musitó el McEntrie.

—¿De qué perro hablas? —preguntó Liam confuso.

—¿Eres idiota, Liam? Es en sentido figurado. ¿Sabes lo que significa?

—Claro que sé lo que significa, no soy estúpido.

—No estoy muy seguro de eso —dijo Craig poniéndose de pie.

Liam se levantó también y se acercó a él.

—¿Qué vas a hacer?

—No lo sé —dijo Craig visiblemente enfadado.

—Tendremos que pensar algo.

El McEntrie vació su vaso y lo dejó sobre el tronco para no lanzarlo contra un árbol. Liam seguía sus movimientos sin entender nada.

—¿Tienes bebida en tu tienda? —preguntó.

Craig asintió sin mirarlo y el otro fue a buscarla.

—Has traído whisky del bueno —dijo cuando regresó—. ¿Quieres?

—¿Me preguntas si quiero de mi whisky? —masculló el otro.

Liam rellenó el vaso que había dejado en el tronco y se lo entregó. Cuando iba a llenar el suyo, se dio cuenta de que aún le quedaba un poco de drambuie y se lo bebió de un trago.

—No deberíamos mezclar —dijo al tiempo que volvía a llenarlo.

Durante unos segundos permanecieron de pie y en silencio disfrutando de la bebida.

—¿Estás enamorado de Olivia? —preguntó Liam.

—Sin remedio.

El más joven se giró hacia él con expresión de sorpresa.

—¡Craig! ¡Eso es fantástico! Podríamos celebrar una boda do...

—No te emociones, no sé si voy a casarme.

Liam frunció el ceño.

—¿Por qué no?

Craig lo miró enarcando una ceja.

—¿Cuántas veces me casé, Liam?

—Tres.

—¿Y qué les pasó a mis esposas, Liam?

—Murieron.

—¿Sabes sumar?

—Claro que sé sumar, ¿qué tiene eso que ver con...? ¡Ah, es una metáfora!

Craig puso los ojos en blanco y luego bebió de su vaso. Empezaba a sentir la niebla que aletargaba su cerebro, pero aún podía pensar así que no era suficiente. Liam permaneció un buen rato dándole vueltas al asunto mientras bebía. De vez en cuando miraba a Craig y arrugaba el ceño al ver su perfil sombrío y duro.

—¿Crees que Olivia se morirá si se casa contigo? No es eso, ¿verdad? El alcohol no me deja pensar con claridad. —Apuré el contenido de su vaso y lo llenó de nuevo. Cuando regresó, Craig no se había movido del sitio.

—¿Crees en las maldiciones? Llevo años pensando que estoy maldito. ¿Te he hablado alguna vez de Keenan McEntrie? Había decidido olvidarme de él. —Hizo un gesto con la mano como si aventara algo que volara delante de sus ojos—. Después de hablar con Elizabeth pensé que era una completa estupidez. Es verdad que tuvo tres esposas, pero no murieron por motivos extraños. De hecho, la última no murió siquiera.

—¿Quién es Keenan McEntrie? Un pariente, supongo.

—Vivió hace doscientos años.

—¿Y su mujer no está muerta? —Liam soltó una carcajada—. Pues debe ser muy vieja.

—Estás borracho —dijo moviendo la cabeza.

—Me parece que sí.

Craig lo cogió por el hombro y lo miró a los ojos.

—Y cuando me he decidido a confesarle mi amor a Olivia, va y me clava ese puñal por la espalda, ¿estoy o no estoy maldito?

—¿Qué puñal? ¿Lo de Baxter?

Craig negó con la cabeza, pero no respondió. Liam puso su otra mano en el hombro del McEntrie.

—Eres como un padre para mí. Otro padre, porque yo tengo uno. Puedes hablar conmigo de lo que quieras. No saldrá de aquí, te doy mi palabra.

—No te enamores nunca, las mujeres cogen tu corazón y se lo comen enterito. No dejan ni unas pocas migajas. Hazme caso. Cásate con Hannah, pero no te enamores.

Liam asintió repetidamente.

—Eso haré. Pero tú no sufras, hablaremos con tus hijos y encontraremos una solución para Baxter. Podríamos robar el documento. Ya lo hicieron una vez, ¿te acuerdas? Yo puedo ayudar, Isobel es prácticamente de mi familia. Bueno, no, pero ya me entiendes.

Craig le dio unas palmadas en el hombro, asintiendo.

—Gracias, Liam, eres un buen amigo.

—Sabes que puedes contar conmigo para lo que sea. —Se golpeó el pecho—. A muerte con los McEntrie.

—¿Tú no crees que esté maldito?

—Las maldiciones no existen, Craig.

—Espera a que se te mueran tres esposas y luego hablamos.

—¿Cómo vas a estar maldito tú? Craig, no me jodas. ¡Eres el tío más honorable que conozco! —dijo al tiempo que se llevaba el vaso a los labios—. ¿Quién te maldijo?

—No lo sé.

—Para que estés maldito, alguien tiene que maldecirte.

El patriarca lo miró incrédulo.

—Esas cosas se hacen en secreto.

—Sí, claro, escondidos detrás de un árbol. Si alguien te desea algún mal, querrá que sepas que él te lo causó.

—Bhattair —afirmó Craig pensativo.

—¿Bhattair? Entonces ya no tienes nada que temer, está muerto.

—¿Las maldiciones acaban cuando el que las lanza muere? —Su mirada era realmente curiosa.

—No tengo ni idea, no me han maldecido nunca. Que yo sepa.

—Créeme, lo sabrías.

Liam negó con la cabeza.

—Has dicho no sé qué de Keenan. Bhattair no estaba aquí hace doscientos años.

—Cierto —musitó el otro ceñudo.

—Habla con el reverendo Campbell, a lo mejor él sabe qué hacer. —Se le escapó un hipo y frunció el ceño sorprendido—. Estoy borracho.

—Como una cuba. —Craig apuró el contenido de su vaso de un trago.

—¿Has hablado con tus hijos de esto?

—Claro que no, ¿te crees que soy estúpido? Si saben lo que siento por Olivia, no dejarán de insistir en que me case.

—Deberías casarte.

—¿Quieres que te ayude a dormir toda la noche del tirón? —amenazó con el puño levantado.

El otro mostró la palma de su mano en señal de rendición. Sabía de sobra la fuerza que tenía y no le apetecía nada que le descoyuntase la mandíbula.

—Entonces... —Organizó sus pensamientos—. ¿Tú crees que si te casas con Olivia, la maldición que pesa sobre ti caerá sobre ella y la matará? ¿O es por lo de Niamh? No lo tengo claro.

Craig fue a rellenar su vaso sin responder.

—¡Joder! —exclamó Liam—. Lo tuyo es mucho más difícil que lo mío.

El otro lo señaló.

—¿Qué es lo tuyo?

—Quiero acostarme con Hannah.

—Por lo que he oído, ya lo has hecho.

—Todo el tiempo. —Se giró a mirarlo y se encogió de hombros—. No puedo pensar en otra cosa. Es... insoportable.

—Vas a casarte con ella, pronto tendrás el problema solucionado.

—Pero ella no quiere casarse.

Craig frunció el ceño incrédulo.

—Sé que está planeando algo para evitarlo —siguió Liam pensativo—. Es esa clase de mujer.

—¿De qué hablas?

—Ya sabes, de las que planean cosas para salirse con la suya.

—Ah, de esas. —Movió la cabeza con los labios apretados—. Entonces lo tienes difícil, amigo mío. Tendrás que adelantarte a los acontecimientos si no quieres salir escaldado. Constance era así y no sabes lo duro que fue seguirle el ritmo. Siempre iba diez pasos por delante de mí.

Liam asintió tambaleándose.

—Creo que la he pillado —sonrió ladino—. Ya sé lo que pretende. Se piensa que soy tonto y se va a llevar una sorpresa.

—Eso te crees tú —se burló Craig.

—Gilleasbuig.

—¿Qué pasa con él?

—Los he visto hablando.

—¿Hablando de qué?

—No lo sé. De algo.

Craig frunció el ceño confuso.

—Gilleasbuig ha cambiado —dijo arrastrando las palabras—. Ahora es normal.

—Eso da igual. Ella lo ha elegido. —Asintió rotundo—. Lo he visto en sus ojos cuando se lo he mencionado. Van a ir al castillo de los MacDonald. Ella va mucho por allí, ¿sabes? La seguí un día y la vi paseando. Parecía un ángel con pantalones. Se viste con pantalones —agregó mirándolo.

—Lo sé. Heather quiere usarlos y Lavinia no la deja. Esa niña no da fácilmente su brazo a torcer. Es cabezota como su abuela Constance.

—Sabes que no es tu nieta, ¿verdad, Craig?

—Claro que lo sé, ¿te crees que soy imbécil? Solo digo que me recuerda a Constance, que todo hay que explicártelo.

Liam volvió a mostrar la palma de su mano, seguía sin querer un hueso roto.

—¿Estás seguro de que no la amas? —preguntó el McEntrie.

—Totalmente. Pero la deseo de un modo enfermizo.

Craig lo miró inquisitivo.

—¿Tienes alguna experiencia en el tema? Porque, por lo que yo sé, eres un completo analfabeto en ese sentido.

El otro frunció el ceño pensativo.

—Pues tienes razón, nunca me he enamorado. Pero no creo que necesites haberlo experimentado para saberlo. Si estuviese enamorado, vería a Hannah como la mujer más hermosa del mundo. Querría pasar el resto de mi vida con ella. Me sentiría orgulloso de tenerla a mi lado. Me sentiría cómodo y a gusto con ella. No siento ninguna de esas cosas —dijo rotundo—. Lo único que siento estando a su lado es un hambre voraz y un deseo de poseerla sin descanso hasta quedarme seco.

Craig enarcó una ceja y luego se encogió de hombros.

—Tú sabrás. —Dejó el vaso sobre el tronco y se dirigió a su tienda—. Puedes quedarte el whisky, me voy a dormir.

Liam dejó escapar el aire en un suspiro, mientras las pocas neuronas que no habían caído embriagadas por el alcohol seguían elucubrando un plan para desbaratar lo que fuera que Hannah tuviese en mente.

Capítulo 19

Hannah sonreía ufana mientras avanzaba a paso tranquilo por el camino que llevaba hacia las tierras de los MacDonald.

—¿No se extrañarán de que nos hayamos ido tan temprano? —preguntó Gilleasbuig que llevaba pensándolo desde que salieron de las tierras de los Fraser—. Deberíamos haber avisado a Liam, al menos.

Hannah lo miró enarcando una ceja.

—¿Y por qué habría de avisarlo?

—Sé que van a casarse.

La escultora frunció el ceño.

—¿Quién se lo ha dicho?

El otro sonrió abiertamente.

—Me alojo en casa de los McEntrie, señorita Wyndham. Liam es de la familia.

—Pues le han informado mal, no pienso casarme con ese caballero.

Gilleasbuig no dijo nada y siguieron avanzando en silencio unas cuantas yardas.

—¿Conoce mi historia con Enid, señorita Wyndham?

Hannah negó con la cabeza.

—Mejor —dijo él sin sacarla de dudas.

—¿Le apetece galopar un poco? —preguntó ella—. Si tomamos el sendero, no nos encontraremos con ningún rebaño. Todos prefieren este camino que es más amplio.

Gilleasbuig asintió y la siguió.

La escultora miraba el perfil de Gilleasbuig, mientras se imaginaba esculpiéndolo en su taller.

—¿Le gustaría posar para mí? —preguntó directa.

El otro sonrió con cierta turbación.

—¿Posar para una de sus estatuas? Sería todo un honor.

La escultora sonrió.

—Tiene usted un rostro de dimensiones perfectas.

—¿Es su manera de decirme que le parezco guapo?

Hannah asintió. ¿Por qué estaba tan nerviosa? Lo había pensado muy bien y estaba completamente decidida a llevar a cabo su plan.

—¿Y quién sería? ¿Teseo o Dionisio?

Ella soltó una carcajada.

—No lo tengo claro.

—Vaya, me decepciona —dijo observando el castillo en ruinas.

El cambio en su expresión no le pasó desapercibido a Hannah, que comprendió que estar allí lo turbaba más de lo que quería reconocer.

—¿Se arrepiente de haberme acompañado? Para usted esto fue su hogar...

El MacDonald mantuvo la mirada fija en el lugar en el que había estado su habitación.

—Nunca lo sentí como un hogar —dijo al fin—. Era más... una prisión.

Hannah siguió su mirada y asintió.

—Bonnie me ha contado algunas cosas. Lo suficiente para hacerme una idea de la

clase de hombre que era su padre.

—¡Oh! —se rio él—. Le aseguro que cualquier cosa que piense se queda corta. Bhattair MacDonald era un padre extremadamente cruel, un hombre impredecible y despiadado.

Hannah escudriñó su mirada y pudo ver el dolor que se mezclaba con el miedo y la tristeza.

—Cuando tenía doce años, me dio tal paliza que estuve varios días inconsciente. Durante ese tiempo ni él ni mi madre me visitaron una sola vez. Cuando desperté había una criada durmiendo en una butaca a mi lado. Fue la que me cuidó todo ese tiempo. Entonces comprendí el lugar que ocupaba en este castillo. Era poco más que una silla y, al contrario que ella, no servía para mucho.

—Su madre...

—Lo sé —asintió al ver que no sabía cómo continuar la frase—. Fui a visitarla a Auchencrow hace unos días. Nos habíamos escrito y me lo había contado casi todo, pero no es lo mismo que hablarlo cara a cara.

—Desde luego —afirmó ella—. El rostro dice mucho.

—Y las lágrimas. —Respiró hondo—. Jamás la había visto llorar así por mí.

—Debió ser espantoso ver el sufrimiento de sus hijos sin poder aliviarlo.

—Y tenía razón. Si mi padre hubiera sabido lo mucho que nos amaba, nos habría molido a golpes más de lo que ya lo hacía. —Se quedó unos segundos pensativos—. La he perdonado, pero lo cierto es que me resulta muy difícil amarla. Tengo un nudo en las entrañas que no soy capaz de desatar.

—Supongo que se necesita tiempo.

—Nunca me llevé bien con mi hermano Carlton y, sin embargo, me atormenta la idea de que murió solo, tirado en mitad del camino sin saber la verdad de todos nosotros. Lo imagino preguntándose por qué Dios le había dado una vida tan amarga.

Hannah se sintió profundamente conmovida, pero no dijo nada. Gilleasbuig permaneció un buen rato en silencio, sin apartar la mirada de aquellos ojos negros y ahumados que antes fueron ventanas. Le pareció ver una sombra moverse en la sala de música y el brillo de una llama donde debía estar la chimenea. Se giró hacia Hannah y la miró con sus ojos brillantes y hermosos carentes ahora de artificio.

—¿Qué es lo que quiere de mí?

La escultora comprendió que no tenía sentido fingir y sonrió con placidez.

—Quiero que me ayude a evitar mi matrimonio con Liam Fraser y para ello estoy dispuesta a acabar por completo con mi reputación.

—¿No puede decir que no sin más?

Hannah suspiró pensativa.

—Podría, pero sería agotador. Todos quieren que me case, sobre todo mi hermana. Y Liam es... demasiado convincente.

Gilleasbuig frunció el ceño.

—¿No lo ama?

—No.

Gilleasbuig asintió con la cabeza.

—¿Y él?

—Tampoco.

—¿Y por qué no casarse entonces? Un matrimonio de conveniencia tiene sus

ventajas.

Ella suspiró de nuevo.

—Soy demasiado independiente. Me he acostumbrado a tomar mis propias decisiones.

—Podría establecer un acuerdo, una especie de contrato.

—La ley no me ampararía en caso de conflicto y lo sabe. Casarse implicaría poner en él una confianza que, sinceramente, no le tengo.

—Parece muy segura.

—Lo estoy.

—Es curioso. Por lo que había oído que pasó entre ustedes, creía que confianza no les faltaba.

La mirada de Gilleasbuig fue tan elocuente que Hannah sintió que se le caldeaban las mejillas, algo a lo que no estaba nada acostumbrada.

—No pretendo molestarla, pero su sinceridad me empuja a devolverle la misma consideración.

—No se preocupe, puede hablarme con total libertad. Yo le he contado mis intenciones, es justo que usted pueda decir lo que opina.

—A veces es más fácil hablar con un desconocido. Lo sé bien.

Ella asintió.

—Si le dijera a mi hermana cuál es mi verdadera intención, no dejaría de atosigarme con su opinión contraria.

—Pues, siento decepcionarla, pero no voy a ayudarla. —Gilleasbuig le mostró las palmas de las manos—. Ya no soy esa persona. Me han dado una segunda oportunidad y voy a aprovecharla.

—¿Qué le importa lo que piensen? Se va a marchar en unos días y probablemente no vuelva nunca.

—Voy a casarme, señorita Wyndham. Este viaje no es un asunto comercial, necesitaba sanar mis heridas para asegurarme de ser el hombre que ella merece. Le di mi palabra a mi prometida y le aseguro que voy a cumplir mi promesa. Quiero que mis hijos tengan un padre decente y para eso debo reconciliarme con quienes compartieron mi aciago destino. —Negó con la cabeza—. No puedo ni quiero ayudarla. Lamento ser tan directo, pero es mejor no dejar lugar a la confusión en casos como este.

El galope de un caballo los hizo girarse hacia el camino y Hannah maldijo entre dientes al reconocer la figura del jinete. Liam desmontó de un salto y caminó decidido hacia ellos.

—Hola, Liam —saludó Gilleasbuig consciente de la mirada amenazante del escocés—. Me alegra que hayas venido, yo ya me marchaba y no quería dejar sola a la señorita Wyndham. Este castillo en ruinas es peligroso. La dejo en buenas manos.

Se inclinó frente a ella con suma cortesía y después se dirigió a su caballo. Maniobró para llevarlo hacia el sendero y se alejó con un trote suave y tranquilo.

—¿En serio? ¿Gilleasbuig MacDonald? —preguntó Liam con evidente enfado—. ¿Qué pretendías exactamente?

—Ya lo sabes, no sé para qué preguntas —dijo profundamente decepcionada por el cariz que estaban tomando los acontecimientos.

El escocés miró a su alrededor y luego a ella con ojos muy abiertos.

—¿Qué era exactamente? ¿Y aquí? —señaló incrédulo—. ¿Te has vuelto loca?

—No iba a entregarme a él, si es lo que piensas.

Liam empuñó su mirada escrutándola con atención.

—No me habría servido de nada, aquí nadie nos habría visto. Necesitaba hablar con él para planificar una escena creíble. Con público.

Liam abrió los ojos como platos, mirándola con las manos en la cintura.

—Estás loca.

—Deberías buscar otro insulto en tu repertorio, ese es un poco repetitivo.

La agarró de los brazos y la sacudió.

—¿Por qué? ¡Maldita sea! ¿Por qué tienes tanto interés en librarte de mí? ¿Tanto te desagrada la idea de ser mi esposa? ¿Qué piensas que voy a hacer cuando estemos casados? ¿Pegarte? ¿Prohibirte esculpir?

—No permitiría ninguna de las dos cosas —dijo con frialdad.

—Nos destruirás a todos por tu estúpida cabezonería —dijo él con dureza—. ¿Quieres acabar con la vida de tu hermana?

—No haré semejante cosa.

—¿Que no? —La soltó con una ligera violencia y ella trastabilló antes de recuperar el equilibrio—. Está bien.

—¿Está bien?

—Si tanto te repugna la idea, no me casaré contigo —masculló furioso.

—¿No? —maldijo su tembloroso tono.

Liam enarcó una ceja.

—¿No es lo que quieres? ¿Que te deje en paz?

Ella asintió repetidamente y con demasiado entusiasmo.

—Pues dalo por hecho. No volveré a pedirte que nos casemos. No hace falta que te cubras de fango para librarte de mí. En el fondo es lo que quiero, acabar con esto de una maldita vez. Eres insolente, cabezota y tienes un carácter de mil demonios, no sé cómo habría sobrevivido.

—Está claro que tu vida conmigo habría sido una fiesta —musitó ella sin dejar de mirarlo.

—Dirás un infierno. —Dio un paso hacia ella.

—Es lo mejor para los dos, Liam.

El escocés apretó los dientes y su mandíbula se marcó poderosa.

—No es mi honra la que está en juego, sino la tuya. Si esto es lo que quieres, que así sea.

Ella enarcó una ceja sin expresión, sentía su furia en el estómago, pero no tenía el menor deseo de calmarla.

—Puedes dejar el teatro de una vez, no me romperé porque digas lo que piensas de verdad.

—¿He dicho alguna mentira?

—No —negó ella con suavidad—. Al contrario, te has callado muchas verdades. Crees que soy fea. Que mis manos son rugosas y carezco de elegancia. Que no haría un buen papel en un salón repleto de damas porque mis maneras son cualquier cosa menos delicadas. Que debería estar agradecida porque un hombre de tu talla, de tu presencia y categoría se rebajase a casarse conmigo.

—¿Tanto te molesta lo que piense de ti?

Ella negó sin apartar la mirada.

—¿Por qué habría de molestarme? Tu percepción habla de ti, no de mí. Yo no soy lo que tú ves. Estas manos, rugosas y feas, son capaces de extraer la más extraordinaria belleza que se oculta en una piedra. Si puedo recrear emociones y sentimientos, cincelarlos con la precisión de un dios diseñando a sus criaturas es porque esas estatuas tienen mi corazón y mi alma. Soy un volcán en erupción y mi belleza radica en mi espíritu, que es el que te vuelve loco cuando me posees, por eso quieres casarte conmigo, Liam Fraser. No porque esté en peligro mi honra. Quieres tener lo que soy, no lo que ves, pero eso sería muy peligroso, más de lo que puedas imaginar.

Liam la agarró por las muñecas sin dejar de mirarla a los ojos.

—Lo sé, maldita seas —masculló y atrayéndola con fuerza la besó.

Un beso hambriento y desesperado. Por algún motivo que no alcanzaba a entender, sentía que un dolor desconocido que irradiaba desde el centro de su ser y buscaba el modo de escapar escogiendo otro cuerpo. La tumbó en el suelo sobre su propia capa y lejos de resistirse, Hannah se entregó por completo a sus caricias. La penetró rápido y sin preámbulos, sin que la furia lo abandonase a pesar del placer que lo agitaba desde dentro. Ella gemía y eso lo excitaba aún más. Que fuese tan fácil llevarla hasta la cumbre, lo volvía loco. Nunca, ni cuando era un muchacho inexperto, había sentido lo que sentía con ella, esa pérdida de conciencia, como si su cuerpo decidiera sin ayuda de su cerebro. Ella se agarró a sus nalgas y lo atrajo hacia sí y Liam volvió a maravillarse de que un cuerpo tan pequeño tuviese tanta fuerza.

—Apriétame fuerte —ordenó el escocés.

Hannah lo estrujó entre sus dedos.

—No. —La miraba con tal intensidad que le cortó la respiración—. Por dentro.

La escultora obedeció contrayendo sus músculos y él se movió con cierta dificultad. Se apoyó en las manos para tener mayor control y se batió con ella en una lucha que no tendría un solo vencedor. El placer la hizo gemir sin reparos y se agarró a su capa como si eso pudiera sostenerla. Liam la sintió estallar en todas direcciones, pero sobre todo a su alrededor, exprimiéndolo con saña y sin contención alguna. Un intenso calor lo arrolló y sus estremecimientos la siguieron hasta las últimas consecuencias, descargando en ella hasta la última gota.

Lejos de sentirse aliviado y tranquilo, Liam parecía mucho más enfadado después de contentar a su cuerpo. Hannah estaba avergonzada por primera vez en su vida. Lo que había sucedido allí era muy distinto a lo que había experimentado las anteriores veces que había estado con un hombre. Él incluído. Su corazón gemía, pero no era de placer, era de un extraño sentimiento, una mezcla de furia y temor que no alcanzaba a entender.

—Esto no puede volver a suceder —dijo el escocés con las manos en la cintura y la frente perlada aún por el sudor.

—Estoy de acuerdo.

—Eso ya lo he oído antes.

Hannah frunció el ceño.

—No he sido yo la que te ha tirado al suelo y ha metido tu po...

—Alguien debería lavarte la boca con jabón —la cortó muy serio.

—¿Y ese alguien eres tú? Inténtalo si te atreves y oirás lo que tengo que decir.

—Una mujer no habla en esos términos, por muy escultora que sea. ¿Es que no hay

ni la más mínima contención en ti? Uno esperaría que estuvieses turbada después de lo que ha sucedido aquí.

—Te recuerdo que no soy una inocente florecilla.

—¡Oh! Desde luego que no lo eres —se burló.

—Soy una mujer muy diferente a lo que estás acostumbrado. Fui la amante de Lorenzo durante un año y te aseguro que no nos limitábamos a hablar de escultura.

—¿Te crees que me importa? —dijo con una mirada de desprecio que la traspasó como una lanza.

—Claro que te importa, eres de los que quieren un uso exclusivo.

—Qué forma más elegante de decirlo —se burló.

—¿Hablo como una zorra? Puedes decirlo, Liam, soy una maldita zorra y deberías alejarte de mí lo más que puedas.

Nunca perdía los nervios, al contrario, siempre conseguía mantener la paciencia por muy complicada que fuese la situación, pero por algún motivo sabía que Hannah sería capaz de alterarlo como nadie.

—Alégrate de librarte de mí y sigue tu camino, Liam Fraser. Búscate a una mujer sumisa a la que le gusten las ovejas y, sobre todo, que sea hermosa para que luzca bien en los salones de tus amigos. Una que puedas ver junto a Rowena McEntrie sin lamentar que ella sea de tu mejor amigo y no tuya.

—No hables así de...

Hannah soltó una carcajada.

—Es perfecta, nadie debería reprocharte que la desees. —Se encogió de hombros—. Lástima que ella no sea tan zorra como yo, ¿verdad?

La miró entonces con más atención. ¿Era dolor lo que chispeaba en sus ojos?

—¿Estás celosa de Rowena?

—¿Quién no lo estaría? —dijo sincera—. Estoy celosa de todas las Rowenas del mundo, estúpido escocés del demonio.

Liamladeó la cabeza sin dejar de mirarla.

—Ten cuidado Hannah, veo en ti demasiada pasión, ¿no será que te estás enamorando de mí?

—¿Enamorarme...? —Soltó una carcajada que sonó más a lamento que a risa—. Si me enamora de ti, me tiraría desde lo alto de un campanario.

Liam apretó los labios mirándola furibundo.

—¿Tan malo soy?

—Si fueses malo no te temería. —Sonrió perversa—. Pero si te amase conseguirías doblegarme, Liam Fraser. Me harías arrodillarme ante ti. Me anularías. Destruirías lo único que tengo. Lo que soy. Y no lo permitiré. No dejaré que anules mi pasión y que conviertas mi alma en algo frágil y quebradizo. Nunca te amaré, porque amar no es una fuerza del destino, no es un involuntario gesto. Amar es decidir y yo ya he decidido.

Liam la miraba con fijeza.

—Has decidido, dices, y aun así, temes ser mi esposa. ¿Por qué?

Ella enarcó una ceja en un gesto que él ya reconocía bien.

—Si algo he aprendido con mi profesión es que tengo una capacidad limitada de voluntad. Si la agoto demasiado pronto, después tengo que trabajar con el doble de esfuerzo. Tenerte cerca agota mi voluntad. —Se encogió de hombros—. Es una manera de aliviar la carga.

Liam se puso las manos en la cintura y ladeó la cabeza mirándola con renovada curiosidad.

—Vamos, te llevaré a casa.

—No, gracias —dijo ella sonriendo al tiempo que iniciaba el camino hacia el sendero —. Que tengas un buen día, Liam Fraser.

—Esta noche habrá un baile —le recordó.

—No, gracias —repitió ella.

Y, alzando la mano a modo de saludo, se alejó dejándolo perplejo y confuso. Como siempre.



Olivia miraba a Saoirse con admiración, la yegua era magnífica y su parecido con Niamh resultaba asombroso.

—¿Por qué la has traído? —preguntó mirándolo sonriente.

—Voy a vendérsela a Baxter —respondió Craig con los ojos fijos en la yegua.

Olivia se apartó del cercado y lo miró interrogadora.

—¿Qué?

—Ya me has oído.

—No vas a vendérsela.

—¿Ahora eres tú la que decide a quién le vendo mis caballos?

—No seas cínico conmigo. Aunque me lo merezca.

Él suspiró y relajó su expresión.

—Es lo mejor.

—¿Mejor para quién? Para el conde, nada más.

—No puedo dejar que se quede con Niamh.

—Le ofrecí un potrillo.

—No aceptará ningún potrillo, quiere a Niamh o a Saoirse. —Negó con la cabeza—. No era un buen plan, Olivia.

—¿Y venderle a Saoirse lo es?

—Es un ejemplar magnífico —afirmó el escocés—. No tengo ningún deseo de vendérsela, pero no hay otra opción.

Aquello le sonó a Olivia como una flecha envenenada. Era culpa suya que se viese en esa situación. Le había dejado a Niamh para que preñase a yeguas *clydesdale*. Sus potros habrían sido fuertes y vigorosos, perfectos para su cometido.

—No debiste cedérmelo, era demasiado especial.

—Por eso mismo lo hice —dijo sin más encogiéndose de hombros—. Quería que tuvieses al mejor de mis sementales, Olivia.

Ella negó con la cabeza al borde de las lágrimas.

—¿Por qué?

—Ya lo sabes.

—Señora McLaughlin. Craig —saludó el conde.

El McEntrie lo miró con cara de pocos amigos.

—Qué poco gusto me da verte —dijo enarcando una ceja.

—Supongo que tu amiga ya te ha contado nuestro trato —siguió Dòmhnall con tono burlón—. ¿Es por eso esta tan injustificada inquina?

Olivia lo miró con desprecio por mencionarlo, estaba claro que no se podía confiar

en él.

—¡Ah! —suspiró Baxter—. Por fin, un descendiente de esa magnífica saga de caballos será mío. Su semilla árabe y española preñará mis yeguas. ¿Es cierto lo que dicen de que fue un regalo del rey de España a uno de tus antepasados, Craig? ¿O solo es una estrategia para daros más importancia? Te advierto que estoy dispuesto a creerme cualquier cosa que me digas —se burló.

—No tengo el menor interés en alimentar tu ego —dijo el otro con frialdad—. Te venderé a Saoirse si rompes el documento que firmó Olivia.

—Craig, por favor —pidió ella horrorizada.

El escocés la ignoró por completo sin apartar la mirada del conde.

—¿Eres de los que prefiere pájaro en mano? —siguió—. Porque estoy dispuesto a vendértela hoy mismo si aceptas mis términos.

Dòmhnall arrugó el ceño visiblemente confuso. No se esperaba aquello y no estaba preparado para reaccionar.

—¿Hoy mismo?

Craig señaló hacia el cercado en el que estaba Saoirse junto a otros caballos McEntrie. La imponente yegua de pelaje plateado se paseaba como si fuese consciente de la atención que recibía y el conde no pudo evitar un encogimiento en su estómago. No tendría que esperar dos años para tener potrillos que algún día serían como Strathspey.

—No puedes hacer eso —dijo Olivia colocándose frente a Craig—. No lo permitiré.

—No es cosa tuya —dijo el otro tratando de no sonar demasiado duro.

—¡Claro que es cosa mía! —Se giró hacia el conde—. Usted aceptó esperar dos años. Le daré un potrillo cuando...

—Olivia, ¡basta! —la interrumpió Craig con firmeza—. Ya has hecho suficiente, ahora deja que yo arregle el embrollo que has provocado.

Lo miró dolida, pero consciente de que no podía rebatírselo se mordió el labio para contener la rabia y la frustración que sentía.

—Entonces os dejaré solos, no quiero estropear las cosas aún más con mi presencia. Se alejó de allí y Craig apretó los labios para no detenerla.

—¿Por cuánto me la vendes? —dijo el conde.

Las dos hermanas se encontraron frente a la casa de los Fraser.

—Quiero irme —dijo Olivia muy tensa y sin esperar respuesta cogió a Hannah de la mano y la llevó hacia las caballerizas.

Una hora después, ya en su salón, Hannah la miraba expectante mientras vertía un poco de whisky en un vaso y se lo bebía de un trago.

—¡Olivia! —Se acercó a ella rápidamente cuando le sobrevino un ataque de tos que hizo que vertiera parte del contenido en la alfombra.

La otra tardó aún unos segundos en poder hablar y cuando pudo articular palabra le pidió un poco de agua. Una vez recuperada del todo miró la alfombra con pesar.

—¿Cómo puede gustarles tanto algo tan asqueroso? —se lamentó.

Hannah la cogió de la mano y la llevó hasta el sofá, sentándose con ella.

—¿Qué ha pasado?

Olivia rompió a llorar sin poder contenerse y Hannah tuvo que abrazarla y esperar a que se calmase para escuchar la historia del conde y los malditos caballos.

—¿Por qué no me lo contaste? —preguntó la escultora sorprendida.

—No quería que Craig lo supiese. No me esperaba que me dijese lo que me dijo. ¡Me

ama, Hannah! Me ama y lo he estropeado todo —sollozó.

La otra le limpió la cara mientras en la suya se dibujaba una sonrisa. *Lo sabía.*

—Le he obligado a venderle a Saoirse, no me lo perdonaré nunca. Y él me dio a Naimh porque... porque... ¡Oh, Hannah! —Se abrazó a ella llorando desconsolada.

—Vamos, vamos, Olivia. Respira hondo, venga: inspira, espira. Inspira, espira.

Su hermana la miró incrédula.

—¿Ahora soy una niña?

—Con esa nariz roja y la cara mojada por las lágrimas, es lo que pareces.

—Soy tu hermana mayor —dijo limpiándose las mejillas y tratando de recomponerse.

Hannah se levantó y fue hacia el mueble de las bebidas.

—Está claro que el whisky no es buena idea, pero ¿un jerez? ¿Oporto?

—Oporto —pidió y después carraspeó para aclararse la voz.

Hannah le entregó la copa y se sentó a su lado sopesando contarle lo que había hecho frente al castillo de los McEntrie. Estaba segura de que el sobresalto anularía su congoja al instante, pero quizá después se sintiese más desazonada aún de lo que ya lo estaba. Olivia se le adelantó decidiendo por ella.

—Lo he puesto en una tesitura muy difícil.

—Solo es un caballo.

—Tú no lo entiendes, Hannah, ese caballo es importante para él. Y Saoirse, también. Imagínate que por mi culpa tuvieras que vender a Daphne. ¡Y a alguien a quien detestas!

—Buen ejemplo —afirmó la escultora—. Querría matarte. Pero al final... es solo una estatua.

Olivia la miró con algo parecido al alivio brillando en sus ojos.

—¿Tú crees?

Hannah asintió.

—No digo que no esté enfadado.

—Lo está.

—Pero si te ama, eso pasará por encima de cualquier otra cosa. Supongo.

—¿Supones? —preguntó ceñuda—. Así no me ayudas mucho.

—No me he enamorado nunca.

Olivia entornó los ojos.

—¿Nunca has sentido que otra persona es más importante que tú misma?

Hannah lo pensó un momento y finalmente negó.

—He dudado porque te quiero mucho, pero no creo que estés por delante de mí.

—Solo tú serías tan sincera —dijo la otra sonriendo.

—Ahora tengo curiosidad —dijo la escultora después de beber de su copa—.

Háblame del amor, Olivia.

—¿Que te hable...? —Frunció el ceño de nuevo—. ¿A qué viene esto?

—Ya te lo he dicho, tengo curiosidad.

—¿Y qué quieres que te diga?

Hannah se encogió de hombros.

—No sé, lo que sea. Qué sientes cuando piensas en Craig, por ejemplo.

Olivia lo pensó un momento antes de responder.

—No es lo que siento cuando pienso, es lo que siento todo el tiempo. Es como si en

mi mundo todo volviera a tener sentido.

—Muy poético —se burló.

—Y cuando está cerca de mí... —Se ruborizó perceptiblemente—. Mi corazón se acelera, mis manos tiemblan...

—Eso es deseo y sé bien lo que es.

Su hermana la miró con curiosidad.

—¿Puedes sentirlo sin amar?

Hannah asintió con la cabeza.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Olivia dudosa—. ¿Cómo sabes que no amas a quien deseas?

La escultora sonrió divertida.

—Solo quiero su cuerpo. Lo que provoca en el mío, en realidad. Una vez me lo da, ya no lo necesito. Es como si... me estorbare.

—¿Qué?

—¿Quieres que sea sincera o que te mienta?

—Sé sincera.

Hannah asintió y después bebió otro trago.

—Pues verás, cuando Liam está en el mismo espacio que yo...

—¿Liam? —Olivia abrió los ojos como platos.

—¿De quién creías que estábamos hablando?

—De Lorenzo.

—¡Ah!

—¿Has vuelto a...? ¡Hannah!

—Veo que quieres que mienta.

—No quiero que mientas, pero... ¡Hannah!

Olivia se puso de pie y dejó la copita en una mesa para poder pasearse por el salón.

—¿No es suficiente con lo que ya hablan de ti? —Se paró en seco—. ¿Dónde?

—¿Dónde qué? —Se hizo la loca.

—¿Dónde lo habéis hecho?

—Pues... en un sitio en el que no había nadie —dijo desviando la mirada.

—Hannah.

—No quieres saberlo.

Olivia se tapó la boca para ahogar una exclamación.

—¿Otra vez un lugar público?

—La biblioteca de los McEachern no es un lugar público. Pero...

—¡Hannah!

La otra suspiró y se encogió de hombros.

—Ese hombre me vuelve loca.

—¡Cásate con él! ¿Quieres llevarme a la ruina? ¡Dios Santo! ¿Dónde?

—No quieres saberlo —repitió.

La mirada de Olivia fue de lo más elocuente. Hannah suspiró y finalmente dijo:

—Frente al castillo de los McDonald. Ya sabes que solo yo voy por allí.

Su hermana se había quedado petrificada. Sin palabras.

—Di algo. Grítame si quieres. No será peor que lo que me he dicho yo.

Inesperadamente, Olivia no dijo nada, simplemente se dio la vuelta y salió de allí dejando a Hannah perpleja y muda.

Capítulo 20

Los días posteriores a la reveladora confesión a su hermana, Hannah trabajó sin descanso. No salía del taller ni para comer ni para dormir. Caía rendida sobre una estera y dormía un sueño intranquilo repleto de pesadillas.

Una semana tardó Olivia en entrar en aquella sala, agarrarla del brazo y obligarla a meterse en una bañera que había llenado de agua caliente. La lavó como hacía cuando era una niña y Hannah se dejó hacer visiblemente agotada.

—Tengo que acabarla —musitó con los ojos cerrados y la cabeza apoyada en el borde de la bañera—. Tengo que acabarla.

—Ya la acabarás. No hay prisa.

—Sí la hay. Tengo que irme de aquí cuanto antes —susurró sin fuerzas.

Olivia detuvo la mano con la que la frotaba suavemente.

—No vas a irte a ninguna parte.

—Debo hacerlo —suspiró—. Por tu bien.

—Creía que ya había quedado claro que tú estás por delante de todo lo demás para mí, Hannah.

La escultora abrió los ojos y la miró con una sonrisa dulce. No podía decirle que no hablaba de ella.

—Eres tan buena, Olivia.

—Y tú eres idiota por pensar que te dejaré ir.

La escultora se puso de pie y salió de la bañera sin pudor por su desnudez. Olivia la envolvió en una toalla y la acompañó hasta su cuarto. La ayudó a acostarse y recogió la ropa desordenada. Después se sentó en la cama junto a ella y la cogió de las manos.

—¿No crees que de verdad me compraron a unos gitanos? —preguntó Hannah con la mirada perdida en la ventana y una leve sonrisa—. Eso lo explicaría todo.

—Papá lo decía para hacerte rabiar, porque le molestaba muchísimo que dijeras que eras fea.

—Él me quería —musitó la otra—. Es el único hombre que me ha querido.

Olivia sintió un pellizco en el corazón.

—Lorenzo también te quiso.

—No me quiso nunca —sentenció—. Disfrutaba conmigo en la cama, es cierto, pero no me quiso. Por esto estaba conmigo. Por eso y por mi arte. Las dos cosas lo dejaban sin aliento. Tengo ese don. Sé cómo hacer que pierdan la cabeza.

Olivia le dio palmaditas en la mano.

—Estás desanimada, por eso hablas así. No dices más que tonterías.

Hannah sonrió de nuevo.

—¿Ya no estás enfadada conmigo?

—Un poco.

—Me miraste como si no me conocieras.

Olivia negó con la cabeza.

—No me cabe en la cabeza... Si no lo amas, ¿cómo puedes ser tan irresponsable?

—¿Si lo amase no te enfadarías?

—¡Claro que me enfadaría, Hannah! No sois animales, digo yo que habrá un modo menos desesperado de hacerlo, ¿no? Cásate con él y tendréis una cama. Seguro que es mucho más cómodo que hacerlo en el suelo.

—No puedo casarme con él. —Apenas conseguía mantener los ojos abiertos—. Es un hombre... peligroso.

—¿Liam Fraser peligroso? —Movi6 la cabeza con pesar.

—Estoy mortalmente cansada.

—Tienes que tomártelo con más calma. No puedes acabar una obra de semejante envergadura en tan poco tiempo.

Hannah suspir6.

—Es cierto. —Volvi6 a mirar hacia la ventana—. Al menos tengo mi arte. Mañana ir6 a Lanerburgh, tengo que comprar papel y carboncillos. —Le pesaban los párpados—. He agotado... mis... existencias.

Olivia se qued6 all6 hasta que se durmi6. Admiraba profundamente a su hermana, desde ni6a demostr6 una fuerza de car6cter asombrosa. Siempre que se propon6 algo, lo consegu6 sin importar el esfuerzo que costase. Sonri6 con tristeza y se puso de pie con cuidado. Camin6 hacia la puerta y sali6 sin hacer ruido. Una vez fuera se qued6 en mitad del pasillo unos segundos. Ten6a que pensar algo, las cosas se iban a poner muy dif6ciles para ellas si no hab6a boda. Mir6 hacia la puerta del cuarto pensativa. Conoc6a a su hermana mejor que nadie, pero no as6 al rev6s.

Sacudi6 la cabeza y sigui6 hasta su habitaci6n. Se sent6 en la cama y se qued6 mirando al vac6o un buen rato. No era propio de ella dejarse llevar por la melancol6a. Eso solo la llevar6a a convertirse en una amargada, algo contra lo que hab6a luchado toda su vida. Iba a cumplir cuarenta y ocho a6os, no era ninguna ni6a. Hab6a perdido a un marido en la flor de la vida y a unos padres cuando a6n los necesitaba. Conoc6a muy bien lo que era la pena. Pero saber que Craig McEntrie la amaba, que podr6a haber sido feliz y que, de nuevo, deb6a renunciar a ello, era algo muy dif6cil de soportar con entereza.

—Deber6amos marcharnos —dijo en voz alta—. Abandonar este lugar. Quiz6a Craig tenga raz6n y s6 hay una maldici6n, pero no suya sino m6a. ¿Me odias, Kiefer?

La pregunta qued6 en el aire, flotando como el humo de una chimenea atascada. El peso que sent6a en su coraz6n desde que lo hab6a abierto para 6l, era m6s insoportable de lo que hab6a imaginado. Nunca le hab6a confesado a nadie sus sentimientos. Cuando se dio cuenta de que se hab6a enamorado del mejor amigo de su esposo enfermo, se sinti6 como la peor persona del mundo. 6l hab6a enviudado y era vulnerable. Mostr6 cosas de s6 mismo que no le habr6a mostrado estando entero. Aquello la conmovi6 primero y la deslumbr6 despu6s. Su enorme fortaleza escond6a aquella dulzura y debilidad que mostraba al hablar de su esposa muerta. Del amor que sent6a por ella. Un amor que en nada se parec6a al que ella sent6a por Kiefer ni al que Kiefer sent6a por ella. Era un amor apasionado, a veces incluso violento. Era una risa a carcajadas y un llanto desgarrador. No hab6a complacencia all6 ni contenci6n, todo era intenso y profundo. Se enamor6 de 6l y encontr6 el modo de cuidarlo sin despertar sus sospechas. Kiefer s6 lo vio. En sus ojos, que brillaban m6s de lo normal. En su calidez m6s serena y resignada. No se lo reproch6, le dijo que quer6a que fuese feliz. Solo eso. Las l6grimas se deslizaron por sus mejillas al recordar sus 6ltimos momentos y se llev6 la mano al pecho por la congoja.

—Te quise mucho, amor m6o —susurr6 y sin desvestirse se tumb6 en la cama y llor6 en silencio.



—Existen unos cuadernos para artistas —explicaba Hannah al señor Boyd, dueño de la única tienda del pueblo en la que podía comprar papel y carboncillos y que sabía algo, muy poco, de sus necesidades.

—¿Sabe cuántos artistas hay en esta zona? —preguntó el hombre que parecía estar siempre de mal humor.

—Tiene usted a una delante.

—Pues eso, una —dijo alejándose de ella, dando por terminada la discusión.

Pero Hannah no había acabado y lo siguió hasta el mostrador.

—Podría pedirlo a Edimburgo. Seguro que alguno de sus suministradores sabe dónde conseguirlos. Me iría realmente bien tener un par y son muy caros, se llevará un buen beneficio.

—No cuente con ello.

—Señor Boyd, ¿qué le cuesta? Al menos inténtelo. Si estuviese en Londres sabría a quién acudir —se lamentó—. ¡Cómo echo de menos poder conseguir todo el material que necesito!

—Pues ya sabe el camino.

Hannah se giró al escuchar la voz femenina a su espalda y dejó escapar el aire en un suave suspiro. Frente a ella estaba Fenella MacKenzie junto a otras tres mujeres que la miraban casi con el mismo desagrado que la madre de Iona.

—Buenos días, señoras.

—¡Qué desfachatez! —exclamó una de aquellas mujeres girándole la cara. Hannah se fijó en el horrible y excesivo sombrero azul que llevaba.

Por supuesto, ninguna de ellas respondió a su saludo y Hannah se volvió de nuevo hacia el tendero que amontonaba las hojas de papel que le había pedido.

—Tres cajas de carboncillos también —dijo señalándolas.

—Algunas mujeres carecen por completo de vergüenza —dijo otra de las acompañantes de Fenella, que sostenía un bolsito color café como si llevara en él un valioso tesoro.

—Desde luego —corroboró la del sombrero azul—. No entiendo que se le permita la entrada a lugares decentes. Quizá deberíamos replantearnos comprar aquí.

El señor Boyd levantó la mirada y clavó sus ojos en la mujer, pero no dijo nada y continuó preparando el paquete.

—En la posada del cordero negro estarían encantados con sus servicios —dijo la única de aquellas mujeres que no había dicho nada aún.

—¡Rhona! —exclamó Fenella—. Por Dios, no podemos rebajarnos de este modo, será mejor que nos...

—Ya me marchó —la interrumpió Hannah cogiendo el paquete después de pagar.

Pasó junto a ellas sin intención de decir nada más, pero ellas no habían terminado de despellejarla.

—Si tuviera la más mínima decencia se encerraría en casa y no saldría jamás —dijo Rhona con desprecio.

—Me da terror que una de mis hijas se encuentre con ella en cualquier parte —añadió la del sombrero con cara de asco—. Si alguien las viese en el mismo lugar, me moriría del disgusto.

—Tranquila, querida, nadie en su sano juicio invitaría a ninguna de las dos —se burló la del bolsito—. Sería un completo suicidio.

Hannah se detuvo con la mano en el pomo de la puerta.

—Hágannos un favor a todos y márchense las dos —añadió la del sombrero azul con voz estridente—. Lanerburgh era un lugar mejor cuando no teníamos mujerzuelas viviendo entre nosotros.

Hannah se giró despacio y las miró muy seria.

—Mi hermana no tiene nada que ver en esto —dijo contenida.

—Si tuviera dos dedos de frente, la habría echado de su casa. Está claro que cojea del mismo pie.

—Todo el mundo sabe lo mucho que la visita Craig McEntrie —añadió la del bolsito—. Tengo entendido que se conocen desde antes de que su esposa muriera, ¿verdad? A saber cuánto se conocían ya entonces.

Hannah sintió que se le congelaba la sangre y a punto estuvo de dejar caer el paquete que llevaba en las manos. Lo apretó contra su pecho y las miró con tal inquina que todas cerraron la boca al instante al ver que se acercaba.

—De mí pueden hablar todo lo que gusten, no me importa, pero si las vuelvo a escuchar decir una palabra desagradable de mi hermana, les arrancaré hasta el último pelo de sus estúpidas y vacías cabezas.

Las cuatro se abrazaron asustadas y la escultora se inclinó con deferencia.

—Que tengan un día horrible, brujas.

Los gritos y lamentos de las cuatro mujeres la siguieron hasta la calle. Soltó el aire de un bufido y siguió su camino sin mirar atrás.



—¿Qué ha dicho qué? —Liam miraba a su madre conteniendo la risa.

Ceit, en cambio, se reía a carcajadas sin el menor pudor.

—No os riais —negó Flora con la cabeza—. Una de esas mujeres era Rhona Armstrong, la esposa del juez. No es conveniente estar a malas con ese hombre.

—El juez Armstrong no soporta a su esposa, quizá la señorita Wyndham haya ganado a un aliado con esto —comentó Sheena.

Flora miró a sus hijos con expresión muy seria.

—No os dais cuenta de la gravedad del asunto —los regañó—. Todo el pueblo está contra ellas. Comportarse de ese modo no va a ayudarlas en absoluto. El otro día vi a un grupito de mujeres que se quedaron hablando con el reverendo Campbell después del servicio y os aseguro que no pedían una misa de difuntos. Hablaban de «las hermanas» y oí varias veces la palabra «perdición».

—Siempre dices que no debemos escuchar conversaciones ajenas —se burló Ivar.

Su madre lo fulminó con la mirada.

—En cambio Liam, puede campar a sus anchas como si nada —se lamentó Ceit.

Su hermano respiró hondo en silencio.

—Reconoce que es injusto —insistió la joven.

—Que algo sea injusto no significa que podamos hacer nada para evitarlo —intervino su padre por primera vez—. Esas dos mujeres no tienen quien las defienda, por eso las atacan.

—Deberían mantenerse al margen de todo —dijo Flora con pesar—, hasta que se olviden.

—No van a olvidarse —negó Sheena—. Fenella MacKenzie estaba entusiasmada con

casar a su hija con Liam. Está furiosa con Hannah por «interponerse».

—¡Como si él no hubiese hecho nada! —exclamó Ceit.

—¡Tu hermano no estaba comprometido! —la regañó su madre.

—Hannah no le debe nada a Iona. Si quieren enfadarse con alguien que se enfaden con Liam. Él no sufrirá por ello, en cambio ella...

—Esa mujer es muy fuerte —dijo Flora—, no se dejará amilanar.

—Pues no es eso lo que piensa Olivia —siguió Ceit—. Está muy preocupada. Dice que Hannah trabaja día y noche sin descanso. No come ni duerme apenas. Y debe ser cierto porque tiene el rostro demacrado y el otro día casi se clava un cincel en el pie cuando se le cayó de las manos.

Malcolm miró a su hijo.

—¿No podría hacer algo Craig? —le preguntó—. Yo no puedo intervenir, ya que somos parte del asunto y podría malinterpretarse.

—Todo se calmará cuando Iona se comprometa —dijo Flora mirando también a su hijo—. Si Liam diera el paso a Fenella no le interesaría que se siguiera hablando del asunto.

—¡Mamá! —Sheena no daba crédito—. ¿Quieres que Liam se case con Iona para que dejen de hablar?

—¿Qué tiene de malo? Iona es una buena chica y será una excelente esposa. Tu hermano podrá formar una familia y tener hijos. ¿No es esa la razón de todo?

Liam relajó la espalda y se recostó suavemente en el sofá. Ivar lo miraba con una ceja arqueada y apretaba los labios. Conocía bien a su hermano y le irritaba sobremanera que estuviese valorando esa posibilidad.

—También podría casarse con la señorita Wyndham —dijo para provocarlo—. Eso lo solucionaría todo.

—Ella no quiere casarse —apuntó su madre.

—Podríamos convencerla —dijo Ceit mucho más conforme con esa posibilidad.

Sheena entornó los ojos y se mordió una uña pensativa.



Craig sostenía el documento con la firma de Olivia mientras el conde entregaba a la yegua a uno de sus mozos.

—Que tenga todo lo que necesite. Trátadla como a una reina —ordenó antes de volverse hacia Craig—. ¿Te apetece una copa?

—¿A estas horas? No, gracias —dijo subiéndose a su caballo.

—Es una mera transacción comercial, McEntrie, no voy a hacerle daño a tu querida yegua. Tan solo quiero mis propios caballos de carreras.

—Buena suerte con ello —se burló el otro y sin más se alejó de allí.

Cuando llegó hasta las caballerizas de *Slioscreige*, sus hijos lo esperaban disimulando, como si el hecho de que todos estuvieran allí al mismo tiempo en plena mañana no fuera bastante sospechoso.

—¿Cómo ha ido? —preguntó Caillen apoyándose en el mango de la horca.

—Bien —dijo desmontando.

Dougal se acercó sin teatro.

—¿Te ha pagado lo convenido?

Su padre sacó una bolsa de las alforjas y se la plantó en el pecho. Dougal la cogió y

revisó el contenido.

—¿Os habéis peleado? —preguntó Brodie acercándose con los demás.

—No. —Craig soltó las cinchas de la silla.

—¿Y ya está? —Kenneth enarcó una ceja incrédulo.

—Ya está —afirmó Craig llevando la silla hasta su sitio.

Los hermanos se miraron interrogadores.

—No parece que tenga ningún golpe —dijo Ewan encogiéndose de hombros.

Lachlan se acercó a su padre y trató de apartarle el cuello de la camisa. Craig se libró de su mano de un manotazo y el otro negó con la cabeza para que sus hermanos supieran que no había visto nada raro.

—Deberías haber dejado que te acompañara —dijo Lachlan.

—Era una venta sin más.

—No —negó su hijo—. Con Dòmhnall nunca es nada sin más. Podría haber ido realmente mal.

—Pues ya veis que no. —Craig empezó a cepillar a Fiadh con brío.

—Has tardado mucho —dijo Caillen.

—A Fiadh le hacía falta un poco de ejercicio.

—¿Adónde has ido? —preguntó Dougal.

—A Moorleigh.

Los seis hermanos se miraron con preocupación.

—Te refieres a los acantilados —puntualizó Lachlan.

—A las cuevas.

Él siguió cepillando como si nada, pero el rostro de Caillen se contrajo perceptiblemente y un espeso silencio lo inundó todo.

—Podéis dejar de contener la respiración, no ha pasado nada. Solo son unas cuevas vacías.

—¿A qué has ido allí? —preguntó Kenneth.

Craig detuvo su mano y después de unos segundos suspiró dejando caer el brazo. Se giró hacia él y lo miró a los ojos.

—He ido a hacer las paces con tu madre.

Kenneth apretó los dientes y esperó.

—Hay demasiadas sombras en mi pasado —dijo y soltó el cepillo en el suelo para sacudirse las manos.

Caillen hizo un gesto al hermano de Cecilia para que se marchase. El mozo salió de las caballerizas y se alejó sin protestar.

—Supongo que en algún momento debíamos tener esta conversación —dijo Craig mirándolos uno a uno—. Siempre pensé que sería en casa y con un vaso de whisky en la mano, pero las cosas casi nunca pasan como espero.

—Podemos ir a casa —dijo Brodie.

—Cuando llegásemos probablemente ya había encontrado el modo de eludir el tema —dijo su padre colocándose las manos en la cintura y mirando al suelo para organizar sus pensamientos—. Cuando me casé con Constance, era muy joven y muy estúpido. Pensaba que las cosas serían como yo quería que fuesen y que estaríamos juntos toda la vida. Ya sabéis cómo era: atrevida, indomable y con una curiosidad insaciable que la llevaba a experimentar cualquier cosa que se le ocurriese, sin pedir permiso a nadie. Nuestras peleas eran épicas y podían hacer temblar los cimientos de *Slioscreige*. Me

volvía literalmente loco.

Caillen y Dougal se miraron con cierta turbación, pero no dijeron nada.

—La engañé y pagué un precio altísimo por ello. Me castigó con su indiferencia, que os aseguro que viniendo de una mujer como ella era el más terrible castigo y, cuando ya creía que había expiado mi pecado, me abandonó del modo más cruel que puedes abandonar a alguien: sin previo aviso y para siempre. Por la mañana estaba entre mis brazos y esa noche mi cama estaba vacía.

Dougal desvió la mirada y se mordió el labio para contener su propia emoción. El dolor en su corazón por la muerte de Nuna regresó a él retorciéndole las entrañas.

—Alana era increíblemente hermosa. Su belleza parecía de fuera de este mundo —siguió Craig—. Me había deslumbrado cuando mi cerebro estaba anegado por la rabia y la frustración. Pero cuando me casé con ella no pude ver nada de esa belleza, era como si mi dolor por la pérdida de Constance hubiese retorcido sus dones convirtiéndolos en algo maligno. Cada vez que la tenía delante solo podía pensar en mi esposa exhalando su último aliento. Sé que fui un mal marido para ella. Casi siempre estaba borracho y nunca tuve una palabra amable. Tampoco la maltraté —dijo mirando a Kenneth y a Lachlan—, aunque os juro que hubo momentos en los que deseé matarla con mis propias manos por lo que os hacía a vosotros.

Los dos hermanos miraron al suelo eludiendo el contacto.

—Con Daphne fui un buen marido. Me redimí. Nunca le falté al respeto, jamás la engañé y la quise... Ya sabéis cuánto.

Todos asintieron. En ese escenario se sentían cómodos. Todos la querían y la recordaban con un enorme cariño. Ewan era demasiado pequeño cuando su madre murió, pero se la habían dibujado tan bien que era como si la conociese.

Craig posó los ojos en los tres mayores.

—Vosotros fuisteis mi mayor apoyo cuando sufrí su pérdida, y estuvisteis allí cuando hice mi juramento.

Los tres asintieron.

—Son cosas que se dicen. —Dougal se frotó la nuca—. Yo también hice una promesa frente al cuerpo inerte de Nuna.

—Tú juraste matar al culpable de su muerte y yo juré no casarme jamás.

—Dos juramentos fruto de la enorme tensión del momento —dijo Dougal.

—Y, sin embargo, Jacob Burford está muerto.

—Pero yo no lo maté.

—¿De haberlo tenido delante no lo habrías hecho, Dougal?

—Nunca lo sabremos.

Craig asintió.

—Durante todos estos años he sentido que estaba maldito. Que igual que el de Keenan McEntrie, mi destino era caminar solo por esta vida y lo he aceptado con resignación.

—Eso es una tontería —dijo Lachlan sin poder contenerse—. El destino no existe.

—No estoy seguro de eso —apuntó Caillen.

—¿Crees que todo está decidido? —Kenneth enarcó una ceja—. Menuda mierda sería eso.

—No creo que tengas queja de lo que te ha deparado el tuyo —rebatía Caillen.

—Pero eso significaría que yo no tuve nada que ver en lo que sucedió. En lo que está

sucediendo ahora mismo. Vamos, no me jodas, Caillen, sería una puta mierda.

El otro se encogió de hombros.

—¿Sigues creyendo que estás maldito? —preguntó Dougal muy serio—. ¿Lo estoy yo? He perdido una esposa, ¿me estás diciendo que crees que perderé a Elizabeth?

—¡No! —exclamó Craig con temor—. No digas eso ni en broma, hijo. Las ideas estúpidas no suelen tener mucha lógica.

—Entonces admites que es una idea estúpida —dijo Lachlan.

Craig asintió.

—Padre, ¿estás enamorado de Olivia? —preguntó Brodie que se había cansado de los rodeos.

—Sí, lo estoy.

—¡Entonces cástate con ella! —exclamó rotundo.

—Eso voy a hacer.

Los seis hermanos se lanzaron hacia su padre abrazándolo y dándole palmadas donde les permitían los demás. Eran todos demasiado grandes y apenas podían moverse entre el barullo de manos y brazos.



Sheena miró la estatua de Apolo, visiblemente impresionada. El hecho de que tuviera el rostro de Liam la perturbó un poco, pero no dijo nada al respecto. Hannah esperaba algún comentario, pero al parecer no tenía nada que decir. Sheena no se parecía en nada a Ceit. También era hermosa, pero de un modo muy distinto. Ceit era dulce y sus ojos tenían una chispa divertida que daba a su rostro una expresividad manifiesta. Si Ceit era una playa a la que llegaban las olas con un suave vaivén, mientras el sol calentaba la arena, Sheena sería un bosque sombrío. Los rayos del sol se colaban con dificultad entre las ramas de sus frondosos árboles y apenas calentaban. Aun así, Hannah percibió en ella un halo de misterio de lo más seductor y la escrutó con gran interés durante todo el rato que duró el atento recorrido por su estudio.

La joven se detuvo frente a Daphne, miró a la escultora con la cabeza ladeada y una sonrisa burlona y luego volvió a deleitarse contemplando la escultura.

—Es muy hermosa —susurró de un modo que erizó el vello de la artista—. Todo lo que decían sobre usted, es cierto.

—¿Todo? —Hannah se burló sin sarcasmo.

Sheena elevó una ceja y la miró de arriba abajo. Asintió.

—Todo.

El corazón de Hannah se aceleró y por un instante se sintió como cuando Liam la miraba antes de besarla.

—Espero no causarle mucha molestia con mi visita —dijo Sheena sentándose en un bloque de piedra en lugar de escoger una de las sillas que había diseminadas por la estancia.

—Mi hermana se alegrará de su interrupción —dijo la artista sentándose frente a ella—. No para de insistir en que descanse.

Sheena asintió con una expresión que mostraba que estaba totalmente de acuerdo con Olivia. Hannah se llevó la mano a la mejilla instintivamente consciente de su mal aspecto.

—¿Por qué tiene tanta prisa por acabarla? —preguntó señalando a Apolo.

—Para poder marcharme —dijo sin tapujos.

—Liam no sabe que he venido, si se entera se enfadará muchísimo.

Hannah asintió levemente y Sheena la escrutó durante varios minutos poniéndola nerviosa.

—¿Por qué cree que estoy aquí? —preguntó al fin.

Hannah se encogió de hombros.

—Supongo que tenía curiosidad.

—¿Curiosidad?

—Imagino que quiere entender qué pudo ver su hermano en una mujer como yo.

Sheena frunció el ceño.

—¿Es usted una acomplexada, señorita Wyndham?

Hannah lo pensó un momento.

—En algunos aspectos, sí, desde luego.

—Me sorprende.

—¿Por qué?

—La imaginaba fuerte y segura de sí misma. Así es como la describe Liam.

Hannah no pudo ocultar su satisfacción.

—Lo soy —murmuró—. Casi siempre.

—Supongo que es normal que siendo artista le dé tanta importancia al físico —dijo Sheena con sarcasmo.

—Y yo supongo que es difícil de entender, para alguien como usted, lo que supone para una mujer carecer de algo que se le exige por nacimiento.

—La belleza se manifiesta de múltiples formas —siguió Sheena—. Yo la veo hermosa.

De nuevo aquella mirada intensa que se empeñaba en recrearse en sus labios. Hannah había vivido entre artistas y conoció a alguna mujer como ella. Entrecerró los ojos y sonrió sin apartar la mirada. Sheena sonrió también consciente de que *la veía*.

—¿Por qué no quiere casarse con Liam? Como ha dicho, tengo curiosidad. No me malinterprete, sé que mi hermano puede ser un verdadero incordio.

—Sin duda.

—Pero también es la persona que más quiero en el mundo. Es el único que me quiere tal y como soy.

Hannah asintió sin expresión.

—Y sé que sería un buen esposo —añadió Sheena.

—Alegrémonos por la mujer que se case con él.

La hermana de Liam inclinó la cabeza a un lado.

—¿De verdad las llamó brujas?

La escultora no se esperaba aquello y su rostro lo evidenció.

—Les habría llamado cosas mucho peores, pero me contuve.

—En vista de ello, mi hermano está valorando la posibilidad de comprometerse con Iona MacKenzie.

Hannah no movió un músculo.

—¿En vista de ello? —preguntó.

—Mi madre insinuó que eso acabaría con sus problemas y los de su hermana. Si conoce a Liam un poco, sabrá que ese es un buen motivo para él, ya que se siente responsable de sus... problemas.

El color abandonó las mejillas de la escultora y sus manos se crisparon al agarrarse.

—Veo que no le resulta indiferente.

—No quiero que haga nada por mí.

—Usted ha renunciado a tener ese poder sobre él.

Hannah suspiró.

—Es cierto.

—Estoy convencida de que mi hermano será muy desgraciado si se casa con esa mosquita muerta.

Hannah arrugó levemente el ceño, no conseguía discernir adonde iba aquella conversación y se sentía navegando por aguas turbulentas.

—¿Por qué no habla claro y nos dejamos de subterfugios que no llevan a ninguna parte?

Sheena la miró unos segundos en silencio y después se puso de pie dando su visita por terminada.

—Mañana organizo una merienda en mi casa. Vendrán las McEntrie, por supuesto. Me gustaría que asistiera. Su hermana también. He venido personalmente porque Ceit dijo que no acudirían si les mandaba una invitación.

La escultora trató de pensar algo rápido, pero la mente se le había quedado en blanco.

—Cualquier cosa que diga para excusarse me sonará a falso y no creo que sea usted una cobarde. A su hermana le conviene relacionarse, después de todo querrá vender sus caballos. Hemos quedado a las cuatro. Lo pasaremos bien.

Capítulo 21

Verse obligada a asistir a una merienda, ya era en sí mismo motivo suficiente para amargarle la tarde, pero que su hermana estuviera tan contenta, la irritaba aún más.

—Quita esa cara, mujer, ni que fuésemos a tu funeral —dijo Olivia riéndose.

El coche se detuvo frente a la casa de los Fraser y las dos hermanas bajaron del vehículo. Hannah tuvo que reconocer que la casa era magnífica después de poner atención en los detalles escultóricos de la fachada. Con la decoración interior no fue tan generosa, el gusto de Flora Fraser distaba mucho del suyo propio y el hecho de que todo estuviese tan recargado le generaba cierta ansiedad. Si había algo que a Hannah le gustaba, eran los espacios diáfanos, con pocos objetos que llamaran la atención. A poder ser, estatuas, por supuesto.

—Bienvenidas —las recibió Sheena con una sonrisa—. Adelante, están todas en el salón.

Hannah contuvo un suspiro de cansancio, acababa de llegar, podía esperar un poco para mostrar su hastío.

—¡Olivia! ¡Hannah! —las saludaron las McEntrie en cuanto entraron.

—Augusta temía que no vinierais —dijo Enid haciéndoles sitio en el sofá.

—Son siempre muy puntuales y pasan diez minutos de las cuatro —aclaró Augusta, que ya estaba de seis meses.

—Mis disculpas —dijo Olivia sonriendo—. Me he cambiado de vestido dos veces.

—Pues has acertado con el elegido —dijo Elizabeth con simpatía—. El naranja te favorece especialmente.

—¡Oh, gracias! —Se dirigió entonces a Augusta—. ¿Cómo va ese embarazo? Hace días que no te veo.

—Muy bien —sonrió la otra acariciándose el abultado vientre—. Ojalá pudiera hacer que los próximos tres meses pasasen más rápido.

—No corras tanto —dijo Elizabeth con pesar—. No olvides que los niños también crecen rápido. Cuando nos queramos dar cuenta, ya estarán en edad de casarse.

—No digas tonterías —se burló Rowena—. Para eso falta muchísimo tiempo.

—¿Habéis tenido noticias de Londres? —preguntó Olivia.

—Ayer recibí carta de Harriet —dijo Enid—. Está embarazada.

—¡Oh, qué alegría! —celebró Olivia—. Espero que esta vez sea niño, por el bien de ese bendito. Esas dos niñas han salido a su madre y le auguro a su padre un futuro lleno de sobresaltos.

—¿Si tiene un varón será menor su preocupación? —preguntó Hannah obligándose a intervenir.

—Imagino que sí —respondió Olivia—. ¿Y cómo está la pequeña Hannah? Qué gracia que se llame como tú, ¿verdad, hermana?

—Tiene buen gusto —respondió la escultora con una sonrisa.

—Está muy bien —respondió Elizabeth, que también había recibido carta, aunque, en su caso, de Meredith—. La madre de Henry se ocupa de la fábrica para que Elinor pueda dedicarse a ella y a Aidan, pero estoy segura de que eso no durará mucho.

—Henry debería volver a ocuparse de los negocios —afirmó Enid con una sonrisa divertida—. Elinor llevará a los niños a la fábrica en cuanto se descuiden.

—Pensaba tener solo un hijo —recordó Elizabeth—, pero creo que le está cogiendo el

gusto a esto de ser madre.

—Me recuerda a alguien —dijo Augusta mirando a Rowena.

—A mí dejadme tranquila, que estoy muy bien como estoy. Cai es más que suficiente para mí.

—No me digas que no te gustaría tener una niña —la retó su amiga.

Rowena intentó negarlo, pero no le salieron las palabras.

—Caroline ha abierto una escuela, siguiendo los consejos de Elinor —añadió Elizabeth, desviando la atención.

Enid asintió con una enorme sonrisa.

—Elinor es una mala influencia —dijo divertida—. Todo el mundo quiere hacer cosas cuando está un tiempo a su lado.

—Creo que el que se ocupase del orfanato de Lavinia está empujando a sus hermanas —siguió Elizabeth—. Emma publicó su último libro hace dos meses, Katherine se ha unido a la *Sociedad para la Promoción de la Educación de las Mujeres Pobres*, para promover la educación en mujeres trabajadoras. Igual que Caroline con los hijos de los mineros.

—¿Y qué hace con Scarlett y a Samuel? —preguntó Augusta.

—Los cuidará la madre de James, ¿no? —intervino Bonnie.

—No —negó Enid—. Se los lleva con ella.

—¿No tiene buena relación con su suegra? —Intervino Hannah con curiosidad.

—¡Oh, sí, se llevan estupendamente! —exclamó Elizabeth—. Pero Caroline está completamente entregada a sus hijos y no quiere separarse de ellos. Está entusiasmada con la escuela y parece que todos sus problemas han desaparecido. Desde que se trasladaron a su propia casa, todo se solucionó como por ensalmo.

—No debe ser fácil aceptar que tu marido baje a una mina a diario —dijo Lavinia.

—No baja a diario —negó Enid—. De hecho, tiene demasiadas cosas que hacer fuera, no baja casi nunca.

—Para eso es el dueño —dijo Olivia.

—El dueño es su padre —puntualizó Bonnie.

—Ya me entendéis.

El mayordomo entró en el salón interrumpiéndolas.

—La señorita MacKenzie y la señorita Armstrong —anunció.

Hannah envaró la espalda cuando sus ojos se cruzaron con los de Iona. Sheena se había acercado a recibir a las recién llegadas y las acomodó en uno de los sofás tras las preguntas de cortesía. La dos jóvenes dirigieron su atención a las esposas de los McEntrie ignorando completamente a las dos hermanas.

Durante los siguientes minutos, la conversación estuvo centrada en temas generales e impersonales, como los ingredientes de los pastelitos que había preparado la cocinera para ellas o el color que se llevaría esa temporada.

Iona y su amiga parecían cada vez más incómodas y se miraban tratando de averiguar cuál era la mejor manera de proceder.

—No sabíamos que ellas iban a estar aquí. —Iona miró a Olivia y a Hannah con inquietud y luego a la anfitriona—. Deberías habernos advertido, Sheena.

—¿Habráis venido? —preguntó la otra directamente.

Olivia empalideció y Hannah apretó los labios. Aquello era una encerrona en toda regla.

Las McEntrie tampoco estaban muy cómodas con el asunto, pero esperaron hasta tener claro el cariz que tomaba aquello.

—Si mi madre se entera de que hemos estado en la misma habitación que... ella, no me dejará salir en un mes.

—Ni la mía —añadió la hija del juez.

—Iona, Elspeth. —Sheena sonrió apaciguadora—. No tienen por qué saberlo.

Iona abrió los ojos sorprendida.

—¿Nos dices que mintamos a nuestras madres?

—No sería la primera vez, ¿verdad?

Las dos jóvenes se ruborizaron involuntariamente.

—Tan solo quiero que charlemos con tranquilidad y dejemos a un lado una disputa que no tiene el menor sentido.

Las jóvenes miraron a Elizabeth como si esperaran un veredicto por su parte.

—Olivia y Hannah son nuestras amigas —dijo respondiendo a esa mirada.

—¿Amigas? —Elspeth no disimulaba su desprecio—. ¿Después de lo que hizo con el prometido de Iona?

—No era su prometido —dijo Rowena enarcando una ceja.

—Todo el mundo sabía que el compromiso era inminente.

—Pero no se había producido aún —insistió la esposa de Kenneth.

—Ninguna mujer decente se comporta de ese modo —insistió Elspeth defendiendo a su amiga.

—Voy a irme —dijo Hannah poniéndose de pie.

—Señorita Wyndham, por favor —pidió Sheena levantándose también.

—Es lo mejor. Ninguna de las presentes está cómoda con esto y yo menos que nadie. —Se inclinó a modo de saludo.

—Hannah... —Su hermana hizo ademán de levantarse.

—Tú quédate —ordenó muy seria—. Por favor, Olivia.

La otra asintió levemente y volvió a sentarse despacio.

—Deje que se marche —pidió mirando a la anfitriona.

—Está bien —aceptó la otra indicándole que pasara delante—. La acompaño.

Recorrieron el pasillo hasta el *hall* en silencio.

—Siento haberla metido en esto, creí que si se veían rodeadas actuarían de otro modo.

Hannah sonrió afable poniéndose la capa.

—No se preocupe, lo entiendo. Ha sido una idea horrible, pero creo que lo ha hecho con buena intención. Por favor, no deje que mi hermana sea la primera en marcharse.

—Intentaré retenerla. Y por el coche no se preocupe, le proporcionaré uno si decide llevárselo. Aunque yo de usted iría caminando, hace una tarde preciosa.

—Sí, prefiero caminar. Gracias por la invitación, señorita Fraser.

—Llámeme Sheena, por favor. Yo la llamaré Hannah, si me lo permite.

La escultora sonrió al tiempo que asentía y salió de la casa sin más. Sheena la observó hasta que llegó al sendero y entró en la casa, cerrando tras ella. Si Hannah hubiese visto la sonrisa en su rostro, habría pensado que las cosas habían salido tal y como esperaba.

El sonido de los cascos de un caballo la hizo arrimarse al lado del camino por el que

avanzaba, pero iba tan ensimismada en sus pensamientos que no se percató de quién era el jinete hasta que este se detuvo a su lado.

—Hannah... —musitó sorprendido.

La escultora levantó la mirada con expresión confusa y luego abrió los ojos sobresaltada.

—¿Vienes de mi casa? —preguntó Liam ceñudo.

—Ssssí... Tu hermana... —Señaló hacia atrás—. Ella...

—¿Qué trama Ceit?

—Ha sido Sheena en realidad. Me invitó a merendar.

Liam desmontó de un salto y con las riendas en la mano se colocó frente a ella.

—¿Sheena te invitó a merendar? ¿Cuándo?

La escultora dejó escapar el aire de un bufido impaciente y se despojó de aquella torpeza estúpida que tan poco tenía que ver con ella.

—Tu hermana nos visitó ayer y nos invitó a Olivia y a mí a merendar con ella y con las McEntrie. Se le olvidó mencionar que también invitaría a Iona y a su amiga, la señorita Armstrong.

—¿Qué?

—Una encerrona en toda regla, digna de una mente maquiavélica. Confieso que he actuado como una completa estúpida y he salido huyendo como una cobarde, pero ¿qué quieres? Estoy demasiado cansada para jugar a la harpía insensible con dos niñas estúpidas, demasiado influenciadas por las brujas de sus madres.

El ceño de Liam se había relajado y, contra todo pronóstico, se echó a reír a carcajadas.

—Vaya, me alegra ver que te diviertes a mi costa.

La risa de Liam arreció lo que la irritó aún más, por supuesto.

—Que tengas un buen día —dijo continuando con su camino.

—Espera... —Tiró de su caballo que estaba muy a gusto donde estaba—. Hannah, espera.

Ella no tenía la menor intención de obedecer y aceleró el paso mientras murmuraba palabras ininteligibles.

—Mis piernas son más largas que las tuyas —dijo él a su lado.

—Puedo correr. Sabes que soy muy rápida.

—Tengo un caballo, da igual lo rápida que seas.

Ella se detuvo y lo miró enfadada.

—¿Qué os pasa a los Fraser? ¿Es que no tenéis nada mejor que hacer que molestarme?

—No lo dirás por mí. Hace un mes que no me has visto.

—Eso no es cierto, te he visto cuando he ido a casa de los McEntrie.

—Me refería a solas.

Ella elevó el mentón con expresión arrogante.

—No lo has mencionado.

—Se daba por sentado.

—Lo darías tú.

Liam sonrió burlón.

—Te encanta discutir.

—No es cierto.

—Y llevarme la contraria —añadió el escocés.

—En absoluto.

Él hizo un gesto dando a entender que acababa de hacerlo y ella se encogió de hombros antes de ponerse de nuevo en camino. Liam avanzó a su lado y durante unas cuantas yardas permanecieron en silencio.

—Vas en dirección contraria —dijo ella como si él no lo supiese.

—En algún momento tendrás que hablar conmigo.

La escultora se detuvo en seco y lo miró decidida.

—No vas a casarte con Iona MacKenzie.

—¿Cómo dices?

—Quiero decir que no te casarás con ella por mí —se ruborizó al escucharse—. Por mi culpa, quiero decir. No te casarás con ella para protegerme. O sea, para que dejen de molestarme. —Gruñó molesta consigo misma por hacer que todo sonase muy distinto a como pretendía—. Maldita sea, sabes lo que quiero decir.

—Quiero una esposa y ella parece dispuesta.

La escultora abrió los ojos como platos y se puso las manos en la cintura en una actitud desafiante.

—En cuanto acabe Apolo y pueda trasladarlo, me iré de Escocia. Por mí te puedes casar con una de tus ovejas, si quieres.

—¿Dejarás a tu hermana sola?

—No está sola, tiene a los McEntrie. Y Craig acabará por dar su brazo a torcer.

Liam frunció el ceño.

—¿Qué? —le espetó ella.

—No es tan fácil.

—¿Tú qué sabes?

—Conozco a Craig y sé cómo piensa.

Hannah lo miró interrogadora.

—¿Te ha hablado de esto?

Liam asintió.

—Creía que los hombres no hablaban de estas cosas.

—Pues ya ves.

—Seguro que estabais borrachos.

—Bastante, sí.

—¿De verdad no siente nada por mi hermana?

El escocés dejó escapar el aire de un soplido y se encogió de hombros.

—No quiere sentirlo.

—¿Que no quiere...? ¡Menudo imbécil!

—Tiene miedo.

—¿Miedo de qué?

—De que Olivia se muera.

Hannah dio un paso atrás sin dejar de mirarlo.

—¿Por qué iba a morir?

—Por lo que murieron las demás.

—¿Las demás? ¿Te refieres a sus esposas? Cada una murió por un motivo distinto. Ni que las hubiera matado él.

Liam enarcó una ceja por toda respuesta y Hannah abrió mucho los ojos.

—¿Me estás diciendo que Craig McEntrie, un hombre maduro, padre de seis hombres hechos y derechos, aparentemente inteligente y capaz, cree que hay alguna clase de maldición que hace que las mujeres que se casan con él, mueran? ¿Eso es lo que me estás diciendo?

Liam asintió despacio y repetidamente.

—No puede ser.

—Pues es.

—No es posible.

El otro asintió de nuevo y Hannah abrió la boca y volvió a cerrarla varias veces sin dar crédito. ¿Craig estaba renunciando a su hermana por miedo a una maldición? ¿En serio prefería hacerla desgraciada antes que afrontar que ese pensamiento era una soberana...?

—¡Qué estupidez! —exclamó gesticulando—. ¡Menudo idiota!

Liam a punto estuvo de sonreír al ver su enfado, pero se contuvo a tiempo. Aunque no le sirvió de nada.

—¿Y tú lo sabes y te quedas callado? ¿No le has dicho que es un absoluto sinsentido? ¿Una estupidez supina? ¿Una idea descabellada y absurda? ¿Un...?

—Se lo dije —la interrumpió.

—Pues menuda ascendencia tienes sobre él.

—No mucha, es cierto.

—¿Se lo has dicho a Kenneth? Él podría...

—Eso sería faltar a su confianza.

—Pero me lo cuentas a mí.

—Para que no te marches.

Hannah sintió que se le calentaba el corazón que había metido en un cofre de hierro y enterrado en una playa, para después tirar la llave al mar. Ese corazón.

—Me la llevaré conmigo. Mi hermana no ha viajado, le gustará Italia.

—¿Volverás a Borgosanto? ¿Con ese Lorenzo Ferri?

—¿Por qué no?

—Te robó la inocencia.

—No me robó nada.

—Ya lo creo que sí.

—Yo se la entregué voluntariamente —lo desafió.

—No me refería a eso —dijo él sin apartar la mirada—. Hablo de tu fe en los demás.

Hannah elevó el mentón fingiendo arrogancia, pero sus labios temblaron traicionándola.

—Seré un buen marido, maldita sea —masculló él entre dientes.

—¿Para Iona?

—¡Para ti, desgraciada!

—¡No quiero casarme! ¿Por qué nadie lo entiende? —gritó furiosa—. No quiero pertenecer a otro ser humano. No quiero que nadie decida por mí. ¡No quiero!

—¿De qué tienes miedo?

—¡De ti! ¡Me da terror ser tuya y que puedas hacer conmigo lo que quieras!

La miró de un modo intenso y contenido.

—¿Qué crees que voy a hacer? —preguntó muy serio.

—No lo sé. ¿Cómo voy a saberlo? Apenas te conozco. —Comenzó a pasearse de un

lado a otro frente a él—. No sé quién eres, Liam Fraser. Lo único que sé de ti es que enciendes mi cuerpo como una antorcha.

El escocés sonrió divertido, nunca había escuchado a una mujer hablar como ella de esa clase de emociones.

—Puedo ser muy cruel si me lo propongo —dijo ella al ver su sonrisa.

—¿Quieres asustarme?

—Deberías asustarte. Hice que Lorenzo huyera con el rabo entre las piernas.

Una leve arruga apareció en la frente del escocés mientras que Hannah lo miraba desafiante.

—Fui yo la que lo apartó de Nicoletta. —Torció una amarga sonrisa—. Lo amenacé con contar todo lo que sé de él y te aseguro que sé muchas cosas.

—Creía que era tu amiga.

—Lo es —siguió con la misma dura expresión—. Pero me traicionó y no debió hacerlo.

—¿Ella lo sabe?

Hannah elevó el mentón antes de asentir.

—Yo misma se lo conté. No hacerlo habría sido traicionarla como ella me traicionó. Yo no haría eso jamás.

—¿Y ella qué dijo?

—Lloró. Nada más. —Sus ojos se humedecieron—. Y luego siguió tratándome como siempre. A pesar de que aparté de ella al hombre al que amaba y le obligué a dejarla sola y embarazada.

—Por eso te marchaste de Borgosanto y regresaste a Londres.

Hannah frunció el ceño y sorbió manteniendo una pose altiva.

—Ahora lo entiendo —musitó él—. No soportabas lo que habías hecho y saliste corriendo.

—Tenía derecho. Ellos me engañaron durante meses. —Las lágrimas se asomaron al borde de su ojo—. No podía esculpir, destrozaba cada obra que iniciaba. Me lo habían quitado todo.

Liam suspiró como respuesta y la furia volvió a arrollarla.

—Cásate conmigo, estúpida apasionada.

—Soy un veneno lento que acabaría por matarte.

—Me parece que solo eres veneno para ti misma. Le diste a ese Lorenzo la excusa que necesitaba para huir como un cobarde, que es lo que es. Ningún hombre dejaría a la mujer que ama y que le va a dar un hijo por temor a que una amante despechada cuente sus secretos. Suponiendo que lo fueran. Y menos un hombre como ese. Un artista. Cualquier cosa que se dijera de él alimentaría su ego.

—No sabes nada...

—Sé mucho más de lo que tú querrías que supiera. ¿No sabías que te engañaban? Vamos, Hannah, no te lo crees ni tú. Eres astuta y perspicaz, no se te escaparían los detalles. Lo sabías, vamos, confíésalo, lo sabías y te mantuviste inmutable para ver hasta dónde aguantabas.

Hannah lo miraba confusa, por primera vez en su vida se sentía hablando con alguien que de verdad podía verla.

—Eres...

—¿Qué soy? —preguntó burlón—. No te voy a hacer nada que no quieras. Si lo que

temes es que no te deje esculpir, puedes estar tranquila, no me interpondré entre tu arte y tú.

Lo miró con fijeza.

—¿Dejarás que haya hombres desnudos en mi taller?

—¿Es necesario?

—Podría serlo.

—¿No te vale conmigo?

Ella enarcó una ceja.

—¿Posarás desnudo para mí?

—Si lo necesitas, sí.

—Posiblemente, tenga que viajar —añadió ella con voz más serena.

—Mientras no tenga que acompañarte...

—¡Dios me libre!

Liam sonrió.

—Hannah, no tienes nada que temer de mí. No voy a cortarte las alas, no arruinaré tu vocación, no me interpondré en tu camino. Puedes ser tú misma, sin imposturas y sin miedos. Seremos amigos y nos trataremos con respeto. Al menos durante el día. — Sonrió perverso.

—¿Crees que podrás soportarme? —preguntó ignorando a conciencia su última frase—. Tengo un carácter de mil demonios, cuando me enfado puedo ser muy cruel, ya lo has visto.

—No me importa cómo seas cuando te enfadas. Ninguna mujer me ha hecho sentir lo que me haces sentir tú. No puedo dejar de pensar en ti.

—Eso se te pasará cuando tengas a otra en tu cama.

—Maldita sea, Hannah, ¿por qué tienes que hacerlo todo tan difícil?

Usó las riendas para rodearle la cintura y la pegó a su cuerpo con firmeza.

—Suéltame —dijo ella con menos fuerza de la que habría deseado.

—¿De verdad quieres que te suelte? —preguntó pegado a sus labios—. ¿De verdad quieres que te deje ir?

El corazón le latía desbocado y el deseo la arrolló como un alud de piedra y fango. Se agarró a su pelo y lo besó con ansia, como si le faltara el aire lejos de su boca. Liam soltó las riendas y dejó al caballo allí. La agarró de la mano y tiró de ella corriendo hacia los acantilados. Conocía esas tierras como la palma de su mano y Hannah no se sorprendió cuando entraron en una cueva espaciosa y apartada.

—¿Has traído a muchas aquí? —preguntó sarcástica.

—A algunas —dijo empezando a desvestirla—. ¿Te gustaría que te dijese que eres la única?

Ella lo ayudó con la misma urgencia que veía en sus ojos.

—No hace falta —dijo y gimió cuando él agarró sus pechos con las manos.

—Puedo mentirte si quieres. Puedo decirte lo que quieras con tal de que me dejes tenerte para siempre.

—¿Lo que quiera? —dijo ella desabotonándole los pantalones.

—Vendería mi alma al diablo por ello —afirmó con voz ronca.

—Entonces dime que me amas.

Liam se detuvo en seco y la miró muy serio. Hannah agarró su miembro sin apartar la mirada.

—Has dicho lo que quiera. —Lo acarició y el escocés gimió sin poder resistirse.

—Eso no —dijo con voz entrecortada.

Hannah lo apretó en su mano y se movió después con suavidad. Liam estaba demasiado necesitado como para andarse con juegos. La tumbó sobre la amontonada ropa y se enterró en ella despacio. Gimió extasiado y la necesidad se transformó en pura lujuria cuando ella lo rodeó con sus piernas y se alzó hacia él, entregada.

—Dime que soy la mujer más hermosa que has poseído jamás. Dime todas esas mentiras que jamás he escuchado de ningún hombre. Juré que me entregaría en cuerpo y alma al primero que me las dijese. Hazlo y me casaré contigo. Seré tuya cada noche y cada día, siempre que me busques me encontrarás dispuesta.

Él se detuvo latiendo dentro de ella. Estaba al borde del orgasmo más intenso que jamás hubiera experimentado, lo sabía sin saberlo. Todas las sensaciones que podía sentir su cuerpo estaban ahora mismo en aquella dura porción de carne y lo único en lo que podía pensar era en quedarse allí el resto de su vida. La miró a los ojos y algo extraño sucedió. De repente la vio hermosa, aquellos ojos brillantes que lo miraban ansiosos, sus labios rojos por el roce intenso, las mejillas arrojadas y su pequeña nariz...

—Eres hermosa —musitó acariciándola—. La mujer más hermosa que he poseído jamás. Pero no te amo, bruja ardiente e insufrible. No te amo y tampoco te importa.

Una furia extraña asomó a los ojos de la escultora. Gruñó como un animal herido y se agarró a su espalda clavándole las uñas al tiempo que se arqueaba y se contraía por dentro para exprimirla.

Liam no pudo resistirse y la besó delicado y suave. Quería oírla gemir. Suplicar. Rendirse... Deslizó su lengua como una caricia y luego se apartó para susurrarle palabras en gaélico que ella no entendió, pero que le calentaron el corazón. La estaba doblegando, podía sentirlo en cada gemido, en cada lamento que brotaba de su pecho. Se sintió poderoso, no se domina fácilmente a una mujer como Hannah Wyndham y él la estaba poseyendo, no solo físicamente. Le había dado una llave que abría todas las puertas y podía sentirlo con tal fuerza que su cerebro estaba a punto de explotar. Siguió moviéndose dentro de ella hasta que ella alcanzó la cúspide sin remedio y solo entonces se dejó ir, sin la menor contención, hasta lo más profundo y sin retorno.

—Hablaré con el reverendo Campbell y le pediré que nos case cuanto antes.

—No quiero mover mi taller —dijo vistiéndose sin mirarlo—. Seguiré trabajando en la casa de mi hermana.

Liam frunció el ceño y dejó la camisa por fuera de sus pantalones para dedicarle toda su atención.

—¿Estás intentando esquivarme de nuevo?

—Nos casaremos cuando tú digas, pero seguiré viviendo en casa de mi hermana.

—¿Y cómo justificamos eso?

—No tiene por qué saberlo nadie.

—Si no lo sabe nadie, ¿para qué sirve que nos casemos?

Ella apretó los labios sin saber cómo responder.

—Está claro que no sabemos contenernos —siguió él—. No estaría mal hacerlo en una cama para variar.

Ella lo miró con fijeza. Nunca nadie la había hecho sentir tan físicamente útil, ni

siquiera Lorenzo.

—Está bien, viviré contigo, pero trabajaré en mi taller. Apolo no puede moverse ahora.

Liam asintió y terminó de colocarse la ropa. Salieron de la cueva sin decir nada y regresaron al camino donde habían dejado al caballo. Hannah no pudo evitar sonreír al ver que el animal había encontrado un lugar apartado del camino y jugaba con la rama de un árbol a la que se dedicaba a morder y soltar repetidamente.

—Tu caballo es un poco tonto —dijo acariciándolo.

—Se parece a mí —dijo él con sorna.

—No lo creo, sabe entretenerse solo, no como tú.

—iSgairteill! —lo llamó Liam.

El caballo lo ignoró descaradamente y continuó con lo que estaba haciendo, lo que provocó una airada retahíla de secas palabras en gaélico que Hannah no comprendió.

—¿Le estás insultando?

—Es un maldito engreído, por eso le puse ese nombre.

—¿Qué significa?

—Presuntuoso.

Ella contuvo la risa, no muy bien y Liam levantó una ceja con desagrado.

—Sí que es como tú —afirmó ella riendo.

—¿Cómo dices? —Se señaló a sí mismo incrédulo—. No he sido presuntuoso en mi vida.

—Ya lo creo que sí.

Se acercó a ella interrogador.

—¿Cuándo?

—Hace un momento, sin ir más lejos.

Liam frunció el ceño, miró hacia atrás como si pudiera verse a sí mismo en el recorrido que habían hecho y luego volvió a mirarla a ella con la misma incrédula expresión.

—Te comportas como si fueses...

—¿Como si fuese qué?

—Ya sabes.

—No tengo ni idea.

—¡Un dios del Olimpo! —exclamó incómoda.

—¿Qué? —Se burló.

—Oh, déjalo.

—De eso nada. —La agarró para que no huyera—. ¿Tan poderoso te parezco?

Hannah trató de zafarse y él le rodeó la cintura con los brazos inmovilizándola contra su cuerpo.

—Mmmm —susurró el escocés poniendo los ojos en blanco.

—¿Qué haces? —escupió.

—Me encanta que seas fiera, es tan... excitante.

—Suéltame ahora mismo.

—No.

—He dicho...

—Te he oído, no voy a soltarte. Resulta que me encanta tenerte así —dijo mecándose con ella.

Hannah dejó de resistirse y se movió con él. Una cálida sensación los envolvió a ambos y los movimientos se ralentizaron sin que dejaran de mirarse. Ninguno de los dos se percató del carruaje hasta que estuvo muy cerca. Liam la apartó del camino sin soltarla. Iona MacKenzie los miró desde la ventanilla y su expresión no dejó lugar a dudas. El coche se alejó y Liam la soltó despacio mientras la escultora se llevaba las manos al pelo para darse cuenta de que lo llevaba suelto. Se mordió el labio inquieta y él sonrió.

—No va a hacer falta anunciar el compromiso. Mañana lo sabrá todo el mundo —dijo cogiéndola de la mano—. Vamos, te llevaré a casa.

Hannah se dejó llevar hasta el caballo y dejó también que la sentara delante de él. Demasiado cerca. La rodeó con un brazo por debajo del pecho y la pegó a su cuerpo sin disimulo, podía sentirlo perfectamente a pesar de la ropa que los separaba.

—Hablaré con el reverendo Campbell y le diré que es urgente.

Entonces ella hizo algo que ninguno de los dos esperaba, se recostó contra él apoyando la cabeza en su pecho. Liam sonrió satisfecho.

Capítulo 22

Los McEntrie en pleno salieron del salón dejando a Craig con sus nueras. Todas ellas se habían sentado en sendos sofás y miraban al patriarca que, acomodado en su sillón, observaba el vaso de whisky que sostenía sobre el reposabrazos.

—Craig... —Elizabeth había sido la elegida para iniciar aquella conversación—. Hemos estado hablando sobre este tema y queríamos que tú nos dieras tu versión del asunto.

—Sabemos lo del conde —puntualizó Rowena—. Lo del documento que Olivia firmó.

—Está claro que trataba de evitarte un disgusto —dijo Augusta rápidamente.

—Y una metedura de pata la tiene cualquiera —añadió Bonnie.

Esperaron unos segundos a que él respondiera.

—¿No vas a decir nada? —preguntó Elizabeth.

—¿Qué es esto? —preguntó el patriarca mirándolas con aquellos ojos acorados y una expresión que solo dedicaba a sus hijos cuando estaban en dificultades.

—¿Esto? —Augusta frunció el ceño—. Una conversación.

Craig enarcó una ceja y torció su sonrisa en un gesto muy McEntrie.

—Es una intervención —sentenció Rowena—. ¿Qué? No me miréis así. Es lo que es, no tiene sentido disfrazarlo de otra cosa. Es una intervención, padre, y estamos dispuestas a... a lo que sea que se haga en estos casos.

—¿Tú ya te has mudado aquí? —pregunto Craig sin entonación—. Porque pasas más tiempo en *Slioscreige* que en tu casa.

—Ese no es el tema —respondió elevando el mentón—, pero es muy probable que nos quedemos, sí.

—Lavinia está buscando un lugar para su orfanato —explicó Augusta—. Kenneth y Rowena han pensado que su casa podría ser un sitio perfecto. Tiene mucho terreno y es bastante grande.

—Nosotros podemos mudarnos aquí. Lo cierto es que, como bien has dicho, pasamos más tiempo en *Slioscreige* que allí.

—Es que menuda tontería —dijo Bonnie—. Vuestra vida está aquí.

—Y será bueno para los niños —dijo Augusta con una sonrisa.

—Desde luego —dijo Enid—. Nessa adora a Cai. Se pone muy triste cada vez que os vais.

Craig miraba a sus nueras mientras disfrutaba de su whisky. Eran un espectáculo digno de atención. Allí estaban las seis, dispuestas a hacerle una «intervención», pero era ponerse a hablar de sus hijos y perdían el mundo de vista.

—¿Vas a pedirle que se case contigo? —La voz de Enid se hizo un hueco en sus pensamientos con el estruendo que la caracterizaba.

El escocés bebió un sorbo de su vaso conteniendo una sonrisa.

—¡Craig! —exclamó Augusta.

—Es mi intención, sí.

—¿Qué? —Bonnie tenía los ojos muy abiertos.

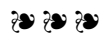
—¿Una boda doble? —preguntó Rowena también sorprendida.

Craig se encogió de hombros.

—Dejad que primero responda, ¿no?

—Te dirá que sí —afirmó Lavinia—. Está muy enamorada.

Todas las miraron interrogadoras.
—Hablamos a veces.
—¿Que habláis? —Enid no daba crédito—. ¿De qué habláis?
—Pues de... todo. —La esposa de Brodie se encogió de hombros—. Fui a verla hace unos días para comentarle lo del orfanato y... bueno... hablamos.
—¿De Craig?
Lavinia miró a su suegro con timidez y finalmente asintió.
—¿Qué te dijo?
—Pues... No debería hablar de esto y menos delante de él. Estaría faltando a su confianza, ¿no os parece?
—No digas tonterías —insistió Enid—. No hay secretos entre nosotras.
—Está enamorada. Pero cree que no merece ser feliz.
—¿Por qué?! —exclamaron todas.
Craig dejó el vaso sobre la mesilla y la miró con fijeza.
—¿Te ha dicho ella eso?
Lavinia asintió.
—Yo creo que se lo merece mucho —dijo Enid—. Se casó con su esposo a pesar de su enfermedad incurable. Me consta que tenía muchísimos pretendientes. Hannah siempre dice que no paraban de mandarle tarjetas y que la invitaban a todas partes.
—Y los padres de su marido estuvieron en contra de ese matrimonio desde el principio —musitó Lavinia.
Rowena asintió.
—Su familia retrasó la boda tanto que por poco se casan en su lecho de muerte.
Todas miraron a Craig esperando que dijese algo.
—Los McLaughlin no querían esa boda —dijo.
—La señora McLaughlin parece una buena mujer —dijo Augusta sorprendida—. A veces me la encontraba cuando iba al pueblo y siempre fue muy amable conmigo. Hace tiempo que no la veo.
—Está enferma —explicó Elizabeth.
—¿Has ido a visitarla? —preguntó Bonnie y cuando su cuñada asintió añadió—: La próxima vez que vayas dímelo, iré contigo.
Elizabeth asintió.
—Qué curioso que os conozcáis desde entonces —dijo Bonnie mirando a Craig.
—Kiefer y yo éramos amigos de niños. Sabía que estaba enfermo, me lo contó su madre, pero reconozco que verlo fue un *shock*. Nada de lo que me había imaginado llegaba a lo que era en realidad esa enfermedad. Tenía algún día bueno en el que podía mantenerse de pie, pero la mayor parte del tiempo estaba en la cama. Daphne y Olivia se hicieron amigas casi al instante.
—¿Cómo era Olivia entonces?
Craig apoyó la cabeza en el respaldo, pensativo.
—Como ahora.
Las mujeres sonrieron satisfechas. Iban a tener mucho trabajo.



Olivia miró al mayordomo con expresión serena.
—He venido a ver a la señora McLaughlin y no me marcharé hasta que la vea.

—La señora no puede recibir visitas, entiéndalo, señora.

—Lo entiendo, pero no soy una visita, soy la viuda de su hijo y no me iré hasta asegurarme de que está bien.

El mayordomo la miraba con evidente incomodidad, había recibido órdenes precisas, pero aquella mujer parecía dispuesta a pernoctar en el vestíbulo si era necesario.

—Espere aquí, por favor —pidió.

Olivia asintió y dejó que el hombre se marchara. Al cabo de unos minutos regresó con el semblante de alguien que había recibido un buen rapapolvo.

—Acompáñeme.

Olivia lo siguió hasta el corredor y recorrieron el pasillo hasta un pequeño salón que ella recordaba bien. Como el resto de aquella casa, todo seguía igual en aquella habitación. Los mismos muebles colocados en el mismo sitio. La chimenea estaba encendida y hacía bastante calor allí. La madre de Kiefer estaba sentada en un sillón muy cerca del fuego y parecía que el asiento la estuviese engullendo de tan pequeña que se veía. Se acercó hasta estar frente a ella y se inclinó para besarla en el pelo.

—Madre, ¿cómo está?

Henrietta McLaughlin no era una mujer cariñosa, no lo había sido ni con su propio hijo, pero hacía veinticinco años que nadie la besaba como lo había hecho ella. Le señaló el sofá para que se sentara y la observó en silencio durante un tiempo demasiado largo.

—Estoy vieja y enferma. No me queda mucho en este valle de lágrimas, por suerte. Te acompaño en el sentimiento, sé que tus padres murieron.

Olivia asintió.

—Le doy el pésame por su esposo, que en paz descanse.

—Bien, ya hemos dicho todo lo que había que decir, ahora puedes marcharte y continuar con tu vida.

Olivia miró al mayordomo que seguía de pie en mitad del salón.

—Señor MacRae, ¿podría traernos el té? —pidió quitándose los guantes.

El mayordomo frunció el ceño sorprendido y miró a su señora. La madre de Kiefer también pareció desconcertada por un momento.

—Vaya, MacRae. Al parecer no se irá hasta que diga lo que ha venido a decir.

Olivia esperó hasta que estuvieron solas y después respiró hondo por la nariz antes de hablar.

—He venido a darle la oportunidad de que se disculpe.

La señora McLaughlin arrugó el ceño y luego elevó las cejas en un gesto muy contradictorio.

—¿Cómo has dicho?

—Me ha oído perfectamente.

La mujer la miró con atención.

—¿Yo tengo que disculparme contigo? ¿Por qué?

—Sabe muy bien por qué. Desde el primer momento estuvo en contra del matrimonio de su hijo conmigo. Puso todos los impedimentos que pudo para evitarlo y con ello solo consiguió retrasarlo hasta que fue demasiado tarde.

—¿Demasiado tarde para qué? Que yo sepa, fuiste su esposa durante un año y heredaste su casa.

Olivia sonrió paciente cuando tocaron a la puerta, y esperó hasta que las doncellas

colocaron y sirvieron el té y las dejaron de nuevo solas. Lady McLaughlin cogió su taza con manos temblorosas y bebió un sorbo esperando a que respondiera. Olivia repasó bien sus pensamientos antes de hablar, quería decir todo lo que había ido a decir, como bien había dicho Henrietta, pero quería ser justa y no faltarle al respeto.

—Su hijo me amaba y yo lo amaba a él. Podríamos haber sido un matrimonio feliz durante dos años al menos, antes de que su enfermedad lo convirtiese prácticamente en un inválido.

—Creía que habíais sido un matrimonio feliz. Eso decías tú.

—No, no lo fuimos y nunca le dije lo contrario porque jamás quiso hablar conmigo. Me ignoró, me hizo el vacío y dejó que viviera su pérdida en total soledad.

—Tenías a tu hermana. Y a ese... McEntrie.

—Sí, los tenía a ellos y Dios sabe que eso fue lo único que me mantuvo viva.

—¿Mantenerte viva? —Torció una sonrisa—. ¡Qué melodramática! Sabías perfectamente que mi hijo estaba muy enfermo y que su enfermedad no tenía cura. Sabías que iba a morir pronto, ¿no es por eso que te casaste con él en realidad?

Aquella afirmación hizo tambalear su contención. Volvió a respirar hondo.

—Me casé con Kiefer porque lo amaba. Y los dos queríamos tener un hijo que pudiera acompañarme cuando él ya no estuviera.

—Lo que querías era tener un hijo que se quedase con nuestra herencia cuando nosotros faltásemos. Creías que si dabas a luz una criatura, no importaría que mi hijo estuviera muerto

—¿Eso es lo que ha creído todo este tiempo? —Movi6 la cabeza con compasi6n—. ¡Qué vida tan triste y amarga debe haber tenido! Me compadezco de usted. Jamás se me pasó nada parecido por la cabeza. Amaba a su hijo con todo mi coraz6n. Ni un solo instante me planteé dejarlo cuando supe que estaba enfermo. Cuando él me pidió llorando como un ni6o, que lo abandonase, lo abracé más fuerte aún.

Henrietta sintió un nudo en la garganta y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Cuando por fin dejaron que nos casáramos, él estaba ya muy débil y no pudo... — Trag6 saliva y se dio unos momentos para calmar su angustia—. No puede ni imaginarse lo que fue para él... C6mo lo consumi6 ver que no...

Su suegra desvi6 la mirada y se llev6 un pu6o a la boca para ahogar una exclamaci6n. Olivia cerr6 los ojos un instante y dej6 que las lágrimas se deslizasen por su garganta. Dej6 escapar el aire en un suave y largo soplo antes de volver a hablar.

—Todo eso ya pas6 y no puede deshacerse, pero debe disculparse porque quiero perdonarla.

Henrietta la mir6 ofendida, pero no fue capaz de contradecirla.

—Necesito perdonarla para perdonarme a mí misma —sigui6—. Todo lo que he dicho es cierto, pero también lo es que en aquellos últimos momentos sentí una rabia sorda y profunda por todo lo que el amor que sentía por su hijo me había arrebatado. No pude ser una mujer plena, me dej6 sola y sin futuro. ¡Lo perdí todo! La ilusi6n, el futuro, la compa6a... todo. Y adem6s tuve que soportar su desprecio, que no me hiciera partícipe de ninguna de sus decisiones, que me mirara como a una intrusa y que no me saludara siquiera cuando me veía en alguna parte. Fue muy injusta conmigo y lo fue también con su hijo. Me consta que lo amaba, a él también le constaba, pero eso no hizo menos dolorosa su condena. No pudo ser un hombre pleno, tener un hijo antes de morir. No le dieron opciones y lo convirtieron en un inválido que se apag6 como una

vela.

Henrietta seguía mirándola con la misma soberbia, y su pecho subía y bajaba en tensión.

—Esta es su oportunidad de redimirse. Si me pide perdón, la perdonaré. Seré su hija y cuidaré de usted hasta que muera. Me aseguraré de que no esté sola, de que tenga a alguien que la quiera. Lo haré por él. —Dejó la taza en la mesa y volvió a mirarla con fijeza—. Pero si no me pide perdón, no volveré. Aceptaré que es una persona mezquina y ruin que nunca debió tener un hijo tan maravilloso como Kiefer y me olvidaré de usted.

—Te vi.

Olivia frunció el ceño.

—¿Qué?

—Vi cómo lo mirabas. En el entierro de Kiefer —dijo Henrietta con dureza—. Vi cómo mirabas a Craig McEntrie.

Olivia se sujetó las manos.

—Estabas enamorada de él. El cuerpo de mi hijo todavía estaba caliente y tú ya pensabas en otro.

La inglesa respiró tan agitada como antes había respirado su suegra. Dejó escapar el aire en un sentido suspiro. Y asintió.

—Zorra descastada, ¿te atreves a venir a mi casa para decirme esto?

Olivia se limpió una lágrima, pero su expresión era serena y sincera.

—Tiene razón, me enamoré de Craig.

—¿Mi hijo lo sabía?

—Kiefer me conocía mejor que nadie.

—¡Pobre hijo mío! —sollozó con amargura—. ¡Qué terrible dolor se llevó a la tumba! ¡Él te amaba, te amaba de verdad!

—Y sabiéndolo nos condenaron sin contemplaciones.

—Sabía que no eras trigo limpio.

—Amaba a su hijo.

—¿Te acostaste con ese McEntrie? ¡Menos mal que no te dejó preñada! Aún habrías dicho que era sangre de mi sangre.

—No me acosté con él. He sido virgen durante veinticinco años —dijo dolida—. Kiefer no pudo tomarme por más que lo intentó. Y, sí, me enamoré de Craig McEntrie. Amé a dos hombres a la vez y con ninguno pude ser una mujer plena. Uno porque no podía y el otro... ni siquiera sabía lo que yo sentía.

Henrietta no fue capaz de disimular su turbación.

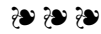
—Mientes.

—No, no miento. ¿Qué sentido tendría mentir a estas alturas? ¿Todavía cree que quiero algo de usted? No tiene nada que ofrecerme. —Se puso de pie dispuesta a marcharse para siempre—. Si he venido ha sido por el recuerdo de mi esposo, para cerrar una herida que ha permanecido abierta durante veinticinco años. Voy a empezar de cero, voy a vivir lo que me quede de vida en plenitud. No me importa lo que piense de mí, no es mi problema. Ojalá pueda hallar paz para su espíritu. Adiós, señora McLaughlin.

Caminó decidida hacia la puerta y salió de allí sin dilación. Se limpió las lágrimas con un pañuelo sin poder dejar de sonreír. Al fin sentía los pies ligeros y el alma alegre del que se desprende de su pasado, dispuesto a no volver a él jamás.

—Que tenga un buen día, señor MacRae —dijo cuando el mayordomo le abrió la puerta.

—Igualmente, señora McLaughlin.



Olivia entró en el taller de su hermana con paso decidido. Hannah se acercó al borde del andamio y la miró desde arriba con una sonrisa.

—Quiero probarme uno de esos pantalones —dijo la mayor con las manos en la cintura.

La escultora dejó las herramientas y bajó del andamio con dos saltos. Se acercó a su hermana y la abrazó.

—¿Se ha disculpado? —preguntó cogiéndola de los hombros y caminando con ella hacia la puerta.

—No.

—Mejor.

—¿Mejor? —preguntó Olivia deteniéndose en el pasillo.

—Así no tendrás que cuidar de ella —sonrió—. Vamos, estoy segura de que te van a sentar genial.

Hannah le dio una palmada en el trasero y Olivia se echó a reír a carcajadas. Se acercó al espejo y se miró por delante y por detrás.

—Me encantan —dijo sincera.

—Lo sabía.

—Son muy cómodos.

—Y prácticos. Ya verás cuando te subas a un caballo.

Olivia la miró con una sonrisa pícar.

—¿Quieres probarlos? —preguntó Hannah riendo también.

—¿Por qué no?

Salieron juntas de la habitación y fueron hasta las caballerizas.

—Angus, ¿qué te parece mi nuevo atuendo? —preguntó mirando al mozo.

—¡Señora! ¡Está usted estupenda! Con perdón.

Olivia se rio a carcajadas y fue en busca de su caballo. Hannah la vio poner la silla y montarse con la gracia y elegancia que la caracterizaban.

—¿Adónde vas? —preguntó siguiéndola hasta el camino.

—¿Tú qué crees? —dijo Olivia y después de levantar la mano a modo de saludo, apretó las piernas y puso a su caballo en marcha.

—Va a haber muchos cambios por aquí, Angus —dijo sin apartar la mirada de su hermana.

—Eso parece.



Craig la vio acercarse al trote y salió del cercado.

—Encárgate tú —ordenó dándole una palmada a Dougal en el hombro y enseguida echó a correr hacia ella.

Olivia sonrió en cuanto lo vio y aminoró el ritmo de su caballo hasta detenerse

frente a él. Craig no esperó invitación, subió detrás de ella y cogió las riendas para guiar al animal. Se alejaron ante la atenta mirada de Dougal y Ewan que sonrieron con verdadera satisfacción.

Craig la observó deambular por el interior de la ermita de San Columba, apoyado en la pared con los brazos cruzados frente al pecho. Con la camisa azul y aquellos pantalones que marcaban todas sus curvas de manera asombrosamente sensual, estaba realmente atractiva.

Se puso las manos en la cintura, mirándolo con picardía.

—¿Te gusta mi nuevo atuendo?

Craig asintió sin moverse del sitio. Y ella continuó paseándose por el derruido templo.

—He ido a ver a Henrietta McLaughlin.

—Ya veo.

Caminó hacia él sin prisa.

—Quería darle la oportunidad de tener una hija.

—¿Y la ha aprovechado?

—No.

—Lo siento por ella.

Olivia se detuvo frente a él.

—Quiero ser feliz —dijo con total simpleza y sin el menor atisbo de doblez—. Te amo, Craig McEntrie y no pediré perdón por ello. Quiero ser tuya y que tú seas mío.

Él le hizo un gesto con el dedo para que se acercase y ella obedeció sin dilación. Cuando la tuvo a su alcance, la agarró por la cintura y la pegó a su cuerpo sin dejar de mirarla a los ojos.

—¿Quieres casarte conmigo? —preguntó sereno.

Olivia enlazó sus manos por detrás de su cuello. Craig suspiró y luego sonrió mordiéndose el labio.

—¿Estás enamorado de mí? —preguntó ella.

—Estoy tan tremendamente enamorado de ti que no imagino mi vida sin tenerte a mi lado.

A continuación y sin darle opción a responder, cubrió su boca con un profundo beso y Olivia perdió el sentido del espacio y del tiempo.

—Ojalá no llevaras corsé aquí debajo —dijo apartándose lo justo para deslizar las manos arriba y abajo por sus costados.

—Estamos en un lugar sagrado —dijo ella completamente apoyada en él.

—Esta ermita está en ruinas, no creo que cometamos ningún sacrilegio —dijo quitándole la camisa por encima de la cabeza.

Verla con el corsé y los pantalones hizo que la erección de Craig fuese gloriosa.

—Eres preciosa, joder —masculló llevándola hasta un banco de piedra que salía de una de las paredes—. Vamos a tener que arreglárnoslas con esto.

Se sentó y colocándola entre sus piernas, le desabotonó el pantalón. Frunció el ceño al mirar hacia abajo y ver sus botas.

—Tendrás que quitártelas —dijo con voz ronca.

—Esto es una locura, Craig. ¿Quieres que me desnude?

—Puedes contar con ello —dijo empezando a soltar las cuerdas del corsé.

—Si alguien en...

—Abordaremos los problemas de uno en uno —la cortó torciendo una sonrisa—. Este primero.

Su lengua comenzó a jugar con un pezón mientras sus dedos frotaban el otro, acelerando los latidos de su corazón. Cuando la escuchó gemir lo suficiente, la ayudó a deshacerse del resto de la ropa.

—Ya no soy ninguna niña —dijo temblando y no de frío, precisamente—. Me muero de vergüenza.

La sentó a horcajadas sobre sus piernas, dejando que la tensión que escondía dentro de los pantalones la advirtiera de lo que le esperaba. Sus bocas se encontraron de nuevo en un beso intenso y su lengua la atacó con hambre y fuego. Olivia ya no era consciente de sus movimientos, por eso no se percató de en qué momento liberó al cautivo. Sin dudar, Craig entró en ella y avanzó posiciones sin detenerse, hasta que no quedó un milímetro por invadir. Ella echó la cabeza hacia atrás con la boca abierta, como si le faltase el aire. Lo sintió llenándola por completo, creciendo dentro de ella, desafiando a las leyes de la naturaleza. Duro, profundo y muy despacio, marcando un ritmo constante mientras ella se dejaba llevar por sus propios instintos. No podía pensar, no podía hablar, tan solo sentir. Era como si el mundo hubiera dejado de existir y solo fuesen dos cuerpos hambrientos devorándose mutuamente.

—Es... de... ma... siado. —Olivia dejó escapar el aire en un suspiro. El nudo de placer se apretaba dentro de ella con tanta fuerza que temió partirse en dos.

Craig bajó la mano colocándola entre sus cuerpos.

—Déjame un poco de espacio —pidió con suavidad.

Con sus dedos alcanzó ese punto extraordinariamente sensible que Olivia había descubierto no hacía mucho. Lanzó un grito involuntario que resonó entre las paredes que aún se sostenían en pie. El placer llegó a oleadas, como si el mar quisiera cubrirla con la marea. Una y otra vez, en un baile desesperado, mientras se agarraba a él temiendo desmayarse. Cuando el escocés sintió la última de sus contracciones, quitó la mano y la embistió más hondo mientras sujetaba sus caderas para moverla a voluntad. Olivia lo miró deseando ver cómo era su momento. Craig gimió empujando ahora con golpes controlados. Un gruñido hacia dentro y una explosión al fin.

Ella apoyó la frente en la de él, mientras trataban de recobrar el aliento con respiraciones profundas.

—¿Te casarás conmigo? —preguntó Craig mirándola con ojos brillantes.

Olivia asintió sin emitir sonido alguno. Temía que si lo hacía rompería a llorar. El escocés sonrió y la besó en los labios con delicadeza.



Acordaron celebrar la boda en la capilla de *Slioscreige* y luego habría cena y baile en el castillo. Las McEntrie se ofrecieron a ayudarlas con los preparativos, algo que tanto Olivia como Hannah agradecieron. Desde el compromiso, todos los días después de la cena, Olivia masajeaba las manos de la escultora con un aceite de almendras que ella misma preparaba. Habían acordado pasar un rato juntas todas las noches hasta la boda y aquel salón se había llenado de confidencias y risas inesperadas. Olivia se había empeñado en enseñarla a bordar a marchas forzadas y Hannah quería darle el gusto de intentarlo, pero el hilo se enganchaba todo el tiempo en las asperezas de sus manos. Así que la escultora dejó que le pusiera toda clase de potingues sin protestar.

—Las tienes mucho mejor —dijo Olivia la víspera de la boda.

Hannah sonrió satisfecha recostándose en el respaldo del sofá.

—Mucho mejor —corroboró somnolienta—. Me encanta que hagas esto, no sabes la paz que me da.

—También ha surtido efecto lo que hemos hecho con tu pelo —dijo Olivia colocándole algunos mechones—. Está más suave. Mañana temprano te volveré a poner mi mezcla secreta y te lo dejaré como la seda, ya verás. El huevo es maravilloso para eso.

—¿Mezcla secreta? —se burló—. Sé todos los ingredientes que lleva ese potingue inmundito.

Olivia asintió elevando el mentón con orgullo.

—Pues ya has visto que es milagroso. Tu pelo estará perfecto para la boda gracias a ese «potingue».

Hannah asintió con buen humor y Olivialadeó la cabeza mirándola con interés.

—¿Qué? —preguntó la escultora.

—No protestas.

—¿Serviría de algo?

—Eso nunca te ha importado para protestar. Siempre te ha encantado dar la tabarra.

—No sé de qué me hablas.

Olivia abrió la boca como si se sorprendiera y luego sonrió.

—Si mamá estuviese aquí... —dijo melancólica.

—Se moriría del susto —dijo Hannah con humor—. Saber las cosas que han hecho sus hijas para casarse.

—No hables así.

—Es broma, mujer, reírte un poco no te hará daño.

—Me reiré mañana cuando te vea con un vestido elegante y un corsé.

—No —negó la otra rotunda.

—Hannah...

—Sabes que no lo uso nunca.

—Tus músculos son más fuertes de lo normal, pero que yo sepa no te han salido varillas.

Hannah sonrió abiertamente.

—No me hacen falta. Todo está donde tiene que estar.

—¡Eres incorregible! —Se rio Olivia.

—Y te encanta —dijo contagiándose de su risa—. Además, en mi caso no es una boda de verdad, no lo olvides. La que se casa por amor eres tú, hermanita.

—¿Quieres estropeármelo? Porque no lo conseguirás. Estoy demasiado feliz.

—Y yo también lo estoy por ti. —Cerró los ojos y durante los siguientes dos minutos disfrutó del masaje en silencio.

—Bueno, ya está —dijo Olivia cuando el aceite se hubo filtrado en la piel.

—Mmmm.

—Está bien, acepto que no lleves corsé, pero a cambio te pondrás el vestido blanco que te bordé.

—¿Blanco para una boda?

—Es un color como otro cualquiera.

—El tuyo es azul. —La escultora vio que no cedería y se encogió de hombros—.

Sabes que me pondré lo que tú quieras, hermana. Será divertido, va a asistir muy poca gente y siempre me lo pasó bien con los McEntrie.

—Espero que el día de nuestra boda no te pongas a jugar al Ecarté con Kenneth.

—¿Por qué no? Es muy emocionante.

—De eso nada, recuerda que también estarán los Fraser. No es necesario que te vean comportarte como un borracho en una cantina.

Su hermana se echó a reír divertida.

—Tienes razón, a veces me emociono demasiado.

—¿Dónde has aprendido tantas palabrotas?

—¿Cómo sabes que son palabrotas? Las digo siempre en italiano.

—¿Y eso qué importa? Es como cuando Craig maldice en gaélico, no hace falta entenderlo para saber que está diciendo barbaridades.

—Es que me pone furiosa la suerte que tiene Kenneth. No hay forma humana de ganarle.

—Más motivo para que no juegues contra él. Si de verdad jugarais con dinero, estaríamos arruinadas. No entiendo cómo Liam quiere casarse después de verte gritando como un carretero.

—Quiere a alguien que le caliente la cama.

—¡Hannah!

—Está bien, no diré más verdades.

—No es eso —Olivia negaba con la cabeza—. Cuando estamos solas puedes decir lo que quieras, pero me parece injusto que lo menosprecies de ese modo.

—¿Menospreciarlo?

—Hablas como si pensara con esa pequeña parte de su cuerpo.

—Pequeña no es, te lo aseguro.

—Eres un bicho —dijo Olivia conteniendo la risa.

—Pero me quieres —se rio también.

—Liam es un buen hombre.

La risa se desvaneció como por ensalmo y no quedó más que una ligera sonrisa en el rostro de la escultora.

—¿Nos tomamos una copita? —preguntó sacudiéndose las emociones que intentaban unirse a la conversación. Se levantó del sofá y fue hasta el mueble de las bebidas—. ¿Un oporto?

Olivia asintió y Hannah se preguntó qué estaría haciendo Liam en ese momento.

Capítulo 23

—¿Queréis emborracharme? —preguntó cogiendo su tercera copa de drambuie.

Kenneth se sentó a su lado en el sofá y estiró las piernas cuan largo era, recostando la cabeza en el respaldo.

—El alcohol aclara las ideas —dijo antes de beber un trago.

—Las tengo muy claras. —Liam bebió también.

Dougal arrastró un escabel y se sentó frente a ellos. A Liam le hizo gracia ver lo enorme que se veía sentado en una cosa tan pequeña, pero se abstuvo de decirlo, consciente de que el pirata no estaba para bromas. Caillen y Lachlan se pusieron de pie detrás de él y Brodie y Ewan acercaron sendas butacas para no perder detalle. El novio los miró a todos de uno en uno y puso los ojos en blanco.

—¿En serio? ¡No me lo puedo creer!

—Toca intervención —dijo Kenneth—. La situación lo requiere.

—Idos a tomar por... —Trató de levantarse, pero Dougal lo empujó sin miramientos y cayó con tal fuerza que movió el sofá de sitio.

—¿Eres consciente de lo que supone el matrimonio? —preguntó el pirata con voz potente.

—Tengo una ligera idea, sí.

—Un hombre que se precie, respeta a su mujer —dijo el McEntrie.

—Estoy de acuerdo.

—Tus visitas al Cordero Negro han acabado, amigo —añadió Kenneth.

Liam se giró para mirarlo.

—¿Tú de parte de quién estás?

—Aquí todos estamos de parte de ella —dijo Lachlan cruzándose de brazos.

—Que te quede claro —añadió Caillen enarcando una ceja.

—Mira, Liam —Brodie sonrió, aunque sus ojos permanecían serios—. En esta familia seguimos una máxima: ellas siempre tienen razón. No importa el tema, es así y punto.

Ewan asintió mirándolo con fijeza y Liam frunció el ceño.

—Yo no soy de esta familia.

—Ya lo creo que sí —afirmó Kenneth pasándole un brazo por los hombros—. Para lo bueno y para lo malo.

—Bebe —ordenó Dougal.

Liam frunció más el ceño.

—De verdad queréis emborracharme.

El pirata enarcó una ceja y le hizo un gesto que no dejaba lugar a dudas. Liam llevó la copa a sus labios y apuró el contenido de un trago. Kenneth le susurró al oído:

—Borracho no podrás mentirnos.

El otro giró la cabeza y sus bocas quedaron a menos de un centímetro. Kenneth sonrió y Liam lo empujó quitándoselo de encima. Después extendió su copa y Lachlan se la llenó.

Craig estaba sentado en un rincón del salón, de espaldas a ellos y compadeciéndose del pobre muchacho. Creía que iba a tener una noche de celebración para despedirse de su soltería y se había encontrado con aquella encerrona. Conocía a los McEntrie desde niño, debería habérselo oído. Bebió un trago de su whisky y observó el tablero de

ajedrez en el que se desarrollaba una partida que duraba ya dos días. Dougal era cada vez mejor jugador. Iba a ganarle por tercera vez consecutiva. Sonrió con tristeza, su tiempo en el trono McEntrie se acababa.

—¿Qué piensas del matrimonio? —preguntó Dougal.

Liam frunció el ceño y miró su copa como si dentro hubiese algo muy interesante.

—Al que inventó el *drambuie* deberían hacerle un monumento —dijo solemne—. En serio, ¿cómo se le ocurriría ponerle miel al whisky? Menuda genialidad.

—Liam...

Levantó la cabeza y posó sus ojos en Dougal.

—¿Qué?

—¿Qué piensas del matrimonio? —repitió el pirata.

—Pues... que está muy bien.

Kenneth negó con la cabeza poniendo los ojos en blanco.

—¿Que está muy bien? —La severidad en la voz del mayor de los McEntrie lo habría asustado de estar sobrio.

Liam asintió con una enorme sonrisa.

—Me permitirá tenerla en mi cama todas las noches.

—Respuesta equivocada —musitó Caillen.

—¿Para eso te casas? —Dougal empuñó sus ojos—. ¿Para tener una mujer a tu disposición?

—No ha querido decir eso, Dougal. —Kenneth intentaba ayudar a su amigo, pero la mirada de su hermano lo hizo callar al instante.

—Para tener a «esa» mujer a mi disposición —afirmó Liam después de apurar el contenido de su copa—. ¿Todavía queda algo en la botella? No la veo bien.

Lachlan vació el resto y Liam sonrió satisfecho.

—¿Ya es suficiente? —preguntó el McEntrie mirando a su hermano mayor.

Dougal asintió sin dejar de escrutar a su víctima con aceros ojos.

—Hemos hecho cosas... —dijo Liam y el hipo cortó su explicación.

—Dadle agua —ordenó Dougal sin mirar a nadie.

Brodie se levantó y fue a por un vaso. Esperaron a que el hipo parase, pero para entonces Liam se había olvidado de la pregunta.

—¿De qué estábamos hablando? —preguntó confuso—. Estáis ahí todos mirándome, me ponéis nervioso.

—Decías que habíais hecho cosas —lo ayudó Ewan.

—¡Ah, sí! Cierto. Hemos hecho muchas cosas —se rio—. Varias veces. Y en diferentes sitios. En el ta...

La expresión de Dougal lo hizo callar al instante.

—Voy a casarme con ella —dijo después de un momento.

—Más te vale.

Liam suspiró.

—Me habría casado antes, pero ella no quería.

—Por algo será.

El intervenido frunció el ceño disconforme.

—No he hecho nada indebido.

—Hombre, algo sí hiciste —dijo Kenneth.

De nuevo su amigo lo miró dolido.

—Pero enseguida estuviste dispuesto a solucionarlo —añadió Kenneth para que viera que estaba de su parte.

—Desde el primer momento.

—Lo sé.

—Ella no quiso.

—Ya.

—¿Por qué no quiso? —intervino Dougal.

Liam lo pensó un momento.

—Creo que no quiere problemas.

Su mirada se alejó de aquella estancia y vinieron a su mente todas las cosas que habían pasado con Hannah en los últimos meses.

—¿Te tiene miedo? —Dougal se inclinó hacia delante amenazador—. ¿Por qué?

Liam negó con la cabeza con expresión sorprendida.

—¿Entonces por qué iba a tener problemas?

—Teme enamorarse de mí. —Sonrió con cara de bobo—. Soy adorable.

Se hizo un silencio en el salón.

—¿Y tú? —preguntó Ewan—. ¿No «temes» enamorarte?

—¿Yo? —Se rio a carcajadas—. ¿De esa bruja insolente que me saca de mis casillas?

Dougal apretó los labios y Caillen negó con la cabeza.

—Si hablas así de ella, vas a recibir —musitó Kenneth con disimulo.

Liam frunció el ceño y los miró de uno en uno.

—Vosotros no la conocéis. Si vierais cómo me habla, os darías cuenta de que soy yo al que deberíais compadecer. Vuestras mujeres son dulces y encantadoras... —Miró a Kenneth—. Menos la tuya, claro.

—¿La mía no es dulce y encantadora? ¿Quieres que te parta la boca, capullo desgraciado?

Caillen lo agarró antes de que cumpliera su amenaza y Brodie contuvo la risa a tiempo.

—¿Entonces no la amas de verdad? —preguntó Dougal sin inmutarse.

—Ni de verdad ni de mentira.

Todos lo observaron con fijeza.

—Pero me gusta —asintió rotundo el intervenido—. Me gusta muchísimo.

Los hombros se relajaron y la tensión disminuyó un poco en el salón.

—¿Estás dispuesto a ser un buen esposo? —preguntó el antiguo pirata.

Liam asintió repetidamente sin desviar la mirada.

—Bien. Habrá que conformarse con eso —sentenció levantándose del escabel—. Llévalo a su casa, Kenneth, en este estado no puede cabalgar solo.

Mientras Kenneth sacaba a Liam de casa, Dougal se sentó para jugar la partida con su padre.

—¿Deberíamos hacerte una intervención a ti? —preguntó moviendo el caballo.

Craig torció la sonrisa contemplando el tablero.

—¿Otra?

Dougal miró a su padre y sus hermanos se acercaron colocándose estratégicamente alrededor del tablero. Craig enarcó una ceja y siguió jugando como si nada.

—Mañana te casas —dijo Ewan.

—Gracias por recordármelo, hijo. A mi edad es fácil olvidarse de las cosas —se

burló.

Se hizo el silencio y Craig vio por las caras que tenían que aquello no era una de sus bromas. Soltó la pieza y se recostó en el sillón.

—Todo irá bien —dijo con una sonrisa.

Ewan se agachó junto a su sillón y apoyó una rodilla en el suelo. Los demás arrastraron sillas y escabeles para sentarse cerca.

—¿No estás nervioso? —preguntó Lachlan.

—Un poco.

—¿Por la maldición? —Dougal seguía con la mirada en el tablero.

—No hay ninguna maldición, hijo.

El pirata levantó la mirada y la clavó en él con una sonrisa.

—Aprovechando que estamos solos y que las chicas tienen cosas mejores que hacer que escuchar mis tonterías, quiero deciros algo.

—Kenneth se va a enfadar —dijo Caillen.

—Hablaré con él cuando regrese. —Los miró de uno en uno—. Sois los mejores hijos que un padre podría tener. Desde niños siempre me habéis demostrado el valor de la amistad, el cariño, la confianza, el honor...

Lachlan desvió la mirada con disimulo y Brodie carraspeó ligeramente.

—Vuestras madres estarían muy orgullosas de vosotros. Tanto como lo estoy yo. Habéis construido unas familias maravillosas y vuestras esposas e hijos son felices gracias a eso. Me habéis hecho desear volver a amar, volver a poner mi corazón en riesgo. —Sonrió—. Si me caso mañana es gracias a vosotros. Y, pase lo que pase, haré feliz a esa bendita mujer el tiempo que esta impredecible vida me permita.

Dougal se limpió las lágrimas sin disimulo y los demás hicieron lo que pudieron con las suyas. Craig dejó unos segundos más de solemnidad y rompió a reír a carcajadas.

—Seréis palurdos, tendríais que veros las caras.

Ewan se levantó del suelo y los demás de sus asientos.

—¿Te estás burlando de nosotros? —preguntó Caillen.

—En serio, tendríais que veros las caras —dijo sin parar de reír—. ¡Pero si hasta Dougal ha llorado!

El pirata apretó los puños.

—Porque eres mi padre, que si no...

—Podría tumbarte con el meñique —lo retó Craig entre risas—. Todo lo que sabes te lo enseñé yo.

—Todo no —dijo Caillen—. Hay cosas que aprendió gracias a Harriet.

Todos se echaron a reír, menos Dougal.

—A ti sí puedo darte una paliza —le advirtió el pirata.

—Todos habéis llorado —dijo Craig limpiándose las lágrimas de risa—. Todos.

—Tienes que hacerle lo mismo a Kenneth —dijo Caillen—. Júranoslo.

Craig le guiñó un ojo y se levantó de su asiento.

—Voy a trabajar un rato a mi despacho. Cuando regrese, mandádmelo. —Se dirigió a la puerta—. Y no le digáis nada.

—Menudo ridículo hemos hecho —dijo Caillen frotándose la nuca cuando se quedaron solos.

—Esta se la tenemos que devolver —Lachlan contuvo la risa—. Pero ha sido buenísimo.

—¡Dougall! —Brodie le dio una palmada en la espalda—. ¡Quita esa cara, hombre!
—Lo decía de verdad —dijo Ewan que todavía tenía los ojos brillantes por las lágrimas—. Es lo que piensa.
Los otros se pusieron serios.
—Yo también lo creo —dijo Lachlan asintiendo.
Todos miraron hacia la puerta cerrada.
—Es un gran hombre —dijo Caillen.
—Merece ser feliz —musitó Brodie.
Dougall se dejó caer en la butaca y miró el tablero con ojo crítico. En tres jugadas sería jaque mate. Sonrió levemente y asintió.
—Lo merece más que nadie.



Los dos amigos avanzaban a paso tranquilo y Kenneth no le quitaba ojo asegurándose de que se mantenía erguido en la silla.
—¿El aire fresco te ayuda a aclarar las ideas? —preguntó.
—Sois unos capullos —masculló el otro—. Emborracharme para sonsacarme información. Sois lo peor.
—Hacía días que Dougall quería una intervención.
—¿Quién se ha creído que es? Que lo respete y lo quiera no le da derecho a inmiscuirse en mis asuntos. Y a ti tampoco, capullo.
Kenneth sonrió sin decir nada.
—Con todas las veces que te he cubierto las espaldas y me lo pagas así. Podrías haberme avisado al menos.
—No habría servido de nada.
—Es igual. Hay un código entre amigos y te lo has saltado.
—Ah, ¿sí? ¿Y qué dice ese código?
—No lo sé, ¿te crees que lo llevo escrito en el bolsillo? Pero seguro que no pone que contribuyas a acorralar a tu mejor amigo para que tus hermanos lo vapuleen.
—Liam...
—¡Qué! —gritó con rabia.
—¿Estás seguro de lo que vas a hacer? Un matrimonio no es una partida de cartas. El otro suspiró sonoramente y movió la cabeza.
—Como si no tuviera bastante con mi madre.
—¿Qué dice Catriona?
Liam lo miró ceñudo.
—¿A ti que te importa lo que diga mi tía? No se te ocurra volver a las andadas.
—No seas imbécil, ahora estoy casado con la mujer que amo, gilipollas.
—Por si acaso.
—Aún te doy una paliza esta noche, ya lo verás.
Avanzaron unas yardas en silencio.
—Catrì está a favor.
—¿En serio? —Kenneth lo miró sorprendido.
—Cree que es perfecta para mí. No sé cómo tomármelo. —Su ceño se arrugó un poco más mientras miraba el camino por el que pisaba su montura—. Que le parezca que una bruja insensible como Hannah Wyndham es perfecta para mí, no dice mucho de su

cariño por mi persona, ¿no crees?

—Quizá ha visto algo que los demás no vemos.

Liam trató de fijar la vista en Kenneth para comprobar si se estaba riendo y el demonio de las Highlands se puso a cantar una canción de amor en gaélico, que le hizo rodar los ojos y apretar los muslos en su montura para alejarse de él.



Cuando entró al despacho, Kenneth encontró a su padre sentado en uno de los sofás con el libro de los McEntrie en las manos.

—Me han dicho que viniese a hablar contigo. ¿Qué ha pasado? Estaban todos muy callados.

—Siéntate, Kenneth.

Lo hizo frente a él con la sonrisa burlona que lo caracterizaba.

—¿Vas a desheredarme?

Craig lo miró con fijeza y esas arrugas en la frente que denotaban que era serio lo que trataban.

—Nunca hemos hablado de esto y creo que es un buen momento de hacerlo.

Kenneth lo supo antes de que la mencionara siquiera. No era un tema del que le apeteciese hablar, pero sabía que no tenía opción de librarse, así que asintió y esperó pacientemente, borrando su sonrisa y cualquier otra expresión de su rostro.

—Me casé con tu madre por ti.

—Lo sé.

—No, no lo entiendes. No me casé porque Constance me lo hiciese prometer. Se lo prometí por ti. Desde el momento en que naciste y te vi, ya no pude borrarte de mi cabeza. Eras mi hijo y se me revolvían las entrañas al pensar que crecerías lejos de mi protección.

Kenneth se removió incómodo en el asiento, pero mantuvo la rigidez de su espalda.

—Has sido un buen hijo, el mejor, como todos tus hermanos. Y quiero que sepas que estoy muy orgulloso de ti. Doy gracias cada día porque vinieras a esta casa.

Kenneth bajó la cabeza ya sin poder contener las lágrimas.

—Me habría ido bien un whisky —dijo limpiándose las sin disimulo.

Craig se levantó y vertió el líquido en dos vasos y le entregó el suyo antes de sentarse. Kenneth bebió y recuperó la compostura.

—Pues ya que estamos haciéndonos confesiones... —Lo miró a los ojos—. Yo también quiero darte las gracias por no abandonarme. Y por traerme al mundo. —Sonrió emocionado y dejó escapar el aire en un suspiro—. Formar parte de esta familia es lo mejor que me pudo pasar.

Ahora fue Craig el que tuvo que limpiarse las lágrimas. Cogió el libro que había dejado en una mesilla y se lo ofreció.

—Quiero que escribas algo en la hoja de tu madre.

Kenneth dejó el vaso para coger el libro con ambas manos.

—¿Qué quieres que escriba?

—Eso debes decidirlo tú. Era tu madre. —Dejó el vaso y se levantó—. Me voy a la cama, mañana quiero estar lo más fresco posible. ¡Voy a casarme!

Kenneth no se movió de la butaca y permaneció un buen rato con el libro en las manos sin atreverse a abrirlo. ¿Qué podía decir de su madre? ¿Que lo había amado solo

por hacer daño a Caillen? ¿Que todas sus caricias eran un modo de tortura para su hermano? Suspiró nervioso y abrió el libro buscando la página de Alana Done. Cuando la encontró, vio que su padre había escrito la fecha de su nacimiento, la de su boda y la de su muerte. Además, había añadido que era la amante madre de Kenneth y Lachlan y una frase: «Hermosa y frágil, como una flor exótica, descansa en paz». Tragó saliva y luego soplo como si eso pudiera calmar la tensión de su garganta. Se levantó y fue a sentarse tras el escritorio. Durante unos minutos permaneció con la vista clavada en la página casi vacía. Pensó en Rowena, en su embarazo, en el parto. Pensó en el momento del nacimiento de Cai... Su madre pasó por todo eso sola, sin un marido, despreciada por todos, señalada por todos. Ya siendo la señora McEntrie, la recordó tumbada en la cama llorando con desesperación, golpeando la almohada mientras los sollozos la sacudían inmisericordes. Se abrazaba a él como si fuera una tabla salvavidas. Pero él solo era un niño. Apartó la mirada del libro y la fijó en el techo tratando de impedir que las lágrimas cayeran de sus ojos.

—Maldita sea —musitó para sí.

Cogió la pluma y la mojó en el tintero antes de escribir. Cuando terminó, volvió a dejarla en su sitio y pasó el secante sobre el texto, pero no cerró el libro. Lo dejó abierto para que su padre lo viera.

«Gracias por darme la vida y por darme a Lachlan, madre. Espero que allí donde estés puedas ver la felicidad que trajiste al mundo. Tu hijo que te ama, Kenneth McEntrie».

Capítulo 24

El día de la boda amaneció despejado y frío, pero según se acercaba la hora de la ceremonia, el cielo se fue cubriendo de nubes y la temperatura se suavizó. Elizabeth dijo que era un buen presagio y Kenneth se burló añadiendo que esa noche el cielo estallaría en truenos y relámpagos. Por la tarde todos estaban listos para dirigirse a la capilla y esperar a las novias, cuando Heather se plantó delante de Craig mirándolo con una fijeza, que los demás sabían que presagiaba una de sus imparables charlas.

—¿Estás seguro de lo que vas a hacer, abuelo?

Brodie contuvo una sonrisa y Lavinia puso los ojos en blanco.

—Olivia me gusta, pero va a ser mi abuela. —Se cruzó de brazos arrugando la frente—. ¿Tendré que hacer todo lo que me diga?

Craig asintió tratando de mantenerse serio. La niña bufó impaciente.

—Hay demasiados adultos a los que debo obedecer aquí —se quejó—. Todos me mandan. Heather, no hables tanto. Heather, límpiame los zapatos. Heather, siéntate bien...

Craig se agachó delante de ella cogiéndola por los hombros.

—Es duro, ¿verdad?

—Muy duro, abuelo —dijo moviendo la cabeza con expresión melodramática—. Pensaba que al librarme de la señora Perkins todo sería más fácil, pero qué va... Ya no me dejan ser deshollinadora, dicen que tengo que estudiar para ser una señorita educada.

—Has dicho que Olivia te gusta.

—Y me gusta, aunque prefiero a Hannah porque es escultora. Yo podría ser escultora, ¿verdad, abuelo?

—Tú serás lo que quieras ser, no me cabe la menor duda.

—Lo que quiera menos deshollinadora, mamá dice que de eso nada. —Se giró a mirar a su madre que era la que menos disfrutaba del espectáculo.

—Olivia va a ser tu abuela, como yo, y ya sabes lo que hacemos los abuelos: Malcriar a nuestros nietos, así que no tienes nada de lo que preocuparte.

—¿De verdad, abuelo? ¿No querrá que me haga rizos en el pelo y que mis vestidos siempre estén limpios? Olivia es muy guapa y muy buena, siempre me trata con cariño y deja que Sweete se suba a su sofá. A Gòrach no, pero le ha puesto una cesta muy mullidita en un rincón y a él le gusta mucho. —Sonrió satisfecha.

Craig miró a su hijo y Brodie sonrió divertido.

—La señora Dunlop siempre decía que no es bueno que un hombre esté solo —siguió la niña—. Así que es bueno que te cases. Si me prometes que todo va a seguir siendo igual, te daré mi bendición.

Craig sonrió abiertamente y se puso de pie.

—Te doy mi palabra —dijo solemne, poniéndose una mano en el pecho.

—Bien —afirmó la niña imitando su pose—. Entonces, puedes casarte, abuelo. Pero, una cosa. Cuando os caséis, no os paséis el día escondiéndooos tras las cortinas o tumbados en un sofá.

—¿Qué?! —exclamó Lavinia sin dar crédito.

—Es lo que hacéis todos —dijo la pequeña señalándolos con el dedo—. Sobre todo el tío Kenneth y la tía Rowena.

Craig abrió los ojos sorprendido, alguien carraspeó y Rowena se mordió el labio con preocupación. La niña movió la mano delante de Dougal que la miraba severo.

—Me voy corriendo siempre —aclaró—, ya sé que no debo ver esas cosas, tío Dougal. El pirata asintió rotundo.

—Bien hecho, Heather.

—Aunque es difícil no verlas en esta casa —añadió la pequeña negando con la cabeza.

El escocés no dijo nada y los demás fingieron que no iba con ellos.

—Deberíamos ir a ver si está todo listo en la capilla —dijo Craig conteniendo la risa.

—¡Una boda doble! —siguió la niña—. ¡Qué divertido! ¿Eres feliz, abuelo?

—Soy muy feliz. —Señaló a su familia—. Tengo más de lo que cualquier hombre podría desear. ¿Me acompañas hasta la capilla? —Le ofreció su mano.

La niña abrió los ojos como platos y asintió repetidamente.

—¿Podré asistir al baile de esta noche? —dijo mientras caminaban hacia la puerta—. Nunca he podido estar en uno y me hace mucha ilusión. Prometo portarme bien. Estarme callada no, ya sabes que nunca prometo cosas que no voy a cumplir. El tío Dougal dice que eso es igual que mentir y yo no soy una mentirosa. ¡Sweete! ¡Gòrach!

Gato y perro corrieron tras ellos y el resto de la familia los siguió.

—Ya podéis prepararos —dijo Kenneth al pasar junto a Brodie y a Lavinia—. Cuando crezca, esa niña os va a llevar de cabeza.

—Cuando crezca, dice —susurró Brodie.

La pequeña capilla de los McEntrie, con sus muros de piedra cubiertos de musgo y sus vitrales desgastados por los años, estaba llena de vida. Bonnie se había encargado de recoger las flores silvestres de los campos cercanos para decorar el altar y su dulce aroma se mezclaba con el de los cirios que iluminaban el templo. El tímido sol de la tarde decoraba el lugar con su cálida luz.

Liam estaba de pie junto al reverendo Campbell, que sonreía alegre.

—Me alegra ver que te has puesto el kilt de los Fraser —dijo dándole fuertes palmadas en el brazo.

El pastor no era muy alto, desde luego mucho menos que Liam, pero tenía una considerable fuerza.

—¿Cómo es que los Fraser sois tan altos? —siguió el hombre al que los nervios de Liam no parecían afectarle—. Así vestido te pareces al retrato de Murchadh, más que nunca.

—Eso me ha dicho Ceit en cuanto me ha visto.

Elizabeth se acercó al reverendo y se interesó por algunos aspectos de la ceremonia.

—Tu hermana es muy fantasiosa —se burló Kenneth en tono bajo para que solo él lo oyera—. Pareces un flan de tanto que tiemblas.

Liam lo miró con inquina y el otro le sostuvo la mirada impertérrito.

—No me creo que al fin vayas a casarte —siguió el McEntrie que estaba disfrutando de lo lindo viendo lo mal que lo estaba pasando su amigo.

—Tu padre está la mar de tranquilo, no sé cómo lo hace.

—La experiencia, supongo.

—Muy gracioso. —Miró hacia la entrada otra vez.

—Bonnie está fuera y nos avisará cuando...

La puerta se abrió y vieron a la muchacha haciendo señas.

—Ya llegan —dijo Kenneth y le hizo un gesto a Craig para que subiera al altar.

El patriarca de los McEntrie ocupó su lugar junto a Liam, Kenneth se situó al lado de su amigo y Dougal al lado de su padre.

Las novias entraron juntas en la capilla. Hannah llevaba un sencillo pero luminoso vestido blanco y un ramillete de brezo en las manos, mientras que Olivia vestía un vestido azul claro y sostenía un ramo de margaritas silvestres.

—Ay, muchacho —musitó Craig para que solo Liam lo oyera—, te auguro un futuro complicado.

Liam sintió una punzada en el estómago al ver a Hannah caminando hacia él. Los allí congregados permanecieron en un silencio expectante, observando cómo las dos novias se colocaban en el centro entre sus futuros esposos. Olivia miró a Craig con una cálida sonrisa, pero Hannah ignoró a Liam por completo.

—Queridos amigos —empezó el reverendo—. Estamos aquí reunidos en este lugar sagrado, para ser testigos de la unión de estas dos parejas. Creo que es la primera vez que oficio una boda doble.

Hannah enarcó una ceja y Liam cogió aire.

—Craig McEntrie y Olivia McLaughlin, así como Liam Fraser y Hannah Wyndham se prometen hoy que caminarán juntos, no solo en días de sol, sino también cuando llegue la tormenta. El amor verdadero no vaga siempre por una llanura, sino que a veces transita por escarpados riscos cuya piedra rasga y corta la carne hasta hacerla sangrar.

Liam frunció el ceño y miró a Dougal de soslayo, preguntándose cuántas copas de vino se había bebido el reverendo Campbell antes de la ceremonia. El McEntrie sonrió ligeramente por toda respuesta.

—Aún recuerdo cuándo eras un niño —siguió el pastor mirando a Liam de frente—. Eras el muchacho tranquilo y sesudo que siempre arreglaba los desastres de este demonio McEntrie, así que estoy seguro de que serás un buen esposo y un buen padre.

Kenneth carraspeó tratando de que el reverendo captase la indirecta.

—En cuanto a ti, Craig, ¿qué puedo decir? Eres un buen amigo y te deseo toda la felicidad del mundo...

Kenneth volvió a carraspear.

—Me estoy dispersando, ¿es eso lo que tratas de decirme? —preguntó provocando un rumor de risitas contenidas—. Bien, trataré de ir al grano. Craig, ¿aceptas a Olivia como tu esposa, prometiendo serle fiel en la alegría y en la tristeza, en la salud y la enfermedad, hasta que la muerte os separe?

—Sí, acepto —afirmó con voz suave y una mirada que lo decía todo.

—Olivia, ¿aceptas a Craig como tu esposo, prometiendo serle fiel en la alegría y en la tristeza, en la salud y la enfermedad, hasta que la muerte os separe?

—Sí, acepto —respondió emocionada.

El reverendo se dirigió entonces hacia la otra pareja.

—Liam, ¿aceptas a Hannah como tu esposa, prometiendo serle fiel en la alegría y en la tristeza, en la salud y la enfermedad, hasta que la muerte os separe?

—Sí, acepto —afirmó con voz potente y sin mirarla.

El reverendo se volvió hacia la novia.

—Hannah, ¿aceptas a Liam como tu esposo, prometiendo serle fiel en la alegría y en la tristeza, en la salud y la enfermedad, hasta que la muerte os separe?

La escultora tardó unos segundos en contestar. Su mente seguía una frenética lucha entre lo que deseaba hacer y lo que era mejor para todos. En esos segundos se vio a sí misma en todos los escenarios posibles. Siendo una esposa sumisa y entregada a un hombre que solo la veía como un objeto del que disfrutar. Teniendo que aceptar a los hijos que otras le proporcionaran con sumo placer. Se vio sola y lejos de su hermana, después de haberla arruinado y acabado con sus sueños. Se vio a sí misma siendo una anciana y recordando el momento en que huyó de aquella capilla sin mirar atrás. Todos los escenarios se iban sucediendo sin orden de continuidad, saltando de uno a otro hasta provocarle náuseas.

—¿Señorita Wyndham? —susurró el reverendo.

Por primera vez desde que había entrado en la capilla, Hannah miró a Liam a los ojos y el escocés le devolvió una mirada indescifrable. De manera inesperada la cogió de la mano sosteniéndosela con firmeza. Durante unos segundos el silencio los envolvió como un manto suave e, incomprensiblemente, Hannah supo que podía confiar en él. Se giró hacia el reverendo.

—Acepto —dijo con voz suave.

Campbell sonrió satisfecho y cerró la Biblia con un gesto solemne.

—Por el poder que se me ha concedido, os declaro a todos casados. Craig, Liam, podéis besar a las novias. Cada uno a la suya.

Craig abrazó a Olivia y la besó sin contención. Liam cogió el rostro de su ya esposa y la besó en los labios con suavidad. Los aplausos resonaron en la capilla junto a las exclamaciones de alegría de los presentes.

Capítulo 25

Olivia miraba a su hermana con una pizca de preocupación. Craig le entregó un vaso de ponche y se colocó a su lado frente a los bailarines.

—Deja de preocuparte por ella, también es tu boda.

Olivia lo miró con una brillante sonrisa.

—Tendrás que acostumbrarte. Hannah es lo más parecido a una hija que tendré nunca.

La cogió por la cintura atrayéndola a su costado y ella sintió esa calidez que surge de la confianza y la seguridad.

—Aquí vas a tener muchas hijas e hijos. Deberías ir preparándote.

—Estoy más que preparada —dijo mirando a los McEntrie que estaban bailando con sus esposas—. Son maravillosos.

—No te preocupes por Hannah, les irá bien.

—He pensado ofrecerles mi casa, pero quería comentártelo antes.

Craig inclinó la cabeza para mirarla con una gran sonrisa.

—Me parece una idea excelente. —Miró hacia Flora Fraser—. Pero a la madre de Liam no le hará ninguna gracia.

—Tiene tres hijos más, lo entenderá. Creo que Hannah y Liam van a necesitar espacio para sus... explosiones.

—¿Explosiones? —Craig soltó una carcajada.

—No sabes lo que pasa cuando están juntos.

Craig la pegó más a su cuerpo y se inclinó para hablarle al oído.

—Puedo imaginármelo.

Olivia se ruborizó y llevó la copa a sus labios para beber con fruición.

—Deberíamos bailar —dijo Liam.

Hannah bebió un sorbo de ponche.

—No me apetece.

—Aun así, deberíamos.

Ella lo miró enarcando una ceja.

—¿Quieres darle gusto a tu familia?

Liam asintió y Hannah se quedó unos segundos mirándolo.

—De acuerdo —dijo ofreciéndole su copa.

—¿De acuerdo? —Liam sonrió y se alejó para librarse de la bebida.

—Un vals —sonrió Hannah cuando salieron a la pista—. Qué oportuno.

Liam la agarró de la cintura con una mano y unió la otra a la suya con firmeza. Se movieron dejando que la música llevara el compás.

—Relájate —aconsejó Hannah.

—No puedo cuando te tengo tan cerca —dijo él sin mirarla.

La novia sonrió abiertamente.

—¿Qué diría tu familia si te oyera hablarme así?

—Eres mi esposa, ya puedo hablarte como me plazca.

Ella lo miró sorprendida y también excitada.

—¿Cómo te plazca?

Liam se inclinó para acercarse a su oído y bajó el tono hasta que solo fue un susurro.

—No pienso dejar que duermas ni un minuto esta noche. Voy a hacerte mía tantas veces que cuando amanezca no sabrás ni cómo te llamas.

Hannah se mordió el labio tensa y percibió el minúsculo movimiento de su mano como si la estuviera tocando por debajo del vestido.

—No deberías mirarme así —dijo él sonriendo perverso.

—¿Así cómo? —preguntó ella con la boca seca.

—Como si desearas que te poseyera aquí mismo.

La escultora entornó los ojos y sonrió.

—¿Puedes leerme la mente?

—No, no puedo, pero sí puedo leer en tus ojos.

—Ah, ¿sí? —Lo miró con más intensidad.

Liam volvió a inclinarse acercándose a su oído.

—Quieres que te saque de aquí ahora mismo. Quieres que te quite ese vestido y te... —Se apartó para mirarla a los ojos—. ¿Te has puesto algo debajo?

Hannah negó hipnotizada y Liam soltó una carcajada que atrajo la atención de los otros bailarines.

—Está claro que vas a ponérmelo muy difícil —dijo Liam cuando recuperó la compostura.

—¿Difícil? Si te lo pongo más fácil, caminaré desnuda por tu casa.

—Mmmm.

Hannah trató de contener su sonrisa sin demasiado éxito.

—Vas a tener que esperar —dijo él provocando que su sonrisa desapareciera de golpe. Volvió a inclinarse y su voz se tornó aterciopelada y un estilete al mismo tiempo—. Quiero que te mueras de ganas.

El vals terminó y Hannah se soltó de él con cierta violencia. Liam la vio caminar hacia su hermana y tuvo que hacer enormes esfuerzos para no romper a reír a carcajadas.

—Esta mujer me va a matar —musitó.

—¿Habéis discutido? —preguntó Olivia—. Parecíais tensos mientras bailabais.

—No preguntes —dijo la otra sin mirarla.

—Hannah...

La escultora dejó escapar el aire y se esforzó en mostrar una sonrisa.

—¿Mejor así? —preguntó.

Olivia movió la cabeza.

—He pensado regalaros mi casa.

—¿Qué?

—Yo voy a vivir aquí, en *Slioscreige*. Y a vosotros os irá bien tener un hogar lejos de todos. No creo que la madre de Liam esté preparada para ver a su hijo en celo.

Hannah la miró sorprendida.

—Hermanita, no te reconozco.

Olivia sonrió abiertamente.

—He aprendido mucho estos últimos meses. Creo que podría sorprenderte.

—Ah, ¿sí? A ver, cuéntame.

—¿Sabes la ermita de San Columba...?

Hannah asintió esperando que continuara, pero Olivia se llevó la copa a los labios y desvió la mirada distraída.

—Espera... ¿Me estás diciendo que tú y Craig...? No puede ser. ¡Olivia!

Varios invitados se giraron a mirarlas y sonrieron cuando ellas se disculparon.

—Pero ¿cómo no me lo has contado? —preguntó bajando la voz—. Estas noches hemos hablado de todo, creía que no había secretos entre nosotras.

—Me daba vergüenza.

—Vergüenza, dice. ¡Eres mi hermana!

Olivia la agarró de la cintura riendo.

—Ay, Hannah, soy muy feliz.

La escultora se enlazó a ella también y sonrió al ver que las mujeres McEntrie se acercaban.

—Las novias parecen estar pasándolo muy bien —dijo Enid—. ¿Qué os traéis entre manos?

—Hablabamos de la ermita de San Columba —dijo Hannah con la peor intención—. ¿Vais mucho por allí? He oído que es mejor hacer ruido al llegar para no llevarse sorpresas inesperadas. Al parecer algunas parejas van allí a... ya me entendéis.

Rowena desvió la mirada y Hannah soltó una carcajada.

—Ya veo que sabéis de lo que os hablo.

Augusta movió la cabeza, pero no pudo disimular su sonrisa cómplice. Olivia se había quedado con la mirada fija y las demás se giraron hacia la puerta.

—Es la señora McLaughlin —musitó Elizabeth—. Yo la atenderé.

—No —dijo Olivia rápidamente—. Iré yo.

Las demás la vieron alejarse con preocupación.

—Me alegra que haya venido —dijo sincera cuando estuvo frente a ella.

Henrietta McLaughlin miraba a su nuera con una mezcla de emociones contrapuestas.

—Te has casado con Craig McEntrie. Ahora entiendo tu inesperada visita del otro día.

Olivia juntó las manos en espera. Iba a permitirle decir lo que tuviera que decir sin interrumpirla. Henrietta miró a Craig que observaba la escena con semblante serio.

—¿Te ama? —preguntó al fin mirándola a ella de nuevo.

—Sí.

—Bien.

Olivia sintió que sus hombros cedían parte del peso y respiró hondo.

—Los hombres son tontos y no se dan cuenta de nada, no me extraña que él no se percatase entonces. Habéis perdido mucho tiempo, pero eso ya no tiene solución.

La otra sintió la humedad en sus ojos y tragó saliva intentando contenerlas.

—Lo de hacer una boda doble ha sido ingenioso, la verdad —siguió la mujer—. Parece que las hermanas Wyndham quieren dar que hablar. Y no me refiero solo a la escena en la biblioteca de los McEachern.

Las mejillas de Olivia se colorearon inevitablemente y su suegra sonrió divertida.

—Ay, mujer, ya estás casada y seguro que ese McEntrie sabe lo que hay que hacer.

—La miró unos segundos y deshaciéndose de su expresión burlona la cogió de las manos—. Siento mucho haber sido tan estúpida como para privar a mi hijo de ser un hombre pleno. Espero que allí donde esté haya encontrado el modo de perdonarme. Solo era una

pobre tonta que confundió su deseo de protegerlo con unas tijeras. No me debes nada, Olivia, sé feliz y vive tu vida plenamente. Mi soledad es mi castigo y, aunque no lo creas, me alivia algo la pena.

Olivia se limpió las lágrimas y después la abrazó.

—Ya no tengo madre —dijo con voz ronca—, pero la tengo a usted.

La mujer le dio palmaditas en la espalda sin contener sus propias lágrimas. Hacía mucho tiempo que no lloraba y no recordaba lo gratificante que podía ser.

Elizabeth se acercó a ellas cuando se separaron.

—Venga conmigo, señora McLaughlin, nos sentaremos en un lugar desde el que podrá ver el salón al completo. ¿Le apetece un ponche?

Olivia las vio alejarse y se giró cuando Craig estuvo a su lado.

—¿Estás bien? —preguntó con cariño.

—Estoy muy bien. —Miró a su alrededor y vio a Liam hablando con Kenneth—. ¿Dónde está Hannah?

Su esposo la cogió de la mano y tiró suavemente de ella.

—Baila conmigo, amor mío.

Una risa tonta agitó su pecho, como cuando alguien te hace cosquillas en un lugar muy íntimo. Se mordió el labio inquieta mientras se dejaba llevar.

Hannah entró en las caballerizas y abordó a uno de los mozos.

—¿Podrías prepararme un caballo? —pidió.

Toby frunció el ceño.

—Es de noche.

—Lo sé.

—¿Quiere montar de noche? —La miró de arriba abajo—. ¿Y con ese vestido?

Hannah lo miró del mismo modo.

—¿Tienes otro de esos en alguna parte? —preguntó señalando sus pantalones.

El muchacho sonrió divertido. Había oído hablar de sus excentricidades.

—Es usted la novia.

—Una de las novias, la otra sigue dentro. Tranquilo, nadie me echará de menos, pero por si acaso tú te encargas de decirle a mi hermana que me he ido a casa. Me levanto muy temprano. Como tú, supongo.

—¿Y el señor Fraser no se extrañará?

—El señor Fraser me conoce. Nada de lo que haga puede extrañarle. Si no me das un caballo voy a tener que irme caminando y mira qué zapatos llevo, me destrozarán los pies. Por no hablar de otros peligros.

—¿Y por qué no va en carruaje? ¿No ha venido en uno?

—Uno de los McEntrie —respondió ella—. Puedo volver en uno de sus caballos si tú me dejas unos pantalones y lo ensillas.

—No quiero meterme en líos.

—Pues vas por mal camino —dijo poniendo los brazos en jarras—, soy muy rencorosa y nunca olvido.

Toby frunció el ceño y finalmente bufó impotente. No se le daba bien tomar decisiones y temía que iba a meter la pata.

—Espere aquí, le traeré unos pantalones y el caballo.

—Mejor trae primero los pantalones para que pueda ponérmelos ahí detrás —señaló las cuabras.

Toby entró en la casa y le explicó al mayordomo lo que había pasado y Gabin se llevó las manos a la cabeza.

—Cabeza de chorlito, ¿a quién se le ocurre? ¿Es que no sabes que es la novia?

—Una de ellas —dijo repitiendo lo que había dicho Hannah—. Ha dicho que a nadie le importará que se haya ido, pero que avisara a su hermana. ¿La avisa usted?

Gavin no respondió y se dirigió hacia el salón de baile con paso apresurado. Liam lo miró perplejo.

—¿Que ha hecho qué?

—Se ha puesto unos pantalones y se ha marchado con un caballo. Ha dicho que tenía que madrugar.

Liam apretó los labios, le entregó la copa que sostenía a su amigo y salió del salón con grandes zancadas. Kenneth empezó a reír a carcajadas y Olivia y Craig se acercaron curiosos.

—¿Adónde va Liam? —preguntó Craig.

—Hannah se ha ido, ¿verdad? —Olivia puso los ojos en blanco cuando Kenneth asintió sin dejar de reír.

Liam la alcanzó sin esfuerzo, ella iba muy tranquila para no tener un percance y él conocía muy bien el camino.

—¿Se puede saber qué pretendes? —preguntó poniéndose a su lado.

Hannah lo miró con total serenidad.

—Me aburren mortalmente los bailes. He aguantado todo lo que he podido.

—¿Y no se te ha ocurrido pedirme que nos marcháramos como una persona normal?

—Creía que ya te habías dado cuenta de que no soy una persona normal.

Liam valoró la posibilidad de enfadarse con ella, pero la descartó casi al instante. No serviría de nada.

—Hace una noche preciosa —dijo ella mirando hacia el camino—. La luna está deslumbrante, parece de plata y mármol. Una piedra perfecta.

Liam la observó un momento y luego asintió.

—Seguro que sabrías qué esculpir en ella.

Hannah no dijo nada, su mente revoloteaba sobre imágenes difusas.

—¿Por qué te fuiste a Italia? —preguntó de pronto.

—Para esculpir —respondió ceñuda.

—No. Te pregunto por la verdadera razón. Sé por qué te marchaste de Borgosanto, pero no sé por qué fuiste hasta allí.

Hannah permaneció unos minutos en silencio, como si la pregunta fuese más difícil de lo que parecía.

—No me gustaba Londres.

—Lo sé. ¿Por qué no te gustaba?

La escultora se rascó la punta de nariz y luego lo miró desconcertada.

—¿A qué vienen esas preguntas ahora?

—Quiero conocerte mejor.

—¿No me conoces suficiente? Nos hemos casado.

—No, no te conozco suficiente.

No dejó de mirarlo.

—Londres no está preparado para alguien como yo.

—¿Alguien como tú?

Ella señaló los pantalones que Toby le había dejado y que se había puesto debajo del vestido que ahora llevaba arremangado para poder montar a horcajadas.

—Espero que estuviesen limpios —dijo él con desagrado.

Hannah sonrió divertida.

—¿Eres escrupuloso, Liam Fraser?

—Esos pantalones están tocándote partes demasiado sensibles. Sí, en eso soy escrupuloso.

La escultora se mordió el labio con picardía y el escocés desvió la mirada para no verlo.

—En Italia la gente es más... abierta. Por eso me fui. Hay muchos más artistas y suelen vivir con menos limitaciones.

—¿Por eso te acostaste con ese Lorenzo en cuanto te lo propuso?

—¿Y quién dice que me lo propuso él?

Liam entornó los ojos.

—Yo lo digo.

La escultora le sostuvo la mirada y finalmente asintió.

—Sí. Yo era demasiado joven. Ni siquiera sabía por dónde exactamente... Ya me entiendes.

Liam movió la cabeza visiblemente molesto.

—¿Qué? —preguntó ella.

—Ese Lorenzo es un verdadero cabrón.

—No me forzó. No hizo falta.

—Eres muy perversa, Hannah.

—¿Lo soy?

Llegaron frente a la casa y ella fue la primera en desmontar. Liam cogió los dos caballos y los llevó a las cuadras mientras ella entraba en la casa.

—¡Señorita! —exclamó Morag que era la única que estaba despierta—. Quiero decir, señora. ¿Qué hace con esos pantalones? Y huele a caballo.

—Prepárame el baño y luego vete a la cama. Mi marido y yo nos encargaremos de todo.

—¿Su marido? ¡Claro, claro! Lo preparo en un santiamén.

La muchacha corrió hacia las escaleras y la escultora se dirigió al salón para servirse una copa de vino. Liam la encontró sentada en una butaca con las piernas por encima del reposabrazos.

—Puedes servirte lo que quieras, mi hermana tiene muy buen gusto para el whisky. Y también hay *drambuie*.

Liam la vio balanceando las piernas y sonrió. Se sirvió un whisky y se sentó en el sofá frente a ella.

—¿Te parece bien vivir aquí? —preguntó ella antes de llevarse la copa a los labios—. Para mí sería perfecto, mi taller está aquí y así puedo trabajar todo lo que quiera. ¿Estamos lo bastante cerca de tus ovejas?

Liam bebió un trago sin dejar de mirarla.

—Puedo adaptarme.

Ella bebió también y se pasó la lengua por el labio para atrapar una gota. A Liam se le quedaron pequeños los pantalones.

—Morag está preparándonos el baño. No quiero que mis sábanas huelan a caballo.

Él asintió.

—Supongo que aún no estamos casados de verdad —siguió ella y se mordió el meñique de la mano que sostenía la copa—. Aún podríamos echarnos atrás.

—¿Me estás pidiendo algo? —dijo él recostándose y abriendo las piernas para que fuese más que evidente su situación.

Hannah sonrió abiertamente y se mordió el labio sin dejar de mirarlo.

—El baño ya está listo —dijo la doncella entrando en el salón.

—Puedes retirarte, Morag. Y no nos molestes, oigas lo que oigas —dijo sin apartar la mirada de él.

—Así lo haré, señora. Buenas noches, señor.

—Buenas noches, Morag.

La joven salió de allí rápidamente y echó a correr hacia los cuartos de las criadas dispuesta a encerrarse y no salir hasta el día siguiente.

—Ven aquí —ordenó Liam con voz profunda.

Hannah, inesperadamente, obedeció.

—Arrodíllate —ordenó él de nuevo.

La escultora dejó el vaso en la mesilla y muy despacio, lo hizo. Liam no se esperaba aquella concesión y casi exclamó de gusto.

—¿Tu criada obedecerá? —preguntó sacándole la camisa por la cabeza.

—Más le vale —dijo Hannah mientras su pecho desnudo subía y bajaba agitado.

Liam los cubrió con sus manos, pero solo un momento. Enseguida la agarró de la cintura y la hizo levantarse para poder alcanzarlos con su boca. Su aliento provocó un escalofrío en su esposa por la humedad que había dejado su lengua en ellos.

—Voy a morderte. —Aviso y ejecución.

Hannah gimió mientras sujetaba su cabeza para que no parase.

—¿No te importa que huela a caballo?

—Ahora mismo mi olfato es mi menor problema —dijo antes de cogerla por la nuca para darle un beso profundo y largo. Muy largo.

Hannah ya había tenido bastante de preparación y sin esperar más órdenes tiró los zapatos al aire y se bajó los pantalones sin desabrocharlos siquiera. Su cuerpo desnudo brilló ante él a la luz de las velas y Liam gruñó verdaderamente necesitado.

—Vamos a consumir esto cuanto antes —dijo levantándola del suelo y llevándola con él hasta el sofá.

Hannah lo montó a horcajadas y se lo envainó sin pausa, lo que provocó un gemido profundo y compartido que hizo retumbar las paredes.

—Vas a matarme, ¿verdad?

—Cada noche hasta que me dejes satisfecha —amenazó ella moviéndose imparable.

Liam echó la cabeza atrás, era demasiada mujer para dominarla. Demasiado apasionada. Demasiado caótica. Soltó una carcajada y su risa fue como un cascabel en el corazón de la escultora. Elevó las manos al cielo mientras lo cabalgaba, libre y salvaje, y juntos llegaron a un orgasmo glorioso que daría comienzo a una vida nueva.



Olivia y Craig caminaban cogidos de la mano. Era una costumbre que habían establecido casi desde el primer día después de la boda. Salían todas las tardes a pasear y hablaban de su día y de sus preocupaciones. A veces solo charlaban de sus pensamientos y otras se reían con las ocurrencias de sus hijos o sus nietos. Olivia se había integrado a la perfección entre los McEntrie, y en apenas dos meses pasó de ser la nueva esposa de Craig a ser la confidente, la amiga, la madre...

—Lavinia está preocupada por Heather —dijo mirándolo de soslayo.

Craig sonrió abiertamente.

—Te ha pedido que hables conmigo.

Su esposa lo miró.

—Tienes debilidad por esa niña.

—Sí.

—La malcrías.

—¿No es esa la función de un abuelo?

—No lo sé, nunca había sido abuela antes —sonrió también.

—Es una niña muy especial y reconozco que tiene algo que me toca el corazón. Es como si tuviera el don de conmoverme. ¿Has visto cómo cuida a sus mascotas? ¿Y cómo se preocupa por sus primos?

—Por todos. Es como una anciana en el cuerpo de una niña.

Craig la miró sorprendido.

—¡Exacto!

—Pero, también por eso, hay que poner mucha atención en su educación. Si no lo hacemos, el día de mañana va a tener una vida muy difícil.

—¿Eso te ha dicho Lavinia que me dijeras?

—Algo así. No lo he memorizado —sonrió.

Craig se detuvo y se colocó frente a ella.

—¿Te das cuenta? Ahora hablan contigo para que tú hables conmigo —dijo rodeándole la cintura con los brazos.

Olivia hizo lo mismo con su cuello e inclinó la cabeza divertida.

—No se me da mal, ¿verdad?

—Has tenido a Hannah como hermana, eso curte a cualquiera.

—Soy muy feliz, Craig. No solo por mí, también por ella.

—Lo sé.

Respiró hondo sin que se borrara su sonrisa de felicidad.

—Incluso me siento un poco madre ahora.

La apretó contra sí mirándola con ternura.

—Habrías sido una madre maravillosa, no me cabe la menor duda. Sé que están un poco mayores, pero mis hijos son tus hijos.

Ella soltó una carcajada dejando caer la cabeza hacia atrás y Craig se contagió de su risa.

—¿Os vais a hacer carantoñas? —dijo Heather que se había acercado sin que se percatasen—. Porque si es así, me voy.

Los dos se separaron y Craig extendió la mano para ofrecérsela.

—¿Quieres dar un paseo con nosotros?

—¿Puedo? No quiero ser pesada —dijo cogiéndole la mano y luego buscando con la otra la de Olivia—. Podríamos ir hasta la playa y ver cómo sube la marea.

Su abuelo la miró con temor.

—Ni se te ocurra acercarte por allí sola y menos cuando sabes que va a subir la marea.

—¿Lo sabes, Heather? —preguntó Olivia con preocupación.

—Claro, abuela, el abuelo me lo ha explicado un millón de veces —dijo caminando con ellos—. ¿Tú no lo sabes? Es muy peligroso. La tía Elizabeth una vez casi se ahoga. ¿No te lo han contado? Te lo cuento yo, verás. Hace muchos años, cuando el tío Dougal y la tía Elizabeth no estaban casados...

Epílogo 1

Agosto de 1817

—¿Qué pasa? —Liam entró en la casa como un toro en una cacharrería.

—Se ha vuelto loca —decía Agnes corriendo tras él—. Lo va a destrozar todo con ese mazo...

El escocés le hizo un gesto para que no lo siguiera y entró en el taller sin protección.

—¡Hannah!

—¡Vete! —gritó ella en cuanto lo vio—. ¡Vete o te abro la cabeza!

Liam hizo un barrido rápido por toda la sala y movió la cabeza al ver los destrozos.

—¿Qué narices estás haciendo?

—¡He dicho que te vayas, maldita sea! —Soltó el mazo y corrió hacia él con los puños levantados—. ¡Márchate! ¡Márchate! ¡Márchate! Sabía que lo harías, lo sabía.

—¿Qué he hecho? —preguntó sin impedir que lo golpease.

—Me lo quitarás todo —dijo perdiendo las fuerzas, aunque sus puños de mantequilla seguían tratando de infligir daño.

—¿Qué he hecho, Hannah?

—Si no te vas de esta casa, te juro que me subo a lo más alto y me tiro.

La agarró del brazo y la sacó del taller sin contemplaciones.

—¡Suéltame!

En lugar de hacerle caso, cuando empezó a resistirse tratando de clavar los pies al suelo, la levantó en volandas y se la echó al hombro para sacarla de casa.

—¡Ayudaaaaa! —gritó mientras le golpeaba la espalda—. Morag, haz algo. Agneeees. Os despediré, os juro que os despediré si no me ayudáis.

Liam salió de casa con ella y caminó con paso decidido y sin detenerse.

—¿Adónde me llevas? —preguntó entre dientes.

Liam no respondió y siguió caminando. Su esposa trató de mirar a su alrededor para situarse y su corazón se aceleró de nuevo.

—¡No te atreverás! ¡Liam! Te ordeno que me dejes en el suelo. ¡Ahora! Te juro por Dios que si no me dejas te arrancaré eso que cuelga entre tus piernas de un mordisco cuando menos te lo esperes.

—Definitivamente, alguien tiene que lavarte esa sucia boca con jabón —dijo él furioso—. Empezaremos por el agua.

—¡No!

La lanzó al lago con fuerza y su esposa se hundió en él sin remedio. Cuando reapareció golpeó el agua con los puños mirándolo enfurecida.

—¡Te mato! No tendré clemencia, Liam Fraser.

El escocés la esperó con las manos en la cintura y una expresión que habría aterrado a un hombre de su tamaño.

—Si vuelves a amenazarme con hacerte daño, no me limitaré a lanzarte al lago, te lo aseguro.

Hannah salió del agua a trompicones y con el pelo pegado a la cara. Caminó hacia él y levantó un puño acercándolo a su cara.

—Cuando nuestro hijo nazca, le contaré la clase de energúmeno que es su padre, que fue capaz de tirar a su madre al lago estando embarazada.

—¿Qué?

Hasta la última gota de sangre de su rostro cayó en picado hasta los pies y el escocés, tan alto y fuerte como un roble, se tambaleó igual que lo haría una brizna de hierba.

—¡Estoy embarazada, capullo desnaturalizado! —Se alejó de él levantándose los pantalones para no pisárselos y caerse.

Liam se giró para mirarla aún sin poder reaccionar.

—¡Hannah! —le gritó.

—¿Qué? —ella gritó más fuerte volviéndose hacia él—. No voy a dejar de esculpir. No dejaré de ser yo. No me doblegarás. Voy a ser la misma de siempre. Ni se te ocurra empezar a tratarme como a una florecilla sensible.

Los sollozos la sacudieron sin que se diera ni cuenta. Liam corrió y se arrodilló ante ella abrazándola con fuerza contra su cuerpo. Su esposa le rodeó el cuello con los brazos y apoyó su cabeza en la de él sin dejar de llorar.



—Nada de relaciones maritales. —El médico miraba a Liam con fijeza—. Si quieren que ese niño nazca sin problemas, deberá abstenerse de cualquier contacto íntimo.

Liam asintió, pero Hannah seguía con los brazos cruzados y los labios apretados.

—Es un embarazo con muy pocas posibilidades de llegar a término. Si por mí fuera, su esposa no se levantaría de la cama en los seis meses que faltan para el alumbramiento.

Liam la miró con una ligera sonrisa.

—No se preocupe, cuidaré de ella, pero no será necesario que se quede en la cama.

—Y, por supuesto, nada de subirse a un andamio, cargar con peso o utilizar herramientas peligrosas.

Un gruñido en la cama fue lo único que Hannah dijo al respecto.

—Le acompaño —dijo Liam con un gesto y los dos salieron de la habitación.

Hannah tenía muchas ganas de llorar, pero no quería que él la viera y sabía que iba a volver, así que apretó los labios y los brazos y respiró hondo por la nariz tratando de calmarse. El escocés regresó y se sentó en la cama junto a ella. Trató de cogerle la mano descruzándole los brazos, pero ella se resistió.

—¿No quieres tener un hijo?

Lo miró furibunda.

—¿Por qué no lo tienes tú?

Liam sonrió.

—Sería un caso digno de estudio. ¿Por dónde quieres que salga?

Ella apartó la mirada y la fijó en la ventana.

—No debí casarme contigo. Sabía que era un error.

—Parecía que estos meses no lo estabas pasando mal del todo.

Volvió a mirarlo con fuego en los ojos.

—¡Y mira lo que he conseguido! —Señaló su vientre aún plano.

—Hannah...

—¿Qué?

—¿Me dejas que te diga que soy muy feliz?

La escultora frunció el ceño y dejó que la cogiera de la mano. Liam le acarició los

dedos con delicadeza, parecía no importarle que su piel fuera áspera y estuviese pelada en algunas zonas.

—Tómatelo como unas vacaciones —dijo con ternura—. Cuidaré de ti. Todos lo haremos. Ya verás cuando Olivia se entere. Será como si fuese también un poco tuyo. Tu hermana no tuvo la suerte de tener hijos y sabes lo mucho que le habría gustado.

Las lágrimas afloraron a los ojos de Hannah, si le hablaba así no había manera de resistirse.

—No se lo digas, se pondrá insoportable.

Liam sonrió y limpió sus mejillas con el pulgar como una caricia.

—No puedes quitarle esa alegría. Debes dejar que se preocupe por ti, que sienta que este bebé la necesita.

La escultora se tapó la boca para ahogar un sollozo.

—¿Y si no lo consigo? Soy demasiado mayor, Liam.

—Lo conseguiremos juntos —dijo él llevándose su mano a la boca para besarla—. Ya lo verás.

Ella lo miró arrugando los labios.

—No podremos... ya sabes.

Liam negó.

—No, no podremos.

—¿Te buscarás a otra?

—No, no me buscaré a otra. Si tú puedes aguantar, yo también.

—¿Y quién dice que pueda? —Se quejó.

Él se inclinó y la besó en los labios. Inmediatamente ella rodeó su cuello con los brazos y deslizó su lengua caliente y hambrienta. El beso fue largo y profundo, con mucho sentimiento. Liam se separó despacio y volvió a besarla levemente antes de levantarse. Sopló y movió la cabeza.

—Ufff —dijo asintiendo—. Esto va a ser muy difícil.

—Me alegro —dijo ella con inquina—. Ojalá fuese a ti a quien le va a crecer la barriga y no a mí.



—Me mudaré aquí.

—No digas tonterías, Olivia —Hannah negaba con la cabeza—. Tú tienes tu casa y a tu marido. No te necesito.

—No voy a dejarte al cuidado de esas despistadas. A saber lo que podrían hacer.

—Mírame, Olivia, en mi estado no debo ponerme nerviosa. Tenerte aquí sería como tener agujas clavadas entre las uñas.

—Serás desagradecida —dijo su hermana abriendo los ojos como platos—. Pero, ¿la estáis oyendo?

Los dos hombres asintieron, pero ninguno se atrevió a decir una palabra.

—Puedes venir a verme cuando quieras. Todos los días, si es necesario, aunque preferiría que no.

—Por supuesto que vendré todos los días. Y me encargaré de que no te acerques al taller.

—Tranquila, mi querido esposo ha tapiado las puertas.

Olivia miró a Liam y asintió para que supiera que estaba completamente de

acuerdo.

—¿Qué mal haría que hiciese alguna figura pequeña? Ni que no supiera coger un cincel sin clavármelo.

—Mejor no arriesgarnos —dijo Liam.

—Estos meses se me van a hacer interminables.



Octubre 1817

—¡Ya se te nota! —dijo Ceit señalándola.

—Uy, sí qué ilusión. Ahora además de fea, estoy deforme.

—No digas eso —dijo Augusta meciendo a Constance—. Estás más guapa desde que estás embarazada. Lavinia y yo nos pusimos feísimas.

—Va a ser niño —afirmó Elizabeth.

—Yo también lo creo —corroboró Rowena—. Es verdad que estás más guapa.

—¿Cómo están Enid y el pequeño Anthony?

—Los dos están perfectamente —explicó Elizabeth—. Nadie diría que el parto de Enid se alargó tanto, ya está completamente recuperada. Ese niño es precioso, se parece a Nessa como una gota de agua a otra gota de agua. Enid vendrá en cuanto pueda.

—Olivia me tiene informada. De hecho, pensaba que me iba a agobiar y resulta que espero sus visitas y las vuestras como si fuera el mejor momento del día. Porque es el mejor momento del día.

Bonnie sonrió, solo Hannah Fraser era capaz de decir algo tan desagradable y hacer que sonase como un halago.

—Estoy deseando ser tía —dijo Sheena—. ¿Ya habéis decidido qué nombre le pondréis?

—Liam me deja que lo elija yo y, si es niño, se llamará Apolo.

—¡No! —exclamó Olivia.

—¿Por qué no? A mí me parece un nombre muy bonito. Y tiene mucho simbolismo para nosotros.

—Pobrecito niño, no puedes llamarlo así, se burlarán de él —dijo Olivia compungida—. Por favor, Hannah, no lo hagas. No me puedo creer que Liam esté de acuerdo.

—Aún no se lo he dicho —contuvo una sonrisa.

—¡Liam! —lo llamó Olivia.

El escocés se acercó cortés.

—Dime, Olivia.

—¿Sabes qué nombre quiere ponerle Hannah a tu hijo?

Liam miró a su esposa ladeando la cabeza.

—¡Apolo!

Él torció una sonrisa.

—¿No vas a decir nada? ¿Dejarás que tu hijo sea el hazmerreír de toda Escocia?

Liam la miró con cariño.

—Te está tomando el pelo, Olivia.

—No es cierto —dijo Hannah fingiendo seriedad—. Lo digo totalmente en serio.

—El registro de los hijos lo hacen los padres —siguió Liam sin apartar la mirada de su cuñada—, y, por supuesto, yo no inscribiré a mi hijo como Apolo Fraser. No estoy

loco.

—Pues no veo por qué no —insistió Hannah.

—Ya.

—¿Ya? ¿Eso es todo lo que tienes que decir?

—Sí, esposa, es todo lo que tengo que decir.

—Se llamará Apolo.

—No.

—Yo le llamaré así.

—Tú puedes llamarlo como gustes, pero ese no será su nombre.

Hannah apretó los labios. Llevaba meses intentando sacarlo de sus casillas, pero el escocés demostraba una fortaleza inquebrantable y no se movía de su pacífica actitud.



Enero 1818

Se removió inquieta y un gemido escapó entre sus labios. Liam se despertó casi al instante y se incorporó girándose hacia ella.

—¿Estás bien? ¿Necesitas algo?

—Me duele la espalda —dijo somnolienta.

Él se sentó recostándose en el cabecero y la arrastró, colocándola entre sus piernas y haciendo que se apoyara en su pecho. Eso siempre la reconfortaba. Cogió una de sus manos y la acarició mientras le hablaba en gaélico con voz dulce y suave. Le habló de las ovejas merinas que habían conseguido adaptarse al clima de las Highlands, le contó el trabajo que había hecho ese día y cuánto pasto habían comido. Daba igual lo que dijera porque ella no lo entendía, solo necesitaba poner una voz suave, profunda y dulce para que ella sintiera la caricia de su voz y se relajara.

—Solo falta un mes para que veamos su carita —dijo con una sonrisa.

—Mmmm —ronroneó ella.

Un mes y todo habría acabado. O más bien, un mes para que todo empezase.

—Ha sido... extraño —dijo adormilada—. Estos meses sin mis esculturas, sin... eso.

Liam sonrió consciente de que era «eso». Lo habían sufrido mucho los dos. Atrás quedaron los días en los que ella le suplicaba y él tenía que sacar fuerzas de donde no sabía que las tenía cuando estaba a punto de rendirse.

—Me has cuidado.

—Te lo dije.

—Siempre cumples tu palabra.

La besó en el pelo y le acarició la cabeza después.

—Liam.

—¿Sí?

—Creo que me he enamorado de ti.

Por suerte no pudo ver cómo sus ojos se abrían asustados, pero su mano se detuvo y eso fue suficiente señal. Hannah suspiró.

—No temas, no tienes que decir nada al respecto.

—Has dicho que lo crees. ¿Cuándo estarás segura exactamente?

Ella dejó resbalar la cabeza a un lado para mirarlo.

—Ya lo estoy —dijo esperando un respingo o algo peor.

Liam se inclinó sobre ella y la besó al tiempo que la tumbaba y se colocaba a su lado. La tenía abrazada para que no se apartara de su cuerpo y Hannah sentía su erección como una promesa que no iba a cumplirse. Cuando el beso se hizo tan profundo que amenazó con devorarlo, él se apartó y apoyó la frente en su hombro tratando de recuperar la cordura.

—Puedo aliviarte —dijo ella.

—No.

—Déjame hacerlo.

—No. —Rotundo—. Tú esperas, yo también.

Hannah se mordió el labio sintiendo que esa emoción que se había abierto paso en su pecho crecía como un dragón desplegando sus alas.



Febrero 1818

Hannah sostenía a su bebé en los brazos y lo contemplaba admirada y extasiada. Revisó todos sus deditos, los perfectos pies. La delicada naricita que apenas era un botón liso y precioso. Sus mejillas suaves, sus labios sonrosados y esas pequeñas orejitas que casi la hacen llorar. Miró a su hermana sin poder articular palabra.

—No me lo puedo creer —dijo Olivia sonriendo—. Pensé que jamás te vería enmudecer.

Liam los observaba a los dos con una expresión tan dulce que habría conmovido al más pintado. Pero no a Kenneth McEntrie, claro.

—Menuda suerte que has tenido —dijo dándole una sonora palmada en la espalda —, debe haber salido a algún antepasado tuyo, a uno que no se parecía a ti. Ya me estaba temiendo que llamándose Apolo y con tu cara iba a recibir sopapos hasta el fin de sus días.

—No se llama Apolo, imbécil, no menciones ese nombre —masculló para que solo él lo oyese.

—¿Cómo que no se llama Apolo? —gritó el McEntrie—. Pero si ese es el nombre que decidió tu esposa, ¿verdad, Hannah?

—Se llamará Murchadh —dijo la escultora.

Kenneth abrió la boca, pero volvió a cerrarla al ver la cara de su amigo. Liam se acercó a la cama y cogió al bebé de sus brazos.

—Murchadh —susurró.



Marzo 1818

Liam se despertó y levantó la cabeza para asegurarse de que Murchadh estaba bien. El pequeño dormía plácidamente y el escocés movió la mano para acariciar a su esposa, pero la cama estaba vacía.

Abandonó el lecho, cogió la bata y se puso las zapatillas antes de salir del cuarto. Se acercó a las escaleras y vio la luz que emergía por la puerta entornada de la biblioteca. Bajó los peldaños y caminó hasta allí, aún adormilado.

—¿Qué haces? —preguntó al verla sentada en una butaca, con las piernas dobladas y un vaso de algo color ambarino en la mano—. ¿Eso es whisky?

—*Drambuie* —dijo con una sonrisa relajada.

Se dejó caer en el sofá cuan largo era y elevó el brazo hasta apoyarlo en su frente. El cordón de la bata se soltó y Hannah se mordió el labio repasándolo de arriba abajo. Liam giró la cabeza y captó su mirada. Suspiró.

—Aún no podemos —dijo como si ella hubiese preguntado.

Hannah bebió un sorbo de su vaso y no respondió. Liam se sentó y apoyó los brazos en sus rodillas sin dejar de mirarla.

—Hannah.

—Mmmm.

—No podemos.

—Ya lo has dicho.

Él entornó los ojos.

—Oíste al médico igual que yo.

—Sí.

—¿Entonces?

—¿Entonces qué? No he dicho nada.

—No hace falta que digas nada, lo veo en tu rostro.

—Mañana empezaré a trabajar. Haz que quiten los tablones de las puertas.

—Todavía no.

—¿Cómo que todavía no?

—Murchadh te necesita.

Hannah apuró el contenido de su vaso y se levantó del sillón para volver a servirse.

—No bebas más.

—¿Por qué no? Quizá si hubiese bebido habría tenido leche para mi hijo. ¿Sabes que las McEntrie los han amamantado a todos?

Liam se levantó paciente y le quitó el vaso de las manos.

—Ven —dijo llevándola consigo.

Una vez en el sofá, la sentó de lado sobre sus piernas.

—¿Qué te pasa?

—Quiero trabajar —dijo rodeándole el cuello con los brazos.

—¿No puedes esperar un poco más? Dos semanas, por favor.

—¿Por qué? No voy a abandonarlo.

—Sabes cómo eres cuando te pones creativa. Pierdes el mundo de vista.

—No me ocurrirá.

—¡Claro que te ocurrirá!

—No, Liam, ya no soy la misma. Puedo pasarme horas mirando su cara, ¿lo entiendes? Horas.

Él sonrió feliz.

—Es precioso, ¿verdad? —dijo orgulloso.

—Precioso.

Liam suspiró y finalmente asintió.

—Está bien, quitaré los tablones mañana.

Ella sonrió y se recostó en su hombro.

—Hace una semana que no sangro —dijo con pesar—. ¿Ya no me deseas? Me has

visto con una barriga descomunal y has visto salir a una criatura de mi cuerpo. No deberías haber estado allí.

—Fue el momento más maravilloso de mi vida —musitó él acariciando su brazo.

—Pero ya no me deseas.

—Claro que te deseo.

—No es cierto.

La apartó y la miró sonriendo.

—Hannah.

Ella se encogió de hombros.

—Reconócelo. Si puedo vivir sabiendo que no me amas, también puedo vivir sabiendo que no me de...

La hizo callar con su boca y lo que empezó como un beso amable y suave, un beso cargado de cariño y paciencia, se fue agitando como la marea con la respuesta de ella. Liam gruñó en su boca, quería apartarla, pero era tanto lo que la deseaba que su mente se nubló y todo fue sangre bombeando con fuerza y su sexo recibéndola con ansia. Pero fue ella la que lo apartó y cogiendo su cara entre las manos lo miró a los ojos.

—Ya basta de este fuego que nos abrasa. Basta de ir siempre hasta el abismo y lanzarnos como si no hubiera un mañana. Quiero que me tomes despacio. Quiero que me descubras y que me dejes acariciarte.

Se levantó con ella en brazos y salió de la biblioteca con paso decidido. Subió las escaleras y entró en el dormitorio con el corazón golpeando con fuerza en su pecho. La tumbó con suavidad y se quitó la ropa antes de desnudarla. Hannah lo miraba con un brillo tan intenso que sintió que lo cegaría. Se colocó encima de ella a horcajadas, con su deseo visible y expuesto. Se inclinó para besarla en los labios, apenas un roce. Cogió sus manos y las elevó por encima de su cabeza para que no lo tocara, estaba demasiado necesitado y ella no iba a compadecerse.

—¿No vas a dejarme hacer nada? —musitó ella como si pudiera leerle el pensamiento.

Liam rozó uno de sus pezones suavemente con un dedo.

—¿Te duelen?

—Me molestan un poco —dijo ella con una mirada que él conocía muy bien.

Lo pellizcó ligeramente sin dejar de mirarla interrogador. Hannah se mordió el labio sintiendo una mezcla de dolor y placer.

—Si quieres que pare, dilo. —Volvió a pellizcarlo, esta vez un poco más fuerte.

—Hasta ahí —dijo ella jadeando.

Liam sonrió y se inclinó para atraparlo con sus labios.

—No usaré los dientes —dijo apartándose lo justo.

Después de torturar ambos pechos justo hasta el punto que ella le había indicado, se deslizó por su vientre hasta la entrada de su sexo. Cuando lo sintió entre sus piernas, Hannah bajó las manos para colocarlas en su cabeza y se arqueó sensible y entregada.

—¡Oh! —gimió elevándose por encima de aquella cama.

Liam la llevó justo hasta el borde del abismo y entonces se colocó en posición de penetrarla.

—Hannah, mírame —susurró para que ella abriese los ojos.

Su esposa obedeció y lo miró con una expresión anhelante que hablaba más de lo que las palabras habrían podido decir. Él empujó despacio, temeroso de hacerle daño,

pero no vio en ella el menor rechazo, así que poco a poco sus movimientos se hicieron más firmes y el placer tomó las riendas. Ella se agarró los pequeños pechos y se mordió el labio, hablando sin hablar. Liam se inclinó sobre uno de sus pezones y lo acarició con su lengua, lo atrapó con sus labios y lo mordió suavemente. Hannah se arqueó buscándolo, lo quería tan adentro como fuera posible. Liam se retiró inclemente y apoyando las manos en el colchón, arremetió con fuerza hasta el fondo. Ella se tapó la boca para ahogar un grito y él repitió el movimiento una y otra vez hasta que consiguió lo que buscaba, arrastrarla hasta el orgasmo que tanto le había reclamado esos meses. Y en ese mismo instante, cuando ella cerró los ojos presa de una sacudida insoportablemente deliciosa, cuando sus músculos se contrajeron estrujándolo y exprimiéndolo para tomarlo todo de él...

—Te quiero, Hannah —dijo con voz áspera y profunda.

Un gemido largo, casi un lamento, emergió de los labios de su esposa y se aferró a las sábanas como si estuviera cayendo desde lo alto de los acantilados. Liam cayó con ella como un torrente, derramándose por completo en su interior.

En cuanto él se apartó, la escultora se deslizó fuera de la cama y se puso las zapatillas al tiempo que alcanzaba la bata que habían dejado en el suelo.

—¿Adónde vas? —preguntó incorporándose sorprendido.

Ella no respondió y salió del cuarto a toda prisa. Liam arrugó el ceño y miró su miembro interrogador. ¿Había perdido su poder sobre ella?

—No es eso lo que parecía... —musitó.

Aún ceñudo, se levantó de la cama y se dispuso a seguirla. La encontró de nuevo en la biblioteca y con el vaso de drambuie entre las dos manos.

—¿Qué ocurre? ¿He sido muy brusco? —preguntó colocándose frente a ella.

—¿Por qué lo has dicho? —le espetó—. ¡¿Por qué?! ¿Tan patética te parezco?

Liam seguía con aquella expresión confusa que era una manifestación bastante aproximada de cómo se sentía.

—¿Te molesta que te haya dicho que te quiero?

—¡Claro que me molesta! ¡No me quieres! —bebió un trago sin dejar de mirarle.

Liam se cruzó de brazos y elevó ligeramente el mentón.

—Así que estas tenemos. Ahora también vas a decidir tú si te quiero o no.

—¿Qué significa que me quieres? ¿Me has cogido cariño por mi simpatía y dulzura? —se burló—. ¿O te refieres a algo más carnal?

—No voy a negar que me gusta enormemente todo lo carnal contigo —ironizó—. Y que tu dulce carácter es la guinda en esta relación.

La escultora apretó los labios y fue hacia el lugar en el que estaba la botella de drambuie para rellenar su vaso.

—¿Vas a emborracharte?

—Lo que sea con tal de no pensar —dijo bebiendo otro trago.

Liam fue hasta ella con paso decidido, le quitó el vaso de las manos y lo apartó cuando ella trató de recuperarlo.

—¿También vas a prohibirme beber?

—¿Qué otras cosas te he prohibido? —dijo con una sonrisa burlona.

—Me has convertido en una mujer débil. Me has hecho madre. ¡Cerraste mi taller!

—Eso fue por tu bien —dejó el vaso en una mesita.

—¿Mi bien? Ahora decides tú lo que es mi bien —se movió inquieta de un lado a

otro.

—Hannah...

—Ya no soy dueña de mi mente ni de mi cuerpo. Me lo has quitado todo.

—Hannah, para —dijo intentando cogerla del brazo.

Ella se libró con brusquedad y lo miró rabiosa.

—¡No me toques!

—Vas a despertar a las criadas.

Ella se llevó las manos a la cara y luego se las miró sorprendida.

—Estoy llorando —dijo perpleja—. ¡Estoy llorando! ¡Maldito seas, Liam Fraser!

La agarró sin darle opción y la envolvió en sus brazos pegándola a su pecho.

—Déjame hablar, fiera salvaje de los cojones.

Ella siguió tratando de separarlo y era mucho más fuerte de lo que parecía, así que su esposo tuvo que esforzarse para retenerla.

—Te quiero, Hannah. Te quiero como mujer, como compañera, como amante. Te amo con la fuerza de un ciclón. Me vuelves loco, me haces subir hasta el cielo y luego me estampas contra el suelo sin compasión. —Ella había dejado de moverse y la apartó, sin soltarla de los brazos, para poder mirarla—. Te amo, esposa mía, madre de mi hijo y la mujer más insoportablemente irresistible del mundo.

—No —dijo con un hilo de voz.

—¿No? —se rio él.

Hannah negó con la cabeza.

—No me amas. No puedes amarme. Liam, no me hagas esto, no soy tan fuerte como crees.

Le apartó el enmarañado pelo de la cara y contempló sus facciones con admiración.

—Eres hermosa, Hannah. Tu fiereza y tu pasión cincelan tu rostro dándole una perfección absoluta. Y al mismo tiempo, la dulzura con la que miras a nuestro hijo, lo dota de una debilidad tan abrumadoramente sensual, que casi no puedo soportarlo. Te amo, mi dulce tirana, amo cada gesto, cada palabra, cada risa que eres. Amo tu cuerpo y tu mente, que me agita y me reta constantemente. —Sus manos rodearon su cintura y la atrajo afianzándola contra sí—. Te amo y no podrás evitarlo.

Ella inclinó la cabeza y apoyó la frente en su pecho. Los sollozos la arrollaron y Liam cerró los ojos un instante profundamente conmovido. Cuando volvió a abrirlos, tenía una sonrisa feliz en su rostro y la empujó con suavidad para que lo mirase.

—¿Por qué lloras, tontita?

—Oh, Liam... —gimió.

—¿Eres feliz? —insistió—. ¿Es eso?

Ella asintió sintiéndose una niña perdida a la que por fin han encontrado.

—Pues acostúmbrate, porque voy a esforzarme en que te sientas así la mayor parte del tiempo. Aunque sé que no me lo pondrás nada fácil.

Le rodeó el cuello con los brazos, aún con las mejillas mojadas por las lágrimas.

—Sigo queriendo viajar.

—Lo sé. Yo cuidaré de Murchadh cuando no estés —dijo balanceándose con ella.

—Tengo a Olivia para eso.

—Oye, que soy su padre.

Hannah sonrió abiertamente.

—Desde luego, es igualito que tú. Y menos mal.

Él se detuvo y la miró severo.

—No te atrevas a decir nada malo de mi esposa o...

—Es fea.

Le dio un cachete en el trasero.

—No tiene tetas.

Otro cachete.

—Y está completamente loca... por ti. —Se puso de puntillas y lo besó en los labios.

Epílogo 2

Slíoscreige, 1837

—¡No pienso hacerlo! —gritó dando un portazo y avanzó por el pasillo con los dientes y los puños apretados.

Craig salió del despacho y la vio pasar frente a su puerta.

—Heather...

—No te metas, abuelo —dijo sin detenerse.

Él cerró su puerta con cuidado y fue tras ella.

—Heather —la alcanzó en el *hall*—. ¿Adónde vas?

—Me voy a Harmouth. Si no me marchó acabaré haciendo algo de lo que tendré que arrepentirme.

—¿Has vuelto a discutir con tu madre?

La joven se volvió hacia él y sus ojos eran dos teas ardiendo.

—Ven. —Le hizo un gesto con la mano para que lo siguiera—. Vamos, luego podrás irte si quieres, pero vamos a hablar un momento.

Nunca podía negarle nada a su abuelo, así que lo siguió con los hombros caídos por el peso de sus emociones.

—¿Estás más tranquila? —preguntó cuando llevaban un par de minutos sentados frente a frente.

—Nadie me entiende en esta casa —masculló evitando mirarlo.

—¿Nadie?

—La abuela y tú, nadie más.

Craig sonrió satisfecho y asintió.

—Quieren lo mejor para ti.

—¿Te parece que Callum MacGregor es lo mejor para mí?

—Es un buen chico.

—¡Un buen chico! Es insulso, aburrido, pretencioso... ¡Mira a las doncellas como si fueran el postre!

Craig frunció el ceño.

—¿En serio? Seguro que tu madre no sabe eso.

—Mi madre no escucha nada de lo que digo. —Apoyó la barbilla en el puño con la mirada en la ventana.

—Si hablamos con ella...

—Abuelo —lo interrumpió—. No finjas que no tengo razón, los dos sabemos que nunca da su brazo a torcer. Cuando cree que algo ha de ser de un modo...

—¿Qué dice tu padre?

—Que no la haga enfadar. Que tenga paciencia. ¡Como si no me conociera! Desde que Daphne se comprometió, no ha dejado de presionarme. ¡Tiene veinte años! ¿Cómo va a saber lo que quiere hacer el resto de su vida si es incapaz de escoger un vestido? Y, aun así, es tan buena y tan perfecta en todo... Todas lo son, menos yo. Pero claro, yo no tengo sangre McEntrie.

—¿También quieres hacerme enfadar a mí?

Heather suspiró dejando escapar el aire con un bufido.

—¿Ves como tengo que irme? Estar en Harmouth me ayudará a recuperar la

cordura. Aquí no hago más que decir tonterías.

—Son muchos días de viaje para hacerlo sola, Heather, tus padres no estarán de acuerdo. Pídele a Nuna que te acompañe, seguro que le gustará ver a sus primos de Inglaterra.

—Tengo veintiocho años, abuelo, ya soy mayorcita para necesitar carabina. Si tú me apoyas, me dejarán ir.

Craig contuvo una sonrisa sin demasiado éxito.

—¿Te hace gracia?

—No es eso, Heather. Es que te pareces mucho a tu madre.

—Ojalá fueras tú mi padre.

Se levantó de la butaca y corrió a arrodillarse junto a él. Apoyó la cabeza en sus piernas y Craig le acarició el pelo como cuando era niña. Siempre habían tenido predilección el uno por el otro y habían establecido una relación de abuelo nieta más intensa que con ninguno de los demás, lo que resultaba paradójico.

—La tía Meredith y el tío Frederick siempre se alegran de verme.

—Lo sé.

—No les importará que me presente sin avisar. Me quedaré con ellos hasta el final del verano y luego ya veré lo que hago.

—¿Qué ha dicho tu madre?

—Ha dicho: «haz lo que te dé la gana, es lo que haces siempre». —Levantó la cabeza para mirarlo—. Eso es que está de acuerdo, ¿no?

—Te quiere mucho, Heather. Todo lo hace porque se preocupa por ti.

—Y yo a ella, aunque a veces no la soporte.

—No te obligaré a casarte con nadie, solo intenta guiarte por el buen camino. Has rechazado a todos los candidatos que te ha propuesto.

La joven se puso de pie y lo miró de frente.

—¿Tú crees que Callum MacGregor es bueno para mí, abuelo? Dime que me case con él y lo haré, aunque eso me haga desgraciada.

Craig volvió a sonreír y negó con la cabeza.

—Eres una jovencita muy lista, Heather McEntrie. Muy lista.

—¿Eso es que no?

—Lo que yo quiero es que te cases con un buen hombre que te haga feliz. No me importa cómo se llame o dónde viva. Si tú le quieres, yo lo acogeré como a un hijo.

Ella sonrió al fin y respiró hondo. Craig percibió en su rostro que quería pedirle algo.

—¿Qué pasa?

—Cuando me marche no dejes que mamá se preocupe. No quiero que se pase las noches sin dormir pensando qué estaré haciendo. Tú sabes que en el fondo soy buena, abuelo, nunca haría nada que pudiera decepcionarla. Excepto no casarme con Callum, desde luego.

—No te preocupes, cuidaremos de ella.

La joven sonrió abiertamente y asintió.

—Entonces me iré mañana mismo y me quedaré con los tíos hasta octubre —dijo sonriendo al fin—. Si la tía Meredith no me echa antes.

—¿Qué has hecho esta vez? —preguntó Daniel entrando en el salón—. Abuelo, llevamos una hora esperándote. ¿Quieres que haga yo la demostración o dejamos que

esta vez la haga Cai?

Su abuelo se puso de pie pensativo. Siempre era el hijo de Dougal el que hacía las demostraciones para la venta cuando se realizaban en Slioscreige. Era el mayor y había heredado la facilidad para la doma de su tío Kenneth. Pero el hijo de este último, también era bueno y era justo que pudiera demostrarlo de vez en cuando.

—Dejaremos a Cai esta vez, ¿qué te parece?

Daniel asintió y volvió a poner los ojos en su prima.

—¿Qué pasa, Heather?

—Me voy a Harmouth —dijo sentándose en la butaca de lado para poner los pies por encima del reposabrazos.

Daniel movió la cabeza y miró a su abuelo.

—¿Alguien ha avisado a los tíos?

—Acaba de decidirlo —respondió Craig cogiéndolo de los hombros—. Vamos, o tu padre vendrá a buscarnos.

Heather cruzó las manos para sostener su cabeza. Seguro que se alegraban de verla. Envaró la espalda, conocía muy bien aquellos pasos airados que se acercaban. Se mordió el labio y bajó los pies al suelo justo a tiempo para que su madre no la viera sentada con tan poca elegancia.

—¡Aquí estás! —exclamó Lavinia con las manos en la cintura y mirada severa—. Si vas a irte a Harmouth deberíamos preparar tu equipaje.

Nota de la autora



¡Hola, hola! 🙋

¿Tenéis un café, un té o un chocolate bien caliente? Yo ya estoy lista para hablar con vosotras, con mi taza de humeante café.

Si miro por la ventana, veo el cielo a punto de oscurecerse del todo. Por donde el sol se ha marchado, aún se perciben los colores del atardecer con una mezcla de rojos y grises. En mi Spotify suena Watermelon Moonshine, de Lainey Wilson. Si no la conocéis, os la recomiendo muchísimo

Bueno, vamos a lo que nos interesa. Espero que hayáis disfrutado de las dos historias que os he traído esta vez. Craig me ha tocado un poco las narices en esta ocasión, qué manía con aferrarse a esa dichosa *maldición* para esquivar el bulto. No le ha servido de nada, ya me conocéis y cuando me propongo que un escocés hincue la rodilla en el suelo... pues eso. Olivia ha tenido mucha paciencia y se merecía algo de «acción». Creo que la he compensado por una vida tan triste.

En cuanto a Liam, nuestro muchacho de las Highlands necesitaba algo más que unas ovejas merinas para darle sentido a su vida. ¿Y quién mejor que Hannah Wyndham para ello? Esa escultora «poco agraciada» tiene más suerte que muchas guapas

que yo conozco. Menudo volcán en plena erupción es esa mujer. Puro fuego y sarcasmo. Liam no se va a aburrir nunca, eso seguro.

Con estas dos historias nos despedimos de esta familia que tan buenos momentos nos ha dado y sé que vosotras tanto como yo, no vais a... No puedo seguir, estoy segura de que estáis sonriendo mientras pensáis: «Esta se piensa que nos engaña. Como si no la conociéramos». Tenéis razón en no creerme y es que no tengo intención de separarme de ellos, al menos no del todo y no para siempre.

Sí, os debo un árbol genealógico de las dos familias, y los vais a tener. Prometido. Porque vamos a dar un salto cualitativo y los necesitaremos. Mi intención es hacer un recorrido por el siglo XIX de la mano de estas dos familias. Una Saga en toda regla. De 1818, año en el que acaba esta novela, pasaremos a 1837, año de la ascensión al trono de la reina Victoria (que no de su coronación). O sea, viajaremos de la Regencia a la época Victoriana. ¿Qué tal? ¿Os apetece el viaje? Estoy segura de que sí.

Ya habéis visto por el epílogo que Heather tiene problemillas con Lavinia. Venga, no me digáis que no os los esperabais con esta niña deslenguada, cabezota y más lista que el hambre. Por suerte, tiene una familia postiza (los Wharton) que la acogerán en su pequeña «escapada». Aunque no todos sus primos se alegrarán de ello. Os doy mi palabra.

Mi café se ha terminado y ahora suena Losers, de Post Malone y Jelly Roll, que para mí es la música de esta novela. Mis «perdedores» han acabado siendo auténticos ganadores, ¿no os parece?

Cuidaos mucho y seguid escribiéndome siempre que queráis contarme lo que mis novelas os hayan inspirado. Vuestros mensajes me tocan el corazón y siempre son motivo de alegría para mí.

Como siempre, para estar al día de todo, seguidme en Amazon:
<https://www.amazon.es/stores/Jana-Westwood/author/Bo1NCPV4ZB>

Y en las redes:

https://www.instagram.com/janawestwood_oficial/

<https://www.facebook.com/WestwoodJana>

https://www.threads.net/@janawestwood_oficial

Así como en mi web:

<https://janawestwood.com/>

Podéis leer mis otras novelas, si aún no lo habéis hecho. Y escuchar mis audiolibros, los encontraréis en todas las plataformas disponibles y os aseguro que las voces de los narradores no parecen de este mundo.

Vuelvo a Harmouth y prometo hacer que vuestros corazones tiemblen con mi próxima serie, de la que aún no puedo deciros el título.

Gracias por todo el cariño que me dais. Yo, por mi parte, lo transformaré en letras y trataré de traeros mejores historias cada día.

Nos leemos pronto, familia.

Besos, Jana.